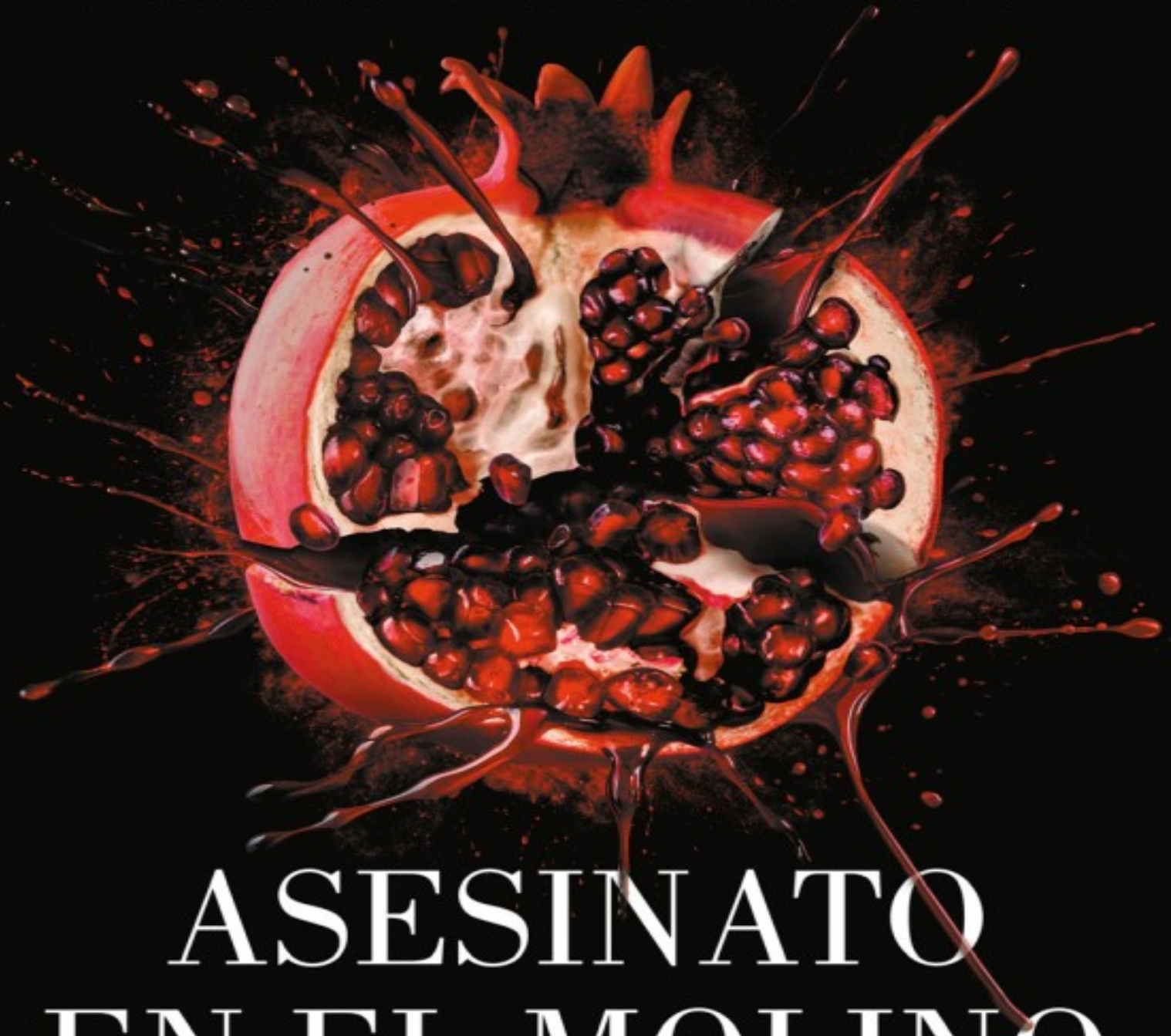
ARANTZA PORTABALES



ASESINATO EN EL MOLINO DEL CURA

Lumen

Asesinato en el Molino del Cura

Arantza Portabales

Lumen

narrativa

A mis padres, por todo

Nadie puede recordar cosas a su antojo.
Cuando en este sentido se hace un esfuerzo,
no siempre la memoria acude en nuestro auxilio.

AGATHA CHRISTIE, *Un crimen dormido*

1

Loeiro, noviembre de 1984. La noche en que murió Berta

A los cerdos se les mata en menguante, justo antes de la luna nueva.

Ella nunca había matado ninguno, esa era tarea de hombres, pero había visto mil veces cómo le clavaban el cuchillo en la papada, ajenos a los chillidos agudos y estridentes del animal. A las mujeres se les reservaban otras labores: recoger la sangre en una tina de plástico y removerla para evitar que coagule; ayudar en el despiece; lavar las tripas en el río; llenarlas de carne para hacer chorizos, ahumarlos, poner la carne en salazón. En día de matanza, ella se limitaba a preparar las filloas de sangre y el hígado encebollado. Amasaba y cocía un pan de maíz, hecho con harina de su propio molino, y se encargaba de que hubiera vino y aguardiente en abundancia. Los días de matanza eran días de fiesta. Lo que nunca había hecho, hasta hoy, era matarlo.

Observó al hombre tendido en el suelo, y se le ocurrió que quizá no estaba muerto. Por si acaso, decidió clavarle el cuchillo. Su tía siempre decía que tenía que ser lo suficientemente largo para atravesar la garganta y llegar al corazón. Ignoraba si eso funcionaba

con los humanos, o si quedaba algún atisbo de humanidad en ese cuerpo que yacía debajo de ella. Apuntó al corazón.

El pecho era blando y el filo del arma se hundió.

Sintió el poder.

Le habría gustado escucharlo gritar, pero ya no emitía ningún sonido.

Tocó el pecho en busca de latido, y la palma se le empapó de un líquido viscoso. Se sentó a horcajadas sobre él, ahora que sabía que no iba a moverse. Había dejado de llover unas horas antes, pero el suelo embarrado cedió bajo el peso de ambos. No había luna en ese instante. Solo la luz de una pequeña linterna impedía que la oscuridad los envolviera y dejaba intuir la silueta del viejo molino. Allí se reunían hacía mil años, cuando él era para ella mucho más que un cerdo en día de matanza. Cuando le traía garrapiñadas o frutas exóticas, que ella jamás había visto.

«Prueba esto, es una granada», y unas manos en su cintura y unos labios recogiendo el jugo rojo que resbalaba por la comisura de la boca. La primera vez que unos labios tocaron los suyos, ese zumo rojo sangre lo impregnaba todo.

Volvió a clavar el cuchillo una y otra y otra vez, poseída por una fuerza brutal.

«Detente, ya está».

«Ya está». Oyó la voz en su cabeza, pero no podía parar. Era día de matanza. Necesitaba cortar sus manos, sus orejas y sus pies, abrirlo en canal, exponer sus tripas, sacarlas. Despiezarlo, reducirlo a un simple trozo de carne, porque eso era lo que ella había sido para él: un trozo de carne.

Estaba muerto.

M-U-E-R-T-O.

Saboreó la palabra sin extraer el cuchillo de su pecho. Apenas quedaban unas horas para el alba y aún tenía que deshacerse del cuerpo. No podía perder los nervios; las próximas horas serían cruciales.

Como una autómata, comenzó a cortar el cuello, aplicando toda la fuerza de la que era capaz. El cuchillo estaba muy afilado, pero los tendones y los huesos se resistían a cada empellón. Se concentró en cada corte, avanzando milímetro a milímetro. Tropezó con la columna vertebral y supo que tendría que aplicar toda su fuerza hasta quebrarla. Alzó el arma y golpeó el cuello como si blandiera un machete. Golpeó, cortó, serró. Con un certero golpe, separó la última hebra de tejido blando.

La cabeza rodó sobre la hierba. Permaneció sobre el cuerpo, exhausta y sudorosa. Estiró la mano y sujetó el cabello rubio. Alzó la cabeza y la situó ante ella, mientras la sangre chorreaba. Sus rostros quedaron enfrentados. Una vez había besado esa boca, acariciado esos pómulos. Buscó su mirada, pero apenas distinguía nada. Soltó el cuchillo, agarró la linterna y apuntó a su rostro. Había ganado peso, y sus mejillas estaban más llenas. Conservaba el lunar en la comisura del labio, pero su rictus era extraño, de payaso triste. Tocó sus labios y se cubrieron del líquido rojo, como cuando compartieron el beso con sabor a granada. Observó por última vez esos ojos insólitos que tanto le habían llamado la atención al conocerlo. Un ojo marrón, otro verde. «Como Bowie», le había dicho él. «¿Quién es Bowie?», había preguntado ella, una tarde de mayo, en la fuente de Loeiro. Habían pasado más de diez años. Ya no la perseguiría más el

recuerdo de esos ojos, que llevaba casi una década viendo en el rostro de la niña.

Se desprendió de la linterna y volvió a asir el mango de madera del cuchillo. Acomodó la cabeza sobre su antebrazo, como si fuera un recién nacido. Luego, con suavidad y precisión, dirigió el arma hacia la cuenca del ojo derecho, y hurgó hasta desprender el globo ocular.

A todo cerdo le llega su San Martiño.

2

Lugo, mayo de 2024

Los lunes nadie se acuerda de los viejos, y los que se acuerdan están deseando olvidarlos de nuevo. Alba caminó entre las decenas de sillas de ruedas en las que los ancianos dormitaban, abotargados por el calor, la medicación y el aburrimiento. Tan solo un par de ellos estaban acompañados por familiares que les sujetaban las manos o empujaban las sillas para abandonar la sala común. En diez minutos, las auxiliares comenzarían a repartir las meriendas: un batido rico en proteínas, una gelatina y un yogur. Y tendrían que pasar siete días para un nuevo domingo en el que sus hijos, nietos o sobrinos las ayudarían con esa merienda. Para algunos ancianos, esa espera era más larga. Casi infinita. Esos eran sus favoritos.

Se adelantó y se acercó a Eulalia, para dedicarle unos minutos. En la gran pantalla de la sala, el magacín de la Televisión de Galicia mostraba a vista de pájaro las playas gallegas que este año habían conseguido la bandera azul.

—Qué guapa estás, *filliña*, pero no te queda bien el amarillo —afirmó la anciana cuando le tendió el batido.

Alba sonrió. Sabía que Eulalia la confundía con su nieta Pilar. Ella nunca la corregía. Pili era la única pariente viva de la mujer, llevaba

dos años viviendo en Murcia y solo la visitaba en Navidad.

—Pues mañana vengo de rojo. —Abrió el bote de gelatina.

—Eso dices siempre y luego te vistes como te da la gana —refunfuñó Eulalia.

Todas las auxiliares de clínica llevaban un uniforme de dos piezas de color amarillo. A veces, tras acabar su turno y cambiarse en el vestuario, Alba volvía, vestida ya de calle, y acompañaba a Eulalia durante un rato, asintiendo a todas sus afirmaciones y sin molestarse en sacarla de su estado de confusión permanente. Le hubiera encantado tener como abuela a esa mujer de pelo blanco, con sus eternos jerséis de colores chillones, que se negaba a abandonar su habitación de la tercera planta sin que le pintasen los labios de rojo y le pusiesen un collar de perlas falsas. Lo cierto era que le hubiera encantado tener cualquier abuela.

Recorrió la barbilla de la anciana con el borde de la cuchara, eliminando el rastro de la gelatina de fresa, y volvió a introducirla en la boca. Eulalia empujó de nuevo la cuchara con el borde de la lengua. Alba repitió la operación.

—Solo una cucharada más, Lali —insistió—, que hace mucho calor y hay que hidratarse. No puedo pasarme toda la tarde contigo. Severino también quiere que le eche una mano con su merienda.

Alzó la vista hacia la pantalla del televisor. Las escenas marinas se habían transformado en un incendio forestal. El delegado del Gobierno hablaba ante un reportero. La televisión estaba silenciada, pero Alba podía adivinar sus palabras una por una. Sintió un leve mareo y una gota de sudor deslizándose sobre su nuca. En la residencia hacía un calor del demonio, y ese falso verano que había irrumpido en pleno mayo la estaba matando. Colocó el envase de la

gelatina sobre la mesa y le hizo un gesto a Bea para que la sustituyese.

Ya en el baño, dejó correr el agua mientras aguardaba en vano que se enfriase. Se mojó la cara, que ardía. La maldita menopausia. Se empapó el cabello, lo peinó con las manos y recorrió con las yemas la cicatriz que atravesaba su cuero cabelludo desde la parte frontal hasta la base de la región occipital; conocía de memoria la vieja herida, la más grave junto con la cicatriz del brazo. El cabello castaño claro, surcado por canas, la tapaba casi al completo, apenas asomaba un centímetro a la altura de la nuca. Le hubiera gustado cortarse más el cabello, pero no quería que nadie la importunase con preguntas incómodas. Aunque lo verdaderamente incómodo no eran las preguntas sino carecer de respuestas. Observó su rostro en el espejo. Una nariz corta, muy recta, los labios finos y unos ojos ocultos tras unas gafas de cristales oscuros Apartó la vista del reflejo, se secó las manos y regresó al comedor.

Bea señaló a tres ancianos al fondo de la sala. Empujó el carrito de las meriendas hacia ellos. Buscó con la mirada a Noa, la enfermera, para asegurarse de que le había dado a Lali su medicación vespertina y volvió otra vez la atención a la pantalla. El incendio había dado paso a la estampa de un pueblo con mar. Una playa bordeada por un río con un puñado de pequeñas embarcaciones varadas. La marea baja dejaba asomar un conjunto de rocas cerca de la orilla. En el extremo izquierdo de la bahía, una enorme casa de piedra rodeada de un imponente jardín en el que destacaba una gran profusión de flores rosas. Alcanzó a leer el rótulo azul bajo la imagen de la casona. «La Casa Rosa, propiedad de la familia Villamor Piñeiro».

De nuevo volvió la sensación de mareo en la boca del estómago, los labios secos. El techo de la estancia pareció desplomarse y fundirse con la línea del suelo.

Antes de caer desmayada, consiguió pronunciar una palabra.

—Loeiro...

3

Loeiro, septiembre de 2025

—¿Y qué sabe usted de esa mujer? Algún vínculo tendrá con Loeiro, digo yo —preguntó Sinda, al tiempo que le servía una generosa ración de bizcocho.

Iria esbozó una leve sonrisa. No conocía ninguna aldea gallega en la que una pudiera asomar la nariz sin que los lugareños la asaltasen con un *«E ti... de quen vés sendo?»*, pero la afición de esa anciana por los interrogatorios superaba a la de muchos compañeros del cuerpo.

—¿Y qué quiere usted que sepa? —respondió—. Lo único que me dijo mi cuñada es que una compañera suya del trabajo estaba interesada en trasladarse aquí, y le pidió que le buscase un piso o una casita para alquilarla. Le sirve un apartamento pequeño en Seixo o Aguete.

—Creo que podremos apañar algo en Loeiro, pero estará de acuerdo conmigo en que esto es muy raro, queridiña. En cuanto llega el invierno, aquí no hay nada que hacer, esto se muere. A las seis de la tarde parece que han echado una bomba nuclear de esas, nadie asoma la cabeza. ¿No será que es pariente de alguien? ¿Irá a

trabajar en una residencia de ancianos cercana? ¿Una cuestión de amores? ¿Cuántos años dijo que tenía?

—¡Sinda! —la interrumpió la expolicía—, deje algo para cuando llegue esa buena mujer. Lo único que sé es que es auxiliar de clínica en la residencia donde trabaja Noa. Parece ser que ha estado una temporada de baja y ha decidido coger una excedencia y mudarse aquí para descansar. Imagino que sería algo relacionado con el estrés. No se me ocurrió preguntarle nada más.

—¡Mal hecho! Ahora vamos a ciegas. ¿Cómo quiere que no me pique la curiosidad? Aquí hay gato encerrado. Más de trescientos ayuntamientos en Galicia y se viene a una aldea perdida de Marín de la que nadie ha oído hablar.

—Tanto como nadie... —la contradijo Iria—. Es el pueblo donde vivían los Villamor. Eso nos garantizó unos cuantos telediarios el año pasado.

Sinda removió con vigor su café tras endulzarlo generosamente.

—No puedo creer que ya no quede ningún Villamor en la Casa Rosa —terció la anciana.

Iria dio un sorbo a su café, sin entrar al trapo. Apreciaba mucho a Sinda, pero ya había aprendido que si le dabas la mano, te cogía el brazo. Conocía muy bien las razones por las que los habitantes de la Casa Rosa habían decidido no volver a Loeiro. Les sobraba el dinero y no necesitaban seguir atados a la vieja mansión familiar.

—La vida sigue, para todos —se limitó a decir.

—Algún día le echaré en el café una droga de esas que sueltan la lengua y obligan a decir toda la verdad —bromeó la vieja maestra.

—Deje de leer novelas.

—¡Jamás!

Ambas rieron. Desde que había enviudado, Iria solo se sentía cómoda en compañía de Sinda y de César. Las comidas en casa de sus padres eran un suplicio. En cada visita, evitaban a toda costa hablar del pasado, e Iria estaba demasiado triste y exhausta como para recordarles que ese pasado era lo más valioso que poseía y que sus esfuerzos por evitarlo le hacían más daño que este presente sin su marido. Tampoco soportaba la presencia de su suegra, que se empeñaba en quejarse de lo duro que era para una madre perder un hijo, como si estuviesen disputando una absurda competición en la que ambas tuvieran que poner su sufrimiento sobre una balanza. El único motivo por el que Iria aún iba a Lugo, además de para visitar la tumba de Ángel, era para mantener el contacto con sus cuñados y con el pequeño Brais, el sobrino al que Ángel nunca llegó a conocer. Fue precisamente en su última visita cuando su cuñada Noa le había encomendado la búsqueda de alojamiento para su compañera.

—¿Cómo van las obras en su despacho? —se interesó Sinda.

—Pues deberían haber terminado hace dos meses, pero se les echó agosto encima, así que no cuento con que esté listo hasta dentro de un par de semanas. Ni siquiera me han llegado los muebles. Me paso la vida discutiendo con pintores, fontaneros y electricistas.

—¿Y tiene ganas de ejercer como abogada?

—De lo que no tengo ganas es de volver a esa comisaría —confesó Iria—. Si al menos César no estuviera jubilado... Será interesante trabajar sobre los mismos hechos, pero con distinta perspectiva. Además, no solo seré abogada, también ejerceré como investigadora.

—¿Va a dedicarse a perseguir maridos y esposas infieles y a sacarles fotos desde su coche?

—Si esa fuera mi intención, la llevaría a usted y a sus prismáticos.

—Haríamos un gran equipo.

—No lo dudo, pero la idea es ofrecer un asesoramiento completo a los clientes y mi experiencia como inspectora puede ayudar mucho cuando se plantee una defensa o una acusación.

—Nunca se me hubiera ocurrido —dijo la maestra—, pero tiene lógica.

—Además, los bufetes ahora son multidisciplinares. Voy a compartir despacho con una chica recién licenciada experta en Derecho civil y mercantil.

—Le deseo la mejor de las suertes, Iria, bien sabe Dios cuánto la merece. —Sinda no nombró a Ángel, pero lo hizo presente durante un instante.

Iria tosió nerviosa.

—La invitaré a la inauguración.

—Volviendo a la cuestión que la ha traído hasta aquí, creo que tanto la casa del Portugués como la de Lola están libres, y si solo es por unos meses, seguro que están dispuestos a alquilársela, pero en cuanto llegue julio, tendrá que dejarla para los veraneantes. Puedo preguntarles y apañar un alquiler decente, que no es cosa de que la estafen —se ofreció—. Tener un buen inquilino es como ganar una lotería: todo el mundo sabe que las casas cerradas son una ruina y si encuentran a alguien que la cuide y corra con los gastos... Pero me escama este asunto. ¿Tiene al menos una foto?

Iria abrió su móvil.

—Esta me la mandó Noa, es del cumpleaños de mi sobrino. Es esta de aquí.

Sinda meneó la cabeza.

—Parece que quiere sonarme... No sé. La frente, quizá...

—No tiene por qué ser de Loeiro —le recordó Iria—. Este es un pueblo tranquilo, ideal para un descanso.

—Puede ser, pero por si acaso mándeme esa foto —concluyó la anciana—, para ver si a alguna de mis amigas le resulta conocida. ¿Está usted segura de que la señora esa es de fiar? A ver si va a ser una okupa de esas de las que habla todo el mundo.

—No estoy segura de nada. Llamaré a Noa y le haré un interrogatorio en condiciones.

—¿Sabe al menos su nombre?

—Se llama Alba —asintió Iria—, Alba Mariño.

4

Marín, El Vergel, septiembre de 2025

El edificio El Vergel se alzaba justo enfrente del ayuntamiento de Marín. César había insistido mucho en que abriera su despacho en Pontevedra —«La capital es la capital», le había dicho—, pero Iria no quería tropezarse con el comisario Rial en su día a día.

La muerte de Ángel y la vorágine de su último caso habían dado al traste con su carrera policial y la vocación de toda una vida. No había un solo día de su infancia en que no se recordase con la nariz metida en un libro, y a las novelas de los primeros años le siguieron los manuales de psicología, derecho y criminología. Amaba su profesión, pero ahora odiaba todo lo que la rodeaba. Necesitaba escapar de esas rutinas que la anclaban a un pasado tan feliz como insoportable.

Abrió la puerta del piso y tropezó con un hombre que estaba arrancando una larga tira de cinta del zócalo.

—¿Aún siguen aquí? —Iria no pudo evitar el tono de reproche—. Me dijeron que esto estaría listo ayer por la tarde.

—Mire, señora, yo he hecho lo que he podido. Si quiere protestar, ya tiene el teléfono de mi jefe.

—Su jefe me coge el teléfono cuando le da la gana.

El pintor se caló la gorra, se encogió de hombros y continuó con su trabajo.

—Iriaaa... —La voz procedía de la estancia que estaba destinada a ser el despacho de su socia.

Marta Pazos era el miembro más joven de una prestigiosa firma de abogados que ejercía en Pontevedra desde hacía más de setenta y cinco años. Era también la primera de su familia en ejercer su profesión fuera del bufete que había fundado su bisabuelo. Iria conocía a su tía desde hacía años y cuando la mujer le contó que su sobrina estaba buscando un socio para compartir espacio y gastos en el centro de Marín, no se lo pensó dos veces.

Marta era joven, inteligente, resuelta y había demostrado que tenía un par de ovarios cuando su padre le cortó el grifo para que recapacitara y se uniera al bufete de los Pazos Cerqueira, y aun así se mantuvo en sus trece.

Franqueó la puerta del despacho y la descubrió desembalando cajas.

—Se acaba de marchar el inspector Araújo, te andaba buscando —le informó su socia.

—Ya no es inspector —la corrigió.

—Los polis sois como los curas, nunca dejáis de serlo —sentenció Marta—. He devuelto la placa del portal, habían rotulado «Santaclara & Pazo». El idiota del encargado estuvo media hora intentando convencerme de que una ese más o menos no era importante. Lo acabé amenazando con un cero menos en su factura y parece que ha entrado en razón. Tus muebles ya están colocados. El pintor acabará esta tarde. La empresa de limpieza vendrá mañana por la mañana. He entrevistado a seis candidatos para la recepción y

avisado a los del wifi. La inauguración puede ser en diez días. Antes no.

—Me pregunto si yo a tu edad tenía tanta energía —rio Iria.

—Deja de hablar como si fueses una anciana.

Iria tenía cuarenta y tres años, y esos casi veinte que las separaban se habían encargado de borrar esa sensación de euforia y esa vitalidad incombustible que Marta exudaba por cada poro de su piel.

—Vamos a tu despacho —la animó su socia.

La nueva oficina de Iria Santaclara era un espacio austero. Los muebles estaban cubiertos por los plásticos que los pintores habían utilizado para protegerlos de la pintura blanca que Marta y ella habían elegido para todas las estancias. Desde la ventana podía ver los jardines del ayuntamiento. De haber estado en un piso más alto, tendrían vistas del mar y las instalaciones del puerto, pero una nave comercial se las robaba.

—¿Te acostumbrarás? —le preguntó Marta.

Sabía a qué se refería. A la rutina de la abogacía, a los trámites burocráticos y a la elasticidad del tiempo judicial, a la dictadura de los plazos procesales; a la adrenalina previa a las vistas y a la necesidad de desmontar el trabajo de sus antiguos compañeros de comisaría ante un juez cuando ejerciera una defensa. Pronto la abduciría el torbellino de los interminables escritos de alegaciones, asesoramiento en interrogatorios en comisaría, preparación de los juicios con los clientes y el análisis de la jurisprudencia, ese ente cambiante que todo lo mediatizaba. Iria había asistido como estudiante a un juicio en la audiencia provincial, cuando su profesor de Derecho Procesal y actual magistrado del Supremo había llevado

a sus alumnos a una vista. El profesor había definido a los policías como «esos especialistas en destrozar las pruebas que necesitaríamos para llevar a cabo nuestro trabajo». En aquel momento ella había decidido en qué equipo quería jugar. Y ahora, la vida la había llevado a cambiar de bando.

—Aún tengo energía suficiente como para empezar de nuevo —se limitó a decir.

El sonido del timbre interrumpió la charla. Marta salió de la habitación e Iria la siguió por el pasillo, poniendo especial cuidado en no rozar las paredes, que aún parecían recién pintadas. La voz de César Araújo le llegó antes que la imagen de ese hombre calvo y con un ligero sobrepeso que en los últimos meses se había convertido en su mayor sostén.

—Parece que esto va cogiendo forma —dijo él a modo de saludo.

—No tan rápido como debería —dijo ella.

Le enseñó las instalaciones, y dejó que Marta lo contagiara de ese estado de efervescencia en el que se había instalado desde que había aceptado ser su socia. César la observaba circunspecto mientras la joven parloteaba sobre lo difícil que era encontrar personal cualificado para la recepción. Iria sabía lo que estaba pensando: «¿Qué coño vas a hacer aquí, Santaclara? Recapacita y vuelve a la comisaría. Nunca has querido ser una picapleitos».

Escuchaba los pensamientos de César retumbando en las paredes de su cerebro. Se confundían con los suyos, que eran casi idénticos. Había emprendido ese camino de manera impulsiva. Su última conversación con el comisario Rial le había cerrado las puertas de la comisaría de Pontevedra, y había oído que un inspector de la de Ferrol ocupaba ahora su puesto. Sabía que solo tenía que levantar el

teléfono y llamar a Álex Veiga para unirse al equipo de Compostela, pero de momento resistía la tentación de hacerlo para no admitir ante sí misma que se había equivocado.

César le propuso tomar un café y salieron a la calle. Se quedaron en La Huerta de la Abuela, a escasos metros de la oficina. Pidieron dos cafés, y se dirigieron al fondo del local.

—¿Vas a decirme a qué has venido? —preguntó Iria.

—¿Es que necesito que pase algo para acercarme a saludarte?

—Viniste hace una hora y has vuelto. Algo hay.

—Elías se casa la próxima primavera.

Ella lo miró con suspicacia.

—Me alegro por ellos. Dori y tu hijo hacen buena pareja, pero dime la verdad, ¿a qué has venido? —insistió.

—Me voy a vivir con Carmen —confesó él finalmente.

Sus mejillas se cubrieron de un rubor del todo impropio de un hombre de sesenta y siete años. Iria sonrió. Había asistido al comienzo de la relación entre su gran amigo y el ama de llaves de los Villamor. Carmen le gustaba, era una mujer tranquila y serena, discreta y leal. Una lealtad que en el pasado las había enfrentado en algunos momentos pero que hacía que Iria la respetase.

—Me alegro un montón.

—Nunca pensé que esto pasaría después de la muerte de Chelo —reconoció su exjefe—, pero a mi edad es cada vez más duro estar solo.

Se calló al instante al darse cuenta de lo inapropiado de su comentario. Hacía poco más de un año que Iria había perdido a Ángel.

—Lo sé. —Ella estaba más que acostumbrada a esa sensación de incomodidad que se instalaba en todos los que querían protegerla del recuerdo de su marido—. Y te entiendo.

—Me instalaré con ella en Loeiro.

Esa afirmación sorprendió a Iria más que el hecho de que la relación con Carmen hubiera llegado al punto de la convivencia.

—La Casa Rosa está vacía —se explicó César—, y Carmen tiene que mudarse allí para ocuparse del mantenimiento y demás... Lo que viene siendo una guardesa de toda la vida.

—Y tú serás su guardés consorte. Vete a contárselo a Sinda antes de que te descubra entrando a deshoras en la mansión —bromeó Iria.

—Seguro que ya lo sabe. Ayer hice el traslado y a sus prismáticos no se les habrá escapado el trajín de maletas —apuntó él.

—Así que ahora habrá en Loeiro un inspector de policía jubilado para mantener el orden.

—No será necesario. Loeiro es el lugar más tranquilo del mundo. Allí nunca pasa nada.

5

Loeiro, 1 de octubre de 2025

El ruido del coche consiguió que Toño Pousada despegase la vista de la pieza de madera que tallaba con precisión de ebanista. No conocía ese Renault Clio blanco ni a la mujer que descendía de él tras aparcarlo junto al puente. La observó sin disimulo. Era bastante alta, cerca del metro ochenta, y algo mayor que él. Intuyó que rondaba los cincuenta. Su porte erguido, aunque no forzado, le resultó levemente familiar, pero su rostro no le dijo nada en absoluto. Ella no se molestó en devolverle la mirada, cerró el coche y se giró hacia el río, dándole la espalda. Se apoyó en la barandilla de hierro forjado. La marea estaba baja y el caudal del Loeiro era casi testimonial. Toño recordó cómo solía atravesarlo incluso con marea alta, con la toalla de playa en la cabeza para evitar que se mojase, en lugar de recorrer los escasos doscientos metros que separaban su casa del puente que lo cruzaba. Hacía mil años de eso, exactamente los que llevaba anclado a esa silla de ruedas cuya visión no había perturbado a la forastera. No estaba acostumbrado a esa indiferencia.

Devolvió la vista al pequeño remo que estaba tallando, para incorporarlo a la maqueta del bote de su primo. No se necesitaban

piernas para esculpir la madera. Observaba a la mujer, de reojo. Tras unos instantes, esta se giró y caminó hacia él.

—Buenos días, estoy buscando a Gumersinda Sobrado.

Él alzó el rostro y la miró con detenimiento. La mujer esquivó su mirada, oculta tras unas gafas de cristales verdosos.

—Sinda. Nadie la llama Gumersinda —la corrigió él—. ¿Para qué quiere verla?

—Me está esperando.

Toño la calibró con la mirada. Se ahorró el interrogatorio, a sabiendas de que la Gestapo se encargaría de contarle a su madre todos los pormenores de la visita.

—La casa de azulejo amarillo y azul. —Señaló hacia el monte vecino—. No tiene pérdida, pero no se preocupe, esa que viene ahí es Sinda.

Sinda Sobrado se acercaba a ellos con paso firme y mucho más ágil de lo que podía esperarse de una mujer que se aproximaba a su octava década. Vestía una falda morada y un jersey verde y, para sorpresa de Toño, se había despojado de su eterna bata de cuadros.

—Bienvenida a Loeiro, Alba. Llevo toda la mañana esperándola. —Se paró ante la forastera y le plantó dos sonoros besos en las mejillas—. Emiliano me ha dejado las llaves y me he encargado yo misma de supervisar que la casa esté limpia. Le he obligado a comprar sábanas nuevas. Tampoco era cosa de que se apañase usted con ese ajuar que llevan usando los veraneantes desde el siglo pasado.

A Toño se le escapó una sonrisa; si la recién llegada era lista, se montaría en su coche blanco y saldría pitando, porque de lo contrario le aguardaba un interrogatorio policial. Sinda y su madre

habían hablado sobre una misteriosa mujer que se iba a instalar ese invierno en casa de Emiliano, para Dios sabía qué y a saber hasta cuándo. Sinda le había mostrado una fotografía a su madre y a todo Loeiro. Al igual que Sinda, su madre no la había reconocido. Ambas llevaban días especulando sobre las intenciones de la que sería su nueva vecina. Parecía que había llegado el momento de desvelar el misterio.

—No tenía que molestarse tanto. Le estoy muy agradecida —dijo la tal Alba—. No conozco a nadie por aquí.

—¿Nunca había estado en Loeiro? —intervino Toño.

La forastera negó con un ademán y esquivó su mirada.

—Pues no sé cómo ha acabado aquí, pero intentaremos que disfrute de su estancia —dijo Sinda.

—Le estoy muy agradecida —repitió Alba, como si no supiera qué decir ante la abrumadora bienvenida.

—¡Faltaría más! Viene usted recomendada por Iria, y eso es más que suficiente —replicó su anfitriona—. Además, veo que ya ha conocido a Toño, que es el hijo de mi amiga Benita. Aquí en invierno quedamos pocos, esto está muerto. Usted va a ser nuestro tema de conversación durante los próximos meses. Pero ahora no quiero avasallar, la acompañaré yo misma hasta la casa de Emiliano que queda justo enfrente de la antigua escuela. Yo trabajé allí toda mi vida. Fui la maestra de Loeiro.

—¿Emiliano no vive aquí?

—Vive en una casa en ese monte —la mujer señaló la gran arboleda a su izquierda—, rodeado de perros y de bastante mugre, así que es mejor que se las entienda conmigo. No le gustan mucho las personas, pero no se puede decir lo mismo del dinero, así que no

nos costó nada convencerlo para que le alquilase la casa, que es pequeña y antigua pero apañada. Bastante más me costó que comprase alguna manta y un calefactor, porque no es lo mismo Loeiro en noviembre que en agosto. No vea lo que protestó, como si no tuviera donde caerse muerto. Y eso que dicen las malas lenguas que tiene una fortuna escondida en su finca. Nadie lo sabrá nunca, porque esos perros son de los que te pueden arrancar la cabeza de un mordisco.

Alba sintió un escalofrío que no pasó desapercibido para Toño.

—Sinda, la estás asustando.

—¡No pretendía tal cosa! —afirmó la anciana, consternada—. Quédese tan solo con la idea de que, si necesita algo, es mejor que me lo pida a mí.

Toño esperó que la recién llegada dijese algo, pero permaneció impertérrita. Esa mujer iba a suponer un reto para la comidilla de Loeiro.

—¿Qué le ha parecido la playa? —preguntó él antes de que ambas emprendieran el camino hacia la casa.

Alba lo interrogó con las cejas arqueadas.

—Ha estado usted un buen rato contemplándola después de bajarse del coche.

—Solo la había visto en fotos. Me ha sorprendido el río —confesó ella.

—Cuando sube la marea se llena más. Tendrá tiempo de ver cómo es esto con lluvia y temporal.

—Será un espectáculo ver cómo el río atraviesa la playa y la parte en dos —respondió ella.

Sinda y Toño se miraron extrañados. Efectivamente, hacía muchos años, con cada temporal, el río rompía su cauce y creaba un camino propio y anárquico que atravesaba la playa, pero los servicios municipales habían reforzado el cauce con grandes losas, de manera que el Loeiro llevaba años condenado a seguir su curso, impidiendo además que los niños se deslizasen por la pendiente de arena que caía de pleno en el caudal de agua dulce.

—Eso ya no sucede —dijo Toño.

La mujer no se inmutó, se dirigió a Sinda y le preguntó dónde podía aparcar el coche. Sinda le sugirió que lo dejara donde estaba. Ya se ocuparían del equipaje más tarde.

Toño las observó mientras se alejaban, intentando recordar cuántos años hacía que el río no se desviaba de su cauce. Más de veinte. Solo los lugareños habían presenciado aquello.

Solo los lugareños y esa mujer que, sin ninguna duda, mentía al decir que era la primera vez que visitaba Loeiro.

6

Loeiro, esa misma noche

Vuelve a soñar con el ojo de piedra. Una circunferencia enorme, más grande que ella, y ese agujero negro en el centro que parece querer tragársela.

Vuelve a llover a raudales sobre sus cabellos largos y siente las gotas que calan el jersey de lana azul. No lleva abrigo. Nunca lo lleva.

Vuelve a sentir esa negrura espesa y densa, casi sólida, que solo se desvanece cuando irrumpen unos pequeños haces de luz. Vislumbra la copa de un árbol. Nunca alcanza a ver más. Pronto la luz artificial desaparece y vuelve a estar rodeada de formas difusas. Solo percibe con nitidez el ojo gigante, aun cuando sabe que no tiene lógica, que no hay luz, que la oscuridad debería ser un manto impenetrable. Quizá no estaba ahí. Quizá es solo un elemento de atrezo que adorna su pesadilla.

Vuelve a oír gritos, aunque en el sueño nunca distingue si salen o no de su garganta.

El ojo sigue enfrente, pero unas manos gigantes la atrapan y la tiran al suelo. Es un suelo blando y viscoso. Se queda inmóvil viendo

esa figura inmensa. Sus manos son desproporcionadas y en ellas hay algo. Una piedra. Detrás, el gran ojo lo observa todo.

Y vuelve esa estancia lóbrega y una voz que le grita: «Mala». Respira el polvo que la rodea. Huele a maíz y a patatas, a putrefacción, a moho y a tierra. Se queda paralizada, y así, en silencio, se oye a la perfección el rechinar agudo y rítmico de los dientes de las ratas. Sus largas colas rozan sus piernecitas, ella se encoge y se encoge, para esquivarlas, hasta que consigue escapar.

Corre y corre. Vuelve el golpe en la cabeza, el dolor y la sangre. Una sangre oscura como la noche que la rodea y que se mezcla con los gritos, la lluvia y el miedo. Luego empuja con todas sus fuerzas. Estira las manos que tropiezan con un muro infranqueable.

Vuelve a las sombras altas y tenebrosas. Tres siluetas sin rostro se aproximan, cada vez están más cerca.

El ojo se agranda, cae sobre ellas.

El ojo se llena de sangre.

Vuelve a despertarse gritando, pero esta vez es diferente. Ahora Alba sabe que eso sucedió. Sabe cuándo y sabe dónde.

Estaba en Loeiro.

Está en Loeiro.

7

Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, Seixo, 5 de octubre de 2025

Áurea Freijomil dirigió una mirada reprobatoria a su derecha. Una señora de más de setenta años no debería usar escote, pronunciado o no, pero qué cabía esperar de Benita, que no había hecho nada en la vida más que casarse con un borracho inútil y engendrar dos hijos igual de inútiles, uno por tullido y otro por drogadicto.

El Señor no era misericordioso con las mujeres como ella, por la sencilla razón de que no lo merecían. Durante la juventud de ambas, mientras ella se dedicaba a trabajar como una mula para sacar adelante a sus dos hermanas, Benita se ausentaba al pajar con el primero que le decía algo bonito al oído. El Señor la castigó con frecuentes palizas de ese vago de Antonio, que acabó casándose con ella cuando un hijo que no llegó a nacer ya le abultaba el vientre. Lo único bueno que trajo esa unión fue que apartó a esa mujer de su hermana Trini; esa amistad siempre había disgustado profundamente a Aurita.

No, no le gustaba Benita Santomé. Le repugnaba su vida disipada, pero aún más le indignaba saber que su propia vida, un ejemplo de virtud y piedad, quedaba al descubierto ante ella, porque esa mujer sabía muchas cosas de las hermanas Freijomil, aunque también era

cierto que nunca las había predicado. El silencio era mutuo. A nadie le interesaba que en Loeiro se desenterrase el pasado. Ese pasado que a veces pesaba tanto que Áurea sentía que no le dejaba respirar, que se colaba dentro de su casa, la Casa del Cura, y revoloteaba sobre las tres hermanas. Ese pasado por el que día tras día acudía a misa para dar gracias al Señor por seguir vivas, pero también para rogar perdón por su mancha.

El gran pecado que había vuelto a sus vidas.

«¿Conocen a esta mujer? —Sinda acababa de enseñarles la foto, antes de entrar a la iglesia—. Es nuestra vecina. Se ha venido a vivir a la casa del Portugués».

La reconoció al instante. Habían pasado muchos años, pero la señal estaba ahí. La marca del pecado. Era ella. Era el castigo del Señor. El recuerdo de esa falta que las tres arrastraban. Ese secreto que hasta ahora nadie conocía salvo el mismísimo Dios y quizá, solo quizá, esa mujer que se sentaba a su derecha. Pero eso había cambiado. Se puede escapar de muchas cosas, pero no de la propia culpa.

Podía vivir con las miradas de Benita, que sospechaba aunque no sabía, pero ahora que ella había vuelto, esa mirada estaría en todos y cada uno de los habitantes de Loeiro. Y volvería la vergüenza.

Tendría que decidir si se lo decía o no a sus hermanas. Ella podría soportarlo, pero Trini y Cecilia eran débiles. Echó un vistazo a su reloj de pulsera y otro a sus dos hermanas, rigurosamente vestidas de negro y ambas con los ojos cerrados musitando sus oraciones. Aurita no era capaz de concentrarse en los rezos. Deseaba que la misa terminase para salir pitando, para dirigirse a su refugio, esa casa en el Monte da Cova que las tres habitaban desde niñas. Solo

quería vivir tranquila y morir junto a ellas, pero esa fotografía había traído el miedo de vuelta. Miedo a morir, a no ser perdonada por lo que hicieron, a que el Señor no atendiera sus súplicas. Volvió a fijar la vista en el Crucificado y renovó sus oraciones con fervor.

—Podéis ir en paz.

A la despedida del sacerdote siguió una oleada de susurros. Áurea se levantó del asiento de cuero negro en el que su figura se confundía día tras día, siempre angustiada, siempre impertérrita y cavilosa.

Las tres hermanas abandonaron el templo las primeras, despidiéndose de aquellos con los que se cruzaban con un leve ademán. Presurosas, se encaminaron hacia el cruce que las conducía a la playa de Loeiro. Desde atrás, sus figuras altas, espigadas y oscuras resultaban siniestras, como las de las tres parcas que dirigen el destino de los comunes mortales.

«Podéis ir en paz», se repitió Áurea para sí. Ella se encargaría de eso.

De que volviese la paz.

8

Loeiro, 7 de octubre de 2025

A buen seguro la casa de Emiliano satisfacía las expectativas de cualquier veraneante, por su proximidad a la playa y su reducido tamaño, que la hacía funcional como hogar de vacaciones, pero en otoño sus carencias se acentuaban. Tenía pocas ventanas, muy pequeñas y enrejadas: la luz del sol apenas entraba. En agosto probablemente era un cubículo fresco y apetecible; sin embargo, en el mes de octubre se asemejaba más a una oscura cámara frigorífica.

Alba dio otra vuelta en la cama. La manta era de lana y le producía una ligera alergia. Aguzó el oído. El silencio de Loeiro le impedía dormir, después de una vida en la ciudad, donde el tráfico comenzaba antes de que saliese el sol. Llevaba un par de horas dando vueltas, y por mucho que se engañase, sabía que la razón de su insomnio no era otra que el temor a quedarse dormida. No sabía qué significaban esas imágenes que se repetían. El ojo, las tres sombras humanas, el cuchillo, la sangre, las ratas. Había aprendido a convivir con el sueño, pero ahora que sabía que todo estaba ahí fuera, no quería afrontarlo. Las fronteras entre sueño y realidad se

habían desvanecido y no estaba segura de si sería capaz de soportarlo.

Se levantó para ir al baño, llevaba unos minutos demorándolo. Abrió la puerta de la habitación y observó la del fondo. Diez metros de pasillo sin una mísera bombilla. Seguramente Emiliano lo había considerado una inversión innecesaria en un mero lugar de paso.

La luz de la lámpara de su habitación dibujaba sombras en la pared. Se dijo a sí misma que era una adulta capaz de controlar sus miedos. Estaba convencida de que estos tenían su origen en la autosugestión. Añoró la linterna del móvil y maldijo su costumbre de dejarlo fuera de la habitación para evitar desvelarse. «No seas estúpida». Solo era un pasillo oscuro. Pero no un pasillo cualquiera, un pasillo oscuro en Loeiro.

Caminó despacio, con la vista fija en la puerta de madera. El suelo crujió bajo sus pies. El ojo, el cuchillo, las tres sombras, las manos. Las ratas.

«Solo es un sueño. Solo es un pasillo».

Se concentró en las vetas de madera azul petróleo de la puerta del baño. Autosugestión, solo eso. Detrás de esa puerta solo había una bañera beige y profunda con una cortina de vinilo decorada con enormes flores azules. El inodoro era azul y más moderno; no pegaba con el lavabo, que era del mismo beige de la bañera. Encima del lavabo, que quedaba oculto tras la bañera, en el lugar donde debería haber un espejo, un ventanuco mínimo dejaba ver el porche de la casa vecina, la antigua escuela de Loeiro, que había sido objeto de una reforma por los nuevos dueños y tenía uso residencial. Los azulejos eran de un chillón verde oliva.

«Solo es un baño», se repitió con confianza mientras giraba el picaporte de hierro.

Suspiró. Se estaba haciendo pis. Se dejó caer en el inodoro y cerró los ojos.

Esa casa no iba a poder con ella. Se limpió y se subió las bragas y el pantalón del pijama.

Avanzó hacia el lavabo y la vio.

El grito atenazó su garganta.

El pelaje gris, húmedo y apelmazado contrastaba con la porcelana beige del lavabo. Tenía el vientre abierto y las vísceras y la sangre se desparramaban a ambos lados del cuerpo del roedor. La boca, abierta, mostraba unos incisivos amarillentos y afilados que enmarcaban una pequeña lengua rosada. La cola larga y escamosa sobresalía de la pila. Le pareció que se movía, pero sabía que no era posible.

«Solo es una rata. Solo una rata. Una rata».

Las piernas le fallaron, su espalda buscó apoyo en los azulejos y su cuerpo se deslizó hasta acabar sentada en el suelo. Rompió a llorar y cerró los ojos.

Solo era un sueño. Solo era una rata. Cogió fuerzas y se levantó.

Seguía allí.

Se giró de manera brusca y se arrodilló a toda velocidad, con el tiempo justo para vomitar toda la cena.

9

Loeiro, 8 de octubre de 2025

Sinda observó contrariada cómo una mole blanquecina caía sobre la playa, un denso banco de niebla que la aislaba del resto de Loeiro. Sus prismáticos se tomarían un descanso hoy. Se sentó en la butaca. No le gustaba reconocerlo, pero cada vez se le hacía más cuesta arriba atender las tareas del hogar. No le costaba hacer frente a las labores comunes, como cocinar, lavar los platos o hacer la cama, pero planchar le pasaba factura a sus riñones, y hacía más de dos meses que demoraba el lavado anual de cortinas, colchas y fundas de cojín. Necesitaba ayuda, aunque temía lo que vendría después. Comenzaría con una mujer que acudiría unas horas a la semana y pronto esas horas se multiplicarían hasta que no fuera capaz de hacer nada por sí misma. No tenía nada en contra de las residencias de mayores, y aunque sabía que ese era el destino natural de una anciana sin familia, no quería renunciar así como así a su independencia. Decididamente tenía que dejar de leer a Elizabeth Strout. Su Olive Kitteridge, que en otros tiempos adoró, se había vuelto una vieja tan decrépita y amargada como ella misma. Volvería a la novela negra. Le daba más miedo la incontinencia urinaria que un libro sobre un asesino en serie.

Regresaba a su sillón de lectura cuando el sonido del timbre la sobresaltó. Se puso en pie con agilidad —tal vez aún no estaba como Olive— y le sorprendió ver ante el portalón a la nueva vecina del poblado de Montecelo, cobijada bajo un austero paraguas negro.

—Empuje fuerte, Alba —gritó—. Nunca la cierro con llave.

La mujer avanzó por el camino. A Sinda le había desconcertado profundamente la nueva inquilina del Portugués. Había permanecido callada mientras le enseñaba la casa, apenas había hecho preguntas y lo único que había conseguido sonsacarle era que había ido a Loeiro a descansar.

Tras cerrar su paraguas y apoyarlo en la puerta de Sinda, Alba entró en la casa.

Observó la gran cantidad de libros que abarrotaban la salita de estar.

—Bienvenida a mis dominios, vecina. Precisamente estaba pensando que, con este día, no podría hacer otra cosa que leer y escuchar algo de música. Y esta niebla me mata. El reuma. —Sinda señaló su rodilla, visiblemente hinchada—. No se deje engañar si ve que ando ligera, es solo que me he acostumbrado al dolor.

—Si tiene aceite de romero, puedo darle un pequeño masaje.

—Qué amable.

—Es mi trabajo. —Se encogió de hombros—. Soy auxiliar de clínica en una residencia de mayores en Lugo.

—Lo sé, con la cuñada de Iria, ella nos pidió que la ayudáramos —le recordó la maestra—. ¿Le apetece un café?

—No se moleste —lo rechazó Alba—. Solo venía a preguntarle por el servicio de butano. Ya no recuerdo la última vez que usé una bombona. Ni siquiera sé si sabré colocarla.

—El butanero pasa los miércoles, basta con que deje la bombona en la puerta. Está usted sola, ¿no? —tanteó Sinda—. En ese caso le durará bastante, aunque ya le he recordado a Emiliano que le consiga una estufa de butano. Esa casa no está preparada para un invierno de los nuestros.

—No está usted hablando con una valenciana. En Lugo también hace un frío del demonio.

—¿Nació usted allí? —Sinda no dejó escapar la oportunidad de comenzar su habitual interrogatorio.

Alba pareció pensárselo.

—Mis padres son de allí —respondió finalmente.

—¿De Lugo ciudad? —continuó la mujer—. Yo tengo una amiga de Lugo, pero hace mil años que no la veo. A lo mejor está muerta y todo.

Alba no repuso nada y cuando Sinda abandonó la estancia para dirigirse a la cocina, decidió aceptar ese café. De todas formas, sabía que antes o después debía pasar por ese trámite. Desde la cocina le llegó el sonido del grifo. Por lo menos, el café estaría recién hecho, pensó agradecida. Dirigió la mirada a las estanterías repletas de libros, figuritas de porcelana y fotografías. Innumerables recordatorios de comunión, orlas de alumnos universitarios, y estatuillas con forma de cigüeña o de paloma, portando un bebé o unos anillos, con distintos nombres grabados junto con la fecha del evento que conmemoraban. Acarició el lomo de algunos ejemplares antiguos. Nunca leía. Le asaltó el recuerdo de un sofá orejero verde, y un libro sobre sus rodillas. Se apartó de la estantería como si le hubiera dado calambre. Se estaba sugestionando. Le había sucedido en el pasado. Un aroma, un sonido, el tacto de una tela. Cualquier

estímulo sensorial la transportaba a un lugar que no llegaba a vislumbrar. Cuando esto ocurría se le paralizaba el cuerpo y se le secaba la boca. Con los años había aprendido a controlarse, y ahora ya no gritaba sin control, ni se desplomaba porque las piernas fueran incapaces de sostenerla. Así había sido hasta que vio esa imagen en la televisión y sufrió el shock que la había traído hasta este pueblo de Marín.

Tenía claro que esos episodios se basaban en recuerdos que estaban en algún lugar remoto de su subconsciente, pero el miedo que había sentido la noche anterior al saber que alguien había entrado en su casa tenía un fundamento real. Alguien sabía de su llegada a Loeiro y quería dejarle claro que no era bienvenida. Tendría que tomarse ese café con Sinda para intentar averiguar quién era ese alguien.

—¿Le gustan los libros?

Alba se giró, dando un respingo.

—Creo que sí. —Al instante se dio cuenta de lo inusual de la respuesta—. Quiero decir que hace mucho que no leo.

—Yo no hago otra cosa. Bueno, también me dedico a espiar a los vecinos. Prefiero decírselo yo a que se haga una idea equivocada. Simplemente prefiero mirar por la ventana que escuchar esos programas de cotilleo que hablan de gente que nadie conoce. Ya no hay famosos como los de antes. Si yo le contara la de cosas de las que se entera una sin querer, por ejemplo...

Alba aprovechó el discurso de la anciana para recobrar la compostura. Un sillón verde. Un libro. Era un comienzo. En alguna casa de ese pequeño pueblo había un sillón verde donde ella leía. ¿Qué leía?

—Y cada vez que ella se iba a misa de ocho, con estos ojitos yo veía cómo su marido salía corriendo...

La voz de Sinda desgranaba los escándalos más sonados de Loeiro. Alba quería cerrar los ojos. Los conocidos pinchazos comenzaban a instalarse en las sienes. Un sillón verde. Ya tenía eso. Y el libro. El libro de...

—Escarabajos.

La palabra salió sin que ella le hubiera dado permiso.

—¿Cómo dice, querida?

Alba se quitó sus gafas verdes y se frotó los ojos.

—Disculpe. Debe de ser al ver tal cantidad de libros. De repente me he acordado de uno que leía de pequeña.

—¿Un libro de insectos?

Alba se encogió de hombros.

Sinda se quedó pensativa durante unos instantes.

—El único que se me ocurre es el maravilloso libro de María Gripe. No hay alumno de la escuela de Loeiro que no haya pasado por mi casa para pedirme el ejemplar. Al final opté por dejarlo en la escuela. Seguro que se refiere a ese: *Los escarabajos vuelan al atardecer*. Debo de tener uno por aquí.

Sinda cogió una silla y, sin que a Alba le diese tiempo a detenerla, se encaramó a ella.

Antes de que la vieja maestra alcanzase un libro que estaba en lo más alto de la estantería de castaño, Alba sintió la conocida sensación de ahogo. Un peón de ajedrez. Cerró los ojos un segundo. Vio la portada sobre sus rodillas. De nuevo el sillón verde.

El estruendo la devolvió al presente.

—*Mateime, filliña* —gimió desde el suelo Sinda, hecha un ovillo a sus pies—. *Mateime*.

10

Loeiro, noviembre de 1984. Dos días después de la muerte de Berta

Aurita decidió que, llegado el momento, no velarían a la niña. No hablarían con nadie de cómo había muerto Berta o, mejor dicho, de cómo la habían matado. Había asuntos que no era necesario explicar. Nadie habla nunca de algunas cosas, tan solo se las oculta en casa, hasta que la gente olvida la deshonra. Así había sido siempre. Nadie hablaba nunca en Loeiro de los ojos morados de Mucha, la mujer de Luciano, pero todos sabían que cada vez que él bebía de más, y eso sucedía a menudo, se oían gritos y golpes en su casa del Bouzón. Nadie comentaba hasta qué punto se parecía Andrés a su tío Valerio, quizá por el simple hecho de que todos sabían lo de Valerio con su cuñada. Y, por supuesto, nadie en la villa hablaba jamás de cómo el cura de Ardán, su propio abuelo, había tenido tres hijas con la criada.

Nadie dice en voz alta lo que sucede en un pueblo pequeño. Pero en el corrillo del patio de la iglesia, en las reuniones de las noches, a la fresca, o en los ratos compartidos de faena, se hablaba mucho en voz baja. Lo que se sabe se sabe, pero lo que no se sabe se inventa.

A la pequeña Berta Freijomil se la llevaron medio muerta a la residencia de Montecelo, esto ya lo andaba diciendo todo el mundo.

También sabían que cuando la encontraron tenía la cabeza abierta, y que apenas respiraba.

Fue Trini la que se encargó de decir que había muerto en el hospital. No harían velatorio, ni misa, ni funeral. Encargarían una lápida en Pontevedra y le pedirían al cura que rezase un responso al que, por supuesto, solo asistirían ellas tres.

El pueblo no hablaba en voz alta, pero sabía. Aurita oía sus voces sin escucharlas.

«La violaron». «La rajaron». «Dicen que le faltaban los dientes». «Creo que le metieron un cuchillo por allí, por sus partes». «Era día de matanza, había mucha gente en el pueblo: matachines, sus ayudantes, un aguardentero que venía de Monforte, familiares que acudían para ayudar de todas partes, de Moaña, Bueu, Mogor y Cangas». «Fue un hombre, seguro». «Con la niña muerta y deshonrada, es normal que las tres nietas del cura no quieran ni velatorio, ni pésame, ni funeral».

También sabían que la habían llevado a comisaría junto a Ceci y Trini. Tuvieron que explicar a la policía qué hacía la niña fuera de casa de madrugada. A fin de cuentas, fueron ellas las que la encontraron medio muerta en el camino que subía de la fuente. Repitieron el relato de los hechos hasta la saciedad. Trini se había percatado de su ausencia, cuando se levantó para ir al baño y vio que la puerta de su habitación estaba abierta y la cama vacía. Llovía, pero las tres salieron a recorrer el pueblo. Era la primera vez que Berta hacía una cosa así. Llegaron a pensar que quizá deambulaba sonámbula. Y sí que tardaron en llamar a la ambulancia cuando dieron con ella, porque decidieron cargar con la niña y subirla a

casa. No se dieron cuenta de que estaba tan grave hasta que la acostaron.

No las creyeron, pero no consiguieron probar nada, aunque lo intentaron de todas las formas posibles. Las interrogaron sobre su pasado. Querían saber quiénes eran los padres de Berta y por qué la habían dejado a cargo de sus tres tías cuando emigraron a Buenos Aires. Las encerraron en una sala y las cosieron a preguntas, juntas y por separado. Querían hacerlas confesar que ellas la habían golpeado. Las acusaron de no haberla vigilado, no como una madre haría con un hijo. Los ojos de los policías las escrutaban acusadores, intentando encontrar una grieta en su relato, un error, algo que permitiera incriminarlas. A ellas, que la habían criado desde que era una bebita recién nacida. ¡Malnacidos! Eso es lo que repetirían a quien preguntase: que eran unos malnacidos por sospechar de tres mujeres indefensas.

Pero habían vencido. Ni la policía ni el juez habían podido con ellas.

Ya de vuelta a casa, Ceci se encargó de decir a todos que esa noche la niña se había escapado, que quizá alguien la engañó y así acabó muerta. Y lo más importante: que la policía buscaba a un hombre. Un hombre, repetían, que quedara claro.

Ahora debían continuar así, solo eso. Día tras día. Debían llorar delante del pueblo, vestir de negro, negarse a recibir visitas. Ser cuidadosas. Sobre todo con Benita. Ella sabía algo. Benita siempre sabía algo. Lo supo hace diez años y lo sabía ahora. Por eso le había prohibido a Trini que cruzase una sola palabra con ella.

Tocaba llorar por Berta, e ignorar que la niña se lo había ganado a pulso, con esa curiosidad insana, esa lengua afilada y esa manía de

meter las narices en todo. La habían subestimado.

Ahora tocaba encargarse del cerdo que, al fondo del cobertizo, colgaba del techo sostenido por un enorme garfio de hierro. Aún olía a carne chamuscada. Debían preparar y ahumar los chorizos producto de la matanza. Porque la niña había muerto, pero la vida seguía. Tenían que salar la costilla, la cachucha, las pezuñas, la oreja y el morro, preservar el unto, trocear el tocino, freír chicharrones, separar el *raxo* y el solomillo, preparar el hígado, lavar las tripas y picar la carne. Toda la carne debía pasar por la picadora. Tenían mucho trabajo por delante.

Porque del cerdo se aprovecha todo.

—¿Ya estáis de vuelta?

Aurita dio un respingo y alzó la vista.

—Casi me matas del susto, Portugués —se impacientó ella.

—El otro día hubo aquí una buena matanza —le contestó el hombre desde la puerta del alpendre, aunque su mirada no se dirigió al animal de más de doscientos kilos que habían sacrificado tres días atrás.

—Vete por donde has venido. Estamos de luto.

—¿Por la niña o por el hombre? —preguntó Emiliano.

Aurita lo miró sorprendida.

—¿Qué sabes tú?

Él no se molestó en entrar.

—Todo. Por las noches duermo mal y a veces me da por pasear —dijo—. Pero no te preocupes, Aurita, si me lo propongo, puedo tener muy mala memoria.

11

Loeiro, 8 de octubre de 2025

Medio Loeiro se congregó en el puente en cuanto la sirena de la ambulancia se anunció con estruendo en la pequeña población. Alba había resultado de gran ayuda a la hora de avisar a los servicios sanitarios. Encontraron a la anciana sentada en el sofá con un apósito en la frente y el brazo inmovilizado con una venda que la auxiliar de clínica había encontrado en una caja de galletas holandesas que hacía las veces de botiquín.

Tuvo que pelear un buen rato con ella para que le dejase llamar al 061. Sinda insistía en que solo era un golpe. Tras palparle el brazo, Alba supo que era probable que se lo hubiese fracturado. La anciana le pidió que llamase a Iria, a la que definió como «una amiga cercana, casi una sobrina», olvidando que ella trabajaba con Noa y sabía de sobra quién era Iria Santaclara. Después de realizar esa primera llamada, tras más de un cuarto de hora de chocar con el muro de la testarudez de la maestra, esta consintió que avisase al servicio de urgencias.

Cuando ya había asumido que le tocaría acompañar a Sinda en la ambulancia, una mujer más joven que ella, con una media melena

rubia, cuerpo atlético y cara de preocupación, entró por la puerta y tomó las riendas, para alivio suyo.

Apenas le dio tiempo a presentarse ante Iria cuando los sanitarios irrumpieron en el hogar de Sinda. Alba puso al médico en antecedentes y, ante las protestas de la anciana, se decidió su traslado al hospital de Montecelo.

Observó desde su ventana la afluencia de lugareños, y estuvo en un tris de encerrarse a cal y canto. Luego decidió volver a ponerse el chubasquero por si regresaba el orballo y se dirigió hacia allí, como la res que va al matadero. Siempre le había costado socializar. No le agradaba responder a preguntas y a la gente le encantaba hacerlas. Por eso le gustaban los ancianos, porque carecían de memoria y filtros sociales y siempre preferían hablar a escuchar. Igual que el café de Sinda, presentarse a los vecinos de Loeiro era un trámite por el que tendría que pasar.

Según se acercaba reconoció la figura de Toño, en su silla de ruedas. En cuanto llegó a la altura del corrillo, pensó que era imposible que recordase a nadie. Ningún rostro le resultaba familiar y estaba segura de que sería recíproco.

—¿Se han llevado a Sinda? —preguntó un hombre de pelo blanco, palillo en boca y camisa de franela que había conocido mejores tiempos.

Alba asintió.

—Estábamos tomando un café, se subió a una silla para coger un libro y se cayó.

Una mujer, tras la silla de Toño, la miró con reprobación. Supuso que sería su madre. En sus ojos había un claro reproche;

seguramente se preguntaba por qué no se había ofrecido ella a alcanzar el libro.

Toño la sacó del apuro.

—Ella es Alba, la inquilina de Emiliano.

Alba le lanzó una mirada de agradecimiento.

Uno a uno, se fueron presentando. Benita, Nolo, Federico, Valerio, Mucha, Berto, Finucha, Marita, Xulián, Suso, Lito, Pacucha, Servando y Geluca. Los nombres se confundieron con los apodos: Conexa, Besuga, Gaiteiro, Catrollos, Perrecha o Macuso. Acto seguido, vino una explicación sobre los lazos que los unían. Mi madre, mi hermano, mi primo, mi cuñado, su consuegra, la tía política, la viuda de su hermano. Alba deslizaba los ojos sobre esas personas sin que nada se despertase en su interior. Excepto Toño y Nolo Pousada y Berto, todos estaban instalados en esa edad indefinida que tenían los habitantes del rural, que bien podría ser cualquiera entre los setenta y los noventa y cinco años. El sol, las inclemencias del tiempo y la vida a la intemperie eran fuente de salud, pero castigaban los rostros, imprimiéndoles una identidad común que hacía imposible distinguirlos. Lo mismo sucedía con sus atuendos: boina, camisas de cuadros, pantalones de franela y chaquetas fruto de horas de labor de calceta constituían el uniforme masculino. Ellas vestían batas de cuadros sobre jerséis de lana, pañuelos en la cabeza, medias negras y zapatillas del mismo color.

Alba se esforzó por retener sus nombres.

—Emiliano, acércate a conocer a tu inquilina —gritó el hombre que se hacía llamar Servando.

Se giró y vio una figura en el cañaveral, justo al lado del camino que llevaba al lavadero, a cincuenta metros de distancia. Junto a él,

un pitbull gris correteaba nervioso. Era un hombre bajo y fornido. Tendría unos ochenta años y el cabello de un blanco casi albino. Su barba descuidada, sin embargo, tenía un tono amarillento y, aun desde esa distancia, se veía apelmazada y sucia. Las cejas pobladas habían inundado su campo de visión. Las manos que sujetaban la cuerda que hacía las veces de correa estaban cubiertas de surcos negros y las uñas de ambos meñiques eran muy largas y bajo ellas había tierra, barro o sabía Dios qué.

Sinda se había quedado corta al hablarle de la higiene personal de su casero. A la vista de su jersey harapiento, el pantalón de pana con la pretina abierta y la costra espesa que se acumulaba en su rostro, la palabra «mugre» que había empleado la anciana le parecía casi amable. Aun así, Alba esbozó una sonrisa. El hombre desvió la mirada y retomó la marcha.

Poco a poco el grupo se disolvió. Ella prometió que les haría saber cómo estaba Sinda en cuanto Iria la llamase por teléfono. Antes de emprender el camino de vuelta, Toño Pousada se acercó a ella.

—No se lo tenga en cuenta —le aconsejó—, ya se acostumbrará al Portugués. Todavía no sabemos si no le gusta la gente o si simplemente le da miedo. Sea como fuere, no es peligroso. En todos los pueblos hay alguien no muy espabilado. Ya sabe, que es un poco... lento.

—Le he entendido —dijo ella, apreciando su sensibilidad—, supongo que ya iré conociendo a todo el mundo.

—No es que seamos muchos, aunque algunos más hay. Sin ir más lejos, mire ahí, con disimulo —indicó Toño—; justo detrás, en la vuelta de la Cova, están las hermanas Freijomil. Las nietas del cura.

La vuelta de la Cova. «Ten cuidado con los coches en la vuelta de la Cova, bajan como locos». Las palabras retumbaron en su cabeza mientras miraba el monte que se alzaba sobre la playa de Loeiro.

Alba se giró lentamente, como quien no quiere la cosa, levantó la vista y vislumbró a lo lejos tres figuras. Tras los cristales de sus gafas consiguió ver que una de ellas era mucho más alta que las otras. Dos tenían el pelo canoso, y la más bajita lucía un cabello negro como el ala de un cuervo, recogido en lo que a esa distancia parecía un moño.

Tres mujeres que parecían tres sombras.

Sintió que su respiración se ralentizaba y sus piernas se clavaban al asfalto. Todos los músculos de su cuerpo se pusieron en tensión.

El ojo, las manos, el cuchillo. La lluvia, el árbol, la rata. Tres sombras. Las imágenes de su sueño recurrente se sucedieron a toda velocidad, como en esos visores de diapositivas que se vendían como souvenires cuando ella era niña. ¿«Cuando ella era niña»? ¿Cuándo tuvo un visor de diapositivas?

Toño la sacó de su extraño trance al preguntarle si se encontraba bien. Logró esbozar una leve sonrisa y musitar unas palabras sobre su preocupación por Sinda. Se quitó las gafas y las limpió, para intentar mejorar la visión.

—Está muy cambiada sin gafas —dijo Toño.

Alba sintió que se ruborizaba. Para cuando dirigió nuevamente la vista hacia las tres mujeres, estas ya habían desaparecido tras la curva que subía al Monte da Cova.

12

Loeiro, 10 de octubre de 2025

—Esto es una encerrona —protestó la anciana.

—Sinda, esto no es negociable —replicó Iria—. Alba es la persona adecuada para asearla y hacerle compañía durante la mayor parte del día. Es una gran profesional, y además ha sido muy amable ofreciéndose, teniendo en cuenta que ha venido a Loeiro a descansar. Es una solución perfecta.

César, Iria y Alba rodeaban a la maestra jubilada, que permanecía en su butaca con el brazo en cabestrillo y gesto enfurruñado. Tras dos noches en el hospital y una operación para unir los fragmentos de su húmero con placas y tornillos, Sinda había regresado a su casa de Montecelo para encontrarse con ese comité de bienvenida que estaba intentando organizarle la vida.

—Es lo menos que puedo hacer —añadió Alba—. Debí impedir que se subiera usted a esa silla. No sé en qué estaba pensando.

—Soy perfectamente capaz de valerme con un solo brazo —se defendió Sinda.

—Tiene usted bañera en lugar de ducha, y antes de que se dé cuenta habrá sufrido otra caída y al brazo roto habrá que añadirle una cadera descoyuntada.

—No hay más que hablar —respaldó Iria a Alba—. Yo misma la ayudaría, pero Marta y yo estamos muy liadas en el despacho. Hemos comenzado muy bien y no puedo cogerme ningún día, aunque vendré todas las noches y dormiré en el cuarto de invitados hasta que recupere su autonomía.

—Yo también me dejaré caer por aquí —intervino César.

Sinda se rindió.

—Veo que ya está todo organizado y decidido. Pero pondré mis condiciones. Alba recibirá un sueldo y eso tampoco es negociable. Y en cuanto me quiten la escayola, cada mochuelo a su olivo.

—Yo no le cobraré, me siento responsable por lo sucedido, y teniendo en cuenta lo amable que ha sido usted desde que he llegado... —insistió Alba.

—Querida, usted no sabe aún que me apodan la Gestapo. Sé que está pensando en lavarme y prepararme el café, pero le aseguro que tendrá que ser mis ojos y mis oídos en el pueblo. No podré salir mucho y deberá ponerme al tanto de un montón de asuntos, desde la organización del magosto hasta la campaña de donación de alimentos de la iglesia.

—Y no dude de que acabará adivinando qué ha venido usted a hacer a Loeiro —sonrió César—. Es la pregunta que se hace todo el pueblo.

Alba se mostró incómoda.

—He venido a descansar —repitió su argumento con menos convicción de la que le gustaría—. ¿Y qué es eso de la Gestapo?

Iria y César rompieron a reír.

—¿Se lo explicas tú o lo hago yo? —preguntó Iria, dirigiéndose a su exjefe.

—Son ustedes malísimos —intervino la anciana.

Lo cierto era que la presunta incomodidad de Sinda tenía mucho de pose. No le gustaba causar trastornos a sus amigos, pero era agradable sentirse querida. Había renunciado a casarse y tener hijos porque prefirió estudiar, algo que no se entendía en las mujeres de su generación. En los años sesenta y setenta había peleado mucho para que los niños de Loeiro dejasen de lado las tareas que se les imponían desde bien pequeños y se interesaran por el estudio y la lectura. En Loeiro se había pasado mucha hambre en la posguerra. Las familias eran prolíficas y no era fácil alimentar a una docena de hijos. Los niños salían con sus padres a la mar desde los doce años, las niñas ayudaban en las labores del hogar, ataban redes, atendían la huerta y a los animales. Lo único que se esperaba de sus intermitentes visitas a la escuela era que aprendieran a hacer cuatro cuentas, y a leer y a escribir, sin preocuparse por la ortografía. Y no, la cultura ni estaba bien vista ni era una prioridad para esos padres que catalogaban de loca a esa mujer soltera que no estaba interesada en formar una familia y se pasaba el día con la nariz metida en un libro. A los niños de Loeiro se les decía: «Deja de leer, que vas a acabar loco, como la Gestapo».

Aun así, Sinda estaba orgullosa de su trabajo y de lo que había conseguido. En sus estanterías no había fotografías de hijos y nietos, pero las había sustituido por las orlas universitarias de muchos chavales de Loeiro.

—En fin —concluyó—, si voy a dejar que me organicen la vida, que usted me acompañe hasta la ducha y que Iria duerma en la habitación contigua a la mía, lo único que tengo que decir es que ha llegado el momento de que nos tuteemos.

—Como usted quiera —dijo Alba, cogiéndole la mano sana.

—Como tú quieras —la corrigió la anciana, que siempre tenía que decir la última palabra.

13

Loeiro, junio de 1984. Cinco meses antes de la muerte de Berta

Puso el magnetofón en marcha:

—Aquí, Berta Freijomil. Estoy grabando en el aparato que me han regalado las tías el día de mi comunión. Igual que en el libro de María Gripe, voy a empezar una investigación y a dejarlo todo registrado. Hoy es 8 de junio de 1984. La tía Aurita está en el molino y la tía Trini en su mercería. La tía Ceci está abajo cosiendo, como siempre. Está conmigo mi amiga Mila. Vamos a investigar el misterio de mi familia, y sobre todo conseguir información de mis padres, que en teoría viven en Argentina. Nos dirigimos ahora al cuarto secreto.

—Tengo miedo —susurró Mila.

—¡Chist! —la reprendió Berta apagando el magnetofón—, acabas de estropearme la grabación. No digas *parvadas.* Solo es un cuartucho cerrado con llave. No vuelvas a hablar sin avisar.

De nuevo apretó el botón que iniciaba la grabación y continuó con su relato.

—El cuarto secreto no se abre nunca, y las tías dicen que dentro solo hay trastos. Está al fondo del pasillo. Después de una gran labor de investigación, Mila y yo hemos descubierto que la llave se guarda

en el cajón de la ropa blanca del dormitorio de la tía Aurita. Mientras yo hablo, Mila va a abrir la puerta.

Las manos de su amiga temblaron al introducir la llave en la vieja cerradura. Berta le indicó con un ademán que se apresurase, mientras aguzaba el oído. Lo último que quería era que la tía Ceci las pillase con las manos en la masa.

Las bisagras de la puerta de castaño chirriaron.

—El cuarto está oscuro. Voy a buscar la llave de la luz. —Berta extendió la mano y tanteó la pared. Tras unos instantes alcanzó el interruptor. Una luz débil, procedente de una bombilla de escaso voltaje, iluminó el cuartucho—. En efecto, estamos en un cuarto lleno de trastos. A mi derecha hay una bolsa llena de patrones de la tía Ceci y otra con revistas antiguas.

Apagó el magnetofón.

—No hagas ruido —le indicó a Mila—. Yo empezaré por estas cajas. Tú abre ese baúl.

—¿Qué buscamos exactamente? —le preguntó su amiga.

—Pues cualquier cosa que tenga que ver con mis padres. Fotos, cartas. Necesito saber qué esconden las tías. Jamás me han enseñado nada, solo su vieja foto de boda. No me creo que nunca se hayan preocupado por mí.

—¿Crees que están muertos?

—Por supuesto que están muertos —le respondió Berta—. Ese no es el misterio. El misterio es por qué las tías no me cuentan la verdad, por qué se avergüenzan de ellos. A lo mejor eran delincuentes, como Bonnie y Clyde.

—Estás loca.

—Aquí hay un misterio como en los libros de *Los Cinco* y quiero descubrirlo. —Berta abrió una caja de cartón y comprobó que dentro tan solo había restos de ovillos de lana de colores variados.

Mila abrió el baúl.

—Si lo que quieres son papeles, aquí hay un montón —le informó sin girar la cabeza.

—Vamos a por ellos. —Berta se arrodilló a su lado y puso en marcha la grabadora de nuevo—: Estamos revisando un baúl lleno de papeles. Hay cartas, y una carpeta amarilla donde se lee «Mauricio López García, notario». En este sobre hay muchas fotos. Las tías en la viña y en el molino.

Volvió a detener la grabación.

—Vamos a revisar esto antes de seguir grabando —decidió—. La comunión de la tía Trini. ¡La tía Ceci en biquini! Nunca imaginé que la tía bajase a la playa. Esto debe de ser de antes de que yo naciese. Nunca he visto a ninguna de las tías en la playa.

—¿Esta eres tú? —Mila le mostró la foto de un bebé.

—Seguro que sí. —Era una foto de estudio, en blanco y negro; en ella, un bebé aparecía recostado en un cojín—. Esa es mi medallita de la Virgen del Carmen.

Mila giró la instantánea. En el sello del estudio de fotografía, algo desvaído, aún podía leerse: «Antonio Ramil. Fotógrafo. Avenida del Generalísimo, 32. Miño».

—Pero ¿tú no habías nacido en Buenos Aires?

—Eso me han dicho siempre las tías.

—¡Bertaaaaa! —La voz de la menor de las hermanas Freijomil sobresaltó a ambas muchachas.

—¡Apura! Coge la foto, yo me encargo de cerrar estas bolsas —ordenó Berta—. Que no se nos olvide la grabadora.

Salieron corriendo, tras cerrar la puerta con sumo cuidado.

Ninguna de las dos se acordó de cerrar la tapa del baúl.

14

Loeiro, 20 de octubre de 2025

Alba se aseguró de que Sinda quedaba cómodamente instalada en su sillón, con su lectura a mano y un termo de café en la mesita contigua.

—Solo voy a dar un paseo.

—Queridiña, la esclavitud se abolió hace siglos. Pasas aquí un montón de horas y es totalmente innecesario. Hay una gran cantidad de cosas que se pueden hacer con una mano inmovilizada.

—Como, por ejemplo, perder el equilibrio y volver a caerte, Sinda.

—Vete tranquila. Si ves a Benita, dile que venga sobre las cinco. Ya sabes que me gusta echar una cabezadita después del telediario.

Alba llevaba tan solo diez días atendiendo a Sinda, pero ambas se habían adaptado a su nueva realidad de manera natural. Acudía a primera hora para asearla y poner la casa en orden. Habían decidido que volvería al mediodía y prepararía la comida para ambas. Por las tardes, la dejaba siempre en compañía de Benita, César o alguno de los vecinos que se acercaban a interesarse por su salud. Alba presentía que, en el fondo, Sinda estaba encantada con la situación. Por la noche, tras ayudarla a cambiarse, Iria le daba el relevo.

Tenía que reconocer que el sueldo que finalmente había aceptado le venía bastante bien. Después de una vida de trabajo y sin cargas familiares, su situación financiera era desahogada, pero esa inesperada fuente de ingresos le permitiría alargar la excedencia si era necesario. Además, su presencia en casa de Sinda la ayudaba a introducirse en el día a día de Loeiro sin despertar suspicacias. Había adornado la historia de su visita con algunos detalles, inventando una crisis de estrés en el trabajo, un agotamiento nervioso.

—Volveré sobre la una y media —se despidió.

Abandonó la casa revestida de azulejo amarillo y azul y se encaminó hacia la playa. Desde el día de la caída de Sinda, había pensado mucho en las tres mujeres que había visto en esa curva pronunciada que marcaba el ascenso al monte. La vuelta de la Cova. Sabía que la frontera entre la fantasía y los recuerdos era difusa. Así había sido a lo largo de toda su existencia. Pero desde que había llegado a Loeiro, algo había cambiado. Algunas imágenes la asaltaban de repente, y sin poder explicarlo, sabía que eran ciertas. En algún momento, la Alba niña, la que no tenía en su cabeza una cicatriz enorme, había pisado esos caminos, respirado el aire salino de ese mar y chapoteado en ese río. Eran pequeños destellos que su conciencia, sin más, reconocía certeros.

Cruzó el puente y se dirigió al Monte da Cova, dejando a su espalda la playa y un mar revuelto como nunca lo había visto desde su llegada a Loeiro. Tenía pendiente aceptar la invitación de César para tomar un café y conocer a su pareja, Carmen. Un cartel le indicó que el lugar recibía el nombre de «Moledo». Aceleró el paso. La pronunciada cuesta comenzó a pasarle factura, pero no bajó el ritmo. «Apura, Mila».

La frase acudió a sus labios. ¿Quién era Mila? Desechó el pensamiento en cuanto giró a la izquierda y los ladridos furiosos de tres perros hicieron que se le desbocara el corazón. Sus fauces abiertas empujaban una valla metálica que a Alba se le antojaba demasiado débil para protegerla de sus embestidas. Fue ella quien apuró el paso sin permitirse echar una simple ojeada a la finca que guardaban esas fieras. No era esa la casa que estaba buscando.

Apenas había recuperado el aliento, cuando se topó con el portalón de hierro verde. Observó la casa de dos plantas tras él. Era una construcción sobria, con robustos muros de piedra. Sobre la puerta destacaba esculpido un escudo, de base redondeada y recto en la parte superior, que contenía una rama de olivo y el lema «Fide et Servitio». Dos ventanas blancas, con marco de madera, flanqueaban la entrada principal: una puerta igualmente blanca y de madera. Las ventanas del piso superior, sin embargo, lucían una renovada carpintería metálica, único signo de modernidad de la construcción. En el patio había una mesa de plástico blanco con tres sillas del mismo color y una sombrilla con publicidad de Estrella Galicia. No había flores. En la parte trasera de la finca distinguió una huerta, un alpendre y un hórreo.

—¿Quiere algo?

Dio un respingo. Se giró de golpe y se topó de frente con una mujer de pelo corto y blanquísimo. Mil arrugas surcaban su rostro y tenía unos ojos duros de frío gris acero. Vestía de negro de pies a cabeza y sostenía en las manos una barra de pan que a Alba se le antojó un arma.

—Estaba dando un paseo —respondió, cuando recuperó la voz tras el susto inicial—. Su casa es muy antigua.

Iba a añadir que también era bonita, pero no lo era. Podría serlo si cuidaran los detalles, limpiaran la piedra, plantasen un jardín o renovasen el tejado. Lo único imponente era su tamaño, el escudo y el material de construcción.

La mujer no contestó. Ella hizo amago de esbozar una sonrisa y se dispuso a continuar con su camino. La puerta de la casa se abrió y asomó una mujer que a simple vista parecía más joven. Su cabello era negro y, como el día en que la vio en la distancia, lo llevaba recogido en un moño. Cuando se percató de la presencia de Alba tras el portalón, se apresuró a salir a su encuentro.

—Es usted la enfermera de Sinda, ¿verdad? —Su tono afable contrastaba con la hostilidad de la primera—. La turista de Lugo.

—No soy una turista —aclaró—. Viviré aquí este invierno. Me llamo Alba, y sí, estoy cuidando a Sinda tras su accidente.

—Yo soy Cecilia —dijo la menor de las mujeres—. Esta es Aurita.

—Áurea —la corrigió su hermana.

—Ah, sí. Son ustedes tres, ¿no?

—Trini está en Seixo, ha ido a la farmacia. Ya veo que ha oído hablar de nosotras. Las del cura.

—Curioso apodo —dijo Alba.

—Ya sabe lo que dice el refrán: «Nunca digas de esta agua no beberé, ni este cura no es mi padre».

La mayor de las Freijomil dirigió una mirada cargada de reproche a su hermana.

—Voy a hacer la comida —dijo Áurea. Esquivó a Alba, pero no pudo evitar que sus brazos se rozasen. La anciana retiró el suyo con un gesto de desagrado.

Alba musitó un buenos días por lo bajo y retomó su paseo. Le había quedado claro que a esa mujer le disgustaba su presencia en Loeiro, quizá lo suficiente como para colarse en su casa y colocar una rata muerta en su lavabo.

En cuanto la perdieron de vista, las hermanas entraron en la casa. El interior estaba oscuro, ya que las persianas permanecían bajadas casi en su totalidad.

—Cecilia, no sé a qué ha venido esa expresión tan poco respetuosa.

—Es solo un refrán —se defendió—. Nuestro abuelo era el cura de Ardán, lo sabe todo el mundo.

—Y te recuerdo que hay un montón de cosas que no sabe nadie, y que así debe ser. Hablar con la primera persona que se asome a nuestro portalón para husmear con descaro no es una buena idea.

Tras quitarse el abrigo negro, Aurita entró en la cocina y depositó la barra de pan sobre la mesa. Se colocó el delantal. Abrió la nevera y sacó un pollo.

—Solo es una nueva vecina.

—¿Eso es lo que has visto? ¿Solo una mujer? —Aurita cogió un cuchillo del primer cajón del chinero verde que ocupaba toda la pared frontal.

—No te entiendo.

—Tú has visto una mujer —replicó Aurita—. Yo he visto un fantasma.

Cecilia la miró con sorpresa, mientras ella clavaba el cuchillo en el pecho del animal y lo rajaba de arriba abajo.

15

Loeiro, ese mismo día

Iria Santaclara salió de la ducha. Se secó la melena rubia, se quitó el albornoz y se puso un pantalón de pijama y una camiseta blanca. Por el hueco de la escalera le llegaba la incansable voz de Sinda, que conversaba en el salón con Alba.

Disfrutaba de la compañía de la Gestapo. La vieja maestra la apreciaba mucho. Respetaba sus silencios, no juzgaba sus decisiones y, sobre todo, no la trataba como si fuera un jarrón chino que se acababa de romper en mil pedazos. Todos a su alrededor se esforzaban en recomponerla, en que volviera la Iria de antes. Sinda sabía que la Iria de antes nunca volvería. Ya no era inspectora de policía, sino investigadora y abogada especialista en criminología y Derecho penal. La habilitación para esta última actividad le había llegado hacía un par de semanas, y se había colegiado como detective privado. Le gustaba tener los papeles en regla. Aunque sabía que no podría investigar delitos perseguibles de oficio, no quería pleitear sin más.

Bajó las escaleras y se dirigió a la salita. Sinda ya vestía su camisón y una bata de franela.

Alba la ayudaba a terminar un plato de sopa que descansaba sobre la mesa camilla.

—Mis dos ángeles de la guarda —dijo la antigua maestra a modo de recibimiento.

—Estoy empezando a pensar que te subiste a esa silla a propósito —bromeó Iria.

—Tienes sopa de pollo en la cocina —le indicó Alba.

—He tomado algo con Marta en Os Cregos después del trabajo, me voy directa a mi habitación. Leeré un poquito y a dormir.

—¿Cómo va el negocio? —se interesó Sinda.

—Dos demandas de divorcio, una mujer que no puede probar el maltrato psicológico de su marido y una agresión sexual a una adolescente. En resumen, un asco.

—Qué interesante, danos algún dato más.

—Me temo que te quedarás con las ganas, Sinda —negó Iria—, esto es lo máximo que puedo decir sin comprometer mi confidencialidad.

—Echas de menos la comisaría.

—Por supuesto que no.

—No era una pregunta. —La anciana sonrió comprensiva—. Sé que la echas de menos y también sé que odiarías volver, igual que no hay día que no recuerde a mis alumnos, aunque soy consciente de que no aguantaría ni loca a veinte chiquillos juntos bajo el mismo techo. Cada cosa tiene su tiempo y cada tiempo hay que vivirlo de distinta manera.

—Sabias palabras —intervino Alba—. ¿Quieres que te traiga una pieza de fruta?

La anciana negó con la cabeza.

—Suficiente por hoy. ¿Y cómo ha sido tu día?

—Puse una colada. —Tras unos segundos en silencio, decidió probar suerte—. Y también di un paseo. He conocido a dos de las nietas del cura.

—¿A la bicha o a las pequeñas? —Sinda le entró al trapo.

—Dijeron que eran Cecilia y Áurea. —Alba pasó por alto el insulto —. Qué curioso lo del cura, ¿no?

—No lo era en el siglo pasado. Emilio Freire, su abuelo, fue párroco de Ardán. Tuvo tres hijas con su criada, Dolores Graña. Le quedó de mote «Lola, la del cura» — contó la anciana, y cogió carrerilla—. En aquella época no era ni tan extraño ni tan escandaloso. Por supuesto, no llevaban su apellido, pero les dejó toda la herencia a ellas: la casa de Moledo, en la Cova, un montón de fincas y el Molino del Cura. Una de las tres hijas se murió de niña, no me acuerdo del nombre. Lola, la mayor, se quedó solterona, y Rosalía, la pequeña, se casó con Cándido Freijomil, pero murió muy joven, poco después de dar a luz a la pequeña. Yo ni la recuerdo, pobrecita, tenía diabetes, murió dejando cuatro hijos que crio su hermana Lola. Mi madre me contó que vendieron todas las tierras del cura para comprar insulina de estraperlo. Y cuando lo vendieron todo, se acabó. Una desgracia. Hoy en día habría sobrevivido, pero en aquel momento...

—¿Cuatro hijos? —preguntó Alba—. Pensé que eran tres hermanas.

La Gestapo estaba encantada de encontrar público para su cháchara.

—Cecilia, Aurita y Trini son las tres hermanas que se quedaron en Loeiro. El único varón, Emilio Freijomil, emigró a Buenos Aires, como

tantos otros.

—¿Y vive? —se interesó Alba.

—No, no. Tanto él como su mujer Gloria, la hija de Santos, fallecieron allí. Incluso antes de que sucediese lo de la niña.

Iria y Alba la miraron interrogantes.

—Madre mía —continuó la Gestapo—, la de años que llevo sin acordarme de lo de la niña. Era la hija de Gloria y Emilio, la pequeña Berta. Gloria murió en el parto, así que las tres hermanas se fueron a Argentina a ayudar a Emilio, pero volvieron al cabo de unos meses con su sobrina en brazos. La criaron con auténtica devoción. En aquellos tiempos era impensable que un hombre solo criase a una niña sin ayuda. Deberías haber visto a Aurita entonces, no voy a decir que fuera amable, pero se le dulcificó el carácter, todo lo que se le puede dulcificar a ese diablo.

—No conocía yo esa faceta tuya tan maledicente —intervino Iria—. Lo de la curiosidad es una cosa, pero nunca te he visto hablar así de nadie.

—Soy una persona objetiva —dijo Sinda—, y desde lo de la niña parece que la poseyó un demonio. Las tres se enlutaron y se encerraron en casa. Aurita las tiene totalmente sometidas. La tiene tomada con Benita: cada vez que se cruza con ella, la mira con un rencor... Y me consta que mi amiga no le ha hecho nada.

—¿Qué pasó con la niña? —preguntó Alba con un hilo de voz.

—La asesinaron. La golpearon hasta matarla y dicen que también la violaron. No quiero pensar lo que debió de sufrir. La pequeña Berta era una de mis mejores alumnas, muy inteligente, resuelta y encantadora. Fue a mediados de los ochenta, o quizá un poco antes. Hubo un gran revuelo, el pueblo se llenó de policía. Salió en el

telediario y hasta lo publicaron en *El Caso*. Fue terrible. Nunca averiguaron quién fue, aunque... —Sinda se inclinó hacia delante y habló bajito, como si las tres mujeres pudieran escucharla desde el Monte da Cova— a las hermanas Freijomil se las llevaron a comisaría porque sospecharon de ellas. No consiguieron probar nada, pero cuando el río suena... Qué queréis que os diga, nunca cogieron a nadie y eso que se empeñaron en decir que un hombre había rondado la casa. Vete tú a saber si se les fue la mano con un castigo. Quizá fue un accidente, pero entonces lo de la violación no se sostiene... Aunque quién sabe si lo de la violación fueron solo habladurías. Lo cierto es que la actitud de las hermanas no ayudó nada. Se encerraron en la Casa del Cura y ahí siguen las tres.

Alba la miró impertérrita, intentando asimilar el torrente de información. La niña golpeada y muerta. Se tocó la nuca, nerviosa, buscando el relieve de su cicatriz. Apartó la mano, como si le quemase.

—¿Quieres decir que las tías mataron a la niña?

Sinda se encogió de hombros.

—He visto a Áurea, la mayor de ellas, partirle el cuello a un conejo de un solo movimiento —confesó la maestra—. Aunque eso es normal en una persona que lleva toda la vida criando animales. Lo que no es normal es que parezca disfrutar con ello. Aurita siempre fue una niña salvaje y violenta. Pero de ahí a pensar que fueran capaces de hacerle eso a Berta... Aunque, por otro lado, ¿quién se va a creer que alguien vino hasta Loeiro una madrugada de invierno, mató a una niña y se largó por donde había venido? Solo sé que no pondría la mano en el fuego por esas tres mujeres. En esa casa hace tiempo que no se respira un aire sano.

—¿Y quién es Mila?

Alba se arrepintió de haber hecho esa pregunta en cuanto salió de sus labios.

Iria advirtió la sorpresa en la cara de Sinda. Guardó silencio unos segundos, desconcertada. Luego estiró la mano sobre la mesa y cogió la de Alba.

—Querida, ¿quién demonios eres tú y qué estás haciendo en Loeiro?

16

Loeiro, Casa del Cura, esa misma noche

El sonido del timbre se confundió con el del ladrido de los perros. Aurita se levantó de la cama todo lo rápido que se podía esperar de una mujer de setenta y ocho años. Se enfundó una bata de felpa y se calzó las zapatillas dejando fuera los talones, a sabiendas de que eso podía costarle una caída.

Trinidad salió de su habitación al mismo tiempo que ella. Aurita sabía que hacía falta algo más que un timbrazo y unos ladridos para despertar a Cecilia. Hacía años que el médico le había recetado Trankimazin para dormir, una solución mucho más fácil que indagar en el origen de sus pesadillas.

—Vuelve a la cama —ordenó Aurita a su hermana—, he echado una ojeada por la ventana. Es el Portugués, yo me encargo.

—¿Qué querrá? —preguntó Trini. Tenía la melena canosa alborotada y el rostro desencajado.

—Eso lo sabré cuando hable con él. Te he dicho que yo me encargo.

Trinidad estuvo a punto de rebelarse, pero conocía ese tono de voz de su hermana, el que no admitía réplica y precedía a una

tormenta silenciosa que podía durar días. Tras dudar unos instantes, volvió a su habitación.

—¿Es verdad lo que han visto mis ojos? —preguntó Emiliano en cuanto abrió la puerta.

Un bull terrier de pelo blanco y morro negro se precipitó sobre Aurita. Él tiró de la cuerda y le ordenó que se sentase con un berrido. El perro obedeció.

—Entra, no quiero que nadie te vea a la puerta de nuestra casa —dijo ella—. El chucho se queda fuera.

El hombre obedeció y Aurita cerró la puerta tras él. Si prestaban atención, podían escuchar los gemidos del animal.

—Es ella, ¿no? —preguntó el Portugués—. El tullido ese, el hijo de Benita, ha dicho que la forastera a la que le he alquilado la casa tiene un ojo de cada color. Como tu niña muerta.

—Si está muerta, no puede ser ella —sentenció la mayor de las Freijomil, arrugando la nariz para eludir el olor a amoniaco, orines y sudor. Un olor fermentado y persistente que le provocó un vuelco en el estómago.

—A veces se te olvida que sé toda la verdad.

—Y a ti que yo soy la mano que te da de comer.

—Dime si es ella y cómo es posible.

Aurita escrutó su rostro mugriento y retrocedió un paso. Medio Loeiro creía que Emiliano sufría un retraso. La única realidad era que el hombre era un cerdo. Otra clase de cerdo. De los que se revuelcan en su propia mierda, solo están cómodos entre animales de su calaña y venderían o hasta matarían a su madre por unas monedas.

—Te he dicho que no sé de qué me hablas.

—Y yo que no soy ningún idiota —gruñó él—. Si es ella, se sabrá todo. Llevo mucho tiempo callando y no me conviene que se destape el asunto. Encárgate de ella o lo haré yo.

Aurita no perdió la compostura, aunque el corazón se le salía del pecho.

—Nadie se va a encargar de nadie —acertó a decir.

—Pues entonces, ya sabes lo que quiero —replicó.

Antes de que le diera tiempo a contestarle, ya había salido por la puerta.

Dinero.

Emiliano siempre quería dinero.

17

Loeiro, julio de 1984. Cuatro meses antes de la muerte de Berta

—¡Apura, Mila! —gritó Berta antes de darle un mordisco a su bocadillo de Nocilla—. ¡O no llegaremos a tiempo!

Como siempre, Mila se esforzó por alcanzarla, pero sintió que le faltaba el aliento y la distancia con Berta volvió a aumentar. Tenía un ligero sobrepeso y además era asmática. Le costaba seguirle el ritmo. Su amiga se detuvo y la esperó en lo alto de la cuesta.

—No sé por qué te ha entrado tanta prisa.

—Las tías han salido, ¡las tres a la vez! —le explicó Berta, excitada —. Creo que van a arreglar la iglesia para el día del Carmen. Esto no pasa casi nunca. Tenemos que seguir investigando.

—Pensé que te habías olvidado de ese asunto.

—Ese asunto es lo único que me interesa, Mila. Para ti es fácil hablar, porque tienes un padre, una madre y dos hermanos. Sabes que tus abuelos viven en Boiro y que tu único tío está en Loeiro. Tienes fotos del día de tu bautizo y se ve que son tus padres los que te cogen en el *colo*. Yo ni siquiera tengo una foto de mis padres, no sé a cuál me parezco. Tú eres clavadita a tu madre, hasta tienes las mismas pecas en la nariz y el pelo rizado y negro como tu hermano Fran. Yo tengo un ojo marrón y otro verde y las tías los tienen de

color gris. Me miro al espejo y te juro que a veces pienso que ellas me recogieron en un orfanato. A lo mejor querían tener una niña.

Berta empujó la verja de hierro y entró en el patio. Una bici BH de color rojo estaba apoyada contra el lateral de la casa.

—¿Crees de verdad que te recogieron en un orfanato? —preguntó Mila—. No tendría nada de malo. Te lo podrían contar. Creo que lees demasiados libros.

—... y que acabaré loca como la Gestapo. —Berta recitó la cantinela que escuchaba a diario de sus tías.

Los gruesos muros de piedra aislaban perfectamente la casa y, aunque el sol caía a plomo, el interior se conservaba fresco. Las dos niñas lo agradecieron. Llegaban acaloradas después de subir la cuesta, por más que aún tuviesen el pelo algo húmedo tras haber pasado toda la tarde en el agua con sus amigos. Loeiro en pleno verano era un hervidero de veraneantes llegados de Pontevedra, Madrid o el País Vasco, que repetían destino año tras año. Había pandillas de todas las edades. La de Berta y Mila estaba compuesta por diez chavales que pasaban juntos todo el tiempo que les era posible, totalmente liberados de normas y rutinas. Como había dicho la madre de Mila en una ocasión, era un «Verano azul» en toda regla, pero a la gallega.

—¿Cuál es el plan? —Mila se esforzó por hablar como en esos libros de Enid Blyton que tanto les gustaban.

—Vamos a buscar dentro de ese baúl a conciencia. Tengo clara una cosa: yo no nací en Argentina. Las tías fueron a por mí a Coruña, a ese pueblo. Esperaron un tiempo y luego me trajeron a vivir con ellas, por eso mi primera foto de bebé me la hicieron allí, en Miño.

—¿Crees que tus padres están en Miño? —Le costaba creérselo.

—Si mis padres estuvieran allí, no tendría sentido que yo viviese con ellas. Piensa, Mila —la espoleó Berta—, piensa.

Su amiga la miró confusa.

—Solo hay dos posibilidades: o me adoptaron allí o... —Berta hizo una pausa dramática.

—¿O?

—¡Jobar, Mila! O una de ellas es mi madre y están haciéndole creer a todo el mundo que soy su sobrina. Mira lo que encontré el otro día. —Del bolsillo de su chándal azul marino, Berta sacó un recibo de una joyería—. La medallita de la Virgen del Carmen la compró la tía Ceci, días antes de mi bautizo. —Extendió la factura frente a ella—. Todo lo que me contaron es mentira.

—Estás loca. —Mila se llevó el índice a la altura de la sien y lo hizo girar—. Si eso es así, ¿quién es tu padre? Ninguna de ellas está casada.

—Ya sabes que no hace falta estar casada para tener un bebé. Mira la madre de Andrés —le recordó a su amiga.

—Pero eso es pecado.

—Claro que es pecado, y quizá por eso se inventaron lo de que soy su sobrina. Piénsalo bien, llevan toda la vida contándome que me fueron a buscar a Buenos Aires y no hay una sola foto en toda la casa de ese viaje. Además, eso cuesta muchísimo dinero, no creo que ellas lo tuvieran.

—A lo mejor se lo mandaron tus padres —repuso Mila.

—Vamos a por la llave para abrir el baúl. A ver si descubrimos algo. Tenemos un par de horas por lo menos antes de que vuelvan de la iglesia.

Esta vez prescindieron del magnetofón; Berta ya se había aburrido de él. En el libro resultaba muy emocionante, pero en la vida real no era más que un incordio.

El «cuarto secreto», como lo había bautizado Berta, resultó menos amenazante ahora que sabían lo que encontrarían dentro. Abrieron el baúl y sacaron todo el contenido. Hallaron más fotografías antiguas. De nuevo a Berta le costó reconocer a sus tías en esas tres mujeres de vestidos de flores y melenas cardadas. La más moderna era sin duda Cecilia, pero incluso la tía Aurita presentaba una apariencia relajada y sonriente que Berta había visto en muy contadas ocasiones. También había fotos de la inauguración de la mercería de la tía Trini en Seixo.

—Además de los papeles de la casa, están los de la mercería. Y mira, una foto de mi abuela Rosalía. Y en esta de aquí, mi bisabuela Lola, la del cura.

—Eso siempre me ha parecido gracioso —apuntó Mila.

—A la tía Aurita no le hace ni pizca de gracia —reconoció Berta—. Esto son libretas de la caja de ahorros de Pontevedra. A ver cuánto dinero tienen las tías.

—Eso no está bien.

—Lo que no está bien es que no me digan la verdad, ya tengo nueve años.

Mila pensó que por esa razón deberían estar jugando con los demás al béisbol, y no metidas en ese cuarto oscuro que olía a humedad y a moho.

Berta abrió la libreta de ahorros.

—Aquí hay un montón de dinero. Mira, cada mes ingresan veinte mil pesetas, eso es mogollón, ¿no? Y aquí han sacado bastante. Fue

hace dos años, seguro que fue cuando la tía montó su negocio, aunque no estoy segura de la fecha.

—Eso no prueba nada, ¿y cómo distingues lo que entra de lo que sale en la cuenta? Esto son cosas de mayores.

—Es una cuestión de sumas y restas, ¿ves? No es tan difícil. Y esto vuelve a probar que me mienten, porque ellas siempre dicen que no tenemos dinero. Como vuelvas a decir que aquí no hay un misterio, Mila, la próxima vez vengo sola.

—¡No te enfades! —se defendió su amiga, que hacía ya un buen rato que se había convencido de que Berta no andaba desencaminada.

Continuaron revisando cartas, fotos, carpetas y cuadernos.

—¡Bingo! —exclamó Berta.

Extendió un papel ante Mila. Era un justificante de correos, un giro postal por importe de veinte mil pesetas del mes de octubre de 1983.

—Estamos a punto de hacer un descubrimiento. Aquí está el nombre de quien les manda el dinero.

—«Ignacio Bengoa Aguirre» —leyó Mila.

—Y aquí está su dirección. Tenemos que encontrar a este señor.

—¿Quién crees que es?

Berta puso los ojos en blanco.

—Mi padre, Mila —la miró con una enorme sonrisa—, ¡mi padre!

18

Loeiro, febrero de 1974

—Te lo agradezco en el alma, Álvaro. —José María Bengoa encendió el puro y dio una buena calada.

—Me encanta tener a tu hijo en casa. Bien sabe Dios lo que me hubiera gustado tener un varón, pero después del nacimiento de nuestra Rosa, Ada se quedó muy delicada de salud —dijo Álvaro Piñeiro, con más resignación que pesar en la voz—. Ayudar en la formación de tu hijo es un orgullo y un deber moral. Eres mi mejor amigo.

—El chico se ha aplicado en los estudios —confesó José María—, pero le gustan demasiado las faldas y se distrae. Una temporada en Galicia le ayudará a centrarse y a olvidarse de un asuntillo que ha dejado en San Sebastián y que no le conviene.

—Tranquilo, lo vigilaré de cerca. En el hospital, el doctor Maceiras se hará cargo de su formación; y en casa, Ada se encargará de que no se descentre. Aunque está muy ocupada con los preparativos de la boda de la niña, cuidará de que Ignacio esté a gusto en Loeiro.

—Los chicos tienen casi la misma edad, no sabes lo que me hubiera gustado que esa boda la estuvieran preparando nuestras mujeres juntas. —El doctor Bengoa dio otra calada a su habano.

—A mí también, pero desde el momento en que Rosa conoció a Ulises, ya no ha habido otro muchacho para ella.

—El hijo del maestro —apuntó Bengoa—. Al menos será un chico instruido.

—Y pobre como una rata —afirmó Álvaro Piñeiro—, aunque podría ser peor. Es ambicioso, listo y estoy seguro de que quiere a Rosa. Mi hija es más inteligente que tú y yo juntos. No se dejará dominar por un hombre. Ada se ha encargado de educarla conforme a sus ideas liberales.

—Con las que comulgas, o no te habrías casado con ella.

—A mi padre tampoco le gustaba Ada, así que, por mucho que yo hubiera preferido que Ignacio fuera mi yerno, me conformaré con el hijo del maestro Villamor. —Álvaro esbozo una sonrisa—. Coincidirás conmigo en que es una cuestión de justicia divina.

—Si lo ves desde ese punto de vista... —concordó Bengoa, antes de que un golpe en la puerta lo interrumpiese.

Álvaro Piñeiro alzó la voz para dar paso y un chico alto y muy rubio entró en la estancia. Llevaba un traje azul marino aunque, a diferencia de su padre, había prescindido de la corbata.

—Pasa, pasa, Ignacio, estábamos hablando de ti.

—¿De qué se está quejando mi padre? —bromeó el joven—, ¿de que prefiera ginecología a cardiología o de que el mes pasado invité al cine a la hija de la portera?

—Supongo que de ambas cosas —reconoció José María—. Espero que aproveches tu estancia en la clínica de los Piñeiro sin que te distraigas mucho.

Ignacio Bengoa permaneció impasible, estaba harto de esas monsergas. Por delante tenía medio año en un poblado minúsculo,

en el que la única persona de su edad a la que conocía se marcharía de luna de miel en unas semanas. El Loeiro que Ignacio recordaba era un pueblo lleno de veraneantes y de vida, ya que su única visita había transcurrido en verano. Ahora, quince años después, había regresado para trabajar en la clínica del mejor amigo de su padre junto a uno de los más reputados obstetras del país. Pero también era un joven de veintisiete años con ganas de pasarlo bien, y había hecho autopsias a cadáveres que tenían más vida que ese poblacho gallego al que lo habían enviado.

—Creo que si me quedase en Pontevedra, aprovecharía mejor el tiempo —realizó una nueva tentativa para escapar del control de los Piñeiro—. Podría alquilar un piso y eso me permitiría llegar antes al hospital si se presentase una urgencia.

—Y también estarías más cerca de esa discoteca por la que has preguntado hoy durante el almuerzo —replicó su padre—. ¿Cómo era el nombre? ¿Rafael?

—Daniel —lo corrigió Piñeiro—. Estoy seguro de que Ignacio tendrá tiempo para todo. Maceiras es un gran profesional, pero no todo va a ser estudiar.

—Eso, tú dale alas —se quejó José María.

—Y tú dale un margen —insistió Álvaro.

—Os recuerdo que sigo aquí —intervino el joven.

Sonó un golpe en la puerta. Una chica de la edad de Ignacio, de cabello negro y muy corto, abrió la puerta.

—A cenar —dijo la muchacha, antes de girarse y desaparecer sin mediar más palabra.

—Ada insiste en contratar a chicas del pueblo sin experiencia —se disculpó Álvaro—. Tendréis que perdonar los modales de la chica.

Aurita apenas lleva una semana con nosotros. Es huérfana y su tía, que las cuidaba a ella y a sus dos hermanas pequeñas desde que murieron sus padres, también acaba de fallecer, así que Ada ha decidido que Aurita es nuestra obra de caridad de este mes.

—Interesante —dijo Ignacio, al que de repente la estancia en Loeiro se le antojaba un poco menos penosa.

19

Loeiro, 20 de octubre de 2025

—Quién soy... —Alba comenzó a hablar tras una pausa—. Llevo toda mi vida intentando responder a esa pregunta y la respuesta no está en mi carnet de identidad. En él pone que soy Alba Mariño García, que soy de Lugo, que nací en febrero de 1975 y que mis padres son Concepción y Juan. La verdad es que no tengo ni un solo recuerdo anterior a mi décimo cumpleaños.

—¿Cómo es eso posible? —Sinda se enderezó en su silla—. ¿Estás diciendo que tienes amnesia?

Alba asintió.

—Amnesia retrógrada, a causa de una lesión cerebral causada por un accidente de tráfico. —Se giró y levantó parte de su corta melena hasta dejar al descubierto el principio de una ancha cicatriz—. Esta es la prueba. El accidente acabó con mi pasado de niña. No recuerdo mi comunión, ni mi parvulario, ni haber jugado en el parque. Mis primeras imágenes de infancia transcurren en un edificio de piedra enorme, imagino que un hospital. Y nada más, un edificio y mis padres viniendo a recogerme para volver a una casa que al parecer era la nuestra. Cuando me reincorporé al colegio tras el accidente, con casi doce años, no conocía a nadie ni nadie me conocía a mí. Me

dijeron que me habían cambiado de colegio para mantenerme a salvo de cualquier evocación del pasado. Me repetían a menudo que recuperar la memoria era peligroso para mi salud mental.

—Pero estás aquí. —La frase de Iria estaba a medio camino entre la pregunta y la afirmación.

—Siempre he sabido que había algo raro en mi pasado. Llegué a pensar que había sufrido algún tipo de ataque o abuso del que mis padres se avergonzaban. Las lesiones físicas son obvias, pero este tipo de amnesia puede tener también causas emocionales, un shock profundo. Pensad que en los años ochenta, cualquier tipo de abuso de índole sexual suponía un estigma para la víctima. Estoy segura de que mis padres solo querían protegerme. Nunca indagué nada, me resigné, pero cuando ambos murieron, rebusqué en sus papeles y en sus viejas fotografías.

—¿Y qué encontraste? —preguntó Sinda con expectación.

—Absolutamente nada.

—¡Qué calamidad! —se lamentó la anciana.

Iria, por el contrario, asintió con un gesto de comprensión.

—Ni fotos de mi nacimiento, ni viejos boletines escolares, ni imágenes de vacaciones o comidas familiares. Mi primera fotografía es de una excursión de octavo de EGB. —Suspiró—. Absolutamente nada. Yo borré mi pasado, pero ellos no estaban en él.

—¿Por eso has acabado en Loeiro? —intervino Iria—. ¿Crees que podrás averiguar algo de tu infancia aquí? Estamos muy lejos de Lugo.

—Llevo toda mi vida soñando con lugares en los que nunca he estado. La playa, el cauce del río, el lavadero, la vuelta de la Cova, la Casa Rosa, la fuente... Ahora que estoy aquí, no sé si esos lugares

estaban en mis sueños o es mi imaginación la que los encaja dentro de ellos. Lo único que sé es que cuando vi una imagen de Loeiro en la televisión sufrí una conmoción profunda.

—¿Crees que fuiste adoptada?

Alba se encogió de hombros ante la pregunta de Iria.

—Mis padres eran mayores —contestó—, muy mayores, de hecho. En el fondo, siempre supe que había algo raro. En los años setenta la protección a la infancia no funcionaba como ahora. Recordad todos esos casos de monjas que gestionaban adopciones ilegales, incluso robándolos. Vi reportajes en la tele. No digo que yo sea una niña robada, pero eso demuestra que en aquel entonces los registros civiles exigían poca cosa y no ayudaba el hecho de que muchos partos aún tuvieran lugar en casa. Por otro lado, sentía que dudar de mis padres suponía una traición enorme. Ellos fueron siempre cariñosos y me adoraban. Eran otros tiempos, la adopción no estaba normalizada en absoluto. Esto no es Madrid ni Barcelona. Creo que siempre lo supe, pero no pregunté. No por mí, por ellos.

Iria se quedó pensativa.

—A Berta Freijomil la golpearon hasta matarla y tú tienes la cabeza abierta de lado a lado... —ató los mismos cabos que ella hacía un instante.

Alba asintió; desde que había llegado a Loeiro, el Monte da Cova la había atraído poderosamente.

—Pero Berta murió —dijo Sinda.

—¿Visteis el cadáver? —repuso Iria.

—Hay una lápida en el cementerio del Campo, pero ahora que lo dices...

—A mí también se me ha pasado por la cabeza que puedo tener algo que ver con esa historia —interrumpió Alba—. Lo de mi cicatriz es mucha casualidad, o quizá soy yo, que me empeño en ver fantasmas donde no los hay. La niña está muerta, pero quizá yo estaba allí, quizá se atacó a varias niñas.

—Es una posibilidad —afirmó Iria—. ¿Quién es Mila?

—Solo un nombre que me ha venido a la mente esta tarde.

—Era la mejor amiga de Berta —confirmó la anciana—. Las recuerdo siempre juntas. Aunque poco antes de la muerte de Berta, sus padres se mudaron, el padre era marinero y se fueron a vivir a Cádiz. Y después de lo de Berta, se les quitaron las ganas de regresar. Estaban muy preocupados, corrió el rumor de que un hombre andaba atacando a las niñas. Cundió el pánico. Pero eso no es lo importante ahora.

—¿Qué es lo importante? —se interesó Alba.

Con la mano sana, Sinda se apoyó en el brazo de la butaca, para ayudarse. Se levantó con cierta dificultad y se acercó a su cuidadora. Examinó su rostro atentamente. Se detuvo en sus ojos, deformados por los gruesos cristales de las gafas. Alargó la mano y las bajó, hasta que estas quedaron encajadas en la punta de la nariz. Apreció la diferencia entre ambos iris. Un ojo marrón y otro verde. Sinda sintió que su propia mirada se humedecía.

—*Ai, miña filliña!* —alcanzó a decir la Gestapo que, por primera vez en su vida, se había quedado sin palabras.

20

Loeiro, esa misma noche

—Se llama heterocromía del iris —dijo Alba—. Mi aspecto siempre ha sido bastante común, excepto por dos cosas: la cicatriz de la cabeza y mis ojos de distinto color. Tengo muchísima miopía, así que con estas gafas apenas se aprecia y además soy sensible a la luz, por eso llevo cristales oscuros.

—De niña no usabas gafas. —Sinda aún estaba asimilando lo que acababa de suceder.

—Me comenzó en la adolescencia, con el desarrollo. Pensé en operarme, aunque solo por comodidad, mi aspecto físico nunca me ha preocupado mucho.

Alba hablaba despacio, parecía aturdida, como el que acaba de despertar de una larga siesta y no se ubica ni en el tiempo ni en el espacio.

—Entonces ¿qué significa esa lápida con el nombre de Berta Freijomil? —intervino Iria.

—Puede que yo sea una vieja chocha que se anda cayendo cuando menos conviene, pero os digo que estoy segura de que Alba es Berta. No sé cómo no me di cuenta —aseguró Sinda—. La única

explicación es que una nunca espera que una muerta venga a preguntarte qué día pasa el butanero.

—No recuerdo a esas mujeres —musitó Alba, todavía en shock—. No he reconocido la casa, ni a ellas. Creí que si me encontraba con mi pasado de frente, podría al fin saber quién soy. Eso es lo único que he querido durante toda mi vida.

—¿Nunca has ido a terapia? —preguntó Iria—. Este tipo de amnesias pueden tratarse mediante hipnosis.

—Lo intenté hace mucho —admitió Alba—, pero tuve una crisis de pánico. La psiquiatra dijo que el daño era demasiado grande y que creía que no estaba preparada. Pero ahora que sé quién soy...

—Creo que nos estamos anticipando —dijo Iria—, nadie puede asegurarte que seas la sobrina de esas mujeres. Podría haber otra explicación. A lo mejor eres pariente de Berta, eso explicaría el tema de la heterocromía, creo que ese tipo de cosas tienen un origen genético.

—No son muy agradables, ¿verdad? —Alba ignoró el comentario de Iria. Seguía ensimismada, parecía incapaz de asimilar la información.

Sinda volvió a extender la mano sobre la mesa camilla y cubrió la suya.

—No, no lo son, pero no las juzgues. Solo son tres hermanas solas que han sobrevivido en una época en que a las mujeres se las censuraba por todo. Su madre murió cuando eran unas niñas. Su padre, Canducho, las dejó al cuidado de su tía Lola, que no era la mujer más cariñosa del mundo, que digamos. Cuando ella murió, Áurea puso a las dos pequeñas sobre sus espaldas. Ha trabajado como una mula, en los campos, sirviendo, atendiendo los animales,

las tierras... La pequeña, Cecilia, siempre se ha dedicado a coser. Y la del medio, Trini, era una chica listísima, Berta me recordaba mucho a ella... —Sinda se interrumpió—. Quiero decir que de pequeña me recordabas a ella. Eras curiosa, muy despierta y te encantaba leer. Trini acabó abriendo una mercería en Seixo, eso les dio bastante estabilidad desde el punto de vista económico. Pero desde que sucedió lo de... lo tuyo, todo cambió. Entraron en un luto permanente. No salen de casa, excepto para hacer recados o ir a misa.

—¿Y ya está? —Alba despertó de su estado de conmoción—. ¿Tengo que perdonarlas porque eran tres huerfanitas a las que nadie quiso de pequeñas? ¡Por el amor de Dios! ¿No has dicho antes que todo el mundo en este pueblo creyó que fueron ellas las que me atacaron? ¿Y si es verdad que quisieron matarme? Si no fueron ellas, ¿por qué no me buscaron?, ¿por qué me enterraron bajo una lápida? ¿Qué sabían? ¿A quién encubren?

—Estás dando por hecho muchas cosas —la frenó Iria—. En primer lugar, tendremos que asegurarnos de si eres o no Berta Freijomil. En segundo lugar, si lo eres, eso no significa forzosamente que fuesen ellas quienes te atacaron. Y si no lo eres, habrá que averiguar tu identidad. Tenemos mucho trabajo por delante.

—¿Tenemos? —preguntó Alba.

—Es una forma de hablar, pero es evidente que necesitas ayuda.

—¡Es una excelente idea! —exclamó Sinda—. Iria es la mejor. Como ya sabes, era inspectora de policía y...

—¡Sinda!, no estaba intentando que Alba me contratase. —La incomodidad de la expolicía era patente.

—Y, sin embargo, no es ninguna tontería —dijo Alba—. Yo no sabría por dónde empezar. Tengo bastantes ahorros, aunque está claro que no tengo ni idea de lo que...

—No se trata de eso —dijo Iria—. Estás conmocionada. Lo más importante es que descanses, y que medites qué quieres hacer con esta información. Si quieres que investigue el asunto, me encargaré de él, por supuesto. Será cuestión de tirar de contactos en comisaría y desde luego habrá que bucear en registros. Pero insisto, creo que no es algo que debas decidir ahora.

Alba asintió.

—Son más de las once y media. Me voy a casa. Todas necesitamos descansar.

Ayudó a Sinda a meterse en la cama y se despidió de Iria. Se sentía mucho más vieja que esa mañana. Desde que había llegado a Loeiro, había experimentado sensaciones, destellos de una vida pasada. En el fondo siempre creyó que se produciría una gran revelación en el momento en que se enfrentase con cualquier elemento relevante de su niñez. Ahora sabía que fuera lo que fuese que hubiera sucedido, su mente no estaba dispuesta a pasar por ello de nuevo.

Descendió hacia su casa, que distaba apenas cien metros de la de Sinda. El amarillento haz que despedía la farola iluminaba el callejón tan solo en un par de lugares, generando más sombras que puntos de luz.

Sacó las llaves del bolsillo de su plumífero. Cuando tocó el pomo de la puerta, se dio cuenta de que estaba empapada de un líquido viscoso. Retrocedió un paso y observó el gran charco oscuro en el escalón de entrada. Sacó el móvil con su mano limpia y encendió la

linterna. Apuntó a su palma y vio que estaba empapada de la misma sangre que corría por la superficie de la puerta, igual que el agua corre por un muro cuando se limpia con una manguera.

Dio otro paso hacia atrás y tragó saliva. Su pierna chocó con un obstáculo. Estuvo a punto de caer. Trastabilló y comprobó que lo que la había hecho tropezar era un bulto cubierto con una toalla vieja y al lado de esta, un puñado de excrementos. Otra rata. Estaba segura de que sería otra rata. No quería levantar la toalla, pero debía hacerlo. Las manos le temblaban mientras la retiraba.

Lo primero que vio fue el cuerpo inerte del gato, sus patas negras y blancas. Luego se fijó en su boca abierta, con la lengua fuera y los ojos desorbitados. Aunque eso no era lo que más le había impresionado. Una gran brecha atravesaba la cabeza del felino. Le habían abierto la cabeza. Reprimió una náusea.

Recorrió lentamente los escasos cien metros que la separaban de la carretera principal. Estaba desierta, pero al fondo observó que se encendía una luz en la casa más cercana al puente. Sabía qué casa era: la de Toño Pousada.

Dirigió la vista a la playa, y al cauce del río. Se sintió observada, como si todos los ojos del pueblo acechasen tras las ventanas, protegidos por la oscuridad. No quería entrar en su casa ni volver a cruzar ese umbral sangriento. Volvió sobre sus pasos. A medida que caminaba, las luces de las ventanas se fueron iluminando.

Escondió las manos empapadas de sangre en el bolsillo de su plumífero azul.

21

Loeiro, marzo de 1974

Aurita observó su imagen en el espejo de la habitación. Su pelo negro cortado sin orden ni concierto, el sencillo uniforme azul marino ceñido a su cuerpo y la sonrisa que casi nunca se permitía mostrar. No tenía una cara especialmente bonita, pero sabía que su cuerpo era proporcionado. Había pillado a Ignacio mirando sus pechos, cuando se inclinaba cerca de él para servirle. A ella le gustaban sus manos. Unas manos blancas y finas. Los hombres de Loeiro tenían otro tipo de manos. Manos picadas por los anzuelos, curtidas por el sol y con callos por remar. Manos anchas y rugosas, de trabajador. Escuchaba con atención las charlas de Ignacio durante la comida. No entendía mucho de lo que hablaba con don Álvaro, lo hacía en castellano, con un acento extraño, y empleaba palabras que nunca había oído. Palabras de médico que no comprendería jamás, junto con otras comunes como «parto» o «embarazo». Palabras que nunca había escuchado en boca de un hombre. Siempre había huido de los hombres. Sabía qué era lo que todos y cada uno de ellos perseguían. Su tía Lola se había encargado de repetírselo a las tres durante años. También sabía que

las mujeres solas eran más libres y que, muerta la tía, su camino era el mismo que el de ella.

Precisamente por eso no entendía qué hacía observando su cuerpo ante el espejo de ese hombre como si fuera la primera vez en veintiséis años que lo hacía, con la cama deshecha a sus espaldas. Suspiró y se dirigió hacia ella. Antes de comenzar a estirar las sábanas, cogió la almohada y aspiró hondo.

Trini le dio la vuelta a su chaqueta, en un intento de que pareciera distinta a la que vestía el día anterior. Aurita no saldría hasta las ocho, y estaba segura de que Ceci no abandonaría la máquina de coser, porque el pedido de sábanas bordadas de Almacenes Clarita tenía que estar listo antes del viernes, así que tenía margen. Se observó en el espejo. Se pellizcó las mejillas para dotarlas de rubor, aunque sabía que, en cuanto saliera, el frío haría que su nariz y sus orejas enrojecieran también, proporcionándole un aspecto aún menos atractivo.

Volvió a colocarse la chaqueta del derecho. El Vasco, como lo llamaba ya todo el mundo en Loeiro, no se dejaría engañar por un truco barato. Lo que querría es tener una chaqueta nueva, o incluso un pantalón como los que usaban Las Grecas, que se ceñían a la figura pero se ensanchaban al llegar a los tobillos. No conocía a ninguna chica decente que los llevara fuera de la televisión salvo Rosa Piñeiro, porque la gente rica podía ponerse lo que quisiera sin que nadie la criticara. Le gustaría poder dejarse el pelo más largo y llevarlo suelto como Karina o Rocío Jurado.

Pontevedra estaba a menos de veinte kilómetros, pero Trini sabía que la distancia que separaba la capital de Loeiro era de un par de décadas. En las fiestas de Loeiro se escuchaba a Manolo Escobar y a Rafael Farina. No se bailaba el twist y nadie hablaba de ABBA, ese nuevo grupo sueco que iba a presentarse a Eurovisión. Ahora ella sabía que había un mundo nuevo, porque Ignacio se lo contaba mientras ella lavaba en el río. Y ella hacía como que sabía de qué hablaba aunque era plenamente consciente de que no le engañaba. A él le hacía gracia que una chica de veinticuatro años no supiera todas esas cosas. A ella le daba vergüenza. A él le gustaba su timidez, así que no, no le engañaría con el envés de su chaqueta.

Echó un vistazo al reloj de pared. Las seis y veinte. Pronto sería de noche. Agarró el cesto de la ropa y con el corazón latiendo deprisa bajó la cuesta de Moledo, dejando a su espalda el Monte da Cova.

En cuanto Ceci sintió el chasquido que indicaba que la puerta se había cerrado, interrumpió el movimiento de sus piernas sobre los pedales, de manera que el cadencioso vaivén de la máquina de coser cesó de golpe.

Se precipitó a la ventana del cuarto de la costura y vio a Trini franquear el portalón de la Casa del Cura con una tina de ropa bajo el brazo. No entendía esa manía que le había entrado de lavar la ropa de tarde, cuando ya no había mujeres en el río con las que hablar mientras se daba cuenta de la colada, pero lo cierto era que le venía de maravilla.

Salió al patio y lo atravesó a toda velocidad, ciñéndose su chal de lana. Abrió la puerta del hórreo, la señal que habían acordado para

cuando no hubiese moros en la costa. Dejó el portalón de hierro forjado también abierto y volvió corriendo a la casa.

Luego se sentó al lado de la cocina de leña, rezando en silencio para que hubiera suerte y ese fuera uno de los días en que Ignacio no tenía guardia en el hospital.

22

Loeiro, 20 de octubre de 2025

Iria le tendió a Alba la taza con la infusión caliente, pero la mujer no paraba de temblar.

—César y Carmen ya estaban acostados, pero lo he hecho saltar de la cama. Me ha dicho que llegará en cinco minutos —le informó la expolicía.

—En menos de cinco —intervino Sinda, que con la mano sana sostenía unos prismáticos frente a la ventana del comedor—, ya viene de camino.

—Han sido ellas. —Alba dio un sorbo a la manzanilla—. Me han reconocido y me están amenazando.

—Debes tranquilizarte. No sabemos quién ha sido —la calmó Iria —. Igual que te ha reconocido Sinda, cualquiera pudo haber recordado a la niña con los ojos de distinto color. Sé que no lo entenderás, pero durante estas tres semanas todo Loeiro ha estado especulando sobre quién eres y qué hacías aquí. Esto no es Lugo. Recuerdo que al día siguiente de mi llegada a este pueblo, Sinda ya había averiguado que yo era una policía en excedencia. Y la Casa del Cura queda bastante lejos; teniendo en cuenta las edades de esas

mujeres, me cuesta creer que anden dejando gatos muertos en casas ajenas de madrugada sin dejar rastro.

—Han sido ellas —musitó Alba, como si el hecho de repetirlo dotase a la afirmación de más veracidad—. No os lo había contado, pero esta no es la primera amenaza que recibo.

Relató el incidente de la rata en el baño de hacía unos días.

—Debiste contárnoslo —le recriminó Iria—. ¿Quieres que pongamos una denuncia?

Alba negó violentamente con la cabeza. El sonido del timbre las interrumpió sin tiempo a que expusiera las razones de su negativa.

Una vez que César se acomodó en el sofá al lado de Alba, lo pusieron en antecedentes.

—Calmaos las tres. —Era incapaz de entenderlas, dado que Iria y Sinda hablaban a la vez, mientras Alba farfullaba por lo bajo—. De una en una. ¿Dónde está el gato?

—Ahí fuera —dijo Iria—. Alba llegó muy pero que muy nerviosa. Y en cuanto me contó lo del gato, decidí que dejarlo en mitad del callejón de la escuela no era la mejor idea. Los excrementos parecen de animal y son recientes, aunque no estoy segura.

—Puede que sea casualidad, quizá algún perro pasó por allí.

—Lo cubrieron con una toalla, César, la he guardado.

—Tenía la cabeza abierta —musitó Alba—, como yo.

El exinspector hizo un gesto de sorpresa.

—Creo que deberíamos remontarnos a la historia de Alba —aclaró Iria—, para que entiendas este alboroto.

Iria resumió brevemente lo sucedido desde la llegada de Alba a Loeiro junto con el relato del ataque a Berta Freijomil y su supuesta

muerte, para concluir con la afirmación de Sinda de que Alba era la niña que murió en la Casa del Cura.

—¿Estáis intentando hacerme creer que Alba es la sobrina muerta de esas tres mujeres? —preguntó César, escéptico.

Sinda lo miró con reprobación.

—Escúchame bien, Araújo: si te digo que estoy convencida de que ella es Berta Freijomil, es que lo estoy.

—Lo de los ojos es una rareza, pero seguro que no hay tan poca gente que...

—Ni peros ni peras —le rebatió Sinda—. ¿Crees que chocheo? Puedo entrar en el ordenador y consultar el porcentaje de personas con heterocromía. No te olvides de que soy una anciana bastante tecnológica y muy leída. Pero no se trata de eso. Está la cicatriz de Alba, ese hecho coincide con la versión oficial del ataque a la niña: dijeron que le habían abierto la cabeza. Berta tendría ahora unos cincuenta años. No estoy muy segura de en qué año murió, fue sobre mediados de los ochenta, pero las fechas serán fáciles de comprobar. Lo que sí sé es que tenía nueve años cuando falleció, y esa edad coincide más o menos con la de la amnesia de Alba. Ni siquiera la velamos, y dos semanas después de su muerte, sus tías encargaron la lápida e hicieron un acto privado en el cementerio, aunque dijeron que el cuerpo aún no había llegado, porque lo retenía la policía, por eso de la investigación. Meses más tarde les preguntamos si ya estaba la niña descansando en paz en su tumba, y contestaron que por supuesto que sí. Palabras, eso es lo único que tenemos, palabras de esas mujeres. Y por el contrario tengo delante de mí a una mujer con una cicatriz en la cabeza, los ojos de dos colores, el porte de Áurea Freijomil, las cejas de su hermana Trinidad

y la frente despejada de Cecilia. No recuerdo mucho a Emilio, su padre, pero juraría que tenía el cabello castaño como el de ella, más claro que el de las tres hermanas. Estoy segura de que Alba es Berta, tan segura como que me llamo Gumersinda Sobrado Recamán.

César se reclinó contra el respaldo del sofá y negó con la cabeza.

—No voy a discutir contigo —se rindió—. El hecho de que quieran asustarla nos indica que algo hay, y a lo mejor no andas desencaminada. Si Alba fuera solo una enfermera, ese gato que está en tu jardín todavía estaría vivo.

—Auxiliar de clínica —balbuceó Alba.

César la miró confuso.

—Es auxiliar, no enfermera —aclaró Iria.

—Alba, mírame —le pidió César—, estás conmocionada. Deberías tratar de tranquilizarte. Es preferible que duermas hoy aquí. Yo me encargaré de hacer desaparecer el gato y de limpiar la puerta.

—Yo te ayudo —dijo Iria.

Alba rompió a llorar. Primero lo hizo en silencio, acompañando su cuerpo de un leve balanceo. El volumen de los sollozos fue aumentando su intensidad y las lágrimas arrasaron su rostro. Los tres la miraron con comprensión. Iria se acercó a ella y le tomó la taza de las manos.

—Lo investigaremos, ¿vale? —le dijo acuclillándose, de manera que los ojos de ambas quedaron a la misma altura—. Yo me ocuparé personalmente. Iré a Lugo, buscaré los datos de tu hospitalización, sería bueno saber si te ingresaron por un accidente de tráfico o por una agresión. Podemos preguntar en servicios sociales. Si fuiste adoptada, no podrán desvelar ciertos datos, pero sí orientarnos para

ver por dónde tiramos. Y, sobre todo, recuerda que tanto a César como a mí nos quedan un montón de amigos en la comisaría de Pontevedra. Intentaremos escarbar un poquito en la investigación del caso de Berta Freijomil.

Por unos instantes, Iria pensó que la abrazaría, pero Alba se echó hacia atrás, como un ratón asustado.

—¿Crees que han podido ser ellas? —Parecía obsesionada con las tres mujeres.

Iria no quiso mentirle. Asintió con un ademán.

—A Berta Freijomil ya la mataron una vez —afirmó Sinda desde su sillón—, y no descartéis que quieran matarla de nuevo.

23

Loeiro, 22 de octubre de 2025

Cecilia arrimó la escalera al hórreo y subió con cuidado. A su edad, las caídas eran muy peligrosas, solo había que ver lo impedida que se había quedado Sinda por comportarse como si fuera una veinteañera. Y eso que por suerte había sido un brazo, no quería pensar en romperse una pierna o, peor aún, una cadera. Sacó el cuchillo del delantal. Los tallos de las cebollas se habían trenzado hasta formar una hilera que serpenteaba por el suelo. De un golpe seco, casi un machetazo, cortó la ristra y liberó media docena de cebollas. Paseó con cuidado la vista por la estancia oscura. En otro tiempo había estado a rebosar de grano, fruta y verdura. Ahora apenas había ajos, cebollas, manzanas y unas castañas que Trini había recogido la semana anterior. Descendió con sumo cuidado, mientras le asaltaba el mismo pensamiento de siempre: «¿Cómo sería pasar una noche encerrada en ese lugar?». Y también, como siempre, lo desechó de inmediato, porque conocía demasiado bien la respuesta.

Entró en la cocina y se puso a pelar las cebollas en silencio, mientras Aurita amasaba la mezcla de harina de maíz y centeno.

Trini cogió un mandil y se unió a ellas. La empanada de maíz daba mucho trabajo, pero entre tres, la tarea se hacía llevadera.

—Cada día me cuesta más subir esa escalera —dijo Ceci—, y todavía más bajarla.

Aurita continuó amasando sin dignarse a contestarle. Cecilia le dirigió una mirada cómplice a Trini.

—Auri —dijo esta última, conciliadora—, sería bueno que nos dijeras lo que piensas. Estamos muy preocupadas por ti, deberías tranquilizarte.

La mayor de las hermanas cogió el bollo y lo golpeó con fuerza contra la mesa.

—¿Tranquilizarme? Os diré qué sería bueno: que empezarais a preocuparos vosotras. Lo que sería bueno es que os dieseis cuenta de que tenemos motivos para ponernos nerviosas, pero resulta que Ceci está más preocupada por subir o bajar con cuidado la escalera del hórreo que por el hecho de que ella esté de vuelta.

—Ya te lo hemos repetido hasta la saciedad, no podemos estar seguras de que sea ella. Podría ser, pero... —dijo la menor de las hermanas con ánimo de calmarla.

—Ceci, la tuviste delante de tus narices, ¿de verdad no la reconociste? —la cortó Aurita, que estuvo a punto de decirles que hasta el Portugués la había reconocido, pero Emiliano siempre había sido un problema del que se había encargado ella, y esta vez no iba a ser distinto—. No son solo los ojos, ni su porte, ni esas cejas puntiagudas que son las de papá y las de Trini. Podría creer que todo es un cúmulo de casualidades si la viese en una revista o en un programa de televisión. Pero está aquí, en Loeiro, instalada a menos

de dos kilómetros de nuestra casa. Una mujer misteriosa, que no ha dicho a nadie qué pinta en este pueblo. No podría estar más segura.

—Han pasado cuarenta años —insistió Cecilia con voz débil.

—Los que ha tardado en encontrarnos —sentenció Áurea.

—Y sin embargo, habló contigo y con Ceci y no os dijo nada —murmuró Trini por lo bajo—. Siempre creí que, si este momento llegaba, tendríamos que dar muchas explicaciones.

—No descartéis que esté tanteando el terreno —dijo Aurita—. Querrá ponernos nerviosas. Nos está castigando. Está claro que sabe quiénes somos, lo que no tengo tan claro es que recuerde lo que pasó aquella noche, y ojalá así sea. Era muy pequeña y se llevó un golpe muy fuerte. Estuvo en coma. La única realidad es que ha vuelto y está acechando a las puertas de nuestra casa, como el gato que espera en la madriguera del ratón. No sé a qué está jugando, pero no le daré oportunidad de que continúe haciéndolo.

—¿Y por qué no hablamos con ella? —preguntó Ceci.

—Y ya de paso, ¿por qué no le contamos a todo Loeiro lo que hicimos? —explotó la mayor de las hermanas. Dejó la masa y las miró fijamente—. Atendedme, no voy a consentir que nadie de esta casa hable con esa mujer ni le dé pie a que nos ponga en evidencia delante de todo el mundo. Lo que pasó está muerto y enterrado, nunca mejor dicho.

—¿Qué intentas decir? —La voz de Trini sonó alarmada.

—Lo que has oído: Berta está muerta y así ha de seguir, por nuestro bien. Entre las tres nos encargaremos de ello —concluyó Aurita que, por primera vez en cuatro décadas, pronunciaba ese nombre en voz alta.

24

Cementerio de Santa María do Campo, día de Todos los Santos de 2025

—¿Estás segura de que podrás soportarlo? —preguntó Sinda mientras se apoyaba en Alba para descender del coche.

El aparcamiento del cementerio estaba abarrotado y apenas era mediodía. Todo el mundo tenía muertos a los que honrar en ese primero de noviembre.

Habían transcurrido once días desde que el gato había aparecido ante la puerta de Alba. Sinda se había percatado del cambio producido en su ayudante. Tenía muchas cosas que asimilar. Su identidad, que hubiesen intentado matarla hacía cuarenta años, así como el hecho de que probablemente fuesen sus tías las culpables de ello. Y, sobre todo, la seguridad de que, fuera lo que fuese lo que sucedió hacía cuatro décadas, el peligro seguía acechándola. La semana anterior habían tratado de convencerla de que volviese a Lugo, pero se negó en redondo. Estaría alerta. Y ahora contaba con la ayuda de una profesional: Iria ya estaba investigando lo sucedido.

—Hace falta más que una rata o un gato muerto para alejarme de mi pasado —afirmó Alba—. Y si ellas están ahí dentro, ese es el mensaje que quiero que les llegue.

—Pues vamos allá —dijo la Gestapo.

Entraron en el camposanto. A cada paso, Sinda se detenía a saludar a los vecinos. Todas las tumbas mostraban su mejor cara. Flores frescas, cirios encendidos y lápidas sin rastro de humedad o verdín. Algunos habían llevado taburetes plegables y permanecían sentados ante las lápidas de sus familiares. Se hacían corrillos, se pronunciaban muchas frases hechas, y se contaban anécdotas de los difuntos en las que solo se refería lo buenos que eran y lo mucho que se les echaba de menos.

—No hay muerto malo —susurró la antigua maestra, de manera que solo Alba pudo escucharla—. Creo que Geluca ha pasado con su marido más tiempo desde que falleció que en los cincuenta años que estuvieron casados. Todos sabemos que no lo aguantaba y ahí la tienes, mojando el pañuelo.

Alba ya no la escuchaba. Las vio de lejos. Era imposible no percatarse de la presencia de las tres mujeres. Junto a Aurita y Cecilia, a las que había conocido esa semana, estaba la otra hermana, Trinidad. Tenía el pelo cano como la mayor, aunque más largo. Su rostro se asemejaba más al de la pequeña. Sin poderlo remediar dirigió sus pasos hacia ellas.

—¡Alba, no! —Sinda intentó detenerla sin éxito.

Los rostros de las tres hermanas se giraron hacia ella en cuanto llegó a la tumba.

BERTA GLORIA FREIJOMIL SANTOS

1975-1984

Amada hija de Emilio y Gloria

Nada más.

Sentía que tenía que plantarles cara. Necesitaba saber qué clase de persona llora a una niña muerta ante su pueblo después de abrirle la cabeza. Se corrigió a sí misma. Como Iria decía, quizá no habían sido ellas, aunque no conseguía olvidar esa frase casual que había oído de boca de Sinda: «He visto a Áurea, la mayor de ellas, partirle el cuello a un conejo de un solo movimiento».

—Pobrecita —dijo Alba—, era solo una niña.

—Lo era —dijo Trini, con serenidad—. La más inteligente, cariñosa y mejor de las niñas.

—¿Qué le sucedió?

—Si quiere saberlo, pregúnteselo a Sinda —dijo Áurea—. No necesita venir aquí fingiendo interés.

Trinidad y Cecilia bajaron la vista y guardaron silencio. Estaba claro quién llevaba la voz cantante.

—Tan solo pretendía ser amable —se defendió Alba.

—Pues ya lo ha sido. Ahora puede volverse por donde ha venido. Sinda la está esperando junto a la tumba del marido de Geluca.

Alba le sostuvo la mirada. Era una mujer alta y vigorosa. Entendía por qué Sinda había reconocido en ella el porte de esa mujer. Ambas tenían los hombros anchos y caminaban muy erguidas.

—Así lo haré. Las acompaño en el sentimiento —dijo a modo de despedida.

En cuanto se giró, las tres hermanas se miraron, desconcertadas.

Alba las oyó murmurar a sus espaldas, pero no volvió la vista atrás. Caminó los escasos cincuenta metros que la separaban de Sinda, sintiendo sus miradas en la nuca. Se irguió aún más, en un gesto que, sin ninguna duda, las tres reconocerían.

25

Pontevedra, 6 de noviembre de 2025

Iria cogió aire ante la puerta de la comisaría. Había traspasado ese umbral mil veces. Aunque eso fue antes, cuando ella era una policía recién casada que había solicitado el traslado a Pontevedra tras comprar una casa en Bueu, frente al mar. Ya no era policía, ni tenía un marido, y hacía días que había decidido que esa casa guardaba demasiados recuerdos dentro como para conservarla. Sin embargo, la comisaría seguía allí. Ahora, ante esa misma puerta, demoraba el instante de entrar porque la policía que había sido jamás volvería, ahí dentro estaba la esencia de lo que ella había sido, y que había muerto al mismo tiempo que Ángel.

Necesitaba traer de vuelta a la Iria Santaclara que todos sus compañeros admiraban, aunque eso significase enfrentarse a ese pasado. Lo haría por Alba, que la había contratado para saber quién era y, sobre todo, para descubrir qué había sucedido cuando era una niña. Y lo haría para descubrir también quién era ella misma, esa curiosa mezcla de abogada e investigadora que compartía despacho con una cría de veinticinco años que tenía las ideas mucho más claras que ella.

Se desprendió de sus divagaciones y entró en la comisaría. Rial no acostumbraba a llegar antes de las diez, así que confiaba en no encontrárselo. Intentaría hablar con Patri o con Miguel, dos subinspectores con los que siempre se había llevado bien. Incluso así, sabía que no podía pedirles información concreta, pero al menos podría tantear el terreno.

Saludó a un par de conocidos y les dijo que iba a visitar a la subinspectora Patricia Salgueiro. Patri compartía despacho con Juan Rosales, pero le pediría que se tomasen un café. No quería a Rosales cerca, era de los que desconocían el significado de la palabra «discreción».

Franqueó la puerta del despacho y, para su sorpresa, se encontró con que no estaba sola.

—¡Iria! —La cara de la subinspectora Salgueiro se iluminó en cuanto advirtió su presencia.

La mesa de Rosales estaba vacía, pero apoyado sobre el escritorio estaba un tipo de unos cuarenta años. Iria apostaría que era más joven que ella.

—¿Santaclara? —se interesó él.

Era muy moreno, aunque sus ojos eran claros. Iria los rehuyó, no quería perder el tiempo socializando con policías.

—Sí, soy yo. —No hizo ademán de estrecharle la mano.

—Inspector Rodrigo Filloy, tu sustituto.

Su sustituto, claro. El tipo de la comisaría de Ferrol. Hizo un pequeño asentimiento y se dirigió a su antigua compañera.

—Patri, he venido a buscarte porque quería que me echaras una mano.

Iria se arrepintió de esas palabras al instante. El plan inicial era llevársela a tomar un café, contarle que estaba inmersa en un caso y hablarle de su nueva actividad como investigadora.

—Somos todo oídos —dijo Filloy.

—Quisiera hablar a solas con la subinspectora Salgueiro —intentó reconducir la situación.

—La subinspectora Salgueiro está de servicio, así que cualquier cosa que quieras consultar con ella puedes hacerlo conmigo delante —apuntó el inspector, tajante—, y si lo que tenéis que hablar no es de trabajo, mucho me temo que tendréis que esperar a que acabe su turno.

—Rodrigo, no la trates así, es de los nuestros, por mucho que ahora sea detective privada —dijo Patri.

El inspector Filloy la calibró con la mirada. Efectivamente, tenía los ojos de un verde muy claro. Iria no apartó la suya; había tenido el culo en su silla durante mucho tiempo y no se iba a dejar amilanar por ese inspector que sin duda estaba juzgándola desde el mismo instante en que Rial le contó las razones de su salida.

—¿Por eso estás aquí? —se burló él—. ¿Estás jugando a los detectives y has chocado con el muro de realidad que supone no ser policía?

Iria cogió aire y se lo pensó dos veces antes de mandarlo al mismo sitio al que había mandado a Anxo Rial la última vez que puso un pie en esa comisaría.

—Yo nunca juego mientras trabajo —dijo con calma—, y ser investigadora privada es un trabajo. Distinto que el vuestro, pero un trabajo. Sé cuáles son mis límites. No pretendía interrumpiros mientras salváis el planeta. Patri, te llamaré un día de estos.

Encantada de conocerte, Filloy. Estoy segura de que te habrás adaptado de maravilla a esta comisaría. Harás un equipo estupendo con Anxo Rial.

Iria salió del despacho. Estuvo a punto de dar un portazo, pero se contuvo. Tenía ganas de llorar aunque no sabía bien por qué. Volver allí la hacía enfrentarse con sus decisiones y con su cambio de vida. Se sentía vulnerable y lo último que quería era que ese hombre que ahora ocupaba su despacho le fuera con el cuento a Rial.

—¡Santaclara! —El inspector Filloy la alcanzó antes de que cruzase la calle.

—¿Qué quieres? —dijo ella.

—Supongo que disculparme... No pretendía cuestionar tu trabajo. Y mentiría si dijera que no tengo curiosidad. Has venido aquí a buscar algo, y quiero darte la oportunidad de que me lo cuentes.

—Tengo prisa —mintió.

—No la tienes —la corrigió él—. Has venido a hablar con Salgueiro. Ocupo tu despacho, cualquier cosa que quisieras pedirle a ella me la puedes pedir a mí. Dime a qué has venido y te diré qué te puedo dar. Volvamos a comisaría.

Iria echó una ojeada a su reloj. No quería arriesgarse a que Rial estuviera de vuelta.

—En comisaría, no. Tomémonos un café, inspector —dijo ella—. Invita la investigadora privada que se ha topado con el muro de realidad.

Su sustituto parecía un tipo listo y curioso. No perdería nada por contarle lo que sabían. El precio valdría la pena si conseguía un aliado dentro de la comisaría de Rial.

26

Loeiro, ese mismo día

César se plantó ante el portalón de hierro y lo empujó suavemente. Le extrañó que estuviera abierto, teniendo en cuenta que en la casa vivían tres mujeres solas. En el tiempo que llevaba en Loeiro apenas las había visto un par de veces de lejos. Él no era mucho de misas y ellas desde luego no se prodigaban fuera.

Se adentró en el patio. La puerta de entrada se abrió antes de que le diese tiempo a llamar al timbre, como si ya lo estuviesen esperando.

—¿Puedo ayudarle? —Una mujer de cabello negro le dirigió una mirada interrogante.

—Soy César Araújo —se presentó—. Vivo en la Casa Rosa, con Carmen. Soy su pareja.

—Sé quién es —lo cortó ella.

Por supuesto que lo sabía. Era imposible que su mudanza a Loeiro hubiera pasado inadvertida.

—No deberían tener el portalón abierto —sugirió César.

La mujer se encogió de hombros.

—Este es un pueblo tranquilo —afirmó.

«Seguro que sí», pensó César, recordando el gato muerto enterrado bajo el parterre de rosales de la Gestapo.

—En fin, vengo de parte de Sinda. Como sabrá, ha sufrido una caída y está impedida. La semana que viene se iniciará la campaña de recogida de alimentos, y me ha encargado que les eche una mano.

—¿A nosotras? —Había extrañeza en su voz.

—Me dijo que ustedes eran miembros activos de la parroquia.

—Sinda sabe de sobra que eso está ya organizado y no precisamente por nosotras.

César desplegó una gran sonrisa. Contaba con esa respuesta y pasó al plan B.

—Me ha pillado. Estaba buscando una excusa para charlar con ustedes —admitió—. No es fácil de explicar, ¿me permite entrar?

Ella lo miró dubitativa.

—No entiendo...

—Serán solo cinco minutos —la cortó él mientras avanzaba hacia el interior de la vivienda.

—Por aquí. —La mujer señaló una puerta a su derecha, una vez que se hubo recuperado de la sorpresa.

Entraron en un comedor de tamaño considerable. En el centro había una mesa de castaño con capacidad para ocho comensales, pero lo más destacable de la estancia era el gran reloj de pared, también de madera maciza. El péndulo carecía de movimiento y el tiempo se había detenido en las seis y media. En la esquina, bajo la ventana, un sillón orejero de color verde aceituna invitaba a sentarse, pero, aun así, se notaba que esa habitación no se había usado en mucho tiempo.

—Bueno, como le he dicho, soy su vecino desde hace poco —comenzó César.

—Mi nombre es Cecilia —respondió la mujer—. Ceci.

—Encantado. En fin, no quiero hacerle perder el tiempo. No sé si sabrá que yo era policía, pero estoy jubilado. Ya sabe lo difícil que es pasar de una actividad frenética al descanso. —Lo cierto era que esa mujer no tenía pinta de haber desarrollado ninguna actividad en su vida que pudiera calificarse de frenética.

—Ya... —Ceci seguía desconcertada ante la presencia de ese hombre en su salón.

—Iré al grano. Estoy aquí porque me interesa la historia. Uno tiene que buscar una afición y me he decidido por la investigación de los personajes relevantes de la provincia. Incluso me planteo escribir un libro.

—No sé qué tiene eso que ver conmigo.

—Supongo que sabe que su abuelo, el cura, era íntimo amigo del ministro Montero Ríos.

Ella asintió.

—Él ofició su funeral.

—Exactamente. Descubrí ese dato en las hemerotecas.

—Me temo que eso es lo único que sé.

—Claro, claro —concedió él—, ha pasado mucho tiempo.

—Más de un siglo —confirmó la menor de las hermanas.

—Me preguntaba si guardan ustedes cuadernos, documentación, fotografías...

—Yo... —La mujer parecía indecisa—. Debería usted venir cuando esté mi hermana Áurea.

César había aguardado a que Áurea saliese de casa para realizar esa visita. Sinda le había dicho que cualquiera de las dos hermanas sería mucho más accesible que «la bicha», de modo que el exinspector esperó con paciencia a que Aurita se alejase de la Casa del Cura para intentar un primer acercamiento, tal y como habían decidido la noche en que apareció el gato muerto.

—Su antepasado fue todo un personaje —obvió el comentario de Cecilia, que se mostraba visiblemente incómoda.

—Lo fue —dijo ella—, o al menos eso decía nuestra tía Lola.

—Esta casa era de él, ¿verdad?

La mujer asintió.

—Las cosas eran distintas antes —reconoció Ceci—, y aunque evidentemente nunca se casó con nuestra abuela, ni pudo reconocer a sus hijas, se aseguró de que no les faltase nada. Esta casa la mandó construir cuando mi madre se casó. También le dejó bastantes tierras y el molino.

Se calló de repente, como si una voz interna le hubiera dicho que había hablado de más.

César dirigió una mirada a su alrededor.

—Es muy acogedora.

La palabra no estaba bien escogida. Su tamaño la hacía imponente, pero era fría y antigua. La madera, abundante, mostraba el paso del tiempo, y las paredes, desconchadas, necesitaban una buena mano de pintura. Era una casa, pero no parecía un hogar. No había nada cálido entre esas cuatro paredes.

Se acercó a la librería que ocupaba la pared lateral, junto al sillón orejero.

—Cuántos libros infantiles… —apuntó el expolicía—. ¿Tiene nietos?

El rostro de la mujer se contrajo en una mueca. Sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y lo estrujó entre las manos. Meneó la cabeza y musitó unas palabras casi inaudibles.

—¿Cómo dice? —preguntó César.

—Eran de mi sobrina. —Su voz sonó un poco más fuerte.

Él hizo un gesto de comprensión.

—Lo siento mucho, debí darme cuenta —se disculpó—. Me han hablado de la terrible desgracia. No debí preguntar.

Los ojos grises de la mujer se tornaron vidriosos. Seguía retorciendo el pañuelo entre las manos, como si se tratase de un molinillo.

—Sucedió hace mucho tiempo —acertó a decir ella, con voz débil —. ¿Podría usted volver otro día y tratar ese asunto con Aurita?

César asintió y se apresuró a abandonar la casa. Conocía esa mirada. Sabía que esa mujer estaba devastada. Parte de su trabajo consistía en hablar con las familias. Buscar las palabras adecuadas para contarles que habían atropellado a sus pequeños, violado a sus hijas adolescentes, o acuchillado a su padre en un atraco. Había aprendido que cada caso era distinto, pero el dolor en los ojos de los hijos, madres, abuelos o esposas era siempre el mismo. También había aprendido que, por mucho que las buscase, esas palabras no eran nunca acertadas porque después de que él las pronunciase, la vida de esas familias cambiaba para siempre.

Sí, César había visto mil veces esa mirada en otras tantas caras distintas.

Era la mirada de aquellos que habían perdido lo que más querían.

La madre

Miño, febrero de 1975, el día en que nació Berta

Sé que cuando pasen los años recordaré esta casa. Debería estar en un hospital, y no en esta habitación. Fijo en mi mente, para siempre, la manta de lana de rayas verdes y blancas, las cortinas de color amarillo, la lámpara con tres tulipas de cristal traslúcido. El crucifijo sobre la cama, la imagen de la Virgen de Fátima sobre la mesilla de noche. El barreño de plástico con agua caliente, los paños apilados uno encima de otro, las tijeras y el hilo. Un montón de sábanas de percal. El rostro de la mujer, ni viejo ni joven, ni terso ni arrugado. Es solo una mujer algo mayor que yo, aunque ya tiene una hija de unos diez años a la que han sacado fuera de la habitación. Lleva un jersey negro de lana y una falda del mismo color. Su nariz es ancha, sus ojos igual de negros que su ropa y su mentón pequeño, al contrario que sus manos, que me parecen enormes, quizá porque he decidido que me concentraré en ellas.

Sé que nunca podré olvidar este dolor.

Un dolor que nace de dentro y me desgarra. Viene de forma súbita, como la lluvia en verano. Se apodera de mí, y solo quiero gritar, y empujar, empujar y empujar. Luego desaparece, tal como vino. La mujer dice que todo está bien, que ya falta poco. Que esté

tranquila, que lleva toda la vida haciendo esto. Que pronto pasa. Pero no pasa. Vuelve el suplicio, sin avisar.

Empuja, dice, y el dolor se apodera de todo. Siento que voy a perder la conciencia, pero no. Ojalá pasase, pero mi cuerpo no me permite descanso. Empuja, calambre, respira, empuja, placenta, tijera, metal, paño, agua, sangre roja como el jugo de una granada. Palabras, acciones, sonidos y olores se confunden. Me rompo.

La partera alza al bebé y lo veo ante mí. Es una niña. Ojalá no lo fuera. La mujer la sujeta frente a mí y me doy cuenta de que es mi hermana la que está a su lado, no sé cuándo ha entrado en la habitación. El tiempo se detiene esperando el sonido que no llega. Fantaseo con que muera. No lo hace. Es una Freijomil. Abre la boca y el llanto invade la estancia. Un llanto agudo, casi estridente.

No sé el tiempo que pasa y me dejo hacer. Me asean, y me ponen un camisón limpio. Busco a mis hermanas con la mirada y no las encuentro. Luego me entregan a la niña, ya limpia. Veo sus ojos. Son los de Ignacio y siento ganas de llorar. Hace meses que no lloro. Mis dientes comienzan a castañetear, siento la boca del bebé sobre mi pezón. Su cálida boca no impide que los temblores de mi cuerpo sean cada vez más violentos.

—Es normal, no te preocupes. —La partera contesta a mi pregunta antes de que la haga—. Han ido a buscarte un caldo. Cada cuerpo reacciona de una manera, y en estos años he visto de todo. ¿Ya sabes cómo la vas a llamar?

Tras ella, es la voz de mi hermana la que responde.

—Berta Gloria —dice ella—, como su abuela y su madre.

Ahí está, la primera mentira. De boca de mi hermana, suena casi a verdad.

27

Pontevedra, 6 de noviembre de 2025

—En teoría, Berta Freijomil Santos murió en noviembre de 1984. No hemos encontrado mucho en la prensa. Llevo unos días buceando en internet, en las principales hemerotecas virtuales, aunque sé que eso no es definitivo —apuntó Iria—. He andado ocupada y ahora podré hacer un trabajo más exhaustivo, pero en un primer barrido tan solo me he topado con la noticia de un salvaje ataque a una niña en Loeiro.

—¿En teoría? —preguntó el inspector Filloy.

—Exactamente: en teoría. Creemos que Berta Freijomil sobrevivió a ese ataque, aunque sufrió un shock traumático que le provocó una amnesia retrógrada total. De ser así, eso explicaría que Alba no recordase nada tras ser adoptada en Lugo. También explicaría por qué la prensa no incidió en la investigación del crimen.

—Esa teoría es absurda. Por lo que me cuentas, la niña fue enterrada en el cementerio del Campo, y sus tías no la han buscado nunca.

—Sé que es absurda —reconoció Santaclara—, pero personas de Loeiro que trataron a Berta Freijomil la han reconocido. Alba presenta una gran herida en la cabeza que cuadra con la versión

oficial del ataque sufrido por la niña, y tiene recuerdos de Loeiro, un pueblo que no había visitado nunca.

—Eso es lo que dice tu clienta, pero no me has aportado ninguna prueba que sostenga esa hipótesis. —Rodrigo Filloy se bebió de un trago el café expreso. Ojeó el reloj—. No tengo todo el día. Te doy diez minutos para explicarme qué quieres y, lo más importante, para convencerme de por qué debemos implicarnos en algo que sucedió hace más de cuarenta años.

—Solo necesito saber si Berta murió o si, por el contrario, se recuperó y fue dada en adopción, como creemos. Las tías de la niña llegaron a ser sospechosas del ataque y, aunque nunca las acusaron formalmente, quizá perdieron su custodia. De ser así, lo normal es que alguien la adoptase.

—¿No tenía padres? —preguntó él.

Iria negó con la cabeza.

—Fallecieron en Argentina. La madre en el parto y el padre unos años después. Vivía con sus tías.

—Y si eso fue así, ¿por qué hay una lápida con el nombre de Berta Freijomil?

—Quizá para acallar rumores, tal vez quisieran evitar la vergüenza de que les arrebataran a la niña —afirmó Iria, que en las últimas semanas había especulado mucho junto con César y Sinda sobre lo ocurrido en la Casa del Cura.

Filloy solo lo pensó un instante.

—Confieso que tu teoría podría sostenerse, aunque el tema de la lápida es muy rebuscado. ¿Qué clase de tarado enterraría un ataúd vacío?

—Tres beatas a las que se les retiró la guardia y custodia de una niña porque casi la matan. Necesitaban acallar los rumores y dar el asunto por zanjado.

—¿Estás insinuando que ellas lo hicieron?

—Es una posibilidad —asintió Iria, que por el momento había decidido callarse el asunto del gato con la cabeza destrozada ante la puerta de Alba—. No sé si una de ellas o las tres. Solo sé que si fueran inocentes, habrían intentado buscarla una vez que Berta alcanzara la mayoría de edad.

Rodrigo Filloy la miró detenidamente. Era una mujer guapa y triste. Tenía muchas ganas de conocerla y por eso no había desaprovechado la oportunidad de tomarse un café con ella. Iria Santaclara había dejado huella en esa comisaría. No había medias tintas. El comisario Rial manifestaba un profundo desprecio por la mujer que lo había puesto en jaque ante uno de los hombres más poderosos del país, y la había descrito como una listilla prepotente, de esas que por ser jóvenes se creen mejores que los policías más veteranos y carecen del más mínimo respeto por sus jefes. Sin embargo, los compañeros de Iria la describían como una mujer discreta, trabajadora y con un gran sentido de la responsabilidad. También la consideraban dura y estricta, pero justa y muy competente.

Ahora que la tenía delante se dio cuenta de que ambas versiones no estaban reñidas con la realidad. Entendía que Rial se sintiese amenazado por una mujer más joven y formada que él y que no se dejaba impresionar por su simple estatus.

—No me comprometo a nada —dijo él—. Pero imagino que si reviso el expediente, podré decirte si murió o no. Solo eso.

—Eso es más de lo que esperaba —se sorprendió ella.

—Dame tu teléfono. —Sacó su móvil para grabar el número de Iria.

Ella lo miró recelosa. Si ese tío se creía que iba a salir con él a cambio de información estaba muy equivocado.

—Oye, no creo que...

—Te voy a pasar por WhatsApp el teléfono de mi amiga Claudia. Vive aquí en Pontevedra, pero hace tiempo que trabaja en Santiago, en la Xunta —la cortó Rodrigo sin reprimir una pequeña sonrisa—, en la Consejería de Política Social. Es la subdirectora general que se ocupa del área de Menores.

Ya sabes que no te podrá contar nada de ningún expediente concreto, pero te informará de cómo eran las cosas en los años ochenta. Así sabrás si vuestra hipótesis va bien encaminada o si es una película que os habéis montado.

Iria estuvo a punto de decirle que se podía meter el teléfono por el mismo sitio que su sonrisa autosuficiente, pero sabía que lo necesitaba, así que sonrió y le dictó los nueve números. Él le hizo una llamada perdida y ambos grabaron sus respectivos contactos.

—Gracias.

—Bueno, esto me lo cobraré —respondió Filloy, enigmático.

Ella se abstuvo de hacer ningún comentario. Estaba empezando a hartarse de ese flirteo que no conducía a ninguna parte. Esquivó su mirada.

—Me refiero —continuó el inspector— a que merezco que me informes de vuestros avances. Soy un tío curioso.

Antes de que pudiera contestar, el móvil del policía se iluminó sobre la mesa. Iria dirigió la mirada a la pantalla, donde esperaba

ver aparecer el nombre que tantas veces la había reclamado a ella: Comisario Rial. Sin embargo, fueron cuatro letras las que aparecieron en la pantalla: «Mara». Filloy cogió el móvil.

—¡Hola, cariño! —dijo—. ¿Estás mejor?

Rodrigo Filloy se levantó de la mesa y se alejó para evitar que ella escuchase su conversación. Tras un par de minutos le hizo un ademán con la mano, indicando que debía marcharse. Iria también hizo un gesto de despedida. Rodrigo se alejó de la cafetería con paso apresurado, dejándola sola y un poco desconcertada. Juraría que el muy imbécil había intentado seducirla y, sin embargo, ahora la que se sentía como una imbécil era ella.

28

Pontevedra, 11 de noviembre de 2025

—¿Es cierto que Santaclara estuvo aquí el pasado jueves? —preguntó el comisario Rial en cuanto entró por la puerta de su despacho.

—Es cierto —confirmó Rodrigo, levantando la vista del ordenador. A su jefe le había llevado cinco días enterarse.

—¿Y se puede saber qué quería?

—Saludar —dijo el inspector.

—No me toques los cojones, Filloy —saltó el comisario—. La conozco, nunca da puntada sin hilo. Quería algo. Se aseguró de venir bien temprano, para no cruzarse conmigo.

Rodrigo pensó que, llegados a este punto, una verdad a medias era mejor que una mentira.

—Me pidió ayuda —reconoció—. Sabe que tengo una conocida en la Xunta de Galicia, en el área de Menores.

—No te dejes engatusar ni por ella ni por Araújo —le advirtió Rial —. Antes de que te des cuenta te la lían parda. Exactamente, ¿qué está investigando?

—No está investigando nada. —La verdad a medias se acababa de convertir en una mentira—. Está llevando un caso de Derecho de

familia. Algo de una tutela y un menor en desamparo. Tampoco me ha dado detalles, por lo de la confidencialidad, y lo prefiero, yo tampoco quiero meterme en un lío.

Su jefe lo miró con suspicacia.

—¿Y era necesario que te la llevaras a tomar café? —Su voz sonaba ahora más calmada.

—Bueno, vino a hablar conmigo porque Salgueiro le comentó que yo tenía contactos en Menores. Y sobre la marcha decidí que sería bueno cambiar impresiones y charlar un rato sobre el equipo —improvisó—. Soy nuevo aquí, y no está de más recopilar un poquito de información.

—Sus impresiones no te van a ayudar a hacer mejor tu trabajo. Está desquiciada desde que murió su marido. Pero, en fin, yo solo quería advertirte y advertido quedas —concluyó—. Lo que pasa en comisaría se queda en comisaría. No quiero que una expolicía resentida y reconvertida en detective privado te venga a sonsacar nada.

—Por supuesto, jefe. Y ahora, si me disculpas, me voy ya. Tengo un asunto personal y ya llego tarde.

Anxo Rial consultó su reloj y comprobó que hacía un buen rato que Rodrigo debería haber abandonado la comisaría. El inspector cogió su cazadora de cuero y salió a toda prisa.

Su asunto personal tenía nombre y apellidos: Juan Garrido. Esos últimos días había intentado averiguar qué había sucedido en Loeiro con la niña Berta Freijomil. Como Santaclara, en la prensa tan solo encontró breves reseñas del ataque, seguidas de un silencio absoluto. El único rastro en comisaría era el asiento de registro del expediente policial. Expediente 842/1984. Eso era lo que tenía: un

número. La documentación, teniendo en cuenta el tiempo transcurrido, ya estaría en el archivo provincial de la jefatura o incluso podría haber sido transferido al archivo general del Ministerio del Interior en Alcalá de Henares.

Por supuesto, podía hacer un escrito solicitando una copia, pero era del todo imposible justificar esa petición y, lo que era peor, el asunto terminaría llegando a oídos de su comisario. Quería anotarse un tanto frente a Iria Santaclara. Ella tenía información y contactos que en un determinado momento podían serle útiles, pero no estaba dispuesto a traspasar ninguna línea roja.

Al final, tiró de sus contactos en el juzgado. No le fue difícil sonsacar quién fue el juez que llevó el caso, aunque eso es todo lo que consiguió, un nombre. El de un juez jubilado de más de ochenta años que vivía en Lapamán. Rezó para que no chochease. Aparcó frente a una casa de piedra de tres pisos flanqueada por una enorme escalinata y con una almena que imitaba un castillo. En el portalón de hierro destacaban dos iniciales doradas entrelazadas: una G y una L.

Ascendió por la escalinata y antes de entrar contempló las mismas iniciales grabadas en el granito del suelo. A Rodrigo no se le ocurrió mejor forma de evitar un divorcio que grabar el vínculo en piedra. Esperaba que el juez Garrido tuviera más memoria que gusto para la decoración.

En cuanto le abrió la puerta se encontró de frente con un hombre alto y delgado, con un pelo blanquísimo. Vestía una camisa azul, vaqueros y unas deportivas blancas. Tenía unos ojos muy azules. A Rodrigo le recordó a un congresista americano con atuendo de fin de semana. Aparentaba al menos diez años menos que esos ochenta y

uno que le habían dicho que tenía. Desentonaba tanto en esa casa que se quedó plantado ante la puerta de entrada, sin saber muy bien qué hacer.

—Inspector Filloy, pase por favor a mi despacho. Mi mujer ha salido.

—Bonita casa —dijo Rodrigo.

—Es terrible. Era de mis padres. —Sonrió—. Mi madre era una mujer muy pretenciosa, pero el marco es inmejorable. Sé perfectamente que parece la casa de un narcotraficante.

Ambos se echaron a reír.

El despacho del juez era un espacio confortable, con más novelas y ensayos que libros de derecho. Un fuego ardía en la chimenea. Rodrigo aceptó un agua con gas.

—Usted dirá —lo invitó el juez.

—Sé que esto puede parecer poco convencional —comenzó Rodrigo—, pero como policía conozco los límites de mi profesión y no quiero indagar más allá de lo que permite la ley. Se trata de mi ahijada, está haciendo su TFG en criminología.

—Será usted un gran referente para ella —intervino Garrido.

—Lo soy —mintió Rodrigo, cuya única ahijada tenía cuatro años—. El caso es que su TFG está centrado en crímenes sin resolver en la provincia de Pontevedra.

—Imagino entonces que quiere información sobre alguno de los que se cometieron entre 1982 y 1989, que fueron los años en los que estuve destinado aquí.

El policía asintió.

—Exactamente. En concreto quisiera información sobre un expediente, el de Berta Freijomil Santos, una niña a la que atacaron

muy cerca de aquí, en Loeiro. Estuvo buscando en hemerotecas pero no encontró nada relativo a la resolución del homicidio de la niña. ¿Lo recuerda usted?

El juez lo miró con sorpresa.

—Por supuesto. No todos los días se enfrenta uno a un ataque tan violento, la niña apareció con la cabeza abierta y un brazo roto. Pero me temo que no voy a poder ayudarle. Se trataba de una menor, y no puedo decirle a dónde la enviaron.

—¿A dónde la enviaron? —preguntó Rodrigo, desconcertado—. ¿No murió?

—No, no murió. Intervino Menores y de ese proceso yo ya no le puedo hablar. Pero precisamente por eso no encontrará nada en la hemeroteca. Ya no se publicó nada más, para proteger a la niña. Tenga en cuenta que no eran los tiempos de las redes sociales, es normal que le cueste rastrear el asunto en medios. Hoy en día lo que no cuentan los periódicos lo cuentan los vecinos en las redes. Desde el punto de vista de la protección del menor, era mucho más fácil antes.

—No murió. —Rodrigo hablaba para sí.

—No. Llegó a mis oídos que las tías hicieron ver al pueblo que había fallecido, imagino que para acallar habladurías, y si quiere que le diga la verdad, me pareció perfecto para proteger a la niña. Aunque desde el punto de vista penal no se pudo probar nada y seguimos varias líneas de investigación que no puedo relatarle, lo que sí es cierto es que se les retiró la guardia y custodia. Consideraron el hecho de que la niña anduviera sola por el pueblo de madrugada como un indicio de que no estaba bien cuidada. Pero lo determinante fue que tardaron mucho en llamar a la ambulancia.

Era todo muy sospechoso, aunque una vecina dijo que había visto a un hombre merodeando cerca de la casa esa misma tarde, y eso las exculpó. O más bien tengo que decir que no pudimos probar que estuvieran incriminadas. En fin, eran otros tiempos, ahora todo hubiera estado en la palestra mediática. ¿Quiere más agua?

Rodrigo negó con la cabeza y se apresuró a despedirse. Ese hombre no le iba a contar nada más, aunque le facilitaría a Iria su contacto. Al final iba a ser cierto lo que decían en comisaría de ella. Más valía estar en su equipo, porque a la larga siempre tenía razón.

La madre

Miño, marzo de 1975, un mes después del nacimiento de Berta

—Tienes que cogerla en brazos —insiste mi hermana.

No quiero. Mis pechos están secos, y ellas dicen que eso no es más que otra muestra de mi rechazo por la niña. Cómo explicarle que sus ojos son los de él, que su llanto se confunde con el mío porque no puedo parar de llorar.

«Estoy embarazada».

Todo comenzó en la noche de San Juan, cuando, mientras todos celebraban y comían sardinas frente a la hoguera, sentí esas náuseas en la boca del estómago. Acabé vomitando contra el muro de la casa de Benita. Solo un par de días después me di cuenta de que tenía una falta. Me toqué los pechos, más duros que nunca, y lo supe. Desde entonces, conté las horas para verme a solas con Ignacio y decírselo, pero cada día tenía más trabajo en el hospital y nuestros encuentros tardaban cada vez más en producirse. En cuanto nos encontramos en el molino, se lo solté así, de sopetón.

Me besaba mientras me subía la falda de paño con una mano y con la otra me abría la blusa y desabrochaba el sostén.

«Estoy embarazada».

Las dos palabras cayeron sobre él y se separó de mí como si le acabase de arrojar un cubo de agua hirviendo. Se subió los pantalones. Comenzó a hablar por lo bajo y a pasarse las manos por la cara. Solo me dirigió la palabra para preguntarme si me había tomado las pastillas que me había dado. Bajé la cara y evité mirarlo. Maldijo y me dejó allí, tendida en el suelo del molino. Semidesnuda, sin fuerzas para atarme la blusa o subirme la falda.

No volví a verlo en dos semanas, hasta que me dijo que lo arreglaría todo para deshacernos del problema. Él mismo se encargaría de hacerlo en la clínica. Nada de llevarme a San Sebastián, casarse conmigo en la catedral del Buen Pastor o ir de luna de miel a París. Todas esas cosas que me había prometido se borraron de golpe. También se borró mi alegría y todo atisbo de amor por esta niña. Berta Gloria.

No podía explicarle todo eso a mis hermanas. No odiaba a Ignacio. Lo quería y sentía que iba a quererlo durante el resto de mi vida. Tampoco odiaba a esta niña. Solo me odiaba a mí misma por ser la estúpida que creyó en ese hombre que quería lo que todos. La tía Lola llevaba toda la vida repitiéndomelo. Menos mal que no estaba viva para ver a esta niña sin padre. Yo no podía ser su madre porque tenía que ser su tía. Y cada vez que la viera, recordaría que creí a Ignacio y que nunca visitaría San Sebastián ni París.

—Llévatela de aquí. —Giré la cara y fijé la vista en la pared.

—Cógela —insistió ella.

Perdí el control.

—¡Llévatela! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Que te la lleves!

29

Loeiro, octubre de 1984. Seis semanas antes de la muerte de Berta

Querido señor Bengoa:

Mi nombre es Berta Freijomil Santos y tengo nueve años. Vivo en Loeiro con mis tías Aurita, Ceci y Trini, porque mis padres están muertos. Me gusta mucho leer, jugar al baloncesto y saco muy buenas notas. Mis asignaturas favoritas son matemáticas y lengua. La que menos me gusta es sociales.

Berta releyó lo que llevaba escrito y meneó la cabeza, insatisfecha. Mordisqueó el capuchón azul del boli Bic, pensativa. Tras unos instantes de reflexión, tachó el «Querido» y lo sustituyó por un «Hola». Se dio cuenta de lo feo que quedaba, y repitió todo el texto en una nueva hoja azul y perfumada. Le habían regalado dos juegos de papel de correspondencia en su cumpleaños: uno azul con dibujos de nubes en las esquinas y otro rosa con un dibujo de Tarta de Fresa en el mismo lugar. Se decidió por el primero porque tenía una pauta sobre la que escribir. En el papel rosa estaba segura de que se acabaría torciendo y, además, el azul era su color favorito.

Le contaba todas esas cosas del cole porque no sabía muy bien qué decirle, y eso que había pensado muchísimo en ello. Le gustaría contarle que lo que más le apetecía en el mundo era tener un papá, pero no tenía ninguna seguridad de que ese señor fuera su padre. A

lo mejor Ignacio Bengoa era su tío, su abuelo, o alguien a quien le habían encargado que se ocupase de enviarles dinero. Decidió ser prudente y contarle la verdad.

Los libros que más me gustan son los de aventuras y los de misterio. Como me encanta investigar, Mila y yo nos hemos pasado el verano husmeando entre las cosas de las tías porque queríamos saber más sobre mis padres. Mila es mi mejor amiga, también tiene nueve años y es muy simpática y buena, aunque ahora se ha mudado y la echo mucho de menos. Mis padres no viven en Galicia porque se fueron hace muchos años a Argentina, y murieron. Y aunque las tías siempre me han contado esa historia, yo estaba casi segura de que había gato encerrado. Así que nos pusimos a investigar como lo haría Jupiter Jones, el de Los Tres Investigadores*, y descubrimos el baúl del cuarto secreto, y dentro había una foto mía de pequeña y... ¡no estoy en Argentina! Y lo más importante: también hemos descubierto que les mandas dinero a las tías.*

A mí me ha dado por pensar que a lo mejor mis padres de Argentina, los que se murieron, tampoco son mis padres. Y por eso te escribo esta carta, porque igual tú sabes algo de mi nacimiento o conoces a mis verdaderos padres. Es que sé que te has ocupado de mandarles dinero a las tías justo desde el día en que nací yo. Lo sé porque he encontrado algunos papeles en el baúl. Y me ha hecho mucha ilusión pensar que estoy siguiendo las pistas correctas.

Se detuvo y volvió a leerlo todo desde el principio. Le parecía que estaba muy bien. Se imaginó a Ignacio leyendo la carta, sorprendido con lo lista que era, porque había que ser muy lista para adivinar todas esas cosas. Decidió que, llegados a ese punto, le contaría sus planes.

Las tías no saben nada, aunque la tía Aurita está un poco mosca porque el otro día me preguntó qué guardo dentro del diario que me regalaron por la

comunión, que es muy bonito y tiene llave. Y yo me he enfadado mucho y le he contestado que los diarios no se leen. Lo que guardo ahí es tu dirección. Además, por si acaso ya no vives en esa casa y la carta no te llega, tengo un plan: voy a conseguir tu número de teléfono. He escrito a mi amigo Aitor que vive en San Sebastián y veranea en Loeiro, y está en mi pandilla. Le he dado tu nombre completo y tu dirección y le he pedido que lo busque en el listín, así que imagino que pronto me escribirá una carta con él. ¡Pronto podré llamarte! Como ves, tengo muy buenas ideas como investigadora.

Espero que te haya hecho ilusión mi carta.

Recibe un fuerte abrazo.

Berta

Dibujó el garabato que llevaba tiempo ensayando. Le parecía muy importante tener una firma propia, como los mayores. Y precisamente porque quería parecer mayor, había estado haciendo pruebas y elegido una firma que reproducía una B y una F unidas, encerradas dentro de un trazo continuo con forma de clave de sol.

Se dio cuenta de que le apetecía más despedirse con besos en lugar de con esa fórmula que utilizaban las tías en todas sus cartas, pero si hacía otro tachón, tendría que empezar de nuevo y ya estaba cansada.

Metió la carta en un sobre también azul y pasó la lengua por los bordes. Luego lo apretó con fuerza para asegurarse de que quedaba bien pegado. Sacó veinte pesetas de la hucha para comprar el sello. Mañana la echaría al buzón en Seixo, con mucho cuidado para que las tías no la pillasen in fraganti.

La puerta se abrió de golpe y entró la tía Ceci.

—A cenar, Bertiña, que ya es muy tarde, y luego te lías con los libros y no te duermes hasta las tantas.

La menor de sus tías fijó la vista en el sobre azul que Berta metió en su mochila a toda velocidad.

—¿Qué es eso? —preguntó la tía—. ¿Una carta para un novio?

Berta enrojeció y negó con la cabeza. Luego pensó que quizá era mejor que creyese eso a que le fuese con el cuento a la tía Aurita. Sabía que la mayor de sus tías se olía algo. Le había preguntado si había entrado al cuarto oscuro y aunque lo negó con vehemencia, Berta creía que no había conseguido engañarla del todo. La tía Aurita era muy lista, aunque la más lista de las tres era la tía Trini, que tenía un negocio propio y llevaba todas las cuentas ella sola, en un libro marrón con cantos dorados.

—¡Sí que empezamos pronto, *filliña*! —sentenció Cecilia.

Berta bajó la cabeza y la siguió al comedor.

Pronto sabría algo de Ignacio Bengoa.

Pronto. Pronto. Pronto.

Repitió la palabra por lo bajo. No podía parar de sonreír.

«Pronto».

30

Marín, El Vergel, 12 de noviembre de 2025

—Moreno, con ojazos y un culo decente. Diría que de tu edad. Quizá un poco más joven. Un ocho. Le daría un nueve, pero me gustan más jóvenes y sobre todo de otro sexo, aunque tengo ojos en la cara. Dice que no tiene cita.

Iria contempló a su socia sin poder evitar la sonrisa.

—Un ocho está bien, aunque no compartamos gustos. De todas formas, deberías dejar de ver a los clientes como potenciales ligues, no estamos en el UFO a las tres de la mañana.

—Yo tengo veinticinco años —le recordó Marta—, no conseguirás arrastrarme al UFO. Si algún día vuelves a salir de fiesta debes venir conmigo.

—¿Y escuchar a Bad Bunny? —bromeó Iria—. ¿Te ha dicho su nombre?

Marta asintió.

—Filloy. Dice que solo le llevará diez minutos. —Y confirmó su sospecha de que era el policía quien preguntaba por ella—. Hoy mismo retomo lo de las entrevistas. Necesitamos a alguien en la recepción.

Iria salió a recibirlo. Le estrechó la mano y le indicó que la siguiese a su despacho.

—Es más grande que el de comisaría —dijo Rodrigo.

—Este no te lo cederé —replicó Iria, mientras que con un ademán lo invitaba a tomar asiento—. Tú dirás.

—Dos cuestiones rápidas y ya te dejo —comenzó él—. Lo primero es que Rial me preguntó ayer por tu visita a comisaría. Le dije que habías venido a pedirme un contacto en Menores porque estás llevando un caso de Derecho de familia.

—Gracias —dijo Iria—. Te agradezco la discreción.

—Lo digo para que manejemos la misma versión de los hechos.

—Tranquilo. Hay muy pocas posibilidades de que Rial y yo nos crucemos —admitió Iria—. ¿Y la otra cuestión?

—No pude localizar el expediente físico de Berta Freijomil, y no me arriesgué a hacer una petición por escrito.

—Lo entiendo —dijo Iria—, yo hubiese actuado igual. Lo último que quiero es que te metas en problemas por mi culpa.

—Lo que sí hice ayer fue ir a ver al juez Garrido.

Filloy le contó su visita, la confirmación de que Berta Freijomil no murió, lo que hacía plausible que Alba fuese Berta, y lo poco que el juez le había contado sobre las hermanas Freijomil y la retirada de la custodia.

—Si la niña hubiera muerto, yo las habría empapelado por homicidio negligente.

—¿Ahora eres juez?

—Ya me has entendido. —Filloy desplegó una sonrisa.

—Me alegro de que ahora estemos seguros. Un misterio menos.

—Te mandaré el contacto de Garrido, vive encima de la playa de Lapamán. De todos modos, quizá deberíais tirar de la lengua a la gente del pueblo. Alguien vio a un forastero.

—Bueno, pues gracias por la información. Te debo una —reconoció Iria.

—O dos —replicó él—, ¿has hablado ya con Claudia?

Iria negó con la cabeza.

—Tengo pendiente que su secretaria me devuelva la llamada.

—Le mandaré un mensaje a su número privado para que lo haga —dijo él.

Iria lo miró suspicaz.

—¿Qué quieres de mí, Filloy? —preguntó sin miramientos.

—Solo te he hecho un favor entre colegas.

—Trabajas con Rial —repuso Iria—. No soy su persona favorita, estoy segura de que ya lo sabes. Tampoco es verdad que seamos colegas. Así que te repito, ¿qué quieres de mí?

Rodrigo la miró incómodo.

—Rial tiene razón —replicó el inspector—, te gusta demasiado ir por libre. Te recuerdo que fuiste tú la que me pidió ayuda y he hecho lo posible por dártela. Está claro que ya no pinto nada aquí.

El policía se levantó y se marchó sin darle tiempo a que le respondiera. Estaba cabreado. Había perdido unas horas que no tenía en intentar ayudarla, en parte para tocarle las narices a Rial y en parte para ganarse el respeto de su antecesora, la mujer a la que su equipo apreciaba más que a él. Quería tenerla de su lado, pero no quería confesarle que había días en los que se arrepentía de haber dejado Ferrol, que le estaba costando encontrar su sitio en esa comisaría y que necesitaba más que nunca conseguirlo, porque

su casa era ahora un lugar lúgubre y triste al que se obligaba a regresar cada día, para contar las horas que quedaban para volver a abandonarlo.

Le entraron ganas de fumarse un cigarro. Hacía más de cinco años que lo había dejado, pero sabía que estaba a punto de recaer.

—¡Rodrigo!

La voz de Iria resonó en la calle. Se giró y vio que corría hacia él.

—¡Está bien! Ven conmigo a Loeiro —gritó Iria—. Ha sucedido algo. Porque... Te lo explicaré por el camino. Yo tampoco te he dicho toda la verdad.

31

Loeiro, ese mismo día

Las cinco letras estaban escritas con sangre. En su extremo inferior se desdibujaban, y un reguero de hilillos rojos descendía por la pared de la habitación de Alba, como si alguien hubiera acuchillado el tabique.

«FUERA».

El mensaje era claro y no admitía dobles lecturas. Alba estaba sentada en la cama y César le sostenía la mano. En la cocina, Carmen preparaba una manzanilla. Había buscado tila, pero no la encontró por ningún sitio. En cuanto llegaron Iria y el inspector Filloy, los acompañó al dormitorio.

Iria observó la pared. César ya le había adelantado por teléfono lo sucedido, pero no pudo evitar estremecerse. Araújo le dirigió una mirada interrogante.

—Este es el inspector Rodrigo Filloy —aclaró Iria—. Estaba conmigo en el despacho cuando me has llamado. Está al tanto de la situación, Alba. Como te dije, acudí a él hace unos días para que me aclarase qué había sucedido con Berta Freijomil. He pensado que si hay que abrir una investigación oficial, será útil que vea lo sucedido con sus propios ojos.

—César Araújo —se presentó el expolicía.

—Diría que es un placer —dijo Rodrigo—, pero no en estas condiciones. ¿Habéis tocado algo?

—Con todos mis respetos, Filloy —repuso César, mordaz—, puede que lleve un par de años jubilado, pero todavía no se me ha olvidado qué puedo hacer y qué no en la escena de un delito.

«Cortados por el mismo patrón», pensó Rodrigo, alternando la mirada entre Iria y Araújo.

—Por supuesto. Es la costumbre, ya sabes.

—Sí, lo sé —dijo César—. En fin, no han forzado la puerta y, dado que hay rejas en todas las ventanas, tengo claro que el que entró tiene las llaves, pero esta es una casa que se alquila y el Portugués le deja las llaves a quien se encarga de recibir al inquilino, como sucedió con Sinda y Alba, por lo que medio Loeiro puede tener una copia. En cuanto a la pared, ya he echado una ojeada. Tendría que confirmarlo la Científica, pero ya te adelanto que es sangre, probablemente de algún animal.

—No traigáis a nadie. —La voz de Alba, como si acabase de salir de un trance, los sorprendió a todos.

—Alba, esto no es una broma, es una amenaza y es la tercera —dijo el inspector. De camino, Iria le había contado también lo del gato y la rata.

—Han sido ellas —dijo Alba—. Estoy segura.

—Precisamente por eso —dijo Rodrigo—, sé que aún no recuerdas nada, pero está claro que aquí no te quieren. Sobreviviste una vez, puede que ahora no tengas tanta suerte.

—Lo sé —concordó ella, con tranquilidad—, pero no me voy a ir. Llevo toda la vida deseando saber quién soy. Ahora que ya lo sé...

—Aún no estamos seguros al cien por cien de que seas Berta Freijomil —la cortó Iria.

—Yo sí. Le he descrito a César un sillón verde oliva en el que leía de pequeña, y me ha confirmado que él mismo lo ha visto en el salón de la Casa del Cura. Y he recordado más cosas. Un ojo, un río, un camino y un árbol. No necesito saber quién soy, lo sé. Llevo soñando con ratas toda la vida. Me dan terror. No creo en las casualidades. Tampoco necesito saber qué pasó, ya sé que intentaron matarme. Ahora solo quiero enfrentarlas y preguntarles por qué. Si traéis aquí a toda esa policía, no solucionaremos nada. Solo conseguiremos que estén alerta.

—Evidentemente, si no quieres denunciar, no puedo obligarte. Estoy aquí a título particular, acompañando a Iria —la tranquilizó Rodrigo—. Pero deberías ser consciente de que podrían hacerte daño.

—Me arriesgaré. Creo que están demasiado mayores como para intentarlo. Sus amenazas son cada vez más burdas, aunque ellas piensen que son terroríficas.

—Me importa un pimiento qué piensan esas arpías —intervino Iria —. ¡Reacciona, Alba! Estás en peligro.

—No lo estoy. Eso es lo que trato de deciros. Esa sería mi sangre si hubieran tenido intención de volver a atacarme —señaló la pared —, pero sigo viva. Y tengo una teoría.

La miraron sorprendidos.

—¿Una teoría?

—He estado pensando mucho. Creo que solo una de ellas me atacó, por eso ahora no puede consentir que las otras dos sepan quién soy y lo que hizo en el pasado.

—No estoy de acuerdo —dijo la expolicía—. Creo firmemente que todas están en el ajo.

—Puede que tengas razón —admitió Alba—, pero lo que quiero decir es que no creo que todas me atacasen. Yo creo que una de ellas lo hizo. Y si tú tienes razón, las demás la encubrieron, pero eso no las convierte en asesinas. Al final llamaron a una ambulancia y me salvé. Sigo viva. No pueden ser tan malas las tres.

—Cuanto menos contacto tengas con ellas, mejor. Hazme caso, no te acerques a la Casa del Cura. No permitiré que te expongas así —replicó Iria—. Espera hasta que hable con la amiga de Rodrigo en la Xunta y vaya a Lugo. Dame un margen para averiguar qué sucedió con tu adopción.

—Han pasado muchos años —dijo Rodrigo—. No será fácil.

—Tengo mis métodos —añadió Iria, misteriosa—. Mientras, prométeme que te estarás quietecita. Vuelve con Sinda, debe de estar volviéndose loca.

Alba asintió.

—Te doy dos días —dijo—. Luego iré a hablar con ellas.

—Dos días —repitió Santaclara.

Rodrigo tomó la palabra.

—Tengo que marcharme. Veo que no conseguiré que denuncies, pero quedo a vuestra disposición para lo que necesitéis. —Hizo una breve pausa, como si estuviese pensando la pertinencia de seguir hablando, y miró a Araújo y a Iria—. Y esto va para vosotros dos: no comentaré nada con Rial. Por mí, el cuento se muere aquí. Si sucede algo, cualquier cosa, negaré haber visto esta pintada. ¿Estamos de acuerdo?

Todos asintieron.

Iria lo acompañó a la puerta para despedirlo.

—No te voy a preguntar por tus métodos, Iria, pero hay límites.

—Tengo los métodos de una investigadora que no es policía, no me cuestiones.

—Me parece bien, siempre y cuando te muevas dentro de los márgenes de la ley —le advirtió él antes de salir por la puerta—. No siempre podré dejar a mi comisario al margen.

Iria lo observó mientras salía del callejón. En cuanto lo perdió de vista, sacó el móvil. La información que necesitaba estaba ahí fuera y ya no tenía una placa para acceder a ella. También carecía del tiempo y la paciencia necesarios para acometer el sinfín de trámites burocráticos ante la Xunta de Galicia o el Registro Civil que posibilitarían su acceso a los papeles que sin duda confirmarían la verdadera identidad de Alba. Por fortuna, conocía a la persona que podía hacer saltar por los aires los sistemas de seguridad de esos organismos. El Jóker —pronunciado así, con jota, en un ingenioso juego de palabras con el término inglés *hacker*— era esa persona. Era cierto que ya no empleaba su tiempo en actividades delictivas, pero Iria confiaba en que él recordase a quién le debía ese puesto de trabajo que lo había reinsertado en la sociedad tras una temporada a la sombra en la cárcel de A Lama.

Buscó el contacto. Los tonos de la llamada se confundieron con la advertencia de Filloy que aún retumbaba en sus oídos.

32

Loeiro, noviembre de 1984. Dos semanas antes de la muerte de Berta

Querida Berta:

No te imaginas la ilusión que me ha hecho recibir tu carta. Tengo que decirte que eres una niña muy lista y estoy muy impresionado con lo buena detective que eres. Nunca he leído un libro de Jupiter Jones, pero estoy seguro de que no es tan listo como tú.

No sé si tu amigo Aitor ha conseguido mi número de teléfono, pero no es necesario. Prefiero que no me llames a mi casa, aquí nadie sabe quién eres y por qué estoy ayudando a tus tías y me gustaría que todo siguiera así.

Sé que tienes muchas preguntas que hacerme, y me encantaría contestar a todas ellas, pero no creo que hacerlo por teléfono sea buena idea. Quiero explicártelo todo, pero necesito hacerlo cara a cara. Este será nuestro secreto.

Ahora es cuando te pido que seas mi cómplice. Iré a Loeiro en un par de semanas. Entonces te buscaré y te contaré todo lo que sé de tus padres y de tu nacimiento.

Tengo muchas ganas de verte.

Muchos besos,

Ignacio

Posdata: He puesto «Mila» en el remite para despistar. Ya ves que yo también soy muy listo.

Berta leyó la carta por enésima vez. Sí que era muy listo, aunque no importaba el nombre del remite, porque era ella la que se encargaba de ir siempre al buzón. Lo único en lo que podía pensar era en que en dos semanas el gran misterio de su nacimiento se resolvería y lo había conseguido investigando ella solita. Algún día escribiría esa historia. Mientras, tenía que despejar todas las hipótesis que revoloteaban en su cabeza.

A lo mejor Gloria no era su madre ni Emilio su padre. Quizá lo era Ignacio Bengoa.

A lo mejor tenía hermanos y la llevaba a vivir con él a San Sebastián.

Fuera como fuese, estaba segura de que en dos semanas cambiaría su vida. Escribió todo eso en su diario y bajó a cenar.

33

Marín, El Vergel, 13 de noviembre de 2025

—¿Un sándwich de supermercado? Eso te joderá el estómago —sentenció Marta desde la puerta de su despacho.

Era una chica alta, rolliza y de pelo rizado. Su físico escapaba de todos los cánones en ambas direcciones, pero ella, lejos de sentirse acomplejada por ello, vivía, vestía y comía como le venía en gana.

—La chica de la agresión sexual llega en un par de horas —se excusó Iria—. Mañana tenemos la vista en fiscalía. Voy a releer su declaración ante la Guardia Civil. No tengo más que su testimonio, así que he de trabajar con ella, darle confianza, intentar sacarle los nervios y afianzar su relato.

—¡Qué asco de sistema! —dijo Marta—. Por eso me escapo del Penal todo lo que puedo. Me implico demasiado. ¿De verdad no quieres venir a Os Cregos conmigo? Lo resumiré en cuatro palabras: pizza a la brasa.

—De verdad. Te lo resumiré en tres: expediente sin leer. —Iria señaló la carpeta sobre su mesa. Necesitaba trabajar en sus otros casos, porque el asunto de Alba le estaba robando mucho tiempo.

Durante la siguiente hora leyó y subrayó el sumario de Anxos Carballeira, la chica de diecisiete años a la que al día siguiente

acompañaría al juzgado para que relatase su violación. De nuevo. En días como este echaba de menos poder colocarse en la distancia neutral del policía y añoraba la comisaría.

La pantalla de su móvil se iluminó y mostró una ristra de cifras. Una centralita. Descolgó dispuesta a atender a alguien del juzgado o del Servicio Gallego de Salud.

—¿Iria Santaclara?

—Soy yo —respondió ella. Era una voz de mujer. Supo quién era antes de que se presentase.

—Soy Claudia Blanco, la amiga de Rodrigo.

Tenía una voz amable, aunque ignoraba cuánto de esa cordialidad tenía que ver con la intervención del inspector Filloy.

—Muchas gracias por devolverme la llamada —respondió Iria—. No sé hasta dónde te ha contado Rodrigo.

—No mucho —confesó la funcionaria—. Que tienes una clienta con amnesia que sospecha que fue dada en adopción.

—Exactamente.

—Pues como te imaginas, no puedo decirte nada, pero sí informarte de los procedimientos legales de los que dispone tu clienta.

—Precisamente ayer entré en la página de la Consellería para informarme del procedimiento para el acceso a los orígenes biológicos.

—Pues si has entrado en la página web, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo Claudia—. A tu clienta tiene que quedarle muy claro que el acceso a la información no es total, se limitará a los datos incluidos en la certificación de nacimiento expedida por el Registro Civil, así como a otros datos relevantes relativos a la persona

adoptada, como la historia médica, antecedentes médicos de la familia biológica e información sobre si tiene hermanos, aunque no le revelarán la identidad. Pero no cuentes con que podrá localizar a su familia biológica, ni a los profesionales que intervinieron en el proceso. Para eso, los implicados deberán dar su consentimiento a través de un proceso de mediación y, por experiencia, te digo que no es lo común.

—Mi clienta tan solo quiere pruebas de que fue adoptada. Un testigo de la época nos ha asegurado que lo fue, pero necesitamos la confirmación legal y ya sabes lo importantes que son los papeles si queremos reclamar algo. Tenemos una idea bastante clara de quién es su familia biológica, pero sería estupendo si pudiera acceder a la certificación del Registro Civil.

—No te entiendo —apuntó Claudia al otro lado del teléfono.

Iria decidió que darle unas pinceladas de su situación a la funcionaria de la Subdirección de Menores no afectaría a la confidencialidad del caso de Alba y podría ayudarle a buscar una solución.

—Verás, mi clienta sufre una amnesia severa y estamos casi seguras de que fue adoptada cuando tenía once años, tras una agresión en el ámbito familiar, por lo que les quitaron la custodia a sus tías, con las que vivía. Era huérfana. Nos gustaría saber si tenían la tutela de manera oficial o no.

—¿De qué época estamos hablando?

—Nació en 1975. La agresión se remonta a 1984. La adopción es de principios del 86. Iniciaré los trámites en nombre de mi clienta para acceder al expediente. Pero me interesa su situación legal en el

momento inmediatamente anterior a su adopción. La época en la que vivía con las tías.

—¿La guardia y custodia que ejercían era legal o la ejercían de facto? —preguntó Claudia.

—Sus padres eran emigrantes y fallecieron en Argentina. No tengo ni idea de si formalizaron o no la tutela.

—En ese caso, tienes razón. Necesitas acceder al Registro Civil —confirmó Claudia.

—No podré hacerlo hasta que quede acreditada la verdadera identidad de mi clienta —se lamentó Iria.

—Si nació en Argentina, lo más seguro es que no encuentres nada. Inicia los trámites para el expediente de acceso a los orígenes biológicos por sede electrónica, y tu clienta accederá a su expediente de adopción. Hasta ahí llegamos nosotros. Si tienes alguna duda, puedes volver a llamarme.

Iria le dio las gracias, aunque realmente no había resuelto ninguna incógnita. Nadie podría negarle que lo había intentado por la vía oficial. Levantó el teléfono y marcó de nuevo el número de Jóker. Esta vez sí hubo respuesta.

—Te llamé ayer, pensé que habías cambiado de número.

—De vez en cuando hasta yo desconecto del móvil —le dijo el chico.

—Tengo un trabajito para ti —le soltó Iria, prescindiendo de preliminares.

—Puede que ya no seas madero, pero yo soy un chico bueno. No pienso volver a pisar la cárcel de A Lama, ni por ti ni por nadie.

—Vamos, Marcos —lo calmó Iria, que hacía tiempo que llamaba a Jóker por su verdadero nombre—. Yo te conseguí esos contactos en

la empresa de telefonía para que te contratasen.

—Oye, Iria —dijo él—, trabajar aquí es la polla, tengo un sueldazo y mola no ser un paria. Sabes que haría lo que fuera por ti, pero no deseo mandar esto a la mierda.

—Solo quiero un papel del Registro Civil. Se trata de una chica a la que golpearon hasta abrirle la cabeza y dejarla amnésica casi de por vida. Cuarenta años después los recuerdos están volviendo, pero no es un proceso fácil. Necesitamos asegurarnos de cuál es su verdadera identidad. Solo quiero saber eso.

Jóker se quedó callado al otro lado del teléfono. Iria rememoró la primera vez que contactó con él, cuando le cobró treinta mil euros por acceder a una historia clínica. Por aquel entonces acababa de salir de la cárcel después de hackear a los principales ayuntamientos de Galicia y chantajearlos con liberar toda su información.

—Me la suda si es por una buena causa o no —dijo él—. Supongo que seguiré en deuda contigo toda mi vida, pero creí que con todo lo que te ayudé en el pasado había pagado mi deuda.

—Nunca me devolviste los treinta mil pavos —le echó en cara la expolicía.

—Porque no eran tuyos, joder, eran de tus clientes y a ellos no les hacían falta. —Marcos soltó una gran carcajada—. No es que me haya vuelto un puto santo, Iria, es solo que estoy cómodo con lo que soy y lo que hago. No me apetece volver al trullo.

—El Jóker que yo conocía me hubiera dicho que era capaz de conseguirme toda la información de mi clienta sin despeinarse y, sobre todo, me diría que era capaz de entrar en ese sistema informático sin que nadie lo pillase —lo azuzó ella—. A lo mejor lo que pasa es que ya no eres capaz de entrar en un sistema sin que te

pillen. Yo creo que has perdido facultades y me sales con toda esa mierda de que eres una hermanita de la caridad.

—No te creas que no sé lo que estás intentando hacer —se rindió él—. Venga, en menos de dos horas te daré lo que me pides. Pero no te acostumbres, no puedo estar pasando al lado oscuro cada vez que no consigas un papel, ahora que ya no llevas placa.

—Salí de la policía porque el lado oscuro no está siempre donde nos imaginamos.

—Déjate de gilipolleces y dame el nombre —dijo el Jóker.

—Son dos —dijo Iria—. El nombre de mi clienta es Alba Mariño García. Fecha de nacimiento, 18 de febrero de 1975. Creemos que cuando nació su nombre era Berta Freijomil Santos. Luego fue adoptada en 1986 y cambió a ese primer nombre.

—Bucearé en el Registro Civil y en lo que tenga Menores —accedió él.

—A ver si es verdad eso de que lo conseguirás en dos horas —lo retó ella, pero se dio cuenta de que ya había colgado sin despedirse.

En hora y media tenía toda la documentación en su correo.

34

Loeiro, 15 de noviembre de 2025

Alba sacó las castañas del horno. También había calentado el chocolate y sobre la mesa estaba el bizcocho que había hecho esa mañana bajo la estricta supervisión de Sinda. Seguramente en el resto de las casas de Loeiro la escena se repetía. Era noviembre y la lluvia no daba tregua. Poco más se podía hacer en una tarde de sábado que reunirse a comer y ver la televisión.

Preparó todo en una bandeja y la llevó al salón.

—¿A qué hora te dijo Iria que llegaría? —preguntó Alba.

—Tiene que estar llegando ya —le informó la Gestapo—. Me llamó en cuanto salió de Lugo. Va a pasar a recoger a César. Llevo media hora intentando ver algo con los prismáticos, pero entre la lluvia, la niebla y lo oscuro que está, no hay manera.

Alba sonrió. Ya se había acostumbrado a las cosas de Sinda, y no pudo evitar pensar lo provechoso que sería que la Casa del Cura estuviera en el campo de visión de sus prismáticos.

—¿Va al cementerio todas las semanas?

Sinda asintió.

—Es un proceso —dijo la anciana—. Yo nunca he estado casada, ni he querido a nadie lo suficiente, o por lo menos no más que a mí

misma. Nadie me importó tanto como para renunciar a mi escuela. En mis tiempos, el matrimonio y el trabajo eran incompatibles para las mujeres. Te resultará ridículo, pero cuando pienso en lo que ha perdido Iria, me pongo en su lugar y me imagino lo que habría sentido yo si me hubieran cerrado la escuela siendo joven. Iria ha perdido gran parte de lo que daba sentido a su vida. Y ha dejado su trabajo. Imagino que esa lápida es lo único que la conecta con su vida pasada. Todo le duele aún. Le cuesta mostrar su dolor y yo soy una de las pocas personas con las que no disimula.

—La entiendo. Entiendo lo que supone no poder seguir adelante con normalidad. Yo siempre he sentido que algo iba mal dentro de mí —confesó—. Creo que cuando desaparecieron mis primeros diez años de vida me convertí en una mujer incompleta. Pero ahora estoy muy cerca de encontrar ese trozo del puzle y eso me hace sentirme más serena y tranquila que nunca. Sé que no me entendéis.

—Te entiendo, *filliña*, pero aunque yo no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer, sabes lo que pienso. —Sinda la señaló con su índice—: Que esa sangre y esos bichos muertos deberían hacerte coger la carretera de Lugo sin volver la vista atrás.

—Lo haré —dijo Alba—, en cuanto sepa qué sucedió cuando era una niña y qué hice para merecer lo que me hicieron.

—No hiciste nada. Nadie merece lo que te hicieron. No dejaré que te culpes. Ellas son las malas, recuérdalo.

El timbre interrumpió la conversación y Alba acudió a abrir la puerta.

—Huele a castañas —dijo Iria mientras se despojaba de la bufanda y el plumífero.

—Sinda, deja de hacer ese bizcocho —se quejó César—, le he prometido a Carmen que nada de azúcar. Tengo que rebajar esta barriga. Carmen te manda esta fruta.

Dejó una bolsa sobre la mesita del comedor, pero no hizo amago de abrirla.

—*Parvadas* —dijo la Gestapo—. Siéntate y come. Es una orden. No me hagas tratarte como a un alumno de EGB.

Disfrutaron de la merienda, charlando de forma distendida. Necesitaban un paréntesis de normalidad. Pusieron a Sinda al día de todos los chismes que circulaban por Loeiro. La sobrina de la Conexa había aprobado el examen para ser azafata, se comentaba que Nolo había vuelto a frecuentar compañías poco recomendables y el nuevo cura de Mogor era negro y de Senegal.

—Pobre Benita, espero que no sea verdad, ese hijo pequeño solo le ha traído disgustos con las drogas y bien sabe Dios que con lo de Toño ya tenía suficiente. Pero lo que me tiene loca es lo del cura de Mogor. A la bicha, si le traen un negro, no le va a misa —se rio Sinda.

—A veces me gustaría ser de tu generación para evitar toda corrección política a la hora de hablar —apuntó Iria—. Aunque no te vendría mal un poquito de filtro.

—Déjate de filtros —dijo la Gestapo—, que para lo que me queda en el convento... ¿No tienes nada que contarnos? Le pediste a Alba dos días para hacer tus indagaciones y ya han pasado tres.

Iria sacó su móvil y deslizó los dedos sobre la pantalla.

—Voy a iniciar el procedimiento legal para confirmar que tus padres, Concha y Juan, te adoptaron cuando tenías casi once años, tras una larga convalecencia —comenzó Iria, buscando con la mirada

la aprobación de Alba—, pero eso va a tardar. No os diré cómo, pero he accedido a determinada información por una vía menos... oficial. César, no me mires así. Alguien va a por ella y debemos tener las cosas claras.

—Están claras y meridianas —dijo Alba.

Iria asintió.

—Berta Freijomil no nació en Argentina, nació en Miño. Sus padres fueron Emilio Freijomil y Gloria Santos. Asistió el parto en casa una comadrona. No consta una tutela legal por parte de tus tías hasta 1980. Imagino que cuando fallecieron Emilio y Gloria, empezaron a tener problemas con los papeles. Acreditaron que tus padres habían muerto en Argentina y la custodia la asumió tu tía Trinidad. Se me ocurre que se la dieron a ella porque era la que tenía mayor solvencia económica. Se la retiraron tras el ataque. Berta Gloria Freijomil Santos fue trasladada a la casa cuna de Lugo. Fuiste adoptada en diciembre de 1985, con diez años, no en el 86 como creías.

—Apenas me acuerdo de nada. Pasé mucho tiempo en cama. Una vecina me enseñó a leer de nuevo. Esa parte de mi vida es muy confusa. Me asaltan imágenes de hospitales, otros niños... Ya os dije que mis primeros recuerdos lúcidos ya son con mis padres.

—Lo que está claro es que eres Berta y estos documentos que he conseguido así lo prueban, pero no puedes hacerlos valer porque los he obtenido de manera... —Iria se detuvo para buscar la palabra correcta— digamos que irregular.

Alba guardó silencio, procesando toda la información. Nada de lo que le había dicho Iria suponía una novedad. Era tan solo una

confirmación, pero era más que suficiente después de una vida cargada de incertidumbres.

—Hay algo que no entiendo —intervino la Gestapo—. Emilio y Gloria nunca volvieron de Argentina. Las tres hermanas fueron allí a buscar a la nena cuando Gloria murió en el parto, y un par de años después nos dijeron que había muerto también Emilio. Y sin embargo, ahora nos dices que Berta nació en Miño.

—Está claro que mintieron, como en todo lo demás —dijo César—. Y todos podemos imaginar lo que pasó.

—Que una de ellas es mi madre. Que quisieron ocultarlo y hacerme pasar por su sobrina. Sé que eran otros tiempos, eso lo puedo entender. Pero lo otro no. Lo del ataque no —dijo con voz temblorosa—. Quizá fue mi propia madre quien intentó matarme. Fuera ella o una de mis tías, son unos monstruos.

Iria se acercó a ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. ¿Te preparo una manzanilla?

Alba se recompuso.

—Soy más fuerte de lo que creéis —afirmó—. Ahora mismo todo es confuso para mí. Solo tengo que asimilarlo.

—No será fácil —intervino Sinda.

—Lo sé. Si no os importa, voy a salir a airearme.

—Hace un frío del demonio, este orballo no tiene trazas de parar y ya ha anochecido. Vete a casa y acuéstate, *filliña*. Un vasito de leche caliente, una bolsa de agua todavía más caliente y un libro. Mano de santo para olvidarse de todo.

—Está bien —dijo ella—. A veces me pregunto quién cuida de quién.

Se despidió y cogió sus cosas. César se ofreció a acompañarla de vuelta a su casa.

—No está de más que la escoltes y no te vayas hasta que esté dentro, sana, salva y con la puerta bien cerrada —recalcó la anciana —. Alba, recuerda pasar el pestillo.

En cuanto César y Alba abandonaron la estancia, Iria se dispuso a recogerlo todo, a pesar de las protestas de Sinda.

—Tienes cara de preocupada —dijo Sinda.

—No es nada.

—Iria...

—Es que si yo fuese Alba, me plantaría en la Casa del Cura a pedirle una explicación a esas mujeres. Es solo un presentimiento, pero no creo que se quede en casa esta noche. Yo no lo haría.

La madre

Miño, abril de 1975, dos meses después del nacimiento de Berta

Nunca había estado tan lejos de Loeiro. A veces me siento frente al mar de la Playa Grande. Cuando la marea baja, me sorprendo buscando las piedras que deberían estar en el centro de la playa, y es entonces cuando me doy cuenta de que esta playa no es la mía. Faltan el monte Sobareiro y el Monte da Cova. No veo el poblado de Montecelo a mi derecha. Necesito volver a Loeiro como el respirar, pero mis hermanas no me lo permiten.

La niña crece, alimentada con biberones porque mi cuerpo se quedó seco, de angustia, de tristeza y de vergüenza. Y de odio.

Primero las odié a ellas. No podía creerlo, ¡eran mis hermanas! Entonces ¿por qué tenía una de ellas ese poema? Al principio pensé que era el mío, aquel que escondí en un viejo misal del abuelo que guardábamos en el comedor. Pero no lo era. El mío seguía en su escondite. La misma letra, el mismo poema. Los chicos de Loeiro no escribían poemas. No escribían nada. El desconcierto aumentó cuando encontré otro poema en el bolsillo de la chaqueta de mi otra hermana.

Y aun así, aunque en mi fuero interno sabía lo que estaba sucediendo, preferí culparlas a ellas y atender a las explicaciones de

Ignacio, no porque fuesen convincentes, sino porque necesitaba mantener mi fe en él, porque ya era demasiado tarde. Por eso decidí perdonarlo, porque ese bebé iba a cambiarlo todo.

¡Qué estúpidas fuimos las tres! Y ahora estamos atrapadas en un pueblo que no es el nuestro, esperando Dios sabe qué.

Hasta que te repongas, hasta que tu salud mejore, hasta que desaparezcan de tu cuerpo las huellas de la maternidad. Cada hermana me da una excusa distinta. Pero yo sé la verdad: hasta que las perdone y me perdone a mí misma. Hasta que ellas dejen de temer que yo hable y cuente a todo el pueblo que somos unas perdidas.

Las tres.

Bajo la vista y veo que apenas se percibe ya la hinchazón de mi vientre. Ha llegado el momento de volver. Perdonarlas llevará más tiempo, pero necesito regresar a la Casa del Cura. No permitiré que Ignacio me quite eso también.

El dinero de los Bengoa ha comprado el silencio de la comadrona, y en el Registro nos han dado sin chistar un certificado cuando ella ha confirmado que la niña nació en su casa. Solo que no es mi nombre el que figura en ese papel. Emilio volvió de Argentina en cuanto se enteró de lo sucedido. La han inscrito como hija suya y de Gloria. Entre todos ellos han llegado a la conclusión de que el bebé merecía ser criado como una niña Freijomil. De nada sirvió que me negase, prescindieron de mí y una de mis hermanas se hizo pasar por mi cuñada.

El plan es perfecto, siempre y cuando yo sea capaz de llevarlo a cabo. Y no podré hasta que las perdone. Hoy he soñado con él. Con

sus besos con sabor a granada, sus ojos distintos de cantante inglés y su lunar en la comisura del labio.

Y me he dado cuenta de que le odio.

En estos meses he pasado de la rabia al enfado y del enfado al rencor. Y ahora ya sé que ese rencor se ha enquistado y convertido en odio. Un odio que no desaparecerá jamás. Y ya no me quedan fuerzas para odiar a nadie más.

Entro en el salón, donde mi hermana sostiene a la niña en su regazo. Me acerco a ella y con un gesto le indico que me la dé. Cómo se parece a él. Me esfuerzo en buscar algo nuestro en ella. Las cejas. Las cejas son las de papá. Son cejas Freijomil. De momento esto será suficiente.

Al abrazarla, siento el aroma a leche y colonia infantil. Esto también me gusta.

—Hoy le daré yo el biberón.

35

Loeiro, O Monte da Cova, 15 de noviembre de 2025

Alba sabía que Sinda era bien capaz de estar espiando con sus prismáticos para comprobar que seguía recluida en su casa. Intuía que Iria no se había dejado engañar por su presunta docilidad. La había mirado con desconfianza en cuanto ella empezó a asimilar toda la información que la detective había puesto sobre la mesa.

No era difícil adivinar cuál sería su próximo movimiento. La investigación e Iria no le habían devuelto la memoria. Estaba segura de que nunca la recuperaría, más allá de unos cuantos sueños confusos y una recopilación de imágenes deslavazadas. Lo que Iria le había dado era la posibilidad de una madre y una razón para explicar por qué su mente se había esforzado por borrarla de su conciencia.

Quizá de niña nunca supo que era su madre o quizá lo adivinó y por eso ella quiso matarla. No tenía certezas, pero tampoco tenía nueve años. Iba a plantarse en esa casa y sabía que no podía esperar a que se le pasase la rabia y el enfado, porque en ese caso le faltaría el valor. No era sensato ir a verlas, pero se había ganado el derecho a plantarles cara y exigir explicaciones.

Le latían las sienes y juraría que hasta le palpitaba la cicatriz. Se permitió cinco minutos de descanso en el sofá, en parte para darle tiempo a César a que llegase a su casa y en parte para enfriar su ánimo. No era como ellas, o por lo menos no quería serlo.

Cogió un enorme paraguas negro con el eslogan de una consultora alemana. Imaginaba que lo habría olvidado algún inquilino, pero ahora lo necesitaba, para caminar a cubierto de la lluvia y de las miradas indiscretas.

Subió la cuesta de Moledo casi corriendo, con el aliento helado quemándole la garganta y un punto de dolor clavado en el costado izquierdo. Quería pensar que era por el esfuerzo y no por la ansiedad.

Ya delante del portalón de hierro forjado verde se detuvo y cogió aire. Intentaba recuperar la respiración y sentía que llevaba cuatro décadas aguantándola.

Tocó el timbre varias veces, sin descanso, deseando que esas tres brujas se levantasen de un salto; aunque apenas eran las nueve de la noche, intuía que ya estarían acostadas.

Una luz se iluminó en el segundo piso y una sombra se dibujó en la ventana. Una sombra muy alta.

El dolor le cogió de improviso. El can y su dueño se habían acercado por detrás sin apenas ruido. El bull terrier había encajado su mandíbula en la pantorrilla. Profirió un grito agudo que el Portugués se apresuró a silenciar poniendo una mano sobre su boca.

Le acometió una arcada y sacudió la pierna. La mandíbula del perro no cedió ni un milímetro. Su cuerpo quería chillar con todas sus fuerzas. La boca se le llenó de un sabor agrio, a comida rancia y

a tierra húmeda mojada por orines y excrementos. El vómito le subió a la garganta y el Portugués apretó su boca más fuerte.

—¡Suéltala!

El grito de Aurita le llegó como un eco lejano. Estaba a punto de perder el conocimiento. La mano se retiró de su rostro. La uña del meñique de Emiliano se deslizó por su mejilla, provocándole un rascado profundo. No se dio cuenta de que el perro había liberado su pierna, hasta que Emiliano se separó de ella.

—Vuelve a Lugo —ordenó el Portugués—, o la próxima vez Curro no te morderá en la pierna. Irá al cuello. Y no parará hasta que te desangres.

Le fallaron las rodillas y cayó al suelo. La noche se extendió, cada vez más oscura. Cuando Trinidad llegó a su lado, ya estaba inconsciente.

36

Loeiro, O Monte da Cova, 15 de noviembre de 2025, media hora más tarde

Aurita contempló desde la ventana de su habitación cómo Ceci cruzaba unas palabras con la policía esa, la amiga de Sinda, que había venido a recoger a la herida. Antes de que llegara ella, Trini había aguardado junto a Berta sin cruzar palabra, atemorizada. A su hermana, Berta la turbaba más que las fieras del Portugués, pero sabía que aguantaría el tipo. Ella permaneció en la casa con Cecilia, para controlarla. Era la más emocional de las tres y eso la hacía débil. Siempre temía las reacciones de sus hermanas. Ella, en cambio, había aprendido a aislar sus sentimientos, de manera que solo importaba el presente y, en ese presente, Berta ya no existía.

Estaba indignada. Durante años había mantenido a raya a Emiliano y ahora el muy idiota se exponía a que se descubriera todo con tal de conservar el derecho a esos cientos de euros que le pagaba cada cierto tiempo para que tuviera la boca cerrada.

Esperó con paciencia a que el coche de la policía desapareciera y salió de su habitación. Se echó un abrigo a los hombros y se dirigió a la casa de su vecino. Tocó el timbre con decisión. Si no le abría, haría uso de las llaves que guardaban en su casa y que él les había

confiado hacía mil años, cuando aún había ciertos atisbos de humanidad bajo la capa de mierda que lo cubría.

—Portugués —gritó Aurita—, encierra a esas fieras en sus jaulas y abre la puerta.

Volvió a tocar el timbre, esta vez sin pausa, hasta que la puerta de la casucha se abrió, dando paso a Emiliano y a sus perros. El viejo dio un grito y los metió en sus jaulas antes de abrir el portalón de acceso a la finca.

—¡¿En qué carallo pensabas?!

—A mí no me grites. —Emiliano levantó una mano, como si estuviera parando el tráfico—. Solo estaba haciendo lo que es mejor para todos. Maldita la hora en que escuché a la Gestapo y le alquilé la casa a una desconocida. Quién iba a pensar que sería ella.

—Mañana a estas horas estarás detenido y explicándole a la policía todo lo que has hecho para echarla de Loeiro. En cuanto te interroguen vas a acabar cantando y eso no nos conviene a ninguno. Llevo muchos años consintiéndote que me chantajees. Esto se acaba aquí. A cambio voy a librarte de la policía.

—*Parvadas* —gruñó el viejo, aunque con poca convicción.

—Escúchame bien, mis hermanas y yo buscaremos una coartada que te libre de una investigación. Intentaré que llegue a Sinda, y ella la convencerá para que no te denuncie.

—Me parece bien, pero no voy a renunciar a mi dinero.

—*Vai á merda*. Te daré lo que yo quiera y cuando me convenga.

—¿Crees que el problema va a desaparecer sin más?

—Eso es asunto mío. Mantente apartado.

Aurita se marchó sin despedirse.

Emiliano observó la alta figura mientras se dirigía a la casa de enfrente. Aún no había nacido quien le dijera qué hacer y qué no. No iba a escuchar según qué cosas, y menos todavía si venían de una mujer.

37

Loeiro, 16 de noviembre de 2025, al día siguiente por la tarde

—Sabía que no te irías a casa —dijo Iria.

—¿Qué hubieras hecho tú? —preguntó Alba, cuya pierna vendada permanecía estirada y apoyada en una pequeña banqueta forrada de una tela de terciopelo verde salpicada con flores de lis amarillas.

Acababa de llegar del hospital, tras pasar toda la noche y parte de la mañana en unas urgencias desbordadas por la gripe A y un brote de gastroenteritis.

—Pedirle a mi abogada, que a su vez es detective privada y policía en excedencia, que me acompañe, porque si una cosa está clara es que no te quieren en este pueblo.

—Tengo que hablar con la policía —dijo Alba—, ese hombre me amenazó.

—Antes de hacerlo quiero que sepas que Aurita anda diciendo por ahí que los perros te atacaron porque intentaste entrar en casa de Emiliano. También presume de que ella lo ha convencido para que no te denuncie por allanamiento.

—¡Pero eso es mentira! ¿Quién demonios va a meterse voluntariamente en ese zulo repugnante donde además hay perros peligrosos?

—Los perros nunca son peligrosos —dijo Sinda—, son los dueños los que lo son y los acaban convirtiendo en bestias.

—Sinda, casi muero, y no es una forma de hablar. No se trata de una rata muerta o de una pintada. Me amenazó claramente.

—Lo sé, queridiña, pero escucha a Iria —dijo la Gestapo—. Él tiene tres testigos que dirán que tú entraste en su finca. Una retirada a tiempo es una victoria.

—El día que te dejaron en la puerta de tu casa un gato muerto aparecieron excrementos, bien podría haber sido cosa de Emiliano. Al igual que la rata. Si están todos en el mismo barco, como parece, todo encaja. Además, él es el propietario, tiene las llaves.

—Dios mío, es cierto. Puede entrar en cualquier momento... —musitó Alba.

—Podrías trasladarte aquí. Aunque si quieres un consejo, no hagas mucho ruido. En Loeiro hay ya un *ruxeruxe s*obre lo que sucedió ayer. Si las Freijomil hacen correr el rumor de que te enfrentaste a Emiliano, abandonar la casa de repente solo servirá para corroborar su historia.

—Esto es absurdo —protestó ella—, ¿qué me importa a mí lo que piense una pandilla de viejas cotillas?

—Pasaré por alto el comentario —dijo Sinda.

—Bien sabes que no lo digo por ti.

—Sé muy bien cómo funcionan las fuerzas vivas de este pueblo. No hay más verdad que la que se construye con el boca a boca. Si denuncias a Emiliano, saldrás perdiendo, porque las nietas del cura han decidido apoyarlo. Y la razón es muy clara: te quieren fuera de aquí. No sé qué pinta él en todo esto, pero si le han puesto un billete delante es capaz de cualquier cosa.

—Pero ¿por qué quieren hacerme daño?

—Porque te estás acercando a la verdad. Partamos de la base de que una de ellas es tu madre y decidieron ocultarlo —razonó Iria—. Imagino que por aquel entonces ser madre soltera no era lo normal.

—Por aquel entonces había más madres solteras que ahora —la corrigió Sinda—. Esas tres mujeres son nietas de un cura y su criada. Las mujeres se casaban embarazadas y decían que sus hijos eran sietemesinos. Todo era igual que ahora, las relaciones entre hombres y mujeres no han cambiado desde que el mundo es mundo, la diferencia es que se intentaba ocultar. Importaban las apariencias. Todo el mundo sabía la verdad, pero la verdad se transmitía de boca en boca y en voz muy baja. El problema es que esas tres llevan toda la vida dando lecciones de moralidad a todo el pueblo. La soberbia, ese ha sido el gran problema de las mujeres de esa casa. Esa suficiencia con la que Aurita nos juzgaba a todas...

—Hablas de ella como si fuera el mismo demonio —intervino Alba.

Sinda meneó la cabeza.

—Fíjate que la entiendo. Nunca lo ha tenido fácil. Su madre murió muy joven, su padre se desentendió de sus hijos. Siempre con problemas económicos. Siempre pendiente de sus hermanas primero y de ti después —repuso la anciana—. Cada uno combate el dolor como puede. Ellas se refugiaron en la religión.

—Llegados a este punto solo me importan los porqués —reconoció Alba—. Saber cuál de ellas es mi madre. Cuál de ellas me atacó. O por qué han hecho que el Portugués me ataque, porque cada vez tengo más claro que ellas se lo han pedido.

—No me parece una buena idea. —Iria no escondió su preocupación—. Son peligrosas.

—Podían haber venido a por mí y no lo han hecho. Incluso ahora han recurrido al Portugués.

—No le quites hierro a las amenazas, tienes el gemelo destrozado.

—No se lo quito, Iria, pero las amenazas son solo eso. No quieren hacerme daño, quieren que me vaya. No dejo de pensar en que cuando fui a verlas nos limitamos a hablar del apodo familiar, seguro que ellas tampoco saben qué pensar. Y ayer pararon el ataque del perro. Puede que mientan y digan que allané la finca de Emiliano, pero lo cierto es que impidieron el ataque y os avisaron para que fuerais a buscarme. Una de cal y otra de arena. Es todo contradictorio, no sé a qué atenerme.

—No saben qué quieres ni cuáles son tus intenciones. Esta es ahora tu mayor baza —apuntó Iria—. No le contaría a nadie que tienes amnesia.

—Pues yo discrepo, queridiñas —intervino la anciana—. Lo más importante no es descubrir la verdad, sino tu seguridad. Esas tres están para encerrar. Sangre, bichos muertos... Creo que quieren que te vayas de Loeiro para evitar que cuentes lo que sucedió. Si supieran lo de tu amnesia se sentirían más seguras y dejarían de perseguirte.

—Nunca sabremos lo que pasa por sus cabezas —negó Alba—. Yo prefiero hacer una lectura positiva: quizá una de ellas está intentando protegerme.

—No permitiré que edulcores esta situación —dijo Iria—, ni que te inventes una versión de los hechos en la que tu madre hace esto para protegerte de su hermana perturbada. Te han dejado una rata muerta en el lavabo y han pintado con sangre tus paredes. Te quieren lejos de aquí y se protegen a sí mismas. Llevan décadas

viviendo con esta mentira y ahora tu sola presencia puede hacerla saltar por los aires, así que te diré lo que vamos a hacer: voy a tener una charla con ellas y les voy a decir que tengo información suficiente como para descubrir su mierda de pasado si no te dejan en paz. Les diré que no pretendes hurgar en la herida, que solo quieres volver al lugar de tu infancia, sin ajuste de cuentas. Si saben que están en nuestro punto de mira, pararán.

—No creo que sea una buena idea. —Alba sonaba dubitativa.

—Es nuestra mejor baza, porque ganaremos un tiempo precioso —insistió Iria.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Sinda.

—Para completar el puzle y saber qué sucedió realmente esa noche. Para devolverte tu pasado. Creo que deberías regresar a terapia, estás en otro momento de tu vida, tus recuerdos están empezando a aflorar. Podemos intentar buscar un especialista en trauma infantil.

—No sé si... —dudó ella—. Supongo que tendré que hacerlo, pero...

—Mientras te lo piensas, iré buscando especialista. Si llegada la hora no estás preparada lo cancelamos —la tranquilizó Iria—, pero vete madurándolo. Y yo me pondré con algo fundamental; hemos empezado la casa por el tejado. Una hija no se tiene sola, tenemos que buscar a tu padre. Ese día había un forastero en Loeiro. No creo en las casualidades.

—Respecto a eso —intervino Sinda—, llevo varios días dándole vueltas. Y creo que deberíamos invitar a Benita a tomar un café, ella era muy amiga de Trinidad. El caso es que Trini estuvo muy enamorada de un médico vasco que vino a trabajar a Pontevedra,

pero que me maten si recuerdo algo. ¡Esta cabeza mía! ¿Cómo se llamaba? ¿Bengoetxea?

La madre

Loeiro, noviembre de 1984. Dos semanas antes de la muerte de Berta

Mientras la observo dormir en su camita, pienso en que una madre debe hacer cualquier cosa para proteger a su hija. Yo he hecho muchas cosas por Berta. He renunciado al lugar que me corresponde en su vida. No me quiere más que a ellas. Somos sus tías y yo no soy distinta a las otras dos. Somos rigurosas pero cariñosas a nuestra manera, aunque para ella solo seamos tres solteronas que le hacemos la comida, la llevamos al catecismo, le compramos ropa y ayudamos en lo que podemos con los deberes.

La queremos de la única forma que sabemos, tal y como nos quisieron a nosotras: sin abrazos ni besos. Con disciplina y con mano dura, la misma que tuvieron papá y la tía Lola con nosotros cuatro. Y eso no impidió que no les hiciese caso y me quedase embarazada de un hombre que no me quería.

Nunca me he permitido una caricia extra ni un abrazo de más. Solo soy su tía, la hermana de su padre.

Nunca imaginé que Berta fuera capaz de llegar hasta donde lo ha hecho. Cuando encontré el baúl abierto en el cuarto oscuro, pensé que solo había estado buscando fotografías. Pero lo encontró a él. Y

luego sucedió lo de la carta. ¿A quién escribía? Las tres pensamos que le gustaba un chico, una tontería infantil, cada vez empiezan antes con esas parvadas*. Nos pusimos alerta, pero era tan solo una niña que acababa de hacer la comunión. El otro día abrimos su diario y nos chocamos con la realidad de frente.*

Reconocí la letra de Ignacio al instante. Berta lo ha encontrado, husmeando aquí y allá y haciendo lo más difícil: atando cabos. En la carta a Ignacio no le dice nada, pero en el diario deja claro cuáles son sus sospechas ¿Cómo es posible? Tan solo es una niña, sin conocimiento de la vida. La hemos subestimado. Quizá su afición a la lectura la haya hecho madurar demasiado deprisa. A veces lee libros que no son adecuados para su edad y yo no le he dado importancia. Pero da igual cómo lo haya hecho. Ha encontrado a su padre y ahora debemos impedir que lo vea.

Lo hemos hablado las tres, y hemos decidido que lo haría yo. Ser su madre también supone esto.

La destapo de golpe y la zarandeo.

—¡Arriba! —le grito—. ¡En pie!

Abre los ojos de golpe y mira a su alrededor. Está intentando ubicarse. La agarro de la mano y la saco de la cama de un fuerte tirón.

—¿Qué pasa?

Me mira confusa. La arrastro y ella grita.

—¡Ni una palabra! —le ordeno con firmeza.

Sigo arrastrándola escalera abajo. Se cae, pero yo tiro de ella. Sus piernas golpean los escalones de madera. Para cuando llegamos al vestíbulo, ya ha comenzado a llorar. Abro la puerta y tiro de ella al exterior. Esa tarde ha llovido y el suelo de cemento está mojado. No

la miro, no quiero mirarla, porque una madre tiene que hacer lo que tiene que hacer.

—¿Qué pasa, tía? —gimotea.

Me giro y le doy una tremenda bofetada.

—Eres una desagradecida —le digo—, has sido muy mala. ¿Quieres saber quién es Ignacio Bengoa? Yo te lo diré: un hombre malo que te llevará con él y hará que nunca más vuelvas a vernos, a nosotras, que solo vivimos para ti. Nos has mentido y nos has escondido muchas cosas. ¿Cómo has podido escribir a un desconocido?

—Yo solo quería saber la verdad —me dice entre sollozos—. No nací en Argentina. Fuisteis vosotras las que mentisteis. Sois unas mentirosas.

Le cruzo la cara de otra bofetada. Esta no me cuesta dársela, porque no soporto oír de su boca la verdad. La agarro fuerte y me dirijo al hórreo. En él guardamos manzanas, peras, castañas, la cosecha de patatas y la de maíz.

Abro la puerta y la cojo en volandas. La empujo dentro y cae sobre el suelo; rueda, como si fuera un saco de patatas. Patalea fuerte.

—Te quedarás esta noche aquí dentro, a oscuras. Puedes gritar lo que quieras, porque nadie te va a escuchar. Y no saldrás hasta que nos prometas que nunca hablarás con Ignacio Bengoa.

—¡Sois malas! —me grita, con rebeldía inesperada—. ¡Os odio, os odio tanto que me escaparé de casa y no volveré!

—Te perdonaremos —le digo—, porque somos tus tías y te queremos. Pero ahora te vas a quedar ahí hasta que nos asegures que te portarás bien.

Cierro la puerta con un candado. Me duele en el alma saber que pasará miedo y frío, pero más me duele saber que quiere conocer a ese cerdo. Merece el castigo, una noche de oscuridad, frío y mucho miedo. Y si no aprende, habrá otra y otra.

La idea de la rata fue de mis hermanas. Berta odia a los roedores desde bien pequeñita. La cazamos por la tarde y la metimos en el hórreo. No le hará daño, hay mucha comida ahí dentro; además, solo serán unas horas.

Un grito agudo resuena dentro de la construcción de piedra.

Ya la ha encontrado.

38

Loeiro, 18 de noviembre de 2025

—Bengoa, ese era el nombre. Ignacio Bengoa. Vino para trabajar en la clínica de los Villamor en Pontevedra y se alojaba aquí, con ellos —confirmó Benita.

—¡Bengoa! —La cara de Sinda se iluminó—. Casi acierto. ¿En qué año fue?

—En el 74. Lo recuerdo porque mi Antonio estaba haciendo el servicio militar. Trini perdió la cabeza por el médico, y me hacía acompañarla a todas las fiestas. A Antonio no le hacía ninguna gracia y se ponía como loco cuando le iban con el cuento de que me habían visto echar un pasodoble con otro.

—Y ese Bengoa ¿de dónde era exactamente? —preguntó Iria.

—Pues vasco, pero no me acuerdo de dónde —admitió Benita—. Aunque me suena que de San Sebastián.

—¿Pero realmente fueron novios? —se interesó Alba.

—Él era un picaflor, de los que te dicen siempre lo que quieres oír. La avisé, le dije que no se fiase de él, pero no me escuchó, por supuesto. Era muy guapo y distinto a todos los hombres de aquí, con su ropa moderna, sus ojos raros, porque tenía uno de cada color, y esa labia... Le prometió el oro y el moro. Casarse con ella,

sacarla del pueblo, vivir en una ciudad. Trajes, vestidos, viajes. Yo le advertí de que todos los hombres son iguales, todos prometen lo que sea con tal de... Bueno, todas somos adultas.

—Los tiempos han cambiado, Benita —intervino Iria, quien cruzó una mirada con Alba y le hizo un ademán disimulado para indicarle que se calmase. La alusión a la heterocromía de Bengoa la había alterado y no era el momento de levantar la liebre ante Benita.

—Lo que usted diga, pero los hombres son así desde que el mundo es mundo —terqueó la amiga de Sinda.

La Gestapo le hizo una señal a Iria que ella captó perfectamente. Ni en un millón de años le haría entender a esa mujer cómo eran las relaciones entre adultos en el siglo XXI. De la misma manera, a Iria le costaba creer que la moralidad imperante en los años setenta en Loeiro se pareciera más a la de la primera mitad de siglo. Eso era algo que no debían perder de vista. Decidió darle la razón a Benita.

—Claro, claro. Es cierto. Supongo que cuando él se marchó, rompieron.

—No se lo tome a mal —dijo Benita—, pero yo no las conozco a ustedes y no puedo andar aireando las intimidades de una amiga así como así. Y Trini y yo éramos íntimas. Ahora ya no, aunque es lógico. Cuando murió su sobrina, todo cambió. Aquello fue terrible. No me puedo ni imaginar lo que tuvo que ser estar en boca de todo el mundo a todas horas. Incluso estuvieron en la comisaría, eso es casi como estar presa, ¿no?

Iria pensó que lo terrible era que alguien golpease a una niña de nueve años hasta dejarla medio muerta, y no que el pueblo se dedique a murmurar a tus espaldas, pero así eran las cosas allí y ella no iba a cambiarlas. Atacó el bizcocho de Sinda; debía lanzarse a la

piscina. No tenían toda la tarde. Benita había ido a jugar su partida de cartas con Sinda como cada martes, y habían improvisado un café de sobremesa para intentar saber algo del pasado amoroso de Trinidad Freijomil.

—¿Ha pensado alguna vez que quizá Berta no era su sobrina? —insinuó la exinspectora—. Yo tengo una tía que nos confesó hace poco que su ahijado, al que crio cuando quedó huérfano, era en realidad su hijo. Y recordemos la gran cantidad de madres que han criado a sus nietos como si fueran sus hijos.

Benita la miró escandalizada.

—¿Cómo se le ha ocurrido esa barbaridad? Usted no sabe nada de esa historia. Fue todo mucho más complicado —añadió, misteriosa.

—No es algo tan descabellado, teniendo en cuenta el juicio moral al que se sometía a las madres solteras por aquel entonces, sobre todo en el ámbito rural —le indicó Iria.

—Yo no sé usar palabras tan rebuscadas como las suyas —farfulló —, pero si lo que quiere decir es que a las que nos casábamos preñadas nos llamaban de todo, ahí sí que le tengo que dar la razón. Yo me casé embarazada, aunque luego perdí al niño. Mi Toño aún tardó un año en nacer. Nunca he dado que hablar desde que me casé con mi Antonio, que en paz descanse, pero todavía hoy tengo que aguantar las miradas de Aurita, con esa soberbia que siempre ha tenido, y si yo hablara...

—Pues habla, Benita —la animó Sinda—, ¡habla!

—No sé qué queréis que os cuente. No os entiendo —se resistió.

—Trini era tu amiga. Algo sabrás —le indicó la Gestapo.

—Lo único que sé es que ese desgraciado le rompió el corazón. La Trini, con la que compartí toda mi juventud, desapareció. Por culpa

de él, dejó de andar conmigo. Ni siquiera me vino a la boda, ni al bautizo de Toño, y eso que siempre habíamos dicho que ella sería la madrina de mi primer hijo. Se recluyó en esa casa con sus hermanas. Solo salía para vender botones e ir a misa. Y después de lo de la niña...

—¿Y tan descabellado te parece lo que te hemos planteado?

—¿El qué? ¿Que Berta fuera su hija? —Benita se quedó pensativa durante un rato—. Puede que no lo sea. Pero en ese caso hay algo que no entiendo.

—¿Qué? —intervino Alba.

—Si Berta era hija de una de las hermanas y de Bengoa, entonces la madre no tiene por qué ser Trini; cualquiera de las tres pudo serlo, porque el muy cerdo andaba con todas. Yo lo descubrí con Aurita, en el Monte da Cova. Y vi a Cecilia abrirle la puerta de la Casa del Cura cuando estaba sola. Y cuando se lo conté a Trini, no me creyó, me llamó de todo. Me dijo que le tenía envidia porque se iba a casar y se marcharía de Loeiro. Y yo le insistí en que lo más seguro era que se lo hubiese prometido a las tres. No me creyó, y me hizo cruz y raya. —Benita acompañó sus palabras con un movimiento de su dedo índice que dibujaba un aspa en el aire—. Nunca más volvió a hablarme y eso que intenté que entrase en razón. Y yo tengo la conciencia bien tranquila, aunque a la mercería no le iba, porque una es buena, pero no tonta.

—Por supuesto. —Iria se dijo que había llegado el momento de darle la razón en todo—. Me parece increíble que ese hombre las engañase a las tres.

—¡Si solo fueran tres! Luego nos enteramos de que también andaba con alguna enfermera de la clínica y tenía multitud de

amiguitas en Pontevedra. Un picaflor, porque casarse sí que se casó, pero con una chica de su ciudad, que creo que tenía dinero para dar y regalar. Ya lo dice el refrán: Dios los cría y ellos se juntan. Y eso es lo último que supimos del Vasco. Pero lo que más coraje me da es tener que aguantar a la bicha mirándome por encima del hombro como si yo no supiera lo que sé.

Las otras tres mujeres asintieron en un gesto de comprensión. Benita no quería hablar, pero ahora no había quien la callara.

—En fin, que no sé de dónde sacan que Berta no era su sobrina, pero si están en lo cierto, pueden estar seguras de una cosa: cualquiera de las tres podía haberse quedado embarazada de Ignacio Bengoa, como que me llamo Benita Santomé.

39

Pontevedra, ese mismo día

En cuanto despidieron a Benita, Iria se lanzó a la búsqueda de Ignacio Bengoa. Un médico de buena familia en una ciudad como San Sebastián parecía un objetivo fácil. En efecto, la hemeroteca respondió al instante a la búsqueda del hombre, pero las noticias no eran esperanzadoras.

Ignacio Bengoa Aguirre se había esfumado el 19 de noviembre de 1984, cuando se dirigía a un congreso médico en Múnich. En la prensa nacional, junto a las escandalosas cifras del paro y la alarma de la OMS ante la irrupción del sida, Iria fue siguiendo los pasos de la desaparición del ginecólogo vasco.

Según los periódicos, nunca llegó a coger el vuelo, aunque su secretaria confirmó que ella misma había sacado los billetes y reservado los hoteles. Se barajó un secuestro de ETA, aunque la Ertzaintza descartó esa hipótesis cuando no hubo petición de rescate. Su padre, José María Bengoa, y su suegro, Miguel Ugarte, ofrecieron una recompensa de cinco millones de pesetas a cualquiera que proporcionase algún dato sobre su paradero. De repente toda la población había visto a Bengoa. Se le vio en un autobús a Cádiz, en un avión a Barcelona, en el Alsa que iba a

Madrid, en la estación de tren de Miranda de Ebro o repostando en una estación de servicio de Valladolid. La cascada de pistas falsas complicó la labor de la Ertzaintza más que ayudar en nada. Con el paso de las semanas, las noticias de la desaparición fueron espaciándose en los periódicos hasta extinguirse.

Iria consultó las escasas noticias que se hacían eco del salvaje ataque a Berta Freijomil. Eran del 21 de noviembre del mismo año.

—No me lo puedo creer —exclamó incrédula mientras mostraba ambas noticias a su compañera.

Alba leyó en silencio. Era incapaz de articular palabra. No resultaba fácil asimilar que acababa de encontrar y perder a su padre en un lapso de media hora.

—Fantástico —se lamentó la expolicía—. Ahora, además de intentar averiguar quién intentó matarte, tenemos que seguirle la pista a un desaparecido.

—Y no creemos en las casualidades. —Alba repitió mecánicamente la frase que tantas veces había salido de los labios de Iria en los últimos días.

—Lo que sea que pasó con Bengoa está relacionado con tu ataque —admitió Santaclara—. No podemos olvidar que había un hombre merodeando por Loeiro ese día. Pudo ser él. Lo que está claro es que, dada la coincidencia de la fecha, no podemos dudar de que ambos hechos están conectados.

—Conmigo no lo consiguieron, pero con él... —Alba se negó a acabar la frase.

Iria lo hizo por ella.

—Con él probablemente sí. No sé cuánto rencor puede acumular una persona, pero ese tío las sedujo, dejó a una embarazada y la

abandonó después. Y creo que eso le costó la vida. Supongo que no es fácil superar que te engañen con tu propia hermana.

—Hermanas, la engañó con sus dos hermanas —la corrigió Alba—. ¿Crees en serio que él era mi padre?

—Ya escuchaste a Benita y lo de su color de ojos. Ojalá no lo fuera. No tengo nada en su contra, que fuera un mujeriego no quiere decir que fuera mala persona. Pero si él es tu padre, eso significa que una de ellas es tu madre, y entonces es cuando entro en bucle, porque no me cabe en la cabeza que una madre sea capaz de una agresión de ese calibre.

—Lo que me hicieron es igual de terrible con independencia del vínculo que nos una —reflexionó Alba—, pero entiendo lo que dices. Me criaron durante nueve años. Sinda dice que eran severas y rectas pero que me querían y se preocupaban por mí. Está claro que se querían más a ellas mismas. Que nos hayan hecho esto a mí y a mi presunto padre, simplemente para evitar que se desvele un secreto familiar, resulta imposible de creer. Creo de verdad que están mal de la cabeza. Nadie en su sano juicio actuaría así.

—Lo estás viendo desde la perspectiva de una mujer del siglo XXI y criada en una ciudad. No tienes ni idea de lo que era esto hace cincuenta años —le aclaró Iria—. La historia que conté el otro día de mi tía y su ahijado es real. Esto no justifica nada, pero el contexto social puede ayudarnos a entender el móvil. Aquí, si una mujer se echaba un novio y luego la dejaba, se quedaba deshonrada, pasaba a ser mercancía usada, plato de segunda mano... Llevo toda la vida oyendo esas expresiones repugnantes, así nos trataban a las mujeres.

—¿Como a una vajilla? —intentó bromear ella.

—Tienes razón. Dicho en voz alta suena ridículo. Igual hubo otra motivación. Por lo menos ya tenemos claro de qué hilo debemos tirar, y no está en Galicia. La clienta eres tú, y no sé si te parecerá un exceso, pero creo que debo viajar a Donosti.

—Por supuesto. No escatimes en gastos. De hecho, me gustaría acompañarte.

—No creo que sea buena idea.

—Si ese hombre era mi padre, mi única familia está en San Sebastián.

—Bueno, están tus tías, aunque entiendo que no quieras nada con ellas.

—Nunca he tenido familia —se explicó Alba—. Mi madre, Concha, tenía un único hermano que se murió hace mil años, y mi padre era hijo único. Me quedé huérfana a los diecinueve. Solo tenía un primo que me llevaba treinta años y vivía en Castellón. Y ahora hay una posibilidad de que tenga primos o incluso hermanos. Y si me presento allí y contamos la verdad, puede que eso te abra más puertas que aparecer hablando de tres viejas locas que viven en Loeiro.

Iria la miró reticente.

—Ir con la verdad por delante no siempre es la mejor opción —le indicó—. La sinceridad está sobrevalorada.

—Necesito ir. Es difícil de explicar. Por favor...

A Iria no se le escapó la desesperación que había en su voz. Conocía bien ese sentimiento, llevaba muchos meses instalada en él. Y Alba llevaba así toda su vida, por lo menos, toda la que podía recordar. Cogió su portátil y siguió tirando del hilo de la información que le ofrecía la red sobre el médico vasco. Según su página web, la

clínica ginecológica Bengoa Ugarte aún existía y sus instalaciones estaban ubicadas en el paseo de la Zurriola, en el barrio de Gros, y así había sido desde su creación en 1958. En la página había una referencia a Miguel Ugarte Altuna, eminente obstetra y fundador de la clínica. En la actualidad, dirigía la firma Mikel Ugarte Apaolaza, nieto del fundador.

—Tengo un primo. —Alba escrutó la imagen del médico que aparecía en el ordenador—. No nos parecemos.

Así era, se trataba de un hombre de cabello negro, ojos gris oscuro y gafas de pasta, también oscuras. Tenía una mirada inquietante. No parecía un médico, a pesar de que lucía una bata de un blanco inmaculado con el logo de la clínica en el bolsillo superior. «Es como si un bróker de Wall Street se hubiera disfrazado de doctor», pensó Iria.

—Normal, no es nada tuyo, es sobrino de la mujer de Ignacio, según la noticia del periódico. Ugarte era el apellido de la mujer de Bengoa —le recordó Iria—. Escúchame bien, Alba: si dejo que me acompañes, no puedo permitirte que conviertas esto en un programa de telerrealidad lacrimógeno centrado en la búsqueda de tu familia. No pierdas el foco, tenemos que adivinar quién te atacó, para que puedas cerrar con tranquilidad esa etapa de tu vida. Si vienes conmigo, tienes que confiar en mí, yo llevaré la voz cantante.

—¿No podré decirle que somos familia? —preguntó ella, desolada.

—No tienes pruebas de eso, así que de buenas a primeras es mejor que te lo calles. Saldremos pasado mañana, porque tengo algunos asuntos pendientes en el despacho. Durante el viaje definiremos nuestra estrategia. Te recogeré sobre las diez. No es

necesario madrugar, son más de seis horas y, aunque nos turnemos para conducir, es bueno que vayamos descansadas.

El rostro de Alba se iluminó.

—Gracias por permitirme que vaya contigo.

—El cliente siempre tiene la razón —le recordó Iria.

—Necesito acabar con esto. Si encuentro a mi familia paterna, me daré por satisfecha, haré borrón y cuenta nueva, me marcharé de Loeiro y me olvidaré de ellas.

Iria hizo un gesto de asentimiento. Estaba por ver si las mujeres de la Casa del Cura se lo permitirían.

40

Donostia, noviembre de 1984. El día en que murió Berta

—¿A Múnich? —preguntó Ane.

Ignacio detectó un cierto deje de incredulidad en la voz de su esposa. Sabía que desconfiaba de él, sin ir más lejos el día anterior le había preguntado por la nueva recepcionista, indicando que era una chica muy guapa pero que le había parecido un pelín descarada. Sabía lo que había detrás de ese comentario: te estoy vigilando.

Casarse con Ane Ugarte había sido lo mejor que le había pasado en la vida. Hacían un buen equipo. Entendía a la perfección su trabajo porque procedía de una gran estirpe de profesionales de la medicina. No podía decirse que fuera una mujer atractiva. Era alta, huesuda, y tenía los ojos muy separados. Lucía una melena negra y larga, y un flequillo de esos que estaban tan de moda, pero que en su caso era pura necesidad, dado que escondía una frente de gran tamaño que alteraba totalmente la simetría de su rostro. Sin embargo, tenía una sonrisa bonita, y una voz grave que le volvía loco. Le fascinaba su elegancia y su saber estar. A menudo se quedaban charlando en la cama hasta la madrugada, haciendo el amor y fumando como carreteros. Le gustaba cómo aspiraba el humo, cómo se sentaba muy recta, apoyada en el cabecero, y cómo

su espléndida melena se desparramaba sobre sus senos, pequeños y duros. Y, por supuesto, le gustaba su familia. Los Ugarte eran los dueños de la clínica obstétrica más importante del País Vasco. Su suegro miraba a Ignacio con la devoción de quien siempre había querido un hijo y se le había negado. Los nietos aún no habían llegado, pero, de momento, tener un yerno no solo médico, sino obstetra como él, había supuesto un regalo por el que daba gracias a Dios todos los días. Dos años antes había añadido su nombre a su famosa clínica, y ya había dispuesto que la dirección y la propiedad de esta pasase a su yerno a su muerte, siempre y cuando continuase casado con Ane.

—Ya sabes lo importante que es estar actualizado en nuestra profesión. El primer bebé probeta de España debería haber nacido aquí y no en Barcelona. Si tu padre hubiera estado más abierto a los avances en medicina reproductiva, nuestro nombre habría quedado grabado en letras de oro en la historia de la medicina, pero los catalanes se nos han adelantado este verano y ya no tiene remedio. No quiero que algo así vuelva a pasar.

—Papá es muy conservador, pero cuando tú dirijas la clínica la llevarás a otro nivel. Siempre he creído en tu talento. No me casé contigo por tus ojos raros y bonitos —bromeó Ane.

Ignacio sonrió, reconfortado al ver que no sospechaba nada. Tenía que andarse con pies de plomo con Ane. Ella no le iba a consentir que tuviera una aventura. Sus andanzas habían quedado atrás, y cada vez que la vista se le iba detrás de una chica guapa, recordaba su nombre escrito en letras doradas en la clínica del paseo de la Zurriola.

Y ahora, todo podía desbaratarse por culpa de esa niña. Apenas pensaba en ella. Berta Freijomil era tan solo un apunte contable, un giro postal del que se ocupaba la secretaria de su padre desde hacía casi diez años.

La apuesta con sus colegas de la clínica le había salido cara. Se había jugado un dineral a que era capaz de seducir a las tres hermanas. ¡Qué estupideces se cometían cuando uno no está a lo que tiene que estar! Y ahora, ese error estaba a punto de llevarse por delante su estabilidad familiar y todo su futuro profesional.

Hubo un momento en que barajó confesarle a Ane toda la verdad y apelar a su comprensión. Estaba seguro de que, tras el shock inicial, acabaría aceptando la situación. No solo era inteligente, sino también muy pragmática; lo suficiente como para saber que una aldeana de la costa gallega nunca podría competir con ella. Pero cuando quedó claro que Ane nunca estaría en disposición de darle un hijo por problemas en el útero, pensó que su propia paternidad sería una herida de la que su matrimonio no se recuperaría. Ahora era consciente del gran error que había cometido al callárselo.

Besó a Ane y le prometió que le traería un regalo de Múnich. Le pediría a su secretaria que comprase algo bonito, un pañuelo de Hermès o un bolso de Chanel. Algo caro y exclusivo, pero, sobre todo, algo que pudiera comprarse en cualquier ciudad de Europa sin que ella sospechase nada.

Dejó el coche en el aeropuerto, aunque, tal y como había previsto, no entró en el edificio. Cogió un autobús y volvió a la ciudad. Una vez allí, se dirigió a Amara. No iba a arriesgarse a que cualquier conocido diera al traste con su plan y le fuese a Ane con el cuento de que lo había visto en la Estación del Norte. Ninguna de las

personas de su círculo cogería nunca un autobús de línea, así que la opción más segura era utilizar ese medio hasta Miranda de Ebro y seguir en tren desde ahí. Cualquier precaución era poca.

Una vez en el tren, respiró aliviado. Todo iba según el plan. El vagón estaba lleno de gallegos y portugueses. Daba igual el tiempo que llevasen en el País Vasco, seguían aferrándose a su idioma y a sus costumbres. Tenía por delante más de ocho horas de traqueteos y olores a sudor, hierro, vómito y comida. Los niños correteaban por donde podían, y el revisor se esfumó una vez examinado el billete de tren. Pasó la mayor parte del tiempo en el pasillo, con la ventana bajada a pesar del frío, observando los campos de Castilla, con la única finalidad de evitar que nadie reconociera su rostro. Sabía que eso era muy improbable, la distancia entre su mundo y el de esos emigrantes que comían tortilla de patatas fría dentro del vagón era infinita. Su corbata descansaba en el bolsillo del abrigo, cuyo cuello permanecía subido, ocultándole el rostro a quien lo viese de lado.

Mañana tendría que repetir esta tortura. Otras ocho horas de vuelta hasta Miranda de Ebro, y de nuevo, un trayecto en autobús hasta San Sebastián. Lo único que le consolaba era que, para entonces, el problema estaría resuelto. O bien encarrilado, al menos. Ya vería cómo, confiaba mucho en su capacidad de persuasión ante el género femenino. Hasta ahora se había portado con decencia, pagando religiosamente, cuando podía haberse desentendido del asunto. Quizá ese había sido su gran error. Se lo haría comprender a todas ellas, por las buenas o por las malas.

Había pensado mucho en cómo encarar el asunto. Solo había dos opciones: convencer a esa niña de que él no era su padre o sacarla de Loeiro. Y hasta ahora había apostado todas sus cartas a la

primera opción. Pero cuanto más lo pensaba, más le convencía la segunda posibilidad.

En ese instante decidió que le contaría a Ane la verdad. Una verdad adaptada a sus necesidades y que no fuese incómoda. Podía decirle que acababa de enterarse del asunto, que había sido un desliz de juventud y que nunca supo nada. Si cualquiera de esas tres locas buscaba a Berta, él emprendería una batalla legal. Ningún juez en su sano juicio le daría la custodia a tres mujeres sin estudios ni recursos en lugar de al matrimonio formado por los Bengoa Ugarte. Y si ese hipotético juicio se producía, cuando la verdad saliese a la luz, Ane le perdonaría, porque para entonces ya se habría encariñado con la niña. Podrían criarla como a una Bengoa.

Le pareció una idea brillante y un golpe enorme para esas desgraciadas. Su plan B, el de arrancar a la niña de Loeiro, cada vez se le antojaba más apetecible. Incluso podía ser que las tres locas le cediesen a la niña por una cantidad considerable. Tres millones de pesetas, por ejemplo. Era una suma muy importante para ellas, pero no afectaría a la salud de sus finanzas.

Fuera como fuere, en cuarenta y ocho horas este asunto dejaría de ser un problema, por las buenas o por las malas.

A fin de cuentas, tan solo eran tres mujeres indefensas y una niña.

41

Loeiro, 19 de noviembre de 2025. 41 años después

—Acuérdate, Señor, de tu hija Berta Gloria Freijomil, a quien llamaste de este mundo a tu presencia a la edad de nueve años. Que el alma de Berta y las almas de todos los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

—Amén.

Las miradas de todos los feligreses se dirigieron a las tres hermanas, que se sentaban, como cada año en esa fecha exacta, en la primera fila del templo. Se dirigieron a la salida, aunque hoy, a diferencia de los demás días, saludaron con un breve ademán a aquellos que les repitieron un pésame que ya duraba más de cuatro décadas.

Aurita había estado a punto de llamar al cura para pedirle que cancelase la misa de aniversario. Luego se dio cuenta de que eso resultaría más sospechoso que dejarse llevar por la inercia de la costumbre.

Cuarenta y un años, uno encima de otro, de pésames reales y de agradecimientos falsos. Cuarenta y un años de llorar a Berta, y de la necesidad de seguir llorándola. Alzó la vista y sus ojos tropezaron con los de Sinda. Esta le mantuvo la mirada y Aurita tuvo que

recurrir a toda su fortaleza para no sucumbir al reproche que vio en ellos.

Este asunto había ido demasiado lejos, y el Portugués solo había conseguido enmarañarlo todo. Hizo un gesto a sus hermanas y abandonaron el atrio de la iglesia.

—Rápido —las espoleó—, necesito llegar al pueblo antes que el resto.

Con un poco de suerte, y si era cierto lo que todos decían, Nolo no estaría en condiciones de decirle que no a unos billetes. Y ya de paso, si podía colgarle el mochuelo a Emiliano, mataría dos pájaros de un tiro. El asunto ese del chantaje ya había durado demasiado.

42

Donostia, 20 de noviembre de 2025

—No está nada mal —dijo Iria mientras observaba la habitación con vistas al río Urumea—. ¿Prefieres quedarte en esta o la tuya está bien?

—Está genial —confirmó Alba—. En Donosti las pensiones tienen tarifas de hotel, pero te aseguro que he estado en hoteles de tres estrellas mucho peores.

—La ciudad es preciosa, pero los precios no están al alcance de una autónoma —se lamentó la abogada.

—Puedes dejar de hacer comentarios triviales —le indicó Alba—. Estoy tranquila. No es como si supiera que mi padre me está esperando en su consulta.

Iria la miró con respeto, el que le merecía la serenidad que se había apropiado de su clienta a medida que los retazos de su pasado se iban desvelando. Le parecía admirable cómo iba asimilando sin aspavientos todo lo que descubrían. En menos de dos meses había averiguado que era adoptada, que su familia biológica había intentado matarla y que la querían fuera de Loeiro y de sus vidas. Habían entrado en su casa, la habían atacado con perros y en la

cara aún tenía la marca del arañazo tras el encontronazo con Emiliano. Y seguía ahí, dispuesta a averiguar la verdad.

Durante el trayecto en coche de casi siete horas habían tocado mil y un temas de conversación. Trabajo, aficiones, amigos... En ese escaso tiempo, había conocido a una mujer amable, empática y generosa con todo el mundo. Tenía un físico agradable, aunque no se preocupaba por él en absoluto, y sin embargo no había tenido nunca pareja, su círculo de amistades era muy reducido y los pocos amigos que tenía no entraban en su vida, sino que se quedaban en el umbral, porque no podía evitar estar siempre a la defensiva. No había que ser psicólogo para adivinar cuánto daño le habían hecho esas mujeres. Alba tenía serios problemas para establecer relaciones sociales. Estaba casi segura de que el vínculo de sus amigos de Loeiro era quizá, junto con el de los pacientes de la clínica, el más estable de su vida. El peso de los acontecimientos de las últimas semanas había derribado muchas de las barreras con las que se había protegido desde niña.

—¿A qué hora nos recibirá Ugarte? —preguntó.

—A las cinco y media —respondió Iria.

—¿Dónde comemos?

—Da igual dónde lo hagamos, comeremos bien. Estuve aquí con Ángel hace siete años y fue... —Iria se detuvo en seco, aunque se recompuso al instante— increíble.

Alba se abstuvo de hacer ningún comentario.

Salieron a la calle y caminaron por la orilla del río. Alba observaba todo con atención. El puente del Kursaal, los cubos de Moneo, el hotel María Cristina y el teatro Victoria Eugenia. Enfilaron el bulevar y se internaron en la zona vieja. Se dejaron seducir por las barras

llenas de pinchos. Tortilla rellena, tigres, brocheta de gambas, foie de hongos...

Antes de dirigirse a Gros, dieron un paseo por la playa de La Concha y le mandaron un selfi a Sinda, con las narices enrojecidas por el frío y el cabello alborotado.

La clínica Bengoa Ugarte estaba situada enfrente de la playa de la Zurriola. Hicieron tiempo ante el mar, bajo un cielo plomizo que no impedía que un buen puñado de surfistas cabalgara el oleaje. Ambas disfrutaron del espectáculo de verlos encaramarse a la línea de rompiente de las olas.

Iria echó una ojeada a su reloj. Con un gesto le indicó a su compañera que debían dirigirse a la clínica, un edificio color crema en el que se apreciaban las influencias del modernismo y el art déco, tanto en sus molduras y adornos florales como en los balcones de hierro forjado.

Lo único que Mikel Ugarte sabía de ellas era que Iria era una abogada que estaba interesada en hablarle de Ignacio Bengoa, aunque su verdadera intención era justo la contraria. En el interior del edificio, la vetustez decimonónica contrastaba con las modernas instalaciones de la clínica.

Consumieron el tiempo en la sala de espera ojeando folletos sobre reproducción asistida, consejos sobre la perimenopausia y la prevención de enfermedades de transmisión sexual.

—El templo de las vaginas —susurró Iria, para rebajar la tensión de la espera.

Antes de que Alba pudiera responderle ya iban al encuentro del director de la clínica. Mikel Ugarte no las recibió en su consulta, sino en una sala de reuniones. La foto que aparecía en la página web de

la clínica tenía unos años, porque el hombre que las saludó con cortesía rebasaba ya los cincuenta años. Un gran mechón de su cabello negro, salpicado de canas, se escapaba de la férrea disciplina de la gomina. Ropa cara, de la que parecía que no lo era, mirada inteligente tras las gafas, modales muy cuidados, quizá demasiado contenidos, y algo que lo hacía vulnerable. El resultado del primer y rápido análisis visual de Iria había concluido con esa percepción que la desconcertó. Luego analizó el porqué de esa intuición: el doctor Ugarte le había recordado al protagonista de una serie sobre publicistas neoyorkinos ambientada en los años sesenta cuyo título no recordaba. A Iria le gustaba la gente transparente y en ese hombre todo era contención. Había algo atormentado en su mirada, pero esa sensación se disolvió al instante cuando esbozó una sonrisa que trasladó también a sus ojos.

Tras devolverse los saludos con corrección y realizar las convenientes presentaciones, tomaron asiento ante la gran mesa de cristal.

—Ustedes dirán —comenzó el médico—. Tengo que confesar que, aunque en un principio estuve a punto de denegarles la cita, la mención de mi tío me convenció de lo contrario. Todas las familias tienen alguna herida abierta, y la desaparición del tío Ignacio es la nuestra.

—Sé que esto puede parecerle extraño, pero además de abogada soy investigadora privada, con más de quince años de servicio en la Policía Nacional —confesó Iria—. La señora Mariño, mi clienta, me ha contratado para que aclare determinados aspectos del pasado de su familia, que reside en un pueblo de Pontevedra, Loeiro.

—Conozco el pueblo —intervino Mikel—, es imposible estar en el área de la medicina y no conocer las clínicas de Asisgal, que regenta la familia Villamor. Son un referente en el ámbito de la sanidad privada y es de todos conocido que son originarios de esa pequeña población de Galicia.

—Exacto. No sé si está enterado de que su tío Ignacio vivió allí en 1974, mientras trabajaba en su clínica pontevedresa.

—Sabía que había hecho la especialidad en Galicia, pero nada más. Deben entender que yo tenía doce años cuando mi tío desapareció, nunca hablé con él de estas cosas.

—Era su tío político, ¿verdad?

El médico hizo un ademán de asentimiento.

—Mi madre y su esposa eran hermanas.

—Nos gustaría hablar con ella también.

Ugarte la miró con desconfianza.

—No quiero ser maleducado, pero aún no me han dicho qué quieren o qué saben de mi tío. Creo que deberían empezar por ahí.

Alba e Iria cruzaron una mirada. No iba a ser un hueso fácil de roer.

—Tiene razón. A veces olvido que ya no llevo una placa en el bolsillo —se disculpó Iria, conciliadora—. Lo que tenemos que decirle es que en el curso de la investigación hemos descubierto indicios de que su tío Ignacio pudo haber estado en Loeiro en la fecha de su desaparición.

—Iba a viajar a Múnich y nunca llegó a coger el avión. —El sobrino de Bengoa repitió la versión oficial—. Eso es lo único que se sabe.

—Sin embargo, mi clienta sufrió un ataque justo en esa misma fecha, y vieron a un forastero en Loeiro ese día.

—¿Qué insinúa? —se indignó—. ¿Piensa que ese forastero era mi tío?

—No sabemos nada —se defendió Iria—. Pero su tío tenía una estrecha relación con la familia de mi clienta, en el pasado había mantenido una relación con una de las tías de Alba. La coincidencia de fechas nos ha hecho creer que...

—Es por dinero, ¿no? —la cortó Ugarte—. Han encontrado un hilo del que tirar y vienen a ver qué sacan; supongo que creen que la oferta de esa recompensa aún está vigente. Cada cierto tiempo hay alguien que llama a esta puerta contándome una milonga. Pues pierden el tiempo. Mi abuelo y el padre de Ignacio están muertos, y fueron ellos quienes la ofrecieron. También han fallecido mi madre y mi tía Ane. Como único familiar vivo de Ignacio Bengoa, lamento decirles que ya no hay recompensa.

—Nadie ha hablado de dinero —intervino Alba por primera vez—. Yo misma sufrí una agresión en la que casi pierdo la vida y esa es la razón por la que contraté a Iria. Tampoco hemos insinuado que él me atacase.

—Pues no ha sonado así.

—Lo único que hemos dejado patente es que mi clienta y su tío tenían en común una relación estrecha con tres mujeres del pueblo —se explicó Iria—. ¿No le parece mucha casualidad que a ella casi la matasen y él desapareciese ese mismo día?

—Podría ser solo eso, una casualidad —replicó él, ofuscado.

—Señor Ugarte, su tío desapareció y estoy casi segura de que lo hizo en Loeiro. No queremos su dinero, ni ninguna recompensa. Tan

solo queremos compartir nuestros hallazgos con usted para seguir indagando en su desaparición, porque creemos que ambos acontecimientos están íntimamente unidos. Quizá nos atacó la misma persona.

—Tráiganme pruebas de que eso es así y reanudaremos esta conversación. —Ugarte había perdido la paciencia—. Mientras tanto, si me disculpan...

Se levantó de su silla, dando por terminado el encuentro.

—He recorrido más de seiscientos kilómetros para hablar con usted —dijo Alba, con voz calmada—. Estoy aquí porque cuando tenía nueve años sufrí un ataque salvaje en Loeiro. Estas son las secuelas físicas.

Se giró y levantó su melena dejando al descubierto el comienzo de la gruesa cicatriz que se adentraba en la espesura de su cabello castaño.

—Las psíquicas son mucho más complejas —añadió—. No recuerdo nada de mi pasado, y la detective Santaclara está hurgando en los acontecimientos de 1984 para ayudarme. Desde el comienzo de la investigación, no he recordado nada, pero hemos descubierto que tres mujeres que viven en Loeiro me criaron hasta esa fecha como su sobrina. Tras el ataque fui dada en adopción. No tengo pruebas tangibles de la presencia de su tío en Loeiro, pero sé que esas mujeres son malas y capaces de hacer mucho daño. He recibido amenazas para disuadirme de seguir buscando. No nos pida pruebas, ayúdenos a encontrarlas. Porque hay una cosa de la que sí estoy segura: si su tío fue a Loeiro en la fecha en que desapareció, no salió vivo de allí. No me puedo creer que no le importe que el cadáver de Ignacio Bengoa no descanse en paz.

Mikel Ugarte la miraba boquiabierto. El discurso de Alba había sido emotivo y convincente, pero a Iria le dio la sensación de que no eran sus palabras las que habían impactado al médico.

Este se pasó la mano por el cabello, intentando domar el flequillo que se empeñaba en caer sobre su frente. Luego se tapó el rostro con las manos. Ambas lo miraron, expectantes. Tras unos instantes, descubrió su cara. Mantenía los ojos fijos en los de Alba.

—Un ojo marrón y otro verde —concluyó Ugarte—. ¿Por qué no comenzamos de nuevo? Pero esta vez me cuentan toda la verdad.

43

Loeiro, ese mismo día

El corrillo que se formaba a diario en el atrio de la iglesia estaba más nutrido de lo habitual. Cuando llegaron a la altura del grupo, compuesto casi en su totalidad por mujeres, las tres hermanas Freijomil musitaron el consabido saludo entre dientes, sin ninguna intención de atender a los dimes y diretes de sus vecinas. Hoy ya no eran protagonistas, como lo habían sido ayer.

Aurita alzó la cabeza. Era la mujer más alta del pueblo, y eso atraía sobre sí las miradas, pero también le garantizaba rehuirlas cuando quería. Le alegró ver que Sinda no estaba presente.

—¡Trinidad!

La voz de Benita resonó a su espalda.

Se giró de golpe, al tiempo que con su mano derecha sujetaba el brazo de su hermana, en el afán de retenerla.

—Estamos ocupadas, Benita.

—No va contigo, Áurea. Quiero hablar con Trinidad.

—Ni se te ocurra —masculló por lo bajo, para que solo Trini pudiera oírla.

—Puedo hacerme cargo —contestó ella—, esperadme en casa.

De manera tranquila, sin aspavientos, Trini se zafó de la mano de su hermana.

Aurita la observó alejarse con Benita. Tragó saliva, masticó su enfado y con una seña le indicó a Ceci que la siguiese. Esa mañana en el supermercado había oído que la forastera se había marchado en coche junto con la policía amiga de Sinda. «Llevaban maletas», dijo Pacucha de Graña mientras la carnicera fileteaba el lomo de cerdo. Había regresado a casa esperanzada, tanto que hasta sus hermanas comentaron lo bien que le sentaba sonreír de vez en cuando. Albergaba la esperanza de que esas maletas supusieran el fin de la pesadilla. Y ahora, Benita y Trini hacían juntas el camino de vuelta de misa, como cuando eran inseparables. Nada bueno podía salir de ahí, a Benita le encantaba escupir veneno, sobre todo si ese veneno iba dirigido hacia ella.

Mientras se quitaba la ropa de misa, observó su rostro en el espejo. Un rostro apergaminado que parecía imposible que una vez hubiese sido joven. Siempre le había gustado verse a hurtadillas en los espejos, un placer que acostumbraba a prohibirse, porque la vanidad y la soberbia estaban muy lejos de la humildad que predicaban en la iglesia. También la lujuria, la mentira y el asesinato, pero cuando le asaltaban esos pensamientos, apelaba a la misericordia divina.

—Lo sabe. Berta lo sabe.

La voz de Trinidad la sacó de su ensimismamiento. No había escuchado la puerta de la cancela ni la de la casa al cerrarse.

—¿Qué sabe? —preguntó sin girarse.

—Todo y nada —dijo su hermana—. Ha preguntado por Ignacio. Y sospecha que una de nosotras es su madre.

—No le digas nada a Cecilia —le ordenó Aurita—, ya sabes lo nerviosa que se pone. Cuando vino el policía ese y la cosió a preguntas, tuve que darle una tila. Ha vuelto a tener pesadillas. Sería capaz de contarlo todo en un arrebato, siempre ha sido una sentimental.

Trinidad entró en la habitación de su hermana y se sentó en la recia cama de castaño. Estaba cubierta por una colcha de ganchillo que ella misma había confeccionado para su ajuar cuando todas ellas aún creían en el amor y en el matrimonio. Aurita la observaba a través del espejo. Sobre la cómoda descansaba un cepillo con el mango de plata, único recuerdo de la madre muerta y que la mayor de las Freijomil usaba, haciendo valer su condición de primogénita.

—Últimamente no paro de pensar en lo felices que fuimos cuando era una niña —dijo Trini mientras desataba el nudo del pañuelo que llevaba al cuello—. En la fiesta de su comunión, el día que actuó en aquel festival de Navidad, cuando cantó *El tamborilero* ella sola, ¿te acuerdas?

Aurita se dio la vuelta y avanzó hacia ella.

—Eso está muerto y enterrado —repitió por enésima vez.

—¿Es que no tienes corazón? —le reprochó.

—Lo tuve, y me lo rompió el mismo que a ti. No voy a consentir que vuestros remordimientos de viejas chochas destapen nuestros pecados.

—No vamos a ser nosotras las que los destapemos. Está claro que solo le interesa Bengoa. Lleva aquí casi dos meses y aún no nos ha reclamado nada, pero no va a parar hasta encontrar a su padre.

—Pues no lo va a encontrar, y lo sabes —sentenció Aurita—. Su silencio me está matando. No ha cambiado nada, de nuevo esa

insana curiosidad que nunca ha podido reprimir va a hacer que todo salte por los aires.

—No te acerques a ella —la amenazó Trini.

—No fui yo la que degolló tres conejos y recogió su sangre en una tina. ¿Te crees que puedes entrar en esa casa a hurtadillas sin que yo lo sepa? —Su dedo índice se extendió ante Trini, acusador.

—No sé de qué me hablas —se defendió ella.

—Tú nunca sabes nada, Trini. Ese ha sido toda tu vida tu gran problema. Pero que no se te olvide que yo siempre lo sé todo.

44

Donibane, 22 de noviembre de 2025

—Esto es precioso —dijo Alba mientras Mikel se hacía cargo de la cuenta—. ¿Se puede cruzar en barco al otro lado?

—Por supuesto, lo haremos si te apetece. Podemos ir andando hasta Puntas. La bocana del puerto de Pasaia es un espectáculo. Nada de espigones ni construcciones artificiales. Un prodigio natural que ha hecho de este puerto el más importante de Guipúzcoa. Tenías que haber visto esto cuando yo era pequeño, ahora la industria pesquera está de capa caída, pero en aquel momento...

—¿Vivías aquí? —se extrañó ella.

Mikel asintió.

—Ya te dije que éramos los desterrados de la familia. Mi abuelo estaba dispuesto a perdonarle a mi madre que se marchase a vivir el Mayo del 68 a París, e incluso que fuera madre soltera, sin ningún padre que le diera el apellido a su único nieto. Era ella la que no soportaba el modo de vida de los Ugarte, siempre se negó a entrar por el aro. Durante unos años vivimos muy cerca de aquí, en Trintxerpe. Mi madre daba clases de teatro, hacía yoga... Tuve una infancia peculiar, no sabes lo raro que era tener una madre hippy en

los ochenta. —Había cariño en la voz de su primo—. A los Ugarte no les hizo tanta gracia, pero tenían a la tía Ane para consolarse.

Abandonaron el restaurante y se dirigieron al embarcadero.

—Gracias por la invitación. Estaba todo riquísimo.

—Casa Cámara es una apuesta segura —afirmó él—. Además, no puedo consentir que tu único recuerdo de este viaje sean los mismos selfis que los de todos los turistas, apoyada en la barandilla de La Concha con la isla de Santa Clara al fondo. Y hablando de Santaclara, ¿ya ha llegado a Galicia?

El cambio operado en Mikel tras la larga charla que había seguido al primer encuentro en la clínica era esperanzador. Al hombre reticente y desconfiado que las había recibido, lo había sustituido uno afable y considerado, tanto que Alba había acabado contándole los acontecimientos de las últimas semanas.

Mikel había invitado a Alba a quedarse unos días, y hasta se hacía cargo de los gastos de su estancia. En un primer momento, Iria había encontrado disparatado el ofrecimiento, pero ella zanjó el asunto afirmando que compartía con Mikel la necesidad de encontrar una familia, e Iria emprendió el regreso de mala gana. Nada en ese viaje había salido como ella esperaba. Había pasado lo que tanto temía: Mikel Ugarte le había ofrecido a Alba lo que más anhelaba, una familia, y de paso se había cargado cualquier intento de rascar en el pasado de los Bengoa, ya que ese asunto quedó eclipsado por los dos primos que, de repente, parecían ansiosos por recuperar cinco décadas de ausencia en unas horas.

—Sí, me puso un mensaje cuando llegó —indicó Alba.

La travesía a la otra orilla apenas duró unos minutos. El viento era gélido. Se cubrió con la bufanda de cuadros escoceses. Mikel la

ayudó a desembarcar.

Caminaron con calma y en silencio por la margen contraria. Desde ahí, Pasajes San Juan era una lengua de casas pintorescas, que serpenteaban siguiendo la línea de la costa.

Alba miró a Mikel de reojo, dubitativa.

—¿Cómo era él? —La pregunta que llevaba días deseando hacer salió por fin de sus labios.

—No tuve mucho trato con Ignacio —confesó—. Ya te dije que mi madre no podía con todo ese rollo burgués propio de una familia bien de Donosti. Veía muy poco a mis abuelos, solo íbamos a su casa cuando ella andaba escasa de dinero, no tenía remilgos para pedirle ayuda a su padre cuando era necesario. Así que no pasé mucho tiempo con mi tío. Una vez vino a verme, y me regaló un esqueleto por mi cumpleaños. No tenían hijos e imagino que, para esa familia de médicos, yo representaba la esperanza de las generaciones futuras, por mucho que mi madre se esforzase en demostrar lo contrario.

—Parece que era un buen tipo —dijo Alba.

—Así lo recuerdo, y desde luego lo prefería a la tía Ane, que era muy estirada. A Ignacio le gustaban los críos. Era inteligente, gracioso..., de esa gente que siempre es el centro de atención, porque saben cuál es la palabra correcta y el gesto adecuado. Cuando uno ha tenido una infancia como la mía... —Se calló de golpe, como quien sabe que ha hablado de más.

—No he heredado nada de él.

—Aparte de los ojos.

—Aparte de los ojos —coincidió Alba—. Ojalá eso bastara para tener la certeza.

—Alguna prueba tendrás.

—Bueno, él tuvo una relación con una de mis tías, o con las tres, parece ser. Y sé que falsificaron los registros de nacimiento, porque mi amigo César ha estado indagando. Tirando de unos contactos que tiene en la Federación de Asociaciones Gallegas de Buenos Aires, ha localizado a unos amigos de Emilio y Gloria —explicó Alba —. Ayer mismo me confirmó que, aunque Emilio sí viajó a Galicia en 1974, mi supuesta madre, Gloria, no lo hizo. Parece ser que para entonces ya estaba muy enferma. Murió poco después.

—¿Y eso qué supone? —preguntó Mikel, confuso.

—Que la mujer que dio a luz en Miño no era ella. La teoría de que una de mis tías es mi madre es plausible, aunque sigue siendo una teoría.

—Puede que haya alguna posibilidad de que una de ellas sea tu madre, pero eso no demuestra que mi tío Ignacio fuera tu padre —insistió él—. Perdona que haga de abogado del diablo, pero no quisiera que te llevases una desilusión.

—Y te lo agradezco, pero yo lo tengo claro. Estamos hablando de unas mujeres que no tuvieron nunca una relación con ningún hombre, excepto con él. Y mi ataque y su desaparición el mismo día hablan por sí solos. Es completamente imposible que ambos acontecimientos no estén conectados.

—Es una lástima que fuera mi tío político —se lamentó Mikel—. No compartimos ningún vínculo genético, de lo contrario podríamos hacer un análisis de ADN.

—Ya lo hablamos el otro día —le recordó Alba—. Esto no tiene que ver contigo y te agradezco tus esfuerzos. A fin de cuentas, la única relación entre los Bengoa y los Ugarte desapareció con Ignacio. Iria

me ha propuesto solicitar al juez la inhumación de los restos de los padres de Ignacio. Tiraremos por ahí.

—Antes de hacer algo así, que seguro que supondrá un calvario de papeles y procedimientos, deberías pensártelo —dijo él—. A mí se me ocurre una idea mejor.

Alba lo miró, interrogante.

—Déjame ir contigo a Galicia —le propuso Mikel—, demostrémosles a esas tres arpías que no estás sola. Yo también quiero saber qué pasó aquella noche de hace más de cuarenta años y si mi tío fue asesinado. Nadie desaparece por arte de magia, tiene que haber algún rastro.

—Dijiste que eras un hombre ocupado —dijo ella.

—Y lo soy, pero tengo una plantilla que puede asumir mis consultas presenciales, y hoy en día cualquier negocio se puede dirigir a distancia. Hace mucho que no me cojo unas vacaciones; será lo mismo, pero con teletrabajo matinal. Adelantaré un par de reuniones. Dame una semana de margen para cerrar unos asuntos que colean y podré ausentarme sin problemas —insistió Mikel.

A Alba le entraron unas ganas irrefrenables de llorar. De repente, delante de sus ojos desfilaron un montón de imágenes: la rata muerta desangrándose en su lavabo, la mirada de odio de Áurea Freijomil ante la tumba de Berta, que era la suya, y la tumba de sus padres, los únicos que había conocido, en Lugo.

Se escuchó llorar y sintió que eso era lo único que podía hacer. Por lo sola que se había sentido siempre, y porque ese hombre, al que conocía desde hacía solo dos días, le hacía sentir que no lo estaba.

Mikel la miró tras sus gafas.

—Espero que lleves pañuelos, porque yo nunca llevo —dijo él, quitándole hierro al asunto—. Mañana te sentirás avergonzada por este momento de intimidad. No te preocupes, en cuanto recuperes el aliento te voy a subir al Faro de la Plata. El lugar al que me escapaba cuando mi madre se metía un pico, o cuando me echaba de casa porque había subido a un tío a su habitación. Yo mejor que nadie sé que todos necesitamos un sitio donde ir a llorar.

45

Pontevedra, 24 de noviembre de 2025, dos días después

—El del culo decente está fuera —susurró Marta.

—Inspector Filloy.

—Pues tu inspector Filloy está fuera.

—No es mi inspector Filloy.

—Dale una oportunidad, Iria. Es mono, y tiene unos ojazos.

—Mi inspector Filloy, como tú lo llamas, trabaja para el hombre que más me odia en toda la provincia de Pontevedra, y tiene novia, o mujer, o yo qué sé. No sé qué quiere, pero cuanto antes pase, antes lo sabré.

Marta captó la indirecta.

—Mira que eres borde.

—Práctica —la corrigió Iria.

Filloy entró en el despacho de Iria y se sentó frente a ella sin decir palabra.

—Buenos días, inspector —lo saludó ella—. Toma asiento, no esperes a que te dé permiso.

—¿Te doy el contacto de una de mis mejores amigas y tú te cuelas en su sistema? —le soltó él a bocajarro—. La Xunta sufrió un ciberataque en el área de Menores. Un técnico descubrió un acceso

extraño revisando los registros, dio la voz de alarma y resultó que descargaron un archivo. Y todo eso sucedió el mismo día que hablaste con Claudia, que además de una funcionaria excelente es una tía lista que sabe sumar dos más dos.

Iria cogió aire y se tomó unos segundos para responder.

—No voy a defenderme. Tienes razón, y mi única excusa es que Alba ha recibido amenazas serias y temo por ella.

—Cuando amenazan a alguien, se va a la policía a poner una denuncia —le gritó él, que ya no se molestaba en ocultar su enfado —. Estuve allí, le ofrecí todos nuestros medios, pero ella prefiere tirar de un poli jubilado, una anciana cotilla y una expolicía con complejo de Pepe Carvalho. Sabes que Rial te tiene ganas, así que no entiendo que recurras a un hacker para conseguir algo para lo que tienes un procedimiento legal habilitado.

—No recurrí a ningún hacker —replicó Iria, que lo último que quería era buscarle un problema a Jóker—. Tengo múltiples habilidades.

—Y la de mentir no es la mejor de ellas —dijo Rodrigo mientras se levantaba de su asiento—. Por esta vez lo voy a dejar correr, pero ten cuidado, Santaclara, la próxima no seré tan generoso. Y no vuelvas a pedirme ayuda, me has dejado con el culo al aire delante de una buena amiga.

—Lo siento —se limitó a decir Iria. Sabía que tenía razón. Maldijo a Jóker por haber dejado rastro de su incursión. Iba a ser verdad que estaba perdiendo facultades.

Él la miró desconcertado, esperaba a una Iria beligerante y no una disculpa.

—Estoy preocupada por ella —se explicó Iria—. No atiende a razones, no ve el peligro. Y estar tan atada de pies y manos es muy frustrante. Sé que hice mal, pero te aseguro que fue para proteger a mi clienta. Y no solo a ella. Hemos dado con la pista de su padre biológico, y se trata de un importante médico que desapareció justo en la fecha en la que atacaron a Alba. Esto no es ninguna broma, alguien mató en el pasado y estoy segura de que no va a temblarle la mano antes de volver a matar.

Filloy se sentó de nuevo. Iria sabía lo que le iba a pedir y también sabía que tenía que pagar un precio por haberlo traicionado.

—Cuéntamelo todo —dijo él.

La madre

Loeiro, noviembre de 1984. La noche en que murió Berta

Hace semanas que no descanso como es debido. Duermo apenas un par de horas, y me despierto empapada en sudor. Me pregunto si serán los calores de los que hablaba la tía Lola, pero soy muy joven para eso. O quizá es distinto si ya has parido. Antes nunca me permitía pensar en el parto. Era madre, pero no me sentía como una. Pero ellas me obligaron a darle un escarmiento a Berta, y ahora no paro de dar vueltas en la cama y de preguntarme si hicimos lo correcto. Doy gracias a Dios por haber actuado a tiempo, pero desde la noche en el hórreo, Berta rehúye mi mirada. Ahora ya no somos las tres iguales, a mí ya no me quiere como a ellas. Siempre seré la tía malvada que la encerró con una rata.

Es importante que entienda que lo hice por su bien, para que cada vez que piense en meter las narices donde no la llaman, recuerde la oscuridad, el miedo y a esa rata caminando sobre ella.

No me perdonará jamás.

Por las noches sus pesadillas la llevan a emitir gritos agudos que se hacen eternos, y vuelvo a dar gracias a Dios, esta vez porque, al no haber apenas casas alrededor, nosotras somos las únicas que la

oímos. La pesadilla y los gritos no acaban al mismo tiempo porque, una vez despierta, Berta sigue gritando.

Solo se calla si soy yo la que acude a su habitación, no porque la consuele, sino porque el miedo que le doy es mayor que el de la pesadilla. Estoy furiosa. Sigo pagando los platos rotos de lo que nos hizo Ignacio.

Ellas también fueron yo, también le creyeron, también se acostaron con él. Sin embargo, a mis hermanas no les pasó nada. Yo me quedé embarazada y di a luz a esta niña, pero no recibo nada a cambio. Hasta ahora, ante sus ojos, yo era igual que ellas y no me importaba. Pero ahora, ahora... siento que me odia. Peor todavía, me tiene un miedo atroz. Cuando escucha mi voz, se encoge, es como si se hiciera aún más pequeña.

No es justo. Soy su madre. No puedo decírselo, pero su cariño, que al principio rechacé, era lo único que me hacía soportar esta locura. Esto también tenía que arrebatármelo Ignacio. Podría habernos llamado, entre los cuatro habríamos pensado en una mentira que contarle a Berta. Pero no, tenía que contestar su carta, con esa labia suya. Ignacio el encantador, el que siempre te dice lo que quieres escuchar. A lo mejor quiere quitárnosla, llevársela a vivir con su mujer. O lo que es aún peor, a lo mejor Berta quiere irse con él.

Son los dos iguales.

Me esfuerzo mucho para no ver en ella esos rasgos que tanto me recuerdan a su padre. No es algo físico, ni siquiera sé qué es. Quizá esa rapidez suya, esa inteligencia, lo vivaracha que es. La curiosidad. La maldita curiosidad.

Pero tengo que reconciliarme con ella. Iré a su habitación y le contaré que Ignacio es como un personaje de esos libros que lee: son muy divertidos, pero no son de verdad. Es solo el tío Ignacio, un pariente lejano y rico que nos envía dinero. Un primo del abuelo Canducho.

Claro que se hará preguntas, y la más importante de todas, el porqué de todo este secreto. Por eso aún no lo he hecho. Entre las tres estamos intentando inventar algo creíble. Pero hoy siento que necesito al menos un abrazo y un beso de mi niña. Porque lo es, es mía. Yo la parí.

Entro en su habitación. Es la una y media de la madrugada e, incluso así, podría estar leyendo. No sería la primera vez que la pillase con una linterna y la nariz metida en un libro. Tardo unos segundos en darme cuenta de que no está. Veo su pijama verde de flores rosas encima de la cama; su abrigo en el colgador, tras la puerta, pero eso no quiere decir nada. Nunca lleva abrigo.

Y entonces comprendo lo que pasa.

¡Maldita desagradecida!

No sé cómo ni cuándo, pero ha vuelto a hablar con él. Ha huido. Con él. O quizá no, quizá aún llegue a tiempo. Si los encuentro juntos, no sé de qué seré capaz.

No me molesto en avisar a mis hermanas. No recuerdo haber estado tan enfadada desde aquel día en que Ignacio me dijo que él se encargaría del aborto y todo lo que me había prometido se convirtió en humo. Desde que descubrí que mis propias hermanas se habían acostado con él. Y desde que me bajé de la camilla del quirófano y lo amenacé con contarle a todo el mundo lo que me había hecho.

Yo sí me molesto en coger el abrigo. Y justo antes de salir por la puerta, me doy la vuelta.

Necesito un cuchillo.

46

Loeiro, 28 de noviembre de 2025

Alba se quitó el abrigo y la bufanda y se dejó caer en el sofá totalmente exhausta. El viaje en coche desde San Sebastián había transcurrido en un abrir y cerrar de ojos. Mikel conducía un coche eléctrico y silencioso con todos los adelantos tecnológicos que una podía imaginar. Al lado de su viejo Renault, parecía una nave espacial. No habían hablado mucho, ambos eran reservados por naturaleza y estaban acostumbrados a vivir solos. Mikel era divorciado. Su exmujer vivía en Vitoria, y apenas tenían trato. «Yo era demasiado soso e Izaskun demasiado joven», se limitó a decir él. A Alba le dio la impresión de que aún sentía algo por ella, porque cambió de tema rápidamente.

Le gustaba que él fuese así, callado. A veces, cuando lo observaba de reojo, y en el coche lo había hecho a menudo, comprobaba que le costaba estar relajado, como si tuviera la necesidad de permanecer en guardia. No le había preguntado mucho por su madre, pero Alba se había hecho una imagen de Miren Ugarte que explicaba en parte el carácter del hombre a quien ya consideraba su primo. Sentía que compartían una infancia extraña en familias no convencionales. Sus caminos podrían haberse cruzado hace años si

hubieran tenido otro tipo de progenitores, de los que no dejan cicatrices, con independencia de que estas fueran visibles o no. Podrían haber disfrutado de fiestas familiares, cenas de Navidad o juegos en el parque. Pero no había sido así, quizá eso explicaba por qué ahora eran dos adultos recelosos y heridos y por qué sentía que Mikel Ugarte era más familia suya que esas tres mujeres con las que compartía sangre, genes y nueve años de vida que solo existían en su subconsciente.

Acababan de dejar a Mikel en el apartamento de César en Aguete. Ella le habría ofrecido su casa, pero, además de que allí no había ningún espacio habilitado para que él pudiese trabajar con comodidad, Alba había decidido mudarse con Sinda. No quería tener ningún tipo de trato con Emiliano. Cuando Mikel ya había reservado una habitación de hotel en Bueu, a Alba se le ocurrió preguntarle a César si le alquilaría su apartamento. Una solución muy satisfactoria porque estaba totalmente equipado, tenía wifi y se encontraba a poco más de diez minutos andando si atravesaba Montecelo y a apenas cinco si cogía el coche.

Reprimió un bostezo. A pesar de lo mucho que le costaba renunciar a su intimidad tras décadas viviendo sola, iba a mudarse a casa de Sinda hasta que encontrase otro alojamiento, así que no tenía que deshacer las maletas. El día siguiente sería duro. Debería enfrentarse a una mudanza y a Iria. A estas alturas ya la conocía lo suficiente como para saber que estaría disgustada por la deriva de los acontecimientos. Le había contado que el inspector Filloy no dejaba de meter las narices en el asunto y ahora ella se traía a un familiar perdido que, en palabras textuales de la expolicía, «estaba segura de que no iba a aportar nada y podía estorbar mucho». Sabía

por qué lo decía; en unos días no habría una casa en Loeiro que no supiese que había un médico vasco en Aguete y que había venido con Alba.

Un médico vasco.

Estaba tentando a la suerte, lo sabía. Pero ya lo pensaría mañana.

Se metió en la ducha y se relajó bajo el chorro de agua ardiendo. Podría pasarse toda la vida metida ahí dentro. Se relajó sin pensar en nada, ese era un lujo que no se permitía a menudo. Dejar la mente en blanco y no hacerse preguntas, no bucear en ese mar oscuro y profundo en el que llevaba años sumergida.

El chorro de agua se tornó frío de repente y se le escapó un grito. Maldijo entre dientes al Portugués y su casa de hace mil años con bombonas de butano.

Salió de la ducha y se envolvió en una toalla. Se adentró en el pasillo, tiritando. El vapor de la ducha fue sustituido por el de su aliento rompiendo el aire gélido del corredor. Dibujó sus huellas en las baldosas y tanteó las paredes, porque aunque el baño era la estancia más próxima a la cocina, estaba totalmente desorientada, quizá debido al cansancio del viaje. Volvió a maldecir al Portugués por no haber puesto una mísera lámpara, pero ese ya no era su problema.

Encendió la luz de la cocina, y se quedó paralizada en el umbral.

Observó la estancia como si lo hiciera por primera vez.

Intentó concentrarse en la mesa de formica marrón, en el chinero del mismo material y en la cesta gris que hacía las veces de frutero. Tragó saliva y dirigió la mirada al fregadero de piedra, al escurreplatos de plástico, a la cocina de gas.

Lo revisó todo para escapar de la imagen de las alacenas abiertas de par en par, mostrando cazos, sartenes, loza y comida, como grandes ojos abiertos que la escrutaban. Todas excepto la que estaba bajo el fregadero. Mantuvo la vista fija en esa puerta. Se dijo que no era una buena idea abrirla, aunque un hombre no cabía ahí dentro. Le embargó la ira, seguramente le habían dejado otro bicho muerto o un mensaje ridículo. Sin pararse a pensarlo, se acercó con decisión y abrió la puerta de par en par.

Una rata se abalanzó sobre sus piernas. Un chillido agudo brotó de su garganta y salió corriendo, mientras unos dientes afilados se clavaban en su tobillo. La toalla que la envolvía se deslizó sobre su cuerpo y acabó enredada entre sus pies. Trastabilló y cayó al suelo. Cerró los ojos y se arrastró sobre las frías baldosas de la cocina, mientras un dolor furioso le subía de la pantorrilla hacia arriba. A duras penas se puso en pie y salió de la cocina.

Cerró tras de sí dando un gran portazo y se metió en la estancia contigua, el baño. Se acurrucó bajo el lavabo. Sintió unos pasos fuera. Alguien se acercaba. Le invadió el pánico. La manilla dorada de la puerta del baño comenzó a girar. No había pestillo ni cerrojo de ningún tipo.

El cabrón del Portugués estaba ahí. Se levantó de un salto y apoyó la espalda con fuerza contra la puerta. Sintió el empuje. El viejo no llegaría al metro sesenta y cinco. Ella medía uno setenta y ocho. Cierto que era también mucho más joven, pero era mujer, y él muy corpulento.

No sabía cuánto podría aguantar. Desesperada, buscó con la mirada algo que pudiera servirle de arma, pero tan solo había un par de frascos de gel y champú. Tragó saliva.

—Márchate de una vez, Emiliano ya no te quiere aquí.

Ese hombre no era su casero, cuya voz, castigada por la edad, el tabaco y el alcohol, conocía a la perfección. Era un hombre, pero no era él. Percibió su nerviosismo.

Tras unos segundos angustiosos, oyó los pasos retroceder y el sonido de la puerta exterior al cerrarse.

Exhausta, empapada y desnuda, se dejó caer en el suelo, sin atreverse a salir del baño. Comenzó a tiritar. No podía contarle esto a Mikel ni a Iria. No quería irse de Loeiro. Necesitaba saber la verdad. Cada vez estaba más cerca.

Ignoraba qué tenía Emiliano en contra de ella, pero si quería quedarse en Loeiro tendría que buscar la manera de que el Portugués la dejase en paz.

Y sabía muy bien cómo hacerlo.

47

Pontevedra, 2 de diciembre de 2025

—Maceiras vive en una residencia de mayores —dijo Rodrigo—. Lleva pañal, está en una silla de ruedas y su hijo, que también es ginecólogo, dice que hay días que no sabe ni su nombre, pero fue mencionarle a Ignacio Bengoa y me soltó toda la historia.

El doctor Alejandro Maceiras había sido el mentor de Bengoa durante su estancia en Pontevedra. Habían pasado más de cincuenta años desde que el médico vasco acudió a la clínica de Álvaro Piñeiro para especializarse en ginecología. Encontrar a estas alturas a alguien que pudiera hablarle de la etapa de Ignacio en Pontevedra era casi un milagro. Iria ignoraba cómo había llegado Filloy hasta él. Estaba claro que se había tomado en serio su oferta de ayudarla con el caso, aunque su buena disposición hacía que saltasen todas sus alarmas. En su cabeza, Rial estaba detrás de cada acto de Rodrigo Filloy.

—¿Y crees que podría ir a verlo? —preguntó Iria.

—Podrías, pero te diría lo mismo que me dijo a mí o incluso puede que no soltara prenda. No siempre está lúcido. Tuve mucha suerte.

—Tendría que haberte acompañado —le reprochó.

—Accedí a echarte una mano básicamente porque me preocupa tu clienta, pero no quiero pasearme contigo por Pontevedra; no me apetece sentir el aliento de Rial en la nuca —confesó Filloy—. ¿Vas a contarme alguna vez qué sucedió entre vosotros?

Iria se encogió de hombros y dio un sorbo a su café.

—Supongo que lo soportaba porque mi trabajo era mi pasión. Luego... mis prioridades cambiaron, y el trabajo pasó a un segundo plano. Tuve que coger una excedencia y cuando al fin pude regresar, descubrí que no era capaz de seguir en la comisaría. Yo no era la misma y la comisaría tampoco, César ya no estaba allí para protegerme. Fin de la historia.

—Eso no explica su obsesión contigo. —Rodrigo guardó silencio mientras escogía sus palabras—. Y, bueno, lo de tu excedencia ya lo sabía. Salgueiro me contó lo de tu marido.

Ella frunció el ceño, disgustada. Lo que menos le apetecía en el mundo era confesarle sus intimidades a un desconocido.

—Ya ha pasado más de un año. —Mantuvo el rostro impasible, un gesto que adoptaba casi de manera inconsciente cada vez que alguien nombraba a Ángel—. Rial es lo suficientemente cabrón como para sacarme de quicio con independencia de mi estado civil. Claro que a ti te llevará un tiempo descubrirlo, porque eres tío y lo bastante listo como para seguirle el rollo. No tendrás que soportar ni su paternalismo ni sus crisis de inseguridad, porque al final eso es lo que hay detrás de toda esa fachada.

—No te creas que no sé cómo es. Lo calé al momento —confesó Filloy—, pero tengo que sobrevivir en esa comisaría. No es fácil ser el nuevo, tu equipo sigue echándote mucho de menos.

—Yo de ti me mudaba a Compostela. Cuando se jubiló Lojo, nombraron a Veiga y te puedo asegurar que es el mejor —le aconsejó Iria—. Fui compañera suya en Lugo. Estuve a punto de pedirle que me llevase con él, pero luego me volví loca y monté este despacho. A veces pienso en levantar el teléfono y solicitar el reingreso para trabajar con Abad y Barroso.

—Los conozco, sobre todo a él. Un tío reservado, pero del que se puede aprender mucho. Y en cuanto a ti, yo diría que no te va mal —dijo Rodrigo, dirigiendo una mirada a la pila de papeles que Iria tenía encima de la mesa.

—Cuéntame lo de Maceiras —le instó ella, incómoda con la deriva de la conversación hacia temas personales.

—Tiene ochenta y nueve años y está hecho un viejo verde, de esos a los que la demencia ha liberado de todo prejuicio —relató el inspector—. Me contó un montón de cosas de Ignacio Bengoa. Después de que acabase su especialización, lo visitó varias veces en su clínica de Donosti, y mantuvieron una muy buena relación hasta que se murió. Utilizó esa expresión, no dijo nada de la desaparición.

—No sé qué grado de fiabilidad le podemos dar a su testimonio si no anda bien de la cabeza.

—Bueno, algo recuerda, porque me contó que Bengoa se apostó una fortuna con sus compañeros a que desvirgaría a tres hermanas beatas en menos de dos meses —replicó Rodrigo—. Eso no ha podido inventárselo.

—Al final voy a acabar entendiendo que lo hicieran desaparecer, menudo cerdo —afirmó Iria—. ¿Conocemos a algunos de esos hombretones que secundaron la apuesta?

Filloy negó con la cabeza.

—Bueno, de todos modos no sé si merece la pena el esfuerzo de seguir esa pista —aceptó Iria—, lo único que vamos a sacar de ahí es que ese hombre se aprovechó de tres mujeres, y eso no es delito. Puede que hayamos descubierto la causa de tanto rencor, pero no averiguaremos nada más sobre su desaparición.

—¿Y ahora qué? —se interesó Rodrigo.

—He convencido a Alba para que visite a una especialista en Vigo. Ya ha concertado su primera sesión. La terapia puede ayudarla a desbloquear esos recuerdos. Si pudiéramos saber qué pasó el día que la atacaron...

—Quizá es mejor que se plante. Ya sabe quién es su padre y que desapareció.

—No sabemos nada —dijo Iria—, y lo que es peor, mi clienta ha perdido todo interés en el caso. No soy de dejar asuntos a medias, pero tengo que respetar su voluntad. Parece que lo único que quiere ahora es recuperar el tiempo perdido con su primo o lo que sea que es Mikel Ugarte. Por otro lado, la presencia de un médico vasco en Loeiro puede tener consecuencias nefastas.

—Alba sabe ahora mucho más que cuando llegó. Aunque mañana mismo encontraseis el cadáver de Ignacio Bengoa enterrado en la huerta de las hermanas Freijomil, no podrías hacer nada. Está todo prescrito, lo sabes.

—No queremos meterlas en la cárcel, pero debo proteger a Alba y, si descubrimos la verdad, tendremos la sartén por el mango. Alguien va a por Alba ahora, igual que hace cuarenta años, y todos los indicios apuntan a las nietas del cura. Si eso se confirma, necesito saber cuál de las tres la atacó o si fueron todas ellas. Quien lo

hiciese se merece no dormir tranquila hasta el día en que se muera. En fin, gracias por tu colaboración. Has sido muy amable.

Rodrigo la miró con sorpresa.

—¿Ya está? «Gracias, Filloy, has sido muy considerado, buen trabajo, nos vemos por ahí». ¿Eso es todo?

—Y qué quieres, ¿la medalla al mérito policial? —preguntó Iria, incómoda.

—No estaría mal, pero me conformo con una cena en el Bagos el próximo viernes —sugirió el policía con una sonrisa.

Iria lo escudriñó, desconcertada.

—No me parece una buena idea.

—Solo es una cena. Estoy bastante solo aquí. No se trata de nada más —insistió Rodrigo.

—Acabas de decirme que no es buena idea pasearte conmigo por Pontevedra.

—Me refería al trabajo —replicó él.

—Yo tengo poco tiempo para lo que no es trabajo —zanjó Iria.

Él la calibró con la mirada, buscando un argumento, pero desistió.

—Entonces, eso es todo. Supongo que es una despedida.

—Imagino que sí. —Se levantó y le tendió la mano.

—Pues ya nos veremos por ahí. —Él se la estrechó brevemente y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se giró—: No fui yo el que acudió a ti —le reprochó—. Soy un buen tío y respeto que no quieras cenar conmigo. Pero creo que me he ganado el derecho a que no me metas en el mismo saco que a Rial. Llevo aquí seis meses, mis compañeros me tratan bien, pero mantienen la distancia. A cada decisión que tomo con carácter general le sigue un «Santaclara habría...». No quiero disgustar a mi comisario y cada vez que sigo

sus instrucciones mi equipo me cuestiona, pero si intento desmarcarme de él tengo que lidiar con sus injerencias.

—Yo...

—No, no me vengas con explicaciones. Ahora me toca a mí hablar. Haz el favor de escuchar por una vez, no siempre tienes que llevar la voz cantante —la cortó—. Dime en qué te he fallado. Me acerco a ti para echarte una mano, me involucro en una investigación que es más seria de lo que tu clienta cree. Actúo a espaldas de mi superior, te perdono que me dejes con el culo al aire ante una buena amiga, hago valer mi placa en una residencia de mayores y me planto en casa de un juez jubilado a sabiendas de que no puedo hacerlo, porque no hay ninguna denuncia ni ningún caso que tenga que investigar de manera oficial. Solo quería ganarme el respeto de la mujer que está detrás de ese «Santaclara habría...». Y la mujer que hay detrás no sabe distinguir entre un buen tipo y un comisario misógino y déspota. No te mereces todo el tiempo que te he dedicado.

Salió sin darle opción a réplica. Iria intentó concentrarse en el montón de papeles que tenía delante, pero no podía dejar de pensar en todo lo que Rodrigo le había dicho. Ambos desearían estar en otro sitio. Él en una comisaría distinta y ella exactamente en esa, la suya. Se había equivocado al dejar la Policía.

Últimamente no paraba de pensar que todas sus decisiones eran así, erróneas. Una gota cayó sobre el papel, haciendo que la tinta azul del bolígrafo se desdibujase. Se limpió las lágrimas de un manotazo, y escribió unas notas en el margen del expediente de Diego Iglesias, un chico que estuvo a punto de matar a otro de una paliza. Podía decirle eso al juez que llevaba el caso de Diego: que

todo había sido un cúmulo de decisiones erróneas. Quizá, con el juez de Menores, sí le funcionaría la excusa.

48

Monte da Cova, casa del Portugués, 3 de diciembre de 2025

Emiliano carraspeó y escupió una flema. Puto catarro de *merda*. Echó la vista hacia la Casa del Cura, para ver si veía a la mayor de las hermanas a tiro. Alguien había timbrado a su puerta hacía un par de horas, pero se sentía demasiado cansado para abrir, y estaba casi seguro de que había sido su vecina. Llevaba cinco días enfermo, con fiebre y una tos que no le abandonaba y cada vez lo agarraba más fuerte.

No había dejado la cama ni para dar de comer a los perros, que cada día estaban más inquietos. Imaginaba que se debía a la falta de ejercicio, pero no le llegaba el aliento para acercarse a las jaulas donde los guardaba, como para sacarlos a pasear.

Cuando en ocasiones como esta no podía vigilarlos, no se arriesgaba a dejarlos sueltos por la finca, porque sabía que esa vieja valla metálica no era de fiar. Ya se habían escapado antes, y si alguno de esos malnacidos del pueblo lo denunciaba se los quitarían. Podía pasar el resto de su vida sin volver a ver a Macusos, Conexas, Rafaelas y demás chusma de la playa, pero si le quitaban a los perros, entonces estaría totalmente solo e indefenso. Todo el mundo sabía que guardaba un buen fajo de billetes en su finca, y también

que sus perros le arrancarían la cabeza a cualquiera que intentase entrar a robarle. No se fiaba de los bancos, igual que no se fiaba de ninguno de sus vecinos.

Se metió en la casa y sacó de la nevera los trozos de corazón, hígado y otra casquería con los que alimentaba a los canes. Guardaba cantidades ingentes de carne y huesos en el congelador, que día a día descongelaba para alimentarlos. Una vez al mes recibía el pedido del carnicero de Seixo. Emiliano gastaba más en la alimentación de sus perros que en la suya propia. Tras pensarlo unos instantes, dejó la gran bolsa de carne sobre la mesa de la cocina. Primero los sacaría a pasear, llevaban muchos días encerrados.

Antes de ir a la jaula volvió a asomarse al camino, ante la puerta de hierro forjado verde. No vio a Aurita por ningún lado. Seguro que la muy soberbia no le agradecería todo lo que había hecho para sacarle a la muerta de encima. Ya la buscaría luego.

Se acercó a la jaula. La comida se podía introducir sin necesidad de entrar, a través de una bandeja que había instalado hacía unos años, después de verse ingresado por una neumonía. En aquella ocasión, el carnicero no quiso ir a dar de comer a los perros, alegando que tenía pánico a verse cara a cara con ellos, y Emiliano tuvo que acudir a los voluntarios de una asociación para que se ocuparan de alimentarlos, así que decidió tomar medidas por si volvía a pasar algo así. Esta vez le había pedido ayuda a las nietas del cura y fue la pequeña la que les dio de comer mientras él se recuperaba. No le gustaba recurrir a ellas, aunque eran las únicas de las que se fiaba, hasta el punto de que guardaban las llaves de sus dos casas. Eran demasiado beatas como para robarle nada, y hasta el más ermitaño necesita alguna vez una mano tendida, como había

quedado claro esta semana, aunque a la bicha la prefería lejos. Dejando aparte los negocios que se traían entre manos, siempre se había entendido mejor con las dos pequeñas.

Aunque la fiebre había cedido, estaba baldado. Decían en la radio que había mucha gripe rara por ahí. A ver si no era el covid del carallo.

En cuanto se acercó a la jaula, se alegró de haber recuperado el ánimo para sacarlos. No era bueno que estuviesen tanto tiempo encerrados. Estaban como locos, corriendo en círculos dentro del cubil. Curro, el bull terrier, emitió un gruñido grave y persistente. Lobo, uno de los pitbull, el negro, se unió a él, con los labios contraídos. Ambos mostraban toda la dentadura y las encías rosadas. Trotsky permanecía al fondo de la jaula, agazapado con la cola tensa y el pelo erizado. A su lado, Sansón y Pelé, los dóberman, ladraban desaforadamente. Eran los más jóvenes y sin duda los que más habían echado de menos el ejercicio.

Abrió la jaula y levantó la mano para indicarles que salieran.

Fue Lobo el primero que se abalanzó sobre él y encajó su boca en el brazo traspasando la lana de su jersey. Detrás llegó el bull terrier. Emiliano cayó de espaldas con el perro sobre él y vio el hocico alargado abrirse ante sus ojos. Sintió los dientes en la mejilla y el sonido de su carne al desgarrarse. Se llevó la mano libre al rostro y ambos canes comenzaron a mordisquearla. Vio un dedo en la boca de Curro. Lobo, rabioso, le arrancó un ojo de cuajo. Quería gritar, pero le faltaba el aire. Sintió un peso en ambas piernas y supo que los dos pequeños estaban sobre ellas. Con el ojo sano vio a Curro apartarse con un trozo de su mejilla y una oreja en las fauces. Se tapó la cara y se dio cuenta de que le faltaban dos dedos. Retiró la

mano, asustado, y tropezó con la mirada azul hielo de su perro favorito.

—Trotsky —musitó.

El can clavó las fauces en su cuello. La carótida explotó y un chorro de sangre salió disparado, salpicando el sucio terrazo gris.

Emiliano ya no respiraba cuando Sansón se alejó de él con un trozo de lengua humana entre los dientes.

49

Vigo, ese mismo día

—Hoy has madrugado mucho —dijo Mikel.

—¿Cómo lo sabes? —dijo ella mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—No soy yo el que te espía, tu amiga Sinda me dijo que a las nueve de la mañana te vio subir la cuesta esa que va a casa de tus tías.

Alba lo miró confusa. Era agradable que se preocupasen por ella, pero a veces le daba la sensación de que había perdido toda privacidad, y en cuanto se instalase en casa de Sinda sería mucho peor.

—No podía dormir y salí a dar un paseo —mintió.

—¿No ibas a mudarte a su casa?

—Iba a mudarme el sábado, porque pensaba que Iria ya estaría en condiciones de regresar a su propia casa, pero sigue ocupando la habitación de invitados.

Él la interrogó con la mirada.

—Aprovechó su estancia en Loeiro para pintar su casa y se han retrasado un poco. El próximo lunes se va y haré el traslado. No veo la hora de salir de ahí. Te parecerá una tontería, pero todas las

noches pongo el mueble del vestíbulo trancando la puerta de entrada. ¿Cómo te ha ido a ti con tu investigación?

—No solo no me parece ninguna tontería, sino que me parece prudente. Respecto a mi investigación, la cosa ha ido regular —confesó él—. He encontrado a un par de compañeros que compartieron especialidad con mi tío Ignacio, pero perdieron el contacto con él cuando regresó a San Sebastián. Y poco más, porque he estado muy liado con varios asuntos de la clínica que me han pillado por sorpresa. Creí que estaría un poco más libre, pero es lo que hay. Ya sabes lo que dicen: Quien tiene tienda que la atienda.

Ella asintió, comprensiva. Decidió cambiar de tema.

—Me encanta esta vista desde el puente de Rande. Eres muy amable al acompañarme, y sobre todo por ofrecerte para conducir. No sé en qué estado saldré de esa consulta, aunque dudo que sirva para algo. No tengo mucha fe en los psicólogos.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Mikel.

—Más resignada que nerviosa —confesó Alba—. Estoy aquí solo porque se lo prometí a Iria. Ya pasé por esto hace años. Mi caso es complejo. Por un lado, está el traumatismo craneoencefálico, lo que debió de dar origen a la amnesia retrógrada; pero, por otro, el terapeuta que me trató dijo que posiblemente sufría una amnesia disociativa como consecuencia de un shock traumático.

—¿Y no recordaste nada durante aquella terapia?

Alba negó con la cabeza.

—Fue hace mucho, allá por el año 2000. Emplearon la hipnosis y era como caminar entre la niebla para acabar tropezando con una gran pared. Pero Iria cree que ahora tal vez sea distinto, al haber desbloqueado parte de mis recuerdos. Nunca he probado esta

terapia, aunque te aseguro que ese muro de piedra es muy difícil de derribar, y por lo poco que recuerdo no me apetece saber qué hay al otro lado.

Mikel metió su coche en el aparcamiento de la plaza de la Independencia.

La clínica se llamaba Contigo, lo cual no dejaba de ser una ironía teniendo en cuenta que ella se había pasado toda la vida afrontando ese vacío completamente sola. Sentada en un coqueto sofá de terciopelo azul celeste, le entraron ganas de gritar que este tipo de clínicas no deberían ser así, no deberían estar decoradas en colores pastel, ni debería haber alfombras claras y confortables. Porque ella iba a entrar ahí para intentar enfrentarse a algo feo y oscuro, y ningún sofá azul celeste iba a lograr que esa oscuridad desapareciese.

Una mujer de melena ondulada la llamó desde la puerta. Soltó la mano de Mikel, y al hacerlo se dio cuenta de que llevaba rato aferrándose a ella de manera inconsciente. Su primo le hizo un gesto con la cabeza, animándola a entrar en la consulta.

La psicóloga le dio la bienvenida. Tenía los ojos negros, un rostro amable y un piercing de aro en la nariz. Se llamaba Sandra Oliveira y era la directora de la clínica. Seguramente era una gran profesional, porque conociendo a Iria habría investigado todos los centros y terapias de la provincia. Pero eso no importaba, porque el muro llevaba toda la vida dentro de ella.

Respondió a las preguntas de Sandra de forma mecánica. Nombre, edad, antecedentes médicos. Sintió que todo le daba vueltas. Era un error. Sabía mucho más de su vida que hacía dos meses. No necesitaba nada más. Se levantó de golpe.

—Lo siento mucho —dijo mientras recogía su bolso y su abrigo—. Esto es una pérdida de tiempo.

Sandra también se puso en pie.

—Dame diez minutos —le propuso—. Solo diez. Voy a explicarte qué es la terapia EMDR, soy especialista en trauma.

—¿EMDR? —preguntó Alba, confusa.

—Son las siglas en inglés de la terapia de desensibilización y reprocesamiento por movimientos oculares. Tienes un trauma enorme, tuviste un estrés emocional brutal. Tu amnesia es solo una defensa. Imagina que tienes un accidente de coche y resultas herida por no llevar cinturón. Será una experiencia horrible, pero, días después, tu cerebro procesará esa información y extraerá un aprendizaje; no se debe conducir sin llevar el cinturón puesto. Cuando una persona sufre un trauma, no es capaz de realizar ese proceso y colocar el recuerdo en el lugar adecuado. Es como si tu cerebro hubiera considerado que ese recuerdo es basura emocional. ¿Me sigues?

Alba asintió.

—La basura estorba siempre —afirmó.

—Exacto, y esa basura emocional se queda en un sitio erróneo de tu cerebro, y origina síntomas de estrés postraumático, como tu desmayo al ver Loeiro en la tele o tu terror hacia las ratas, así como todos los episodios de ansiedad que has sufrido a causa de tu trauma. Con esta terapia te guiaré con movimientos y sonidos, en un estado de relajación para que vuelvas a ese recuerdo, pero la diferencia es que lo haremos de manera controlada. Utilizaré estímulos auditivos y te guiaré a través de movimientos oculares, es lo que llamamos trabajar el *input* emocional, el estímulo que provoca

respuestas emocionales. Con estos movimientos estimularemos la bilateralidad de tu cerebro, y eso quiere decir que activaremos ambos hemisferios cerebrales.

—Parece muy raro.

—No hago milagros, Alba —le explicó la psicóloga—, pero si conseguimos que evoques algo, trabajaremos para que ese recuerdo se almacene de forma correcta.

—Ya no tengo claro si quiero recordar. Estoy segura de que lo que me pasó fue terrible, ahora lo sé —dijo Alba, cada vez más recelosa —. Haces que parezca fácil, como si el armario de los jerséis estuviera desordenado y solo hiciera falta colocar cada uno en su balda. Pero ¿qué sucederá después? ¿Aprenderé a vivir con lo que me ocurrió? Llevo toda mi vida intentando saber qué pasa por mi cabeza, pero ahora tengo la seguridad de que lo que encuentre ahí dentro no me hará más feliz.

—Te entiendo, a nadie le apetece tener un accidente de coche, pero si ya lo has tenido, es bueno que recuerdes que debes abrocharte el cinturón.

Alba asintió, había recorrido mucho camino hasta llegar a esa consulta y en su fuero interno sabía que no era el momento de rendirse.

Sandra le pidió que se relajase. Tras ella había una pared blanca, y pronto la envolvió una música relajante. Tan solo veía las manos de la psicóloga, que mantenía erguidos los dedos índice y corazón y los movía de un lado a otro. Se concentró en esos dedos, en su movimiento cadencioso y pendular. Sus ojos se acompasaron hasta que no existió nada más que eso. Perdió la noción del tiempo y del

lugar mientras su existencia se reducía a esos dos dedos frente a una pared blanca.

Y entonces, sin saber cómo, una palabra salió de sus labios y sintió una gran angustia.

50

Loeiro, ese mismo día

—Ustedes los vascos presumen de cocina, y no seré yo la que sentencie que no tienen de qué presumir, pero un cocido gallego con su caldo, qué quiere que le diga, no hay nada que lo iguale —sentenció Sinda mientras le tendía a Mikel un plato a rebosar de repollo, patata, chorizo, costilla, morro, cachucha y oreja de cerdo—. Yo dejé de echarle pollo, porque no me gusta.

—No voy a poder con todo esto —respondió Mikel, divertido.

—Claro que podrá, me ha salido para chuparse los dedos, y eso que, aunque ya no tengo la escayola, aún estoy un poco impedida —afirmó ella—. Alba, queridiña, estás muy pálida, ¿va todo bien?

Ella asintió. Iria estaba en el baño, lavándose las manos y no quería hablar de lo sucedido en la consulta de la psicóloga hasta que esta se incorporase a la mesa. Sandra le había advertido que durante un par de días se sentiría exhausta, como si hubiera realizado un gran esfuerzo. Y así se sentía, para el arrastre, con agujetas mentales, si acaso tal término existía.

—Cocido —dijo Iria en cuanto entró en el comedor—. Sinda, deberías alargar tu convalecencia un poco más, un plato de comida

casera es un lujo que no nos podemos permitir las que no tenemos tiempo para cocinar.

—No necesitas excusas para venir a comer aquí, y lo sabes —le recordó la anciana.

Iria dirigió una mirada rápida a Alba y se percató de lo alterada que estaba. «Todo bien, luego te cuento». Con ese escueto mensaje la había despachado esa mañana cuando le preguntó por su sesión de EMDR. Cruzó una mirada de complicidad con Mikel. Atacó el chorizo y aguardó a que Alba estuviera en disposición de hablar. No sucedió hasta el postre.

—Ha sido todo muy intenso —comenzó—, ni siquiera sé si puedo reproducirlo con exactitud.

—¿Qué te hicieron? —preguntó Sinda mientras les servía una segunda ronda de filloas—. ¿Te hipnotizaron? Que a mí la televisión me ha hecho mucho daño y en mi cabeza un hipnotizador es un señor que te duerme y te hace cacarear como una gallina.

Aunque no estaba de humor para las frivolidades de Sinda, Alba le agradeció el intento de hacer la conversación más distendida. Relató lo sucedido en la consulta, haciendo hincapié en la metodología EMDR.

—En la vida había oído tal cosa —reconoció Sinda—, pero ya lo dice el refrán: No te acostarás...

—Y ni siquiera sé si sirve de algo —dijo Alba—. Lo único que me vino a la mente fue una palabra: «molino». Me he devanado los sesos y no sé por qué dije eso, pero al momento me acometió una gran angustia.

—¿Un molino? —preguntó Iria.

—Durante el camino de vuelta he intentado buscarle algo de lógica, pero...

—¿Qué tipo de molino? —insistió la exinspectora.

—No creo que sea bueno presionar de momento, ya veis cómo está —dijo Mikel.

—Estoy bien —replicó Alba.

—Deberías tener en cuenta mi criterio e ir a dormir una siesta o salir a dar un paseo y desconectar un poco. Soy tu primo, pero también soy médico. A ver si a vosotras os hace más caso.

—Eres ginecólogo —rio ella.

—El doctor Ugarte tiene razón —intervino Sinda—, y en cuanto estés descansada, nos iremos hasta allí a dar una vuelta. Vamos a tener que ponernos botas de agua porque estos días ha llovido mucho, solo espero que el río no se haya desbordado.

La mirada de los otros tres comensales se dirigió a Sinda, que se acababa de levantar y estaba colocando en la mesa el juego de café azul, el de los domingos, como acostumbraba a denominarlo ella.

—¿Solo o con leche? —preguntó la Gestapo.

—Déjate de cafés, Sinda. ¿Nos iremos hasta dónde? —preguntó Iria.

—¡Hasta dónde va a ser! Hasta el Molino del Cura, el que le dejó el abuelo a la bicha y a sus hermanas.

Antes de que les diese tiempo a preguntar nada, el sonido del timbre irrumpió en la casa.

—¿Quién será? —se extrañó Sinda—. ¡Si es la hora de la siesta! Benita no puede ser, a esta hora está con la telenovela.

Desde el salón, escucharon a Sinda hablar en voz baja. Llegó precedida de Filloy y una mujer.

—¡Rodrigo! ¡Patricia! —se sorprendió Iria.

—Buenas tardes y que aproveche —dijo Rodrigo. Iria reconoció el tono del inspector y se puso alerta. Era el que se utilizaba para dirigirse a alguien en el marco de una investigación—. Señora Mariño, voy a necesitar que me acompañe a comisaría.

—Patricia, ¿qué pasa? ¿Se la acusa de algo? Soy su abogada. —Instintivamente había elegido dirigirse a su excompañera.

La subinspectora guardó silencio.

—¿Nos va a decir qué sucede? —se impacientó Mikel.

—Señora Mariño —dijo Rodrigo, inmune a la insistencia—, ha habido un percance con el señor Emiliano Gonçalves. Varios vecinos nos han confirmado que recientemente tuvo usted un enfrentamiento con él. Y más de uno dice que la vio a usted esta mañana camino de su casa y no es la primera vez que la han visto merodeando. Es solo una formalidad, pero necesitaría que me acompañase.

Alba se quedó paralizada. No abrió la boca.

—Yo voy con ella —afirmó Iria.

—Esto no es asunto tuyo, Santaclara —dijo el inspector.

La subinspectora Salgueiro desvió la mirada, incómoda.

—Soy su abogada.

—No está detenida —replicó él.

—Sabes que si ella quiere que vaya, no lo puedes impedir. —La voz de Iria se tornó dura—. ¿O quieres conculcar sus derechos fundamentales?

Rodrigo la miró fijamente.

—De acuerdo, pero ella va en el coche policial —claudicó el inspector—. Tú búscate la vida.

51

Loeiro, noviembre de 1984. La noche en que murió Berta

El molino de Vilas era el molino mejor conservado de Loeiro, aunque nadie lo llamaba así. Era el Molino del Cura desde que el párroco de la feligresía de Ardán, Emilio Freire, lo adquirió para su hija, Rosalía Graña. Fue su regalo de boda, junto con una casa en el Monte da Cova, cuando esta se casó con Cándido Freijomil.

Se trataba de un edificio de piedra con tejado a dos aguas y paredes robustas, situado al borde del río cuyo cauce alimentaba la maquinaria del molino. Ignacio no tenía ni idea de cómo funcionaba, para él era tan solo un pequeño refugio de la intemperie que le garantizaba estar a salvo de los mil ojos que había en cada recodo de ese pueblo.

Había llegado a Seixo en autobús y permaneció escondido tras la iglesia. Después de la misa de ocho, en pleno invierno, no había un alma. Tan solo se había cruzado con una mujer de camino al templo, a la que despachó con un buenas noches sin mirarla a la cara. De madrugada se dirigió a Loeiro.

A la finca donde estaba ubicado el Molino del Cura se accedía desde la carretera que llegaba a la playa. Estaba situado en la curva, justo antes de la fuente de Loeiro. Había cierta justicia poética en el

hecho de que el encuentro con su hija fuera a producirse en el mismo lugar donde la había engendrado.

Tenía que haberse ocupado del asunto hacía diez años. Debió obligarla a abortar. La tenía casi convencida, pero cuando se vio en el quirófano, ella se echó atrás. No estarían donde estaban si la hubiera dormido y le hubiera practicado ese aborto, aunque fuera sin su consentimiento. Pero ese día descubrió a una mujer nueva. Una mujer despechada había sustituido a la campesina crédula y tímida. Ella le plantó cara. Sacó de su bolsillo una carta en la que explicaba lo que Ignacio les había hecho a ella y a sus hermanas, y le dijo que el cura del pueblo se había ofrecido a mandársela a sus padres, a los Villamor y a su propio párroco en San Sebastián. Ignacio fue a quitársela, pero ella esquivó su ataque y le aclaró que el cura tenía ya una copia en su poder.

«No me amenaces, tú tienes mucho más que perder».

En cuanto él pronunció estas palabras, ella estalló en carcajadas. Parecía estar poseída. Lo miró con desprecio. Le dejó claro que no tenía nada que perder, porque ya no tenía virtud, ni hermanas en las que confiar, ni amor que dar. No iba a dejar que la abriera en canal y le arrancase eso, porque desde que el mundo era mundo las mujeres habían muerto abortando hijos bastardos.

Para ella su bebé era «eso». Tres letras que encerraban la mentira, la humillación, la vergüenza, el pecado, la deshonra y el desengaño. Vio que ya no podría convencerla y desistió. Fue débil y optó por contárselo a su padre, que, como en otras ocasiones, se apresuró a tomar cartas en el asunto. Y aunque la amenaza de ella podía parecer trivial, él le recordó que si la historia llegaba a oídos del padre Elberdin y este hablaba con su madre, se quedaría

destrozada. Así que José María Bengoa lo arregló de la única forma posible: con dinero. Como acostumbraba a decir: «Todo tiene un precio y si no lo tiene, se le pone».

Ignacio había pagado con gusto ese dinero, porque con él no solo había comprado el silencio de esa mujer. Ese dinero pagaba su noviazgo con Ane, la boda, el trabajo en la clínica de su suegro y su nombre en letras doradas en el paseo de la Zurriola.

Sin embargo, la esperanza de una niña de nueve años no se podía comprar. Estaba jodido, y lo sabía.

En su última misiva, él le dio el número de teléfono de su propia consulta y le pidió a Berta que lo llamase desde una cabina. Ella estaba entusiasmada. Sentía que su vida se había convertido en una novela de misterio y aventuras. Cuando oyó su voz al otro lado del teléfono, a Ignacio se le revolvió el estómago. Hasta ese instante, la niña no era tangible y ahora esa voz infantil, ligeramente aflautada, le recordaba a la de su propia madre, que había fallecido hacía tres años. Quizá no debió negarle a esa abuela la existencia de su única nieta.

Maldijo lo blando que se había vuelto. Solo era una niña vivaracha y demasiado espabilada para su edad. El plan que había urdido en el tren se le antojaba ahora disparatado, fruto del cansancio y de la preocupación de las últimas semanas. Si llevaba a la niña a su casa y Ane no lo perdonaba, todo su mundo se vendría abajo.

Volvería a su plan inicial. Convencería a Berta para que se olvidase de sus sospechas. Había acordado con ella que la esperaría dentro. Confiaba en que la llave estuviese escondida en el lugar de siempre: tras la vieja piedra de molino que descansaba apoyada en el muro de la edificación.

Dentro del molino olía a tierra y a humedad. Habían quedado en verse a la una de la madrugada.

Sacó una pequeña linterna del bolsillo de su abrigo. Todo permanecía igual, como si el tiempo se hubiera congelado y en cualquier momento ella fuera a entrar por esa puerta. Las recordaba allí, con sus medias de lana hasta la mitad del muslo, las faldas subidas y las blusas abiertas. Siempre se reunía allí con ellas, los rostros de las tres se confundían y se fusionaban en un único rostro. Trini, Ceci y Aurita. Nunca les confesó a sus compañeros de la clínica que lo que más le había gustado no había sido el sexo. Lo que le excitaba era quebrar las creencias de esas mujeres, seducirlas, hacerlas renegar de sus principios y, sobre todo, saber que él era el primero y único que las poseía. Así se sentía siempre con ese tipo de mujeres, ya fuera la hija de la portera de su edificio de San Sebastián o una chica de una aldea perdida de Galicia. Sin embargo, a sus compañeros les contó los escabrosos detalles que esperaban escuchar, detalles tales como sus gemidos de dolor la primera vez, o cómo tras unas semanas las hacía jadear como a perras.

Se asomó al ventanuco y enfocó con la linterna el camino.

La pequeña figura no tardó en aparecer. Esperaba que no hubiera sido tan estúpida como para hacer que la siguiesen. Entró en pánico. Esa loca sabía dónde vivía, su dirección, el nombre de su clínica. Hasta una niña de nueve años lo había descubierto. Si lo encontraba con Berta, era capaz de repetir las amenazas de hacía diez años. Y ahora ya no sería su madre la que se disgustaría. Sería Ane. Malditas zorras pueblerinas.

Echó un rápido vistazo a su alrededor. El haz de la linterna proyectó su sombra sobre la piedra de la pared y se posó sobre un

buen número de herramientas amontonadas dentro de un cedazo. Se apresuró a rebuscar en el montón. Distinguió una pala, una bujarda, un par de cuchillos y una piedra de afilar. Agarró la bujarda y se la metió en el bolsillo del abrigo. Si alguna de esas mujeres había seguido a la niña, sería mejor estar preparado. Ahora lo veía claro.

Muerto el perro, se acabó la rabia.

52

Comisaría de Pontevedra, 3 de diciembre de 2025

Iria había interrogado a numerosos testigos y sospechosos en esa sala. Ahora se hallaba del otro lado, junto a su clienta, que estaba nerviosa y confusa. Esa no era la mejor manera de afrontar un interrogatorio. Alargó la mano bajo la mesa y estrechó la de Alba, para tranquilizarla.

Rodrigo procedió a informarle de que no pesaba ninguna acusación contra ella y que su declaración sería incorporada como prueba testifical en la investigación de la muerte de don Emiliano Gonçalves García.

—¿Nos pueden indicar las circunstancias de la muerte de Emiliano? —preguntó Iria, adoptando el mismo tono formal que el inspector. Dentro de esas paredes no había lugar para familiaridades ni compañerismos.

—Fue devorado por sus perros esta mañana —les informó Filloy.

—¡Dios mío! —exclamó Alba—. Eso es terrible.

—¿Y nos pueden indicar por qué consideran que mi clienta ha tenido algo que ver? —intervino Iria, que seguía sin entender qué razones tenía Rodrigo para citar a Alba—. Esas circunstancias indican una muerte accidental.

—Sabemos que esta mañana fue usted a casa de Emiliano —indicó el policía.

—Vamos, Filloy —perdió Iria la paciencia—, eso no justifica el traer a nadie a comisaría.

—Está bien, Iria, no hay ningún problema. No tengo nada que ocultar. Es cierto que estuve allí —admitió Alba—. Llegué, timbré y nadie abrió, y lo mismo sucedió hace un par de días. Los perros estaban en sus jaulas. Di media vuelta y me volví a casa. Esas personas que dicen que me vieron podrán confirmarlo.

—¿Y por qué fue allí? —intervino por vez primera la subinspectora Salgueiro.

—Podría mentir y decir que fui a hablar de algún tema relacionado con mi condición de inquilina, pero la realidad es que fui a ofrecerle dinero para que me dejase en paz. —Alba estaba ahora inusitadamente tranquila—. La semana pasada alguien entró en mi casa y me amenazó en su nombre. Desde que llegué a Loeiro, me estuvo acosando para que volviese a Lugo, creo que por encargo de las hermanas Freijomil.

—Pero ellas dijeron a varios vecinos del pueblo que usted allanó la casa de Emiliano Gonçalves hace unos días.

—Eso es mentira. Lo que sucedió es que fui a casa de las Freijomil y ese hombre hizo que uno de sus perros me atacase.

—Presentaremos el parte de lesiones de mi clienta tras ser tratada en urgencias —ofreció Iria.

—Sería mejor que nos presentasen la denuncia por el ataque de ese perro —dijo Filloy—. Pero, si no me equivoco, esa denuncia no existe. En cambio, tenemos el testimonio de esas tres mujeres de que usted intentó entrar en casa del fallecido, y esta mañana un

vecino la vio ante la puerta. Y tampoco tenemos constancia de ese presunto allanamiento en nombre de Emiliano.

—Es su palabra contra la de ellas —afirmó Iria, mirando confusa a Filloy—, y es completamente imposible que mi clienta haya podido intervenir en el ataque de esos perros. Está claro que solo Emiliano los controlaba.

—Bueno, ya ha quedado clara la versión de la señora Mariño —concluyó Filloy—. Gracias por su colaboración.

Ambas se pusieron en pie y cogieron sus abrigos.

—Santaclara, quédese un momento, mientras la subinspectora Salgueiro acompaña a Alba.

En cuanto ambas mujeres abandonaron la estancia, Iria se encaró con su sustituto.

—¡Qué carallo es esta pantomima! —le reprochó.

—Tú lo has dicho, una pantomima —corroboró Filloy, que cambió el tono en cuanto su compañera salió por la puerta—. Rosales estaba de guardia cuando fueron a levantar el cadáver. Un vecino dijo que esta semana la forastera había estado merodeando por las inmediaciones de la casa del Portugués. También dijo que se la tenía jurada porque habían tenido un encontronazo hace días. Rosales tomó nota, y lo cascó aquí. Después de haberte ayudado, si no actuaba con imparcialidad me iba a buscar un problema. Sabes que ante esas circunstancias tenía que traerla a comisaría. No me quedaba otra.

—Supongo que tengo que agradecértelo, pero todo esto sobraba. Es una muerte accidental.

—No lo tengo tan claro. Ese hombre tenía un dominio absoluto sobre esos perros. Y hay muchas formas de volver locos a ese tipo

de animales.

Iria asintió.

—Sinda tiene razón. Como ella siempre dice, la culpa no es de los perros, es de los dueños.

53

Puente del río Loeiro, esa misma tarde

—*Manda carallo na Habana* —dijo Miluca de la Rafaela—. Ahora ya sabemos a qué vino la forastera.

Más de una docena de vecinos se había congregado en el puente, frente a la casa de Benita, en cuanto corrió el rumor de que la policía había venido al pueblo y había detenido a la inquilina del Portugués.

—No tan rápido, Miluca. Todos sabíamos que esos canes eran unos bichos del demonio —afirmó Pacucha.

—Nadie muerde la mano que le da de comer —malmetió la otra.

—Pues quizá fue eso, que no les dio de comer, que cada día era más tacaño. Me pregunto a dónde irá a parar esa fortuna que dicen que tenía escondida en la finca.

—A lo mejor es eso lo que vino a buscar —intervino Geluca.

—Pues si es verdad lo del dinero escondido en la casa, las nietas del cura ya habrán ido a cogerlo, que sé de buena tinta que guardaban unas llaves del Portugués —informó Valerio.

—Yo solo digo que la forastera no es de fiar, y eso por no hablar de lo que todos sabemos.

—Calla la boca, Geluca.

—Me callo si me da la gana, Benita. Sé que es tu amiga, pero voy a decir en voz alta lo que todos pensamos. Sinda ha metido en casa a una bruja, con sus ojos de diablo y recién salida de la tumba. Yo no puedo verla sin sentir un escalofrío.

—¿De qué habláis? —preguntó Servando, confuso.

—¿Eres el único parvo de Loeiro que no sabe que la forastera es la sobrina muerta de las del cura?

—Sin insultar, Geluca, algunos preferimos no echar la lengua a pacer en los asuntos que no nos importan. Y claro que he escuchado el cuento, pero mi prima, que trabaja en una óptica en Cangas, dice que no es tan raro que haya gente con los ojos de dos colores. Y falta la primera vez que un muerto saliese de la tumba. Yo no creo en vuestros cuentos de vieja ni en la Santa Compaña.

—No te enteras de la misa la media —dijo Pacucha—. Resulta que la niña no murió, que la adoptaron en Lugo.

—Y entonces ¿por qué carallo las tías no la reconocen? Hace apenas unos días estuvimos en la misa de aniversario, y allí estaban las tres. Si Berta estuviera viva, ¿estaría Ceci con esa cara de pena que no se ha sacado en cuarenta años?

—Si es Berta o no, no nos incumbe —dijo Benita—. Y además, he hablado con Sinda y Alba no está detenida, solo la llevaron a declarar porque hoy a primera hora fue a visitar a Emiliano por un asunto del alquiler. Necesitaban saber si había hablado con él o había visto algo sospechoso.

—Pues entonces deberían llevarse también a tu hijo pequeño. Esta mañana, bien temprano lo vi pasar delante de mi casa camino de la Cova. Ni siquiera era de día —afirmó Miluca.

El rostro de Benita perdió el color.

—A Nolo le gusta pasear —dijo finalmente—. Si van a detener a todos los que salimos a estirar las piernas, no va a haber sitio en comisaría para toda la gente de Loeiro.

—Di lo que quieras, pero esa moto que estrenó hace unos días no cuesta cuatro reales.

—Es de un amigo. —Benita repitió lo que le había contado Nolo cuando lo había interrogado al respecto—. Y ahora me voy a hacer la cena, que tengo a Toño con catarro y quiero hacer una sopa de pollo.

Se dirigió a su casa sintiendo las miradas de todos sus vecinos en la espalda. Tan solo media hora después, Pacucha llamó a su puerta.

—Benita, no les hagas caso —dijo atropelladamente—. Nadie cree que Nolo le haya hecho nada al Portugués; todos sabemos cómo es tu chico, y no tiene mal fondo. Pero si no te lo digo reviento. Ayer mi Mari vio a Nolo en la alameda de Pontevedra, y estaba con muy malas compañías.

Benita sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero asintió. Nada le cogía de nuevas. Ella siempre era la primera en saber cuándo Nolo volvía a las andadas.

Pacucha estiró su mano y cubrió la de ella.

—Para lo que necesites, aquí estoy.

Benita asintió, con las palabras retorcidas en su garganta pugnando por salir.

Cerró la puerta y fue a la cocina para bajarle el fuego a la sopa. Se limpió las lágrimas infructuosamente con el dorso de la mano, y continuó removiéndola. Necesitaba una excusa para no acompañar a Toño, que, como cada día a esa hora, la reclamaba para ver juntos el rosco de *Pasapalabra*.

54

Loeiro, el Molino del Cura, 5 de diciembre de 2025

Mikel observó con envidia las altas botas de agua de Sinda. Sus botines de ante marrón se empaparon en cuanto abandonaron la carretera y se internaron en el camino que conducía al molino. Mañana, sin falta, se compraría unas botas de monte.

—Nunca me había fijado en él, y no será porque no he pasado por esta curva —dijo Iria—. Está perfectamente integrado en el bosque.

—Hay medio centenar de molinos a lo largo del río Loeiro en menos de diez kilómetros —apuntó Sinda—, y el de las Freijomil es el único que permanece exactamente igual que cuando yo era niña. De hecho, creo que todavía lo usan.

—¿No nos dirán nada si nos ven aquí? —se preocupó Alba.

—Son las cinco y media. No saldrán de casa hasta que llegue la hora de ir a misa. Esto no es Lugo, queridiña. Ya ves que ninguna finca está cerrada, todos conocemos los límites. ¿Ves ese poste de ahí? Ahí empieza la finca de los Graña, que son primos segundos de las Freijomil. Y allí empieza la de mi prima Miluca. Nadie te va a reñir por atravesar una finca, aunque no dudes de que cualquiera en este pueblo es capaz de llegar a las manos si se te ocurre mover un

centímetro uno de esos marcos. Si aparecen las bichas, disimularemos y diremos que hemos venido a por setas.

—Ya ha terminado la temporada de setas —la corrigió Iria.

—Pues diremos que aquí el doctor es fotógrafo o pintor y está buscando paisajes, y mataremos dos pájaros de un tiro, que todo el pueblo se estará preguntando quién es el dueño del cochazo —continuó la Gestapo con impaciencia—. No tienes ni una pizca de capacidad de improvisación. Y además...

El grito ahogado que se escapó de la boca de Alba calló a la anciana. Todos los ojos se dirigieron a ella. Mikel se apresuró a cogerla por un brazo.

—¿Te has hecho daño? ¿Es el gemelo, aún te molesta?

Sinda e Iria cruzaron una mirada. Alba negó con la cabeza, había palidecido. Señaló la puerta del molino.

—¿Has recordado algo? —preguntó él.

—El ojo. —Alba hablaba muy bajito—. Es el ojo.

Dirigieron la vista a la gran piedra de molino que descansaba apoyada contra la pared. Todos la miraron, interrogantes.

—Llevo años soñando con un lugar oscuro. Hay lluvia y ratas y huele a tierra y a moho. Solo recuerdo una mano gigante y un ojo aún más grande. Y hay sangre, y tengo tanto miedo que quiero gritar. No recordaba un molino. Y lo primero que surge de la terapia es un molino que es propiedad de esas tres mujeres. Y ahora esta piedra es...

—Un gigantesco ojo —concluyó Iria—. Ahora ya sabemos dónde te atacaron. ¿Recuerdas algo más?

Alba negó con la cabeza.

—No nos habías dicho que soñabas con ratas —observó Iria—. Puede que tú no recuerdes nada, pero está claro que tus tías lo recuerdan todo, porque saben perfectamente el miedo que te dan.

—Lo han aprovechado para asustarme. Son solo trucos baratos. A la luz del día las cosas son distintas —insistió Alba.

—Deja de defenderlas. Recuerda que casi mueres, y no eres la única víctima. He estado pensando mucho en la desaparición de Ignacio —dijo la expolicía—. Lo más plausible es que viniera a buscar a Berta y se produjera una pelea. El resultado es una niña casi muerta y un desaparecido.

—¿Y si fue él quien atacó a Berta? —intervino Sinda.

—Es una posibilidad que he barajado —afirmó Iria.

—A lo mejor me atacó y ellas lo hicieron desaparecer... para defenderme.

Iria meneó la cabeza.

—Si fuera así, no se habrían demorado tanto en llamar a la ambulancia, y, sobre todo, ahora te habrían buscado, no habrían dejado una rata muerta en tu lavabo.

—Sabes que yo pienso que el de la rata fue Emiliano. —Alba seguía convencida de que si las hermanas hubieran querido hacerle daño, ya se lo habrían hecho, pero era consciente de que ninguno de sus amigos compartía esa creencia. Era la primera vez en su vida que tenía un círculo de amigos, una red de apoyo para sujetarla cuando algo dolía. Y en Loeiro dolía todo.

—¿Emiliano sabía que soñabas con ratas? —preguntó la expolicía —. ¡Si no lo sabía ni yo!

—Pero es una posibilidad —insistió Alba.

—Lo que es una posibilidad es que a mi tío Ignacio lo atacasen el mismo día que a ti, y si fuera así, quizá no solo coincida el día, sino el lugar —afirmó el médico—. No sé si será una locura, pero si mi tío murió aquí, su cuerpo podría estar cerca. Así que la pregunta es: ¿cómo vamos a hacer para encontrarlo?

55

Loeiro, una semana antes de la Navidad de 2025

—¿Cuándo volverá Mikel? —preguntó César mientras echaba una ojeada por la ventana del salón. El día era frío, pero el cielo estaba despejado y el sol brillaba. Al calor de la chimenea de pellets de Sinda, única concesión a la modernidad en el hogar de la maestra, uno casi podía olvidar que faltaban tres días para el comienzo del invierno.

—Mañana. Pensaba volver antes, pero le ha costado encontrar la empresa para el asunto ese del georradar —contestó Alba.

—En el momento en que se plante aquí con esa máquina, se va a montar una buena —afirmó Sinda.

—Ha hablado con algunos especialistas en georradar, incluso con uno de la Universidad de Vigo. Es la única manera de encontrar algo que está enterrado sin ponernos a ello con el pico y la pala. Y eso sin contar con que las hermanas nos echarían a patadas —afirmó Alba.

—Sucederá lo mismo si nos plantamos en el molino con un aparato de esos —dijo César.

—Dice Mikel que ya tiene una excusa, y buena, para justificar su presencia en Loeiro. Ya tengo ganas de que llegue —confesó Alba.

—No será por falta de verlo —soltó la Gestapo—. ¿Cuántas videollamadas te hace al día?

—Una por la mañana y otra por la noche. —Se había ruborizado—. Insiste en que pueden atacarme, así que cada noche recorro mi casa, estancia a estancia, para que vea que estoy sola y ninguna de mis tías se ha colado.

—No podrían, aunque quisieran —intervino César—. Con la nueva cerradura y esos pestillos de seguridad, tendrían que volar la puerta con dinamita.

—Sigo diciendo que estarías más segura aquí —insistió Sinda por enésima vez.

—Iba a mudarme, pero Emiliano ha muerto, y con él, sus amenazas. Tengo allí todas mis cosas y ahora me siento segura porque nadie tiene las llaves. Iria fue tajante con lo de cambiar la cerradura ahora que Benita nos confirmó que ellas tenían las llaves de la casa del Portugués, y eso significa que indirectamente también tenían las de mi casa, pero estas solo las tenemos tú y yo. Estaré bien allí sola. —Alba se calló la verdadera razón por la que no quería mudarse: adoraba a Sinda pero no había intimidad posible con ella cerca.

—Sola, no sé yo. Que el doctor pasa más tiempo aquí que en Aguete —sentenció la anciana mientras escrutaba su rostro a la espera de una confidencia.

—Se preocupa por mí, y es normal. Los dos nos habíamos resignado a estar solos en el mundo, sin familia, y de repente nos hemos encontrado. Parece que algo bueno ha salido de toda esta locura.

—Mira, *filliña*, ese doctor y tú sois familia igual que Carolina de Mónaco y yo, y no voy diciendo por ahí que soy miembro de la realeza europea. —Sinda se bajó las gafas hasta encajarlas en el puente de su nariz y la miró directamente a los ojos—. A ese hombre le gustas, no hay más que ver cómo se desvive para que no te pase nada.

—Hace un mes ni me conocía —acertó a decir Alba, visiblemente incómoda.

—Y hace tres no te conocía yo, y si veo a la bicha o a sus hermanas acercarse a tu casa, las correré a escobazos —dijo la anciana con afecto—. Eres una mujer muy cariñosa, atenta y con mucha mano con los viejos como yo. No me extraña ni una pizca que eligieras trabajar en una residencia de ancianos. Y sin embargo, te cuesta horrores dejar que cuiden de ti. Hay gente muy egoísta que no sabe querer, y luego están los que no dejan que los quieran. Y esto deberías contárselo a esa psicóloga de Vigo que te trata moviendo las manos y poniéndote musiquita, porque no hace falta ser psicólogo para saber cuánto daño te hicieron de niña, y no me refiero a la cicatriz de la cabeza.

—La terapia está yendo bien, Sinda —aclaró Alba con una sonrisa forzada—, ayer recordé un hórreo. Tampoco sé qué significa, pero es un recuerdo. Debemos darle una oportunidad al proceso.

—Lo sé —sonrió la Gestapo—, pero he conseguido que te rías un poco. E insisto, déjate querer, que ya lo dice el refrán: Cuanto más primo, más me arrimo.

—Y cuantas más tonterías dices, peor lo pasa Alba —dijo César echando una ojeada al reloj—. ¿Dónde está Iria? Ya son las nueve y media.

—Hoy duermo sola, ya no tengo escayola y me defiendo muy bien. La verdad es que estaba encantada con la compañía, pero Iria tiene su casa abandonada y nada le impide volver ahora que ha acabado con lo de la pintura. Tengo que ir soltando amarras. No os preocupéis, si ocurre algo llamaré a Alba, que está a dos pasos de aquí.

Alba y César se pusieron en pie y se despidieron tras ayudar a Sinda a llevar las tazas y los platos del bizcocho a la cocina.

—Se resiste a buscar ayuda —afirmó él mientras bajaban por el camino de Montecelo, que llevaba a la playa—, pero la operación y la convalecencia le han pasado factura.

—Se recuperará. Esto funciona a pleno rendimiento —Alba se llevó el índice a la sien—, y es lo más importante. Tiene una fuerza de voluntad brutal, se ha tomado la rehabilitación muy en serio. Repite las series de ejercicios una y otra vez, como si estuviera rezando un rosario.

—Sinda tiene claro que, si algo le pasa, te llamará. Y tú, ¿nos llamarás si algo raro sucede?

—Descuida. Esto está muy tranquilo tras la muerte de Emiliano, ya ha quedado claro quién me quería fuera de Loeiro, aunque no imagino qué podía tener contra mí.

César asintió, pero hasta que se aseguró de que entraba en su casa, sana y salva, no se dirigió hacia la suya.

Alba giró la llave de la nueva cerradura. De saber que ese simple cambio le aportaría tanta tranquilidad, ya lo habría hecho.

Antes de ponerse el pijama, cogió el móvil y comprobó que Mikel estaba en línea. Se apresuró a escribirle.

«Estás visible? Hacemos ahora la videollamada?».

«Sorry, saliendo de la ducha, diez minutos».

Lo imaginó en el baño y enrojeció. Se sintió ridícula mientras recreaba la escena.

«Tranquilo, lo dejamos para mañana, estoy cansada».

«Vale. Todo ok por ahí?».

Alba pensó en contestarle lo mismo que a César, luego le vinieron a la mente las palabras de Sinda. «Déjate querer». De nuevo sintió esa extraña sensación de vergüenza y confusión. Lo que tenía era que dejar de comportarse como una quinceañera.

«Todo ok, adiós».

Apagó el móvil para no ceder a la tentación de hablar con Mikel, porque eso le daría a entender lo pendiente que estaba de él. Dejó el teléfono sobre la mesita del salón, como acostumbraba a hacer antes de que él entrase en su vida; no tenía ninguna intención de volver a estar en línea hasta la mañana siguiente. Sin embargo, de pronto la acometió un sentimiento de pérdida, como si llevase toda la vida manteniendo una charla con él antes de acostarse. Hacía diez días que Mikel había vuelto a Donosti para realizar las gestiones de la clínica que tan solo podían resolverse en persona, y entre ellos se había establecido una relación distinta, como si a través del teléfono todo fuera más fácil. Lo era, porque en la distancia, ella se despojaba de pudores absurdos. Soltó despacio todo el aire y decidió que ya estaba bien de tonterías por hoy. Sinda le había llenado la cabeza de pájaros, y lo único que ella tenía en la cabeza que le importaba a Mikel Ugarte era una cicatriz.

Ya en su habitación, se puso un pijama de franela azul. Un pijama práctico y cálido. Se preguntó qué tipo de pijama usaba Mikel o si lo usaba. Borró el pensamiento y se metió en la cama. Intentó

concentrarse en el libro que le había recomendado Iria, una novela de una chica de Marín que hablaba sobre el maltrato, pero no tenía el cuerpo para historias desgarradoras y esa lo era.

Poco a poco fue quedándose dormida y se sumió en un sueño inquieto. Estaba en el molino y el ojo ya no era un ojo. Llevaba un jersey azul, y su cara estaba cubierta de sangre. Con la mano derecha recorrió su cuero cabelludo, siguiendo el camino de una brecha gigante, tanto que su mano se sumergió dentro de ella y se hundió profundamente, como si atravesase una capa de gelatina. Sus dedos navegaban dentro de sustancia blanda. «Eres una asesina», aulló una voz. Intentó ver la cara de quien gritaba. Se giró y vio a un hombre. Sacó la mano de su cabeza y observó a su alrededor. Solo veía la mano chorreante.

Esa mano fue sustituida por otra, una mano de mujer que la cogió del cabello y la arrastró como si fuera un saco de patatas. Le dolía el cuero cabelludo. Ya no estaba en el molino, sino en una casa que no reconoció. Su cuerpo se precipitó escaleras abajo. «Eres una desagradecida, has sido muy mala. ¿Quieres saber quién es Ignacio Bengoa?». Escuchó la voz claramente. «Desagradecida», repitió la voz. Una voz calmada pero fría. Vio la sombra ante ella. Bajó la vista y distinguió su pijama verde con flores rosas; estaba casi desnuda como ahora. El hórreo. Un bofetón. El olor a moho. La rata. El roce de la larga cola sobre sus pies y unos incisivos amarillentos que rozaban sus piernas. El miedo en estado líquido corriendo por su sangre. «¡Yo solo quería saber la verdad!», gritó Alba.

Se despertó de golpe, empapada en sudor.

—Yo solo quería saber la verdad —repitió en un murmullo.

Supo al instante que no era la primera vez que decía eso, pero ahora sonaba distinto, con voz de adulta. Escuchó su voz de niña superponiéndose a la suya. Sintió una gran excitación.

Encendió la luz de la lamparita y se percató de que el aire era denso. Una bocanada caliente penetró hasta sus pulmones y le acometió un ataque de tos. Le costó unos segundos darse cuenta de que olía a quemado. En cuanto encendió la luz, vio el humo que se filtraba bajo la puerta. Miró a su alrededor, confusa, intentando discernir entre sueño y realidad.

No estaba soñando. Esta era su casa y no el molino ni un hórreo. No había ningún hombre, ni ninguna de sus tías estaba ahí. Se puso en pie y abrió la puerta de la habitación. Una humareda espesa, casi compacta, cayó sobre ella.

Volvió a cerrar la puerta, ahora ya perfectamente lúcida. La casa estaba ardiendo. Fue hacia la ventana y la abrió de par en par.

Las rejas. Las malditas rejas que siempre le habían hecho sentir segura porque la protegían de esas tres mujeres la aislaban del exterior. Absorbió una bocanada de aire puro, e intentó pensar con rapidez. Buscó el móvil con la mirada y recordó que lo había dejado sobre la mesita del comedor.

El pasillo estaba lleno de humo, si salía podía perder el conocimiento. Abrió el armario y cogió una toalla. Sobre la mesilla estaba la botella de agua con la que combatía los sofocos nocturnos. La vació sobre la toalla, intentando no desperdiciar ni una gota. Necesitaba llegar al vestíbulo y no podía permitirse entrar en pánico.

A lo largo de su extensa vida laboral había recibido varios cursos de prevención de riesgos y primeros auxilios. En todos insistían en que lo más importante era mantener la calma, pero acababa de

descubrir que eso no era tan fácil cuando las llamas acechaban al otro lado de la puerta.

Se tapó la boca con la toalla y se decidió a salir. Esa habitación, al fondo de la casa, era una trampa mortal. Al final del pasillo estaba el baño. A su izquierda la cocina y a su derecha el salón. Este desembocaba en el vestíbulo y ahí estaba la salida. Solo tenía que avanzar esos diez metros y entrar en el salón.

Rezó para que el origen del fuego estuviera en la cocina y no en la sala de estar. Pensó en las dos bombonas de butano que había comprado la semana pasada y que aparcó en el vestíbulo, junto a la puerta de entrada, y perdió la poca calma que le quedaba.

Tras abrir la puerta comprobó que no había llamas, solo un humo oscuro y tan mortal como el fuego. Avanzó a toda velocidad con los ojos cerrados, tanteando las paredes. Por una vez, bendijo la tacañería del Portugués. Llevaba más de dos meses yendo al baño a oscuras y no necesitaba abrir los ojos, su mente conocía las dimensiones exactas del corredor.

A la altura de la cocina, vio las llamas lamiendo el canto inferior de la puerta. Entró en el salón y cerró tras de sí. Colocó la toalla bajo la puerta para impedir la entrada del humo y corrió a abrir la ventana. Aspiró una bocanada del frío aire nocturno y corrió hacia el vestíbulo. Buscó las llaves sobre el aparador donde las había dejado esa noche.

No estaban.

Tragó saliva. Tenían que estar allí. Estaba segura. Podía verse a sí misma girando la llave en la cerradura y sintiendo los anclajes de la puerta blindada atravesando las paredes, haciendo de ese vano un espacio infranqueable en el que nadie podía entrar.

Ni salir.

Desesperada, volvió sobre sus pasos y corrió hacia la ventana. Tenía que gritar con todas sus fuerzas. Alguien la oiría. Ese pueblo nunca dormía.

Ese fue su último pensamiento antes de la gran explosión.

56

Loeiro, 19 de diciembre de 2025, al día siguiente de la explosión

Iria aparcó el coche al lado del puente y recorrió a buen paso los escasos doscientos metros que había hasta la casa de Alba. Medio pueblo estaba en la calle y el otro medio asomado a la ventana. Ante un acontecimiento así, no había pudor ni disimulo. Estaban todos conmocionados. Distinguió la figura de Rodrigo antes que la de ninguno de sus compañeros. En cuclillas, examinaba los restos de una puerta blindada que había resistido la explosión bastante mejor que la estructura de la casa.

Atravesó el cordón de seguridad y se dirigió al inspector. Reconoció a Rosales y a dos compañeras de la Científica: Lidia y Manuela.

Rodrigo la saludó con un gesto de barbilla. Por un segundo pensó que la echaría de allí, como sin duda haría con cualquier vecino de Loeiro que traspasase el cordón policial.

—¿Qué tenéis? —le preguntó Iria a bocajarro.

—Que no te saque de aquí a rastras no quiere decir que vaya a compartir contigo el resultado de una investigación en curso.

Estuvo a punto de preguntarle si le hablaría así de haber accedido a cenar con él unas semanas atrás, pero se mordió la lengua. Él

había hablado lo suficientemente bajo como para que Lidia, que estaba recogiendo muestras muy cerca de ellos, no se enterase. Se tragó su réplica y adoptó un tono profesional.

—Soy la abogada de la víctima.

—Empiezo a estar harto de esa monserga. Lo serás cuando te persones como acusación particular a un proceso, si es que llega a haberlo. De momento no estamos en esa fase. —El tono de Filloy seguía siendo duro—. No me hagas echarte.

—Los dos sabemos quién ha hecho saltar esta casa por los aires: esas brujas del demonio.

—O pudo ser un accidente —replicó él—. Sabes que tengo que barajar todas las posibilidades. No soy un novato, todo lo que sé del pasado de Alba nos ayudará en la investigación. Ahora tengo que pedirte que te vayas.

Iria le dirigió una mirada suplicante. El teléfono de Rodrigo sonó y ella no pudo evitar echar un vistazo a la pantalla. Volvía a ser la tal Mara. Rechazó la llamada y se apresuró a meterlo en el bolsillo de su cazadora.

—Rodrigo, Alba está en la UCI, no sé si saldrá de esta —rogó ella.

El teléfono de él volvió a sonar.

—Te llamaré en cuanto tenga un hueco y pueda contarte algo sin comprometer la investigación. Ahora vete —dijo él, incómodo, pero sin llegar a atender el teléfono.

Oyeron el ruido del motor de la furgoneta de la unidad canina; sin duda traía a los perros detectores de los acelerantes de fuego, que intervenían en todos los incendios cuando se sospechaba que eran provocados. Iria supo que era el momento de hacer caso y salir de allí. No le apetecía nada que su presencia en el lugar de los hechos

llegase a los oídos de Rial. Se dirigió a casa de Sinda, abrió con la llave que esta le había dado cuando comenzó a dormir con ella.

La encontró sentada ante el televisor, pero lo tenía en silencio, ofreciendo solo las imágenes de una tertulia matinal.

Se acercó a ella y se sentó a su lado. Sinda rompió a llorar. Iria le pasó el brazo por los hombros.

—Ea, Sinda, no te pongas así. Seguro que se recupera —la consoló Iria—, es una superviviente. Le has salvado la vida.

—Soy una inconsciente, me dediqué a hacer bromas y no me tomé el asunto con la seriedad que requería —se lamentó la maestra —. Debí obligarla a quedarse conmigo.

—Y ahora estaríais las dos en el hospital, ¿o crees que esas brujas se detendrían por el hecho de que tú estuvieras en la casa? —insistió la expolicía—. Lo importante es que viste el fuego de madrugada y llamaste a los bomberos; si no hubieran estado aquí cuando explotó la bombona de la cocina, habría muerto. Bendita tu curiosidad, como tú la llamas.

—¿Y quién nos dice que no morirá? —Las lágrimas volvieron a los ojos de Sinda—. César me ha dicho que está en la UCI.

—Ha inhalado humo y quedó sepultada bajo abundantes cascotes —le informó Iria—. Vengo del hospital, sufre un traumatismo craneoencefálico y en la resonancia parece que han detectado un hematoma. También tiene algunas hemorragias internas en el tórax y en el abdomen, pero está estable. Cuando salí del hospital estaba comenzando la operación. Mikel llegó a las nueve de la mañana, ha conducido toda la noche. He preferido dejarlo solo.

El sonido del timbre interrumpió la conversación. Iria se levantó de un salto.

—A ver si es Filloy, me aseguró que hablaría conmigo en cuanto pudiera —dijo de camino a la puerta.

La alta figura vestida de negro la cogió por sorpresa.

—¿Está Sinda? —Sus ojos gris piedra esquivaron los suyos, aunque no parecía ser una mujer acostumbrada a no mirar de frente —. Soy...

—Sé quién es —la cortó Iria—, y no sé cómo tiene la desfachatez de plantarse aquí.

—Solo quiero saber cómo está la inquilina del difunto Portugués —dijo Áurea Freijomil con tono firme y exento de emoción.

—Puedes llamarla por su nombre —la voz de Sinda sonó a la espalda de Iria—: Alba. O Berta, si lo prefieres. A fin de cuentas, ese es el nombre que le pusisteis vosotras.

Áurea encajó el golpe.

—Pasa —ordenó la Gestapo, más que invitarla.

La bicha negó con un ademán.

—Está lloviendo y no permitiré que todo el pueblo te vea parada ante la puerta de mi casa. Tu hermana Trinidad estuvo aquí el otro día, vino a buscar a Benita después de la partida. No me como a nadie, Aurita.

La mayor de las hermanas entró en la casa. Sinda la invitó a sentarse en una silla, pero ella permaneció en pie.

—¿Está viva? —quiso saber.

—Puedes ir a preguntárselo al inspector Filloy —replicó la anciana —, aunque estoy segura de que no tardará en hablar con vosotras.

—¿Está viva? —repitió.

—Lo está —intervino Iria.

—Gracias. —Aurita escupió la palabra y se dirigió de nuevo hacia la salida.

Oyeron la puerta cerrarse y la observaron caminar hacia el portalón. Cuando alcanzó la cancilla, pareció recordar algo y volvió sobre sus pasos. Antes de que le diese tiempo a tocar el timbre, Sinda ya le había abierto la puerta.

—Sinda, no les digas a mis hermanas que he venido, sobre todo a Trini.

Lo que debería haber sido un ruego era claramente una orden. Antes de que Iria y Sinda pudieran reaccionar, la anciana ya había desaparecido camino abajo.

—No entiendo nada —dijo Sinda—. «Sobre todo a Trini». ¿Qué demonios significa eso?

—Significa que no actúan juntas, que van por libre —apuntó Iria —. Pero no alcanzo a saber si esa es una buena o una mala noticia.

57

Hospital Universitario de Montecelo, Pontevedra, Nochevieja de 2025

Mikel Ugarte se puso en pie en cuanto el hombre entró en la habitación. Se llevó el dedo índice a la boca para pedirle silencio. Alba dormía. Casi dos semanas después de la explosión, los hematomas de su cara ya no presentaban la crudeza de días anteriores y los tonos morados y violáceos se habían tornado lívidos. Tenía la cabeza vendada y seguía conectada a un gotero.

Salieron al pasillo.

—Soy el inspector Rodrigo Filloy —dijo al tiempo que enseñaba su placa.

—Lo sé, estaba en casa cuando vino a interrogarla el otro día —le recordó el médico—. Mikel Ugarte, primo de Alba.

—Sí, claro, pero entonces no nos presentaron. ¿Cómo está?

—Bueno, el hematoma de la cabeza se resolvió con un drenaje subdural, y tuvieron que realizarle una esplenectomía.

—Le agradecería una explicación para profanos.

—Disculpe, me he criado entre médicos. A veces olvido que el resto de la humanidad no habla nuestro idioma. El resumen es que ha perdido el bazo y que afortunadamente no fue preciso una craneotomía para acabar con el coágulo de la cabeza. Tiene una

costilla rota, muchos golpes, pero nada más. Sé que debe hablar con ella, pero ahora está dormida. El descanso es fundamental.

—Ha tenido mucha suerte.

—¿Han averiguado algo sobre la explosión?

Rodrigo midió sus palabras. No había cumplido su promesa de llamar a Iria. Solo le había enviado un mensaje para confirmarle que el incendio no había sido accidental: habían encontrado restos de queroseno en la cocina.

Había valorado el interrogar a las tres hermanas Freijomil, pero antes quería asegurarse de que tenía más indicios que los recuerdos desenterrados de una mujer y la partida de nacimiento obtenida por el hackeo de una detective privada. Eran las principales sospechosas, pero de momento prefería que ellas ignorasen ese hecho.

—Estamos con las investigaciones preliminares. En comisaría hay mucha gente de vacaciones. Yo mismo me he reincorporado hoy tras una semana de permiso —admitió el inspector—. Necesito interrogarla. ¿Le ha hablado de lo que pasó la noche del incendio? ¿Recuerda algo de lo sucedido?

—Sí, sí, me ha contado que se despertó tras una pesadilla e inmediatamente le llegó el olor a quemado, y entonces...

El inspector Filloy alzó la mano para indicarle que se detuviese.

—Si no le importa, prefiero que sea ella quien haga el relato de los hechos —precisó Rodrigo—. ¿Entramos y comprobamos si está despierta? Sé que el descanso es fundamental, pero también lo es averiguar quién está detrás de ese incendio.

Mikel accedió a regañadientes.

Entró en la habitación y con sumo cuidado le tocó el rostro. Alba abrió los ojos y miró a su alrededor, confundida, hasta que logró enfocar al inspector.

—Hola —musitó con voz débil.

—Hola, Alba —dijo Filloy—, te veo mejor de lo que esperaba. Tienes más vidas que un gato.

Ella esbozó un amago de sonrisa.

—He tenido días mejores... ¿Ha venido Iria contigo?

—No. Esta es una visita oficial. Me gustaría que me contases qué pasó antes de la explosión, todos los detalles son importantes. ¿Te ves con fuerzas?

Ella asintió.

—Doctor Ugarte, ¿podría dejarnos solos, por favor? —pidió el policía.

Alba se percató de la formalidad en su tono.

Él cogió su cazadora y su móvil y salió de mala gana.

—Es muy protector —advirtió Rodrigo.

—Lo es —dijo Alba—, pero si de algo me ha servido todo esto es para confiar en la gente que quiere ayudarme. Si hubiese estado aquí en lugar de en Donosti la noche del incendio, quizá esto no hubiera sucedido.

—Nunca lo sabremos, aunque escuchándote casi parece que venir a Loeiro es lo mejor que te ha pasado en la vida...

—Quizá, aunque casi muero.

—Casi te matan —la corrigió él.

—Iria me dijo que el incendio fue provocado, aunque eso es algo que todos sabíamos sin necesidad de que analizaseis nada en vuestros laboratorios.

—Cuéntame qué pasó.

Alba relató lo sucedido. Lo último que recordaba era la desesperación que sintió al no ser capaz de encontrar las llaves.

—¿Estás segura de que no estaban allí? —preguntó Rodrigo—. Te hallabas bajo una gran tensión emocional, quizá las tuvieras delante de los ojos.

—No estaban. Recuerdo perfectamente haber cerrado con llave y dejarlas encima del aparador de la entrada.

—¿Quién más tiene las llaves de esa casa? ¿El Portugués tenía alguna? Ahora que su casa está vacía, alguien pudo entrar a robarla.

—No, no. La cerradura es nueva, apenas tenía diez días.

—¿Por qué la cambiaste?

—Iria seguía muy preocupada por mi seguridad, ya sabes que habían entrado en la casa e insistió en que la cambiase. Solo hay dos juegos de llaves, uno lo tenía yo y el otro lo dejé en casa de Sinda.

—¿Viste a las hermanas Freijomil en los días previos al incendio?

—No... o eso creo. —Dudó unos segundos—. Aunque antes de que cambiásemos la cerradura, alguien entró en la casa.

Alba le relató el episodio de la rata en su cocina.

—Eso fue una estupidez. También lo fue no interponer la denuncia cuando te lo ofrecí. Al igual que cuando te atacó el perro de Emiliano y te amenazó. Creo en tu versión, pero ahora él está muerto y eso no te deja en buen lugar.

—«Estupidez» no es una palabra que emplearías durante un interrogatorio con alguien que no conoces.

—No puedo evitar sentirme algo responsable —dijo Filloy—. Debí obligarte a denunciar las amenazas.

—Lo sé, lo sé. Pero estaba convencida de que era tan solo una de esas intentonas de mis tías para que me volviese a Lugo. Solo sé que era un hombre y que no era el Portugués. Y viéndolo con perspectiva, aunque dijo actuar en su nombre, lo más normal es que lo enviasen mis tías. Solo ellas saben de mi terror a las ratas.

—Tiraré por ahí. Pero tienes que prometerme que denunciarás cualquier intento de agresión a partir de ahora.

Alba asintió.

—Mikel dice exactamente lo mismo.

—¿Cómo es tu relación con él? Parece que habéis generado un vínculo muy fuerte en muy poco tiempo —preguntó él con cierta extrañeza.

Alba tardó unos segundos en hablar. No podía condensar en una respuesta todo lo que habían compartido Mikel y ella en esas escasas semanas que habían transcurrido desde la visita a Donosti. Las conversaciones y los silencios que encerraban idénticas experiencias. Habían sido niños introvertidos, llenos de preguntas. Miren, la madre de Mikel, había muerto de sida cuando él tenía veinte años. Los padres adoptivos de Alba también murieron cuando ella tenía diecinueve, con un escaso margen de dos meses. Se habían confesado cosas que nunca habían contado a otros. Los días en que Mikel arrancaba una jeringuilla a su madre del brazo y la metía en cama. Los insultos a Alba en el patio del colegio. Frankenstein, cuatro ojos, tonta, desmemoriada y loca. El miedo de ambos a abrirse a los demás, quizá porque ambos habían sido traicionados por aquellas personas que debían haberlos cuidado y protegido. Llevaban años solos y ahora sentían que ya no lo estaban. Alba sabía que verbalizar esto podría sonar irracional.

—¿Sabes eso que dicen todos los concursantes de los programas de telerrealidad sobre la intensidad de la convivencia? Dicen que los vínculos que se generan no se pueden explicar porque cuando están allí encerrados no hay más mundo que ese ni más personas a tu alrededor —acertó a decir al fin.

—Sé lo que quieres decir —admitió Rodrigo—. Cincuenta años después, mi padre seguía hablando de sus amigos de la mili como si fueran su familia.

—En unas semanas he encontrado un padre, lo he perdido, he estado a punto de morir y es probable que mi madre biológica esté detrás de ese hecho. He recordado que algo terrible sucedió en el molino de Loeiro, pero no sé bien qué. Y he encontrado a Mikel, que no es mi familia, pero se comporta como si lo fuera. No es fácil de explicar todo lo que he vivido en Loeiro y cómo esas vivencias me han cambiado.

La puerta se abrió de golpe e Iria se detuvo en el umbral al ver a Rodrigo sentado en el sillón del acompañante. Llevaba un plumífero negro y unos vaqueros gastados, con una doblez en los bajos, por encima de unas Dr. Martens. En la mano, un gorro de lana blanco, que seguramente había llevado puesto hasta hacía bien poco porque en su melena rubia aún se apreciaba el cabello alborotado.

—¡Hola! —Iria levantó la mano a modo de saludo.

—Hola. —Rodrigo apartó su mirada de la de ella.

—El inspector está haciéndome unas preguntas —dijo Alba—. Puedes esperar en la cafetería, Mikel está tomando algo.

El policía se puso en pie.

—No es necesario, creo que por hoy es suficiente. Gracias por todo, Alba.

Iria sintió su incomodidad. Sabía que no había sido justa con él.

—Podemos tomar un café si te apetece —se ofreció.

—Estoy de servicio —dijo él mientras pasaba a su lado—. Y bastante ocupado.

Abandonó la habitación.

—¿Qué mosca le ha picado? —dijo Alba.

—Discutimos la última vez que vino a mi despacho.

—Creo que le gustas.

—Y yo creo que no quiere que me meta en sus asuntos —la contradijo Iria—. ¿Te ha dicho algo de la investigación?

Alba meneó la cabeza.

—Ahora vuelvo.

Salió al pasillo y se precipitó hacia las escaleras para no perder el tiempo ante los ascensores.

Corrió hacia el aparcamiento del hospital y alcanzó a Rodrigo cuando este ya se disponía a arrancar el coche. Golpeó la ventanilla. La cara sorprendida del inspector apareció a medida que la ventana se bajaba.

—No me porté bien, ¿vale? ¿Eso es lo que quieres oír? —le espetó Iria—. En ningún momento he dicho que seas igual que Rial y te agradezco mucho todo lo que me has ayudado con el caso de Alba. Sé que tu preocupación es real y eso te hace muy humano. Nunca diría eso de nuestro comisario, así que no te meto en el mismo saco que a él. Pero eso no quiere decir que vaya a cenar contigo. No se trata de ti, no tengo ganas de cenar con nadie y eso no me convierte en un monstruo.

Rodrigo la miró fijamente. Parecía estar meditando la respuesta adecuada y no le resultaba fácil encontrarla.

—Feliz Año Nuevo, detective Santaclara —dijo al cabo de un instante.

Después subió la ventanilla y puso el motor en marcha.

58

Loeiro, Casa del Cura, Nochevieja de 2025

Cecilia colocó la bolsa de la compra encima de la mesa de la cocina.

—Las uvas están por las nubes.

—Pues no haberlas comprado —replicó Aurita—. Una cosa es celebrar el nacimiento del Señor, pero lo de esta noche es una fiesta pagana.

—La ira del Señor no caerá sobre nosotras porque comamos una pata de cordero y tomemos un poco de turrón, Aurita.

—¿Dónde está Trini? —preguntó su hermana, haciendo caso omiso del sarcasmo.

—Ha ido a dar un paseo. —Cecilia eligió bien sus palabras. No le gustaba mentir, pero la verdad no era siempre la mejor opción.

—No está el día para paseos. Esta niebla se mete en los huesos. —Aurita escrutó los ojos de su hermana, que terminó cediendo.

—Ha ido a ver a Benita —confesó—, quiere saber cómo está Berta.

—Berta está viva, eso ya nos lo dijeron ese mismo día. —Áurea se ató los botones de su bata de cuadros gris—. Y esa mujer ya no es Berta. Trini debería dejar de ver a Benita, ahora la visita a todas horas.

Cecilia cogió aire y se encaró a su hermana.

—¿Fuiste tú? —le temblaba la voz.

—No te entiendo.

—Haz el favor de contestarme, Aurita —le gritó Cecilia, que nunca en su vida le había alzado la voz.

—Si te refieres al incendio, la casa de Emiliano es muy antigua, esas cosas pasan.

—¡Deja de mentirnos! Escuché a Emiliano la noche que vino a hablar contigo, que yo aún estaba despierta. Te dijo que te encargases de Berta o que lo haría él. ¿Y qué es eso de que tú eras la mano que le daba de comer? ¿Qué más nos has ocultado a lo largo de estos años?

—Emiliano está muerto, olvídate de él. Los perros muerden. Es una realidad.

Cecilia sintió una gran ira dentro. Sí, bien lo sabía ella.

—¿Cómo puedes ser tan fría? ¿Cómo puedes vivir como si no hubiera pasado nada? Llevo cuarenta años echándola de menos, lleva semanas en Loeiro y no nos hemos acercado a ella. Es nuestra única familia.

—¿Y tú cómo puedes ser tan estúpida como para no saber lo que sucederá si ella cuenta lo que pasó? —le gritó su hermana—. Decidimos que lo que sucedió en el molino quedaría enterrado. En la vida hay que hacer sacrificios. Ella es fruto del pecado. Fuimos débiles. Ignacio tuvo su merecido y hemos conseguido que todo quedase olvidado. Ahora ella viene aquí y pone en peligro todo este silencio, todo por lo que hemos luchado, todos estos años de sacrificio.

—¡Casi muere! —le escupió su hermana—. Igual que hace cuarenta años.

—No sé de qué me hablas —se defendió Aurita—. No he hecho nada.

Cecilia abrió el primer cajón del chinero. Levantó dos manteles y sacó una llave que colgaba de un llavero de plástico verde con una etiqueta en el centro, en la que podía leerse la palabra «Alba». La blandió ante los ojos de su hermana.

—La encontré tirada en el patio —afirmó Cecilia—. Un par de días después del incendio.

—Te digo que no sé de qué me hablas. No me he acercado a ella. —El tono de Aurita era duro—. Pregúntale a Trini. Aunque si lo haces es capaz de llevársela a la policía y eso no nos conviene a ninguna.

—Si me entero de que le has hecho daño, lo contaré todo —la amenazó.

—Cecilia, pareces haber olvidado lo que hiciste, no sé si has empezado a chochear o realmente te crees tus propias mentiras. Siempre has sido diestra con la aguja y la tijera y por aquel entonces no tenías tantos remilgos como ahora —le recordó—. Quizá por eso se te dio tan bien descuartizar un cuerpo.

Ceci palideció.

—Dame esa llave, tenemos que hacerla desaparecer. —Aurita extendió la mano—. Y ya puestos, deberías enterrar mejor toda esa comida que retiraste de la jaula de los perros de Emiliano. Ese inspector Filloy no tiene un pelo de tonto.

La madre

Loeiro, noviembre de 1984. La noche en que murió Berta

Cuando mi madre enfermó, yo tenía ocho años. La tía Lola nos contó cómo tuvieron que vender toda la herencia del cura para comprar insulina de estraperlo. Vendieron las tierras, empeñaron los muebles y acabaron con todos los ahorros. Cada inyección costaba quinientas pesetas. Cuando mamá se dio cuenta de que la insulina no la curaba, sino que solo la mantenía con vida, hizo prometer a papá que no vendería ni la casa ni el molino, y a su hermana Lola, que nos cuidaría tras su muerte.

El molino siempre simbolizó el amor y el sacrificio de mi madre hacia nosotras, y yo ensucié ese amor cuando dejé que Ignacio me preñase allí.

Berta acaba de ensuciar todo mi cariño con su traición.

La puerta del molino no está cerrada del todo, y un finísimo haz de luz se adivina en su interior, aunque desde aquí solo distingo el suelo de tierra, dentro del triángulo iluminado que provoca la sombra de la puerta de madera.

Me cobijo tras el enorme carballo que está frente al molino, para calmar los latidos de mi corazón y la rabia que siento. Los árboles que lo rodean, que a la luz del día son un tapiz verde, son ahora un

muro oscuro e impenetrable. Ya no llueve, pero múltiples gotas se precipitan desde la copa del roble y van calando mi abrigo gris. La luna viene y va en función del discurrir de las nubes. Los matorrales me llegan a la rodilla. Tengo que tranquilizarme, respirar y no precipitarme. Tras esos muros está él. No sé si me reconocerá. Han pasado diez años, mis caderas son más anchas, mis pechos están ahora caídos. Pero sobre todo no sonrío. Con él siempre sonreía. Nunca había sido tan feliz.

Descanso la espalda contra el tronco, para esquivar las imágenes del pasado. Al recuerdo de esa felicidad siempre le sigue una mezcla de pena y resentimiento, que no sé si es odio, aunque se le parece mucho.

Me gustaría no odiarlo. Ojalá no hacerlo, ojalá me fuera indiferente, entonces podría olvidarlo. Sin embargo, diez años después sigo aquí, masticando mi dolor. Estoy muy cansada de odiarlo, pero no dejo de soñar con el lunar de su boca y con sus besos con sabor a granada.

Camino despacio, sin hacer ruido. Las botas se hunden en el sendero, plagado de charcos y barro. Meto la mano en el bolsillo del abrigo. El cuchillo continúa ahí, y el tacto de la madera del mango me hace sentir segura. Me coloco al lado de la puerta, que permanece entreabierta. Apoyo la espalda en la pared y siento el relieve de la cantería contra ella. Y entonces escucho la voz de Ignacio, y mi respiración se entrecorta.

—Sí que son iguales, uno marrón y otro verde, ¿ves? Como Bowie.

Noto el sabor de la hiel en la boca. Reprimo las ganas de vomitar.

«¿Y quién es Bowie?». Mi voz pronuncia esas palabras, pero ningún sonido sale de mi boca.

La voz de mi hija, dentro del molino, sin embargo, pronuncia otras.

—Y si tú eres mi padre, ¿quién es mi madre?

Y entonces, cuando ya creía que Ignacio no podía hacerme más daño, compruebo una vez más lo equivocada que estoy.

—Se llama Ane y vive en Donosti, te sacaré de Loeiro y te llevaré con ella.

Sin tiempo de recuperarme, escucho la voz de Berta.

—Llévame contigo, por favor. Ya no aguanto más aquí.

No me equivocaba. Son exactamente iguales.

59

Loeiro, día de Reyes de 2026

—Tenerte de vuelta en casa, Albiña, es el mejor regalo en un día como hoy —dijo Sinda mientras la abrazaba muy fuerte—. Estás guapísima sin gafas, pareces otra.

Alba dio un respingo de dolor.

—Volveré a usar gafas en cuanto me hagan unas nuevas, y mientras me tengo que conformar con estas lentillas y unas gafas de sol sin graduar para cuando salga de casa. Yo también estoy contenta de volver, pero me temo que mi costilla aún no admite tanto cariño —dijo con una débil sonrisa.

—Ay, perdona. Pasa y siéntate en el sillón —le ofreció la Gestapo —, tres semanas en el hospital pueden dejar para el arrastre a cualquiera.

Mikel no soltó la mano de Alba hasta que esta tomó asiento.

—Han sido tres semanas horribles —confesó ella—, pero también me habéis cuidado muchísimo. Gracias a ambos.

—Paparruchas —dijo la anciana—, ¿ya no recuerdas todo lo que hiciste por mí cuando me operaron del brazo?

—Me pagabas —rio Alba.

—¿Dónde dejo esto, Sinda? —dijo Mikel.

—¿Eso qué es?

—Cuando Alba recobró la conciencia, lo primero que hizo fue pedir jamón —explicó el médico—, así que le he traído uno de Guijuelo, para que coja fuerzas.

—Con eso, una centolla de la ría y mi roscón de Reyes, te recuperarás en unos días. —Sinda llevó la caja a la cocina.

—¿Estarás bien aquí? —preguntó Mikel—. Me quedaría más tranquilo si vinieras conmigo al piso de Aguete. Soy médico.

—No necesito un médico.

—Alba, no me gusta que estés tan cerca de esas tres mujeres, si intentan de nuevo...

—Aquí estaré acompañada de Sinda. Además, no se ha podido probar que hayan sido ellas —le recordó.

—Ni que no lo hayan sido —dijo Sinda, interrumpiendo su conversación—. Y cada vez que pienso que yo soy responsable en cierta medida de que entrasen en tu casa y...

Mikel le hizo una señal de negación con la cabeza.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Alba alternando la mirada entre ambos.

Sinda y Mikel guardaron silencio. Alba perdió la paciencia.

—Decidme lo que sea y decídmelo ya. No soy una cría.

—Está bien —claudicó Ugarte—. Las llaves que le dejaste a Sinda han desaparecido. No se dio cuenta hasta que el inspector Filloy vino a interrogarla y se las pidió. Así que la hipótesis es que entraron en tu casa con ellas. Luego prendieron fuego y se marcharon llevándose las tuyas, de manera que te dejaron encerrada a cal y canto dentro de ese infierno.

—¡Esa maldita costumbre mía de no cerrar la puerta! —se lamentó Sinda—. Sé que es difícil de entender para los que viven en la ciudad. Pero es que en esta casa no hay nada de valor, solo hay libros. Y en Loeiro nunca pasa nada. Ni siquiera nos preocupamos cuando Nolo, el hijo de Benita, andaba en eso de las drogas, porque es verdad que una vez entró a robar en una farmacia, pero es muy buen chico y aunque dicen que ahora ha vuelto a...

—Sinda —la cortó Alba, con voz cansada y lágrimas en los ojos—. ¡Para! Esto no es culpa tuya. Ellas entraron aquí, ellas robaron las llaves y ellas prendieron fuego a la casa de Emiliano. Eso es lo que siempre consiguen, que te devanes los sesos intentando encontrar una explicación racional, y como no la hay acabas culpándote. Nada de lo que yo hiciera de niña justifica lo que ellas me hicieron. Y tanto vosotros como Iria, al insistir en que cambiase la cerradura, solo queríais protegerme. Nada de todo esto es culpa nuestra.

Se calló, exhausta. Sinda y Mikel guardaron silencio.

—Lo siento —continuó ella—. Si no fuera por lo de la empresa esa del georradar, creo que me rendiría y volvería a casa. Ya sé todo lo que tenía que saber: son malas y no las quiero en mi vida.

—Son peligrosas, mucho —asintió la Gestapo—. ¿Sigues empeñado en contratar a una empresa para que localice el cuerpo?

—Si existe alguna posibilidad de que el cadáver de mi tío Ignacio esté en ese molino, no voy a quedarme quieto, merece que al menos lo encontremos. Esa es la razón de mi presencia en Galicia. Soy su único familiar vivo...

—Además de mí —lo cortó Alba.

—Por supuesto. —Mikel se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Perdona, no quiero decir que no lo seas, pero tardaremos un tiempo

en demostrarlo de manera legal. Lo que quiero decir es que es mi responsabilidad encontrarlo y estoy obsesionado con eso. El próximo lunes se pondrán manos a la obra. Durante el día trabajarán en el sendero que discurre al lado del río, el que va desde el lavadero hasta la fuente. Dirán que están trabajando para una asociación de memoria histórica, en la búsqueda de fosas comunes de la Guerra Civil.

—Muy buena excusa —dijo Sinda—. Yo nací acabada ya la guerra, pero sé que hubo muchos fusilamientos. Se montará un buen lío en el pueblo, porque aquí, como en muchos sitios, la guerra dejó heridas que nunca dejaron de sangrar, aunque la excusa será creíble. Yo me encargaré de difundir el chisme el próximo domingo en misa.

—Por la noche peinarán el espacio circundante al molino —apuntó Mikel—, y comprobaremos cuánto hay de verdad en los recuerdos de Alba.

—Eso va a costar un dineral —dijo ella.

—Es mi regalo de Reyes para ti. —Mikel extendió la mano sobre la mesa y cogió la de Alba—: Un padre.

—Dadme los platos —pidió la anciana—, que voy a traer el roscón.

—Yo los llevo.

Una vez que el médico salió de la estancia, Sinda abrió la boca para hablar y Alba la detuvo con un gesto.

—Ni una palabra, Sinda.

La Gestapo se cerró la boca con una cremallera imaginaria.

—Y ahora, antes del roscón —Mikel regresaba con un paquete en la mano—, los regalos de Reyes. Sinda, este es para usted.

—Si me vas a hacer un regalo, creo que podemos tutearnos. —Sinda se abalanzó sobre el paquete con el entusiasmo propio de una niña. Rasgó el papel y se quedó mirando la caja con sorpresa—. ¿Unos prismáticos? Ya tengo unos.

—Pero no tienen visión nocturna, y en cuanto se hace de noche la cosa se complica: tu campo de visión está delimitado por el alcance de las farolas.

Los tres estallaron en una carcajada. Un instante de relajación, sin miedos, suspicacias ni culpas que duró apenas un minuto. El sonido del timbre los interrumpió.

Sinda se levantó, y al cabo de unos instantes regresó al salón con el rostro demudado y con cierto temor.

Tras ella, venían Benita y una mujer que con timidez se adentró en la sala y dirigió la vista a Alba. Esta la reconoció al instante, y se encogió en su asiento.

—Hola, Alba —dijo Benita—, antes de que nos eches, quiero que escuches a Trinidad.

Mikel, Alba y Sinda la miraron estupefactos.

—Alba —dijo Trini. Parecía que el nombre se le atragantase y pugnase por salir de su boca—. Escúchame, por favor. No sé qué crees que pasó, pero nosotras no te hemos atacado. Te lo prometo. No fuimos nosotras. Tienes que creerme. Solo..., solo quería que lo supieras.

El rostro de Alba se contrajo.

—Fuera de esta casa —le escupió.

—Te prometo que...

—Fuera de esta casa —repitió alzando la voz—. ¡Fuera!

Benita arrastró a Trini con ella.

—Lo siento mucho, queridiña. Benita insistió, y yo pensé que...

—Que sea la última vez que una de esas mujeres se acerca a Alba —dijo Mikel, con tal dureza que un escalofrío recorrió la espalda de Sinda.

Los ojos de la antigua maestra se llenaron de lágrimas.

—Yo solo quería...

—A esto me refería, ellas siempre ensucian todo lo bueno que me rodea —dijo Alba—. No llores, Sinda. No es culpa tuya. Creo que ha sido suficiente por hoy. Voy a subir a acostarme.

Mikel se apresuró a levantarse para acompañarla, mientras Sinda se sentaba en el sillón y daba rienda suelta al llanto.

60

Loeiro, noviembre de 1984. Tres días después de la muerte de Berta

El cerdo seguía colgado de las vigas del techo del alpendre, para que la carne se enfriase lo suficiente antes del despiece. Cecilia comenzó a trocearlo. Esto siempre se lo encargaban a ella. No era la que más fuerza tenía de las tres, y desde luego no disfrutaba con esa labor como parecía disfrutar Aurita cuando mataba un pollo o un conejo, pero era la más mañosa, quizá por ser costurera, y la tía Lola siempre le encomendaba esa labor a ella.

Se requería una especial habilidad para despiezar el animal. El cuchillo tenía que estar bien pegado al hueso, y había que ejecutar el corte con firmeza, de manera que se preservasen las partes más sabrosas como lomos, costillas, solomillos o jamones. Después de haberlo despiezado, separó los trozos de carne sobrantes para destinarlos a los chorizos. Por último, separó los huesos el espinazo y las patas con las que harían el cocido. Parte del tocino lo salarían como el resto de la carne, y otra parte la destinarían a los chicharrones.

Toda esa carne se salaría o se congelaría en función de sus necesidades. Cecilia trabajaba mecánicamente pero con rapidez. El día anterior las habían llevado a la comisaría y las sometieron a un

interrogatorio al que sobrevivieron a base de hacerse las tontas. Y aunque tenía la certeza de que no las habían creído, también sabía que en cualquier momento podían plantarse en su casa para hacer un registro. Trini había quemado toda la correspondencia entre Berta e Ignacio, así como todos los papeles que proporcionaban alguna pista de su nacimiento, desde las cartas de Emilio desde Argentina interesándose por ella hasta la partida de nacimiento que demostraba que la niña había nacido en Miño.

Cuando toda la carne estuvo separada, fue a la nevera a buscar la que había despiezado hacía apenas unas horas. Toda esa carne que estaba guardada dentro de una bolsa de plástico la destinaría a chorizos, pero no la mezclaría con la del cerdo. El pobre animal no se lo merecía.

Picó ambas carnes por separado y las metió en sendos barreños a los que añadió sal, ajo, pimentón y vino para asegurar una buena maceración. La casquería se la daría a las gallinas. Los huesos los metería en el congelador.

Mañana, en esa misma máquina con la que había picado la carne, rellenaría con esa *zorza* las tripas que Aurita había lavado en el río. Después ahumaría los chorizos. Los separarían con la excusa de que unos, la mayoría, eran los aliñados con pimentón dulce. Los otros, los picantes.

No se los comerían y, llegado el momento, alimentarían con ellos al nuevo cerdo que en breve vendría a ocupar la cuadra.

Así que pronto ya no quedaría nada de Ignacio, nada, salvo una cabeza, un rostro ciego, enterrado bajo el suelo de tierra del molino.

Eso y una hija que se debatía entre la vida y la muerte en el hospital.

61

Loeiro, 15 de enero de 2026, San Amaro

Alba se puso su plumífero marrón y subió la cremallera hasta arriba, de manera que la mitad de su cara quedaba enterrada dentro de él. Necesitaba salir de casa, y aunque la costilla fracturada aún le dolía, los analgésicos le daban un pequeño respiro en cuanto desplegaban sus efectos. Era el momento de abandonar esas cuatro paredes, ahora que Sinda estaba en el centro de salud renovando unas recetas, por lo que no tendría que lidiar con su exceso de celo. Se había tomado su recuperación muy a pecho, y Alba comprobó que, tal como la anciana le había aconsejado, invertir el rol del cuidado por primera vez en su vida era muy satisfactorio. Aun así, agradecía los escasos ratos a solas en los que no tenía a sus amigos pendientes de sus movimientos.

Descendió por el camino de Montecelo con pasos vacilantes. No estaba tan fuerte como había pensado. Al pasar frente a la casa del Portugués, comprobó desolada que apenas quedaban en pie los muros de carga. Tras ser rescatada por los bomberos, el fuego devoró todo lo que encontró a su paso. Gracias al precoz aviso de Sinda, ella seguía viva.

Pasó por delante de la churrasquería O Muiño y saludó a Sandra, la dueña. Charlaron brevemente. Ella se interesó por su salud y Alba le habló de sus progresos. La misma situación se repitió cuando se cruzó con Pacucha de Graña y con Miluca de la Rafaela.

Parecía que todo Loeiro se había echado a la calle para intentar averiguar qué había pasado en su casa hacía poco menos de un mes. Los imaginó llamándose por teléfono para lanzar el aviso de que la forastera había abandonado la casa de la maestra y ya estaba disponible para sus interrogatorios. Sonrió para sí ante su propia ocurrencia.

—¿Te hacemos gracia, Alba? —sonó una voz a su derecha.

Dio un respingo y emitió un pequeño grito. El que hablaba era Toño Pousada.

—Lo siento, no quería asustarte —se excusó el hijo de Benita.

—Es que no te he sentido llegar —dijo ella.

—Es lo que tienen las sillas de ruedas, que no hacen ruido si están bien engrasadas. —Sonrió. Tenía una sonrisa bonita aunque le daba la sensación de que no la mostraba a menudo—. Imagino que aún tendrás el susto metido en el cuerpo. ¿Cuántas te han interrogado ya?

Alba sonrió también.

—Tres, y solo hace diez minutos que he salido de casa.

Se quedaron unos instantes en silencio. Toño buscó su mirada.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad? —preguntó él.

Alba lo miró con extrañeza.

—Mírame bien, Berta —dijo él—, ¿tan cambiado estoy?

Alba se quedó en shock al escuchar su verdadero nombre.

—Yo... —Escogió sus palabras con cuidado—. Perdona. Han pasado muchos años.

—El día que llegaste, hiciste un comentario sobre la playa que solo entendería alguien que se hubiera criado aquí en los ochenta —le aclaró él—. Y eso no fue lo único que me llamó la atención. Desde que regresaste, el gallinero de la Casa del Cura está alborotado. Trini y mi madre vuelven a hablarse, y te aseguro que la oí jurar mil veces que nunca volvería a hacerlo. Pero lo definitivo fue lo de tus ojos.

Alba asintió.

—Debí ponerme lentillas de colores —dijo.

—¿De verdad no me recuerdas? —insistió Toño—. La casa del árbol, el escondite en las rocas bajo el muelle, las peleas de espadas cuando jugábamos a los Mosqueperros. Siempre perdía Mila, que se le daba fatal, y eso que yo era un año más pequeño que vosotras. Y me prestabas libros, porque yo tenía muy pocos y tus tías te compraban un montón. ¿Cómo era ese que te gustaba tanto?

—*Los escarabajos vuelan al atardecer* —musitó ella.

—Te olvidas de tus amigos pero te acuerdas de los libros.

—No recuerdo algunas cosas, por lo del golpe en la cabeza.

—¡Vaya! No se me había ocurrido, pensé que te habías vuelto idiota después de llevar media vida en la ciudad.

—La ciudad no está tan mal.

—No lo sé, no salgo mucho de Loeiro, es complicado, ya sabes. —Señaló sus piernas, cubiertas con una manta de cuadros escoceses.

—¿Vamos hasta el muelle? —preguntó Alba—. Tengo ganas de dar un paseo.

—¡Hecho! Así verás qué pedazo de motor tiene esta silla.

—¿Cómo pasó?

—Es una historia larga y nunca tengo muchas ganas de contarla —se excusó Toño—. Supongo que a ti te pasará lo mismo con lo del incendio. O con lo que te pasó cuando eras niña. Aún no me puedo creer que estés viva. Estuvimos rezando por ti en clase de religión durante un año entero.

—Con doña Felisa —dijo Alba.

—¿Te acuerdas de doña Felisa y no te acuerdas de mí?

Acababa de tener un recuerdo espontáneo. Intentó ocultar la excitación que le producía ese hecho y se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y quién es ese tío del cochazo? —continuó preguntando Toño.

—Un familiar.

—Dicen por aquí que es un médico vasco.

—¿Eras así de cotilla de niño? —dijo ella.

—Vives con Sinda, no debería pillarte de nuevas.

—¿Tu madre sabe quién soy? —terció Alba.

—Ahora ya es un secreto a voces, pero no lo dedujo por sí misma. Mamá es muy buena mujer, pero nunca fue muy espabilada.

—No como tú, claro —se burló, divertida.

—Desde aquí abajo, la vida se observa mucho mejor —sonrió él—. Y hablando de observar, tu familiar el vasco ha contratado a unos tipos que recorren el sendero que va a la fuente con una máquina que parece una cortadora de césped.

—Su familiar el vasco tiene nombre —dijo una voz a su espalda.

Detuvieron su marcha. El primo de Alba extendió la mano hacia el hijo de Benita.

—Mikel Ugarte —se presentó el médico.

—Antonio Pousada —respondió él, estrechándosela.

—Contestando a su pregunta, es una máquina de georradar, están buscando fosas comunes. Colaboro con una asociación de memoria histórica.

—¿Con cuál? —preguntó él.

—ARMH —dijo Mikel, que llevaba la respuesta preparada. Desplegó una gran sonrisa—. Tengo que disculparme con ustedes por todo este jaleo. Pero es de justicia apoyar una labor tan noble.

—Quizá debería volver a casa de Sinda —intervino Alba, a quien no se le daba tan bien disimular—. Es mi primer día en la calle, y creo que no estoy tan fuerte como pensaba.

—Claro. —Mikel le ofreció el brazo para que se apoyase en él.

—Creo que me acercaré a ver cómo trabaja la máquina —dijo Toño.

—Me pasaré a saludarte un día de estos —se despidió Alba en cuanto llegaron al puente.

Prosiguieron el camino de vuelta a casa de Sinda.

—Se os veía muy a gusto —dijo Mikel.

—Sabe quién soy —le contó Alba—, éramos amigos de pequeños.

La miró horrorizado.

—Se lo dirá a todo el mundo.

Alba se encogió de hombros.

—Ya lo sabe todo el pueblo.

—No deberías confiar en cualquiera.

—¡Por Dios, Mikel! —se quejó ella—. Solo he charlado con un viejo compañero de juegos y me ha hecho recordar a una profesora del colegio. Ha sido muy natural. He estado muy cómoda.

Mikel bajó la vista y no profirió palabra. Alba se sintió culpable al instante.

—Lo siento —dijo ella.

Él apretó su antebrazo con la mano que tenía libre.

—Déjalo. Soy yo, no tengo un buen día. En estos tres días no han encontrado nada alrededor del molino, y cuando las cosas no salen como quiero, me frustro. A veces soy un poco idiota —dijo sin mirarla—, un completo idiota. Izaskun siempre decía que era como un niño pequeño al que no le regalan nada en Reyes.

—Hablas muy poco de tu exmujer. —Alba dio rienda suelta a su curiosidad.

Mikel se pensó la respuesta, aunque se le notaba complacido por su interés.

—Es psicóloga y tiene diez años menos que yo. Nos conocimos una noche en San Sebastián. Ella estaba en una despedida de soltera. Se acercó a mí y me dijo que me parecía al tipo de *Mad Men*. Yo le dije que ella no se parecía a nadie que hubiera conocido. Fue un flechazo. Me enamoré como un idiota, y en seis meses estábamos casados. —Guardó silencio unos instantes y sonrió con cierta amargura—. Otros seis meses después se hizo efectivo el divorcio.

Alba sintió una punzada de celos. Había un Mikel que no conocía y que le producía una gran ternura.

—¿Qué pasó? —se aventuró a preguntar.

—Mis abogados le obligaron a firmar un acuerdo prematrimonial. Bueno, ya estábamos casados, porque yo no me paré a pensar en esas cosas, pero cuando volvimos de una luna de miel improvisada ellos me dijeron que era necesario. Se negó, tuvimos una discusión y en un momento de calentón le di un ultimátum. Resultó que yo le gustaba, pero mi dinero le gustaba aún más. Le ofrecí un cheque a

cambio del divorcio. Fue una tontería, quería ponerla a prueba. Lo aceptó sin apenas pensarlo.

—Lo siento muchísimo, Mikel.

—Eso fue hace mucho. Me recuperé y aprendí una lección. Ensayo, error. Eso es la vida.

Habían llegado a casa de Sinda.

—Entra tú, yo voy a hablar con los de la empresa de georradar. —Ahora se le veía incómodo—. Después te cuento.

Lo vio alejarse camino abajo. Dos meses atrás no lo conocía y ahora su vida estaba patas arriba. Se sentía exhausta, confusa y abrumada. Y con mucho miedo a sentir lo que sentía. «Ensayo, error, Alba», se dijo mientras cerraba la puerta a su espalda y se preparaba para contestar todas las preguntas de su querida Sinda.

62

Pontevedra, esa misma noche

Rodrigo abrió los ojos de golpe alertado por la vibración del móvil en su mesilla de noche. En cuanto vio el nombre que iluminaba la pantalla, se apresuró a cogerlo para evitar que Mara se despertase.

—Santaclara, son las tres y media de la madrugada —dijo con voz pastosa.

—No llamaría si no fuera urgente —se explicó ella—. Tengo que contarte algo para que nos orientes sobre cómo proceder. Te necesito.

—¿Qué sucede? —preguntó el inspector—. «Te necesito» no es una frase que esperase oír de tus labios en plena noche.

—No estoy para bromas. Si quieres que suplique, suplicaré, pero, por favor, ven a casa de Sinda.

—Tengo una vida, no puedo salir de madrugada así como así.

—Filloy, esto es serio.

El policía se percató de su desesperación.

—Está bien —claudicó—. Tardaré un rato, tengo que solucionar algo.

Mientras recorría los casi veinte kilómetros que separaban su casa de Loeiro, maldijo la capacidad de persuasión de Iria Santaclara y su

propia incapacidad para negarle nada.

Aparcó en Seixo y bajó andando, no quería que el motor del coche despertase a medio pueblo. La noche era fría pero el cielo estaba despejado. Apuró el paso. Cuando se detuvo ante la casa de Sinda, vio que la ventana del salón estaba iluminada aunque las cortinas no dejaban vislumbrar quién se encontraba en el interior. La cancilla del portalón de hierro estaba abierta de par en par. La puerta de entrada a la casa se abrió sin necesidad de que él tocase el timbre.

—Pasa antes de que te vean —le advirtió Iria.

—¿A qué viene este secretismo? —preguntó él mientras se quitaba el abrigo azul marino—. ¿Habéis matado a alguien?

—De ser así, mi primera llamada no sería a un inspector de policía —replicó ella.

En el salón los esperaban Sinda, Alba, Mikel Ugarte y un hombre al que no había visto en su vida. El médico se apresuró a presentarlos.

—Este es Arturo Martín, de la empresa GeoSearch.

Rodrigo lo miró interrogante.

—Estamos especializados en la búsqueda de cuerpos enterrados —dijo el hombre—. Llevamos varios días en Loeiro, peinando el perímetro del molino con nuestros equipos de geodetección. —Bastó el gesto de extrañeza de Rodrigo para que el técnico añadiese—: Nuestros equipos emiten ondas electromagnéticas que van atravesando diferentes capas del subsuelo, y cuando chocan con un objeto de distinto material se produce lo que llamamos una discontinuidad dieléctrica, que provoca una reflexión de parte de esa energía, la cual recibe una antena que está en la superficie, y entonces...

—Ya me he perdido. ¿Puede ahorrarse la parte técnica?

—Encuentran objetos enterrados si son de distinto material al del suelo —aclaró Mikel.

—¿Esto no se utilizó para localizar cuerpos sepultados en el lodo tras la dana de Valencia, hace un año?

—Exacto —dijo el técnico—. Y también en casos policiales, algunos muy mediáticos como el de Marta del Castillo o el de Publio Cordón. Al principio, como ya le advertimos al doctor Ugarte, no encontramos nada. Había muchos factores que jugaban en nuestra contra: la gran cantidad de aguas subterráneas por la cercanía del río, la presencia de tanta vegetación y de raíces, el tiempo transcurrido... Era casi imposible.

—¿Por qué esa zona? —preguntó el inspector.

—Inicié una terapia en Vigo antes del incendio y recordé un molino —respondió Alba.

—¿Qué molino? —se desesperó Filloy.

Iria le resumió los acontecimientos de las últimas semanas.

—¿Habéis montado todo esto porque Alba ha recordado una palabra mientras la hipnotizaban?

—No es hipnosis, es EMDR —aclaró la aludida.

—Tanto me da, y además, por si nadie se ha dado cuenta, por mucho que no esté cerrada con una valla, esa finca es privada y pertenece a las tres hermanas Freijomil, ni más ni menos. Podéis meteros en un buen lío.

—Todo eso ya lo sabemos y lo hemos sopesado. Por eso lo hacíamos de noche —dijo Mikel—. Llegados a este punto, solo quedaba un lugar por peinar, y era el suelo del propio molino.

—Decidme que no habéis forzado la puerta y metido esa máquina dentro del molino de las nietas del cura.

—Alba casi muere, mi tío desapareció en lo mejor de su vida, cuando aún no había cumplido cuarenta años. No me voy a detener ante una cerradura, tampoco lo hicieron ellas con la de Alba. Si respeto el procedimiento oficial, la investigación de la muerte de mi tío seguirá el mismo camino que la del incendio.

—Continuamos esperando los informes de la Científica —se defendió Filloy—. No puedo saltarme la ley a la ligera, y os recuerdo que vosotros tampoco. Estoy siguiendo una línea de investigación de la que no puedo hablar. Santaclara, por Dios, pon un poco de cordura. Eras de los nuestros hasta hace nada.

Iria bajó la mirada.

—Hemos encontrado un cráneo enterrado en el molino —dijo la expolicía—. Junto a él había un cuchillo y una herramienta pesada. Estamos convencidos de que el cráneo pertenece a Ignacio Bengoa. Por eso te hemos llamado. Necesitamos que investigues esto de manera oficial.

63

Comisaría de Pontevedra, 20 de enero de 2026

—Vas a explicarme despacito y con buena letra qué coño está pasando en Loeiro —dijo Anxo Rial—, porque sé de buena tinta que Santaclara anda por medio. Te dije que no te dejases liar, pero en menos de dos meses tenemos un incendio que casi le cuesta la vida a una mujer, y ahora todo ese asunto del cráneo. ¿Y qué es esa milonga de la memoria histórica?

Rodrigo Filloy no se inmutó ante la reprimenda de su comisario, lo estaba esperando; de hecho, llegaba con algún día de retraso.

—No hay nada de eso. En 1984 desapareció un médico vasco, Ignacio Bengoa. Su sobrino, Mikel Ugarte, siguió su pista hasta Loeiro. Parece ser que a Bengoa se le vio por última vez entrando en un molino del pueblo, y Ugarte contrató a una empresa de geodetección para que peinara la zona. El resultado es ese cráneo. Lo de la memoria era para calmar las habladurías del pueblo.

—¿Qué pinta Santaclara en esto?

—Ugarte también la contrató a ella —mintió Filloy.

—Pues entonces quiero que vayas a por ella. Ese molino es una propiedad privada. Eso es allanamiento. Si se cree que va a hacer lo

que le salga de los ovarios solo porque una vez fue policía, está muy equivocada.

—No fue ella la que entró en el molino.

—¿Y quién fue?

—Berta Freijomil —mintió de nuevo.

—¿Y esa quién es? El nombre me suena y no sé de qué.

—Es la hija de Emilio Freijomil, uno de los cuatro propietarios del molino. No hay tal allanamiento. Tienes un informe en tu correo con todos los detalles de su nacimiento, su ataque en Loeiro en 1984, la retirada de la tutela, su adopción y el cambio de nombre a Alba Mariño García.

Si Rial rascaba un poco, vería que aún no podían probar que Alba fuese Berta, pero como explicación disuasoria era una buena salida.

—Ya me acuerdo. Yo aún no trabajaba aquí, pero leí lo del ataque en la prensa.

—Nunca se detuvo a su agresor, aunque sus tres tías fueron siempre las principales sospechosas. El caso tuvo cierta relevancia en su día.

—¿Y qué tiene que ver el médico vasco?

—Ni idea. —Rodrigo había decidido que su comisario no debía saber según qué cosas, al menos de momento—. Y eso es lo que trataré de averiguar. Por ahora tengo un cráneo.

—¿Tenemos ADN con el que cotejarlo? —preguntó Rial.

—Me temo que no. Mikel Ugarte es sobrino de su mujer, no comparten ADN, pero he localizado al dentista de Bengoa, un tal Arrieta. Es su nieta la que lleva ahora la clínica, y guarda los registros dentales de todos sus pacientes desde 1965. En cuanto localice los de Ignacio Bengoa, un odontólogo forense hará la

comparativa. Hoy no creo que me llegue nada, porque es festivo en Donosti, pero con un poco de suerte podremos rascar algo de ahí. Uxía Fuentes está con el informe preliminar del estado del cráneo.

Anxo Rial lo calibró con la mirada.

—Buen trabajo, aunque no puedo dejar de pensar que al final Santaclara te tiene donde ella quería. Ahí estás, poniendo todos los medios de la comisaría a su disposición para allanarle el camino. Quizá deberíamos cobrarle una comisión de lo que le factura al tal Ugarte.

—Con todos mis respetos, Anxo, yo solo estoy haciendo mi trabajo y lo estoy haciendo bien. Estamos tratando de resolver una desaparición después de décadas de absoluto silencio para la familia Bengoa. Y creo, además, que eso nos ayudará a descubrir quién atacó a Berta Freijomil, porque ambos hechos están conectados.

—¿Cómo dijiste que se llamaba ahora Berta Freijomil?

—Alba Mariño. El nombre te suena porque es la mujer a la que interrogamos por el caso del hombre al que devoraron sus perros.

—¿En qué quedó eso?

—En nada. No encontré indicios de que la muerte no se debiera a un accidente. Ya sabes cómo se las gastan ese tipo de perros sin el adiestramiento adecuado —explicó Rodrigo—. Pero después de la muerte del hombre, ella también fue atacada. Es la mujer que quedó atrapada en el incendio provocado de Loeiro.

—Pero eso es... —El comisario se quedó sin palabras, mientras vislumbraba la dimensión del caso.

—... una puta mierda —Rodrigo acabó la frase por él—, porque eso quiere decir que alguien intentó matarla en el pasado y no ha tirado la toalla. Y que puede que esa misma persona esté detrás de

la muerte de Emiliano, el de los perros, aunque eso costará probarlo. Si fue un homicidio, han seguido bien la máxima de «que parezca un accidente».

—¿Y creéis que las tías están detrás de la muerte de Bengoa?

—Es la hipótesis más probable. Estamos siguiendo la pista a un yonqui de Loeiro, Manuel Pousada. Últimamente está manejando más pasta de la habitual. Creo que alguien lo contrató para el trabajito, aunque no es fácil probar nada, el incendio no nos permite cotejar ninguna prueba biológica. Y por mucho que piense que las tías están detrás de todo, una cosa es lo que creo y otra lo que puedo avalar con pruebas, sobre todo teniendo en cuenta que ha pasado media vida. Me largo ahora a interrogarlas.

—Me falta un telediario para jubilarme —dijo Rial—, quiero tener esto controlado. Voy a intentar retrasar la llegada de la noticia a los periódicos, porque en cuanto unan ambos casos se va a montar una buena. Un cráneo que aparece, una mujer en una casa que explota por los aires, una niña con la cabeza abierta como un melón... ¿Qué más puede pasar?

—Lo que sucedió con Berta de niña no tiene por qué trascender a los medios —apuntó el inspector—. De hecho, todo el mundo cree que esa niña está muerta. Susana Pedreira ha sacado hoy en Onda Cero la noticia de que ha aparecido un cráneo en Loeiro.

—Ahí es donde he oído lo de la memoria histórica.

—Pues no lo desmentiremos —dijo Rodrigo—, porque...

Golpearon la puerta, que se abrió dando paso a la subinspectora Salgueiro.

—Jefe... —Se frenó al ver al comisario.

—Pasa, Patricia —la animó Rial—. Yo ya me iba.

El comisario se despidió y salió del despacho.

—¿A este qué mosca le ha picado? —dijo ella.

—¿Por?

—Iria siempre decía que cuando él iba a su despacho en lugar de hacerla ir al suyo, se avecinaba tormenta.

—Pues de momento está la cosa calmada —la contradijo el inspector—. ¿Qué traes ahí? ¿El informe de las huellas que le encargué a la Científica?

Patricia negó con un gesto.

—Insisten en que es posible obtener las huellas incluso cuarenta años después, pero ha habido interferencias debido a las aguas freáticas. Un entorno seco es esencial en estos casos.

—Joder, pero ¡si hasta encontraron la huella de un neandertal que tenía más de cuarenta mil años! ¿Me estás diciendo que no pueden aislar una puta huella con menos de cincuenta?

—En estos casos importan más las condiciones de conservación que el tiempo transcurrido, aunque no lo des por perdido; tanto Manuela como Lidia saben hacer su trabajo. Pero no es de eso de lo que quería hablarte.

—Tú dirás.

—Ha llegado el informe preliminar de Fuentes. —La subinspectora blandió el informe forense—. Aún falta el odontograma *post mortem*, pero hay algo muy macabro.

—¿Más macabro que una cabeza sin rastro del cuerpo?

Salgueiro asintió.

—El cráneo presenta múltiples lesiones en la cavidad orbitaria. Dice la forense que le arrancaron los ojos con una herramienta afilada, con casi toda seguridad el cuchillo que encontraron al lado.

Rodrigo tomó aire. Luego se puso en pie y cogió la cazadora.

—Vente conmigo. Nos vamos a Loeiro —dijo él—. Al final, y sin que sirva de precedente, voy a tener que darle la razón al comisario: como esto se filtre, se va a montar una buena.

64

Vigo, clínica Contigo, esa misma tarde

Alba abandonó la clínica pasadas las cinco. Estaba exhausta. Había insistido en concertar una cita con Sandra para hablar del ataque sufrido antes de Navidad, aunque sabía lo que le diría antes de empezar a hablar. Que ese no era un día para movimientos oculares, ni de terapia para recordar. Su psicóloga intentó que verbalizara lo ocurrido.

Fue soltando frases que parecían inconexas, pero que solo podía decir en voz alta delante de una perfecta desconocida.

«Mi propia madre ha intentado matarme. Me equivoqué. Nunca pensé que lo haría».

«En el fondo siempre he deseado que me hablase y me dijese: "No fuimos nosotras", o "Te quiero", o "Siempre te he querido"».

«Quisiera que no me hubiesen abandonado y sobre todo me gustaría no sentir que con ese deseo traiciono a Concha y a Juan, los únicos padres que he conocido».

«Casi muero. Tengo miedo, mucho miedo, de ellas».

«Creo que siento algo por Mikel. Eso también me da miedo».

Desgranó sus sentimientos uno a uno. Lloró mucho, y cuando salió de la consulta se sentía incapaz de hablar ni de mirar a Mikel a

la cara.

En el coche siguió llorando. Era como si llevase toda la vida construyendo un dique de contención y este se hubiese desbordado en las últimas horas. Él condujo en silencio de vuelta a Loeiro. A la altura del puente de Rande comprobó que ya estaba más calmada.

—Sé por experiencia cómo estas sesiones te trituran el ánimo —dijo Mikel.

Alba lo miró con sorpresa.

—¿Fuiste al psicólogo?

—Por supuesto que fui al psicólogo. Nunca supe quién era mi padre, mi madre era yonqui, mi abuelo no entendía que prefiriese vivir con ella en lugar de con él y jamás me lo perdonó. Mi mujer me dejó a cambio de un cheque cuando ni siquiera había pasado el tiempo suficiente como para descubrir que soy un maniático insufrible. Era carne de psicoanálisis. —Sonrió, pero solo con la boca.

—Por lo menos tu madre no intentó matarte —dijo ella.

—No, estaba demasiado ocupada autodestruyéndose —replicó él —. Escúchame bien, esto no es una competición para ver quién es más desgraciado de los dos. Hace siglos que dejé la terapia. Soy un tipo afortunado en muchos aspectos de mi vida. Y tú también.

—Pareces una taza de Mr. Wonderful —intentó quitarle hierro al asunto. Le ponía nerviosa que la analizara así. Parecía que era capaz de leerla por dentro.

—¿Vas a decirme por qué estás tan afectada?

Ella guardó silencio unos instantes.

—La noche del incendio tuve una pesadilla muy real. Estaba en el molino, y había un hombre y otra persona. Y escuchaba una voz que gritaba: «¡Eres una asesina!». Y me giraba y veía al hombre. Y luego

soñé que una mujer me arrastraba escaleras abajo y me llevaba a un hórreo. Y ahí aparecía la misma rata de siempre. Esto ha venido repitiéndose. Estoy convencida de que eso sucedió.

—¿Y qué dice la psicóloga?

—Que no se puede determinar con certeza si un sueño es un recuerdo real, porque el cerebro puede crear falsos recuerdos y resulta imposible distinguirlos de los verdaderos. Que el incendio puede haber generado ese recuerdo, pero no puedo saber si eso sucedió o no.

—Suena lógico.

—Si no fuera porque lo soñé antes del incendio —le recordó Alba.

—Solo es un sueño —insistió Ugarte.

—Eso es lo que ella dice. Pero tiene lógica. Mi madre me atacó, Ignacio me defendió y ella lo hizo desaparecer. De ahí que él le gritase que era una asesina.

Alba volvió a guardar silencio, mientras las frases que había dicho en la consulta resonaban en su cabeza. «Mi propia madre ha intentado matarme. Me equivoqué. Nunca pensé que lo haría». «Siento algo por Mikel».

65

Loeiro, Casa del Cura, esa misma tarde

Áurea, Cecilia y Trinidad Freijomil permanecían en pie ante la mesa del salón comedor y guardaban silencio. La mayor de las hermanas había conducido al inspector Filloy y a la subinspectora Salgueiro a esa estancia cuando estos les solicitaron unos minutos para hacerles unas preguntas.

—Gracias por recibirnos —comenzó Rodrigo, que renunció a sentarse al ver que ellas no tenían intención de hacerlo—. Verán, el pasado día 15, la señora Alba Mariño nos llamó para comunicarnos que la empresa GeoSearch, contratada por don Mikel Ugarte, había localizado un cráneo en la finca conocida como el Molino del Cura, que es de su propiedad.

Los rostros de las tres se alteraron visiblemente, aunque al inspector le pareció que había más miedo que sorpresa en sus expresiones. Fue Áurea la primera en recuperarse.

—Dijeron por el pueblo que estaban buscando restos de represaliados de la guerra. Imagino que los han encontrado. No sé qué tiene eso que ver con nosotras. Y de todos modos, no recuerdo haber dado permiso para que esos hombres entrasen en nuestras tierras.

—La señora Mariño afirma ser pariente suya y tener por lo tanto derecho a entrar en el molino.

Ninguna de las tres dijo una palabra.

—En cualquier caso, si consideran ustedes que ha habido algún tipo de allanamiento, pueden denunciarlo en comisaría. Dimos por buena su versión. —Rodrigo desplegó su cara de buenas intenciones, sobreponiéndose a la imagen de una de esas tres mujeres arrancando los ojos de cuajo a Ignacio Bengoa.

Aurita meneó la cabeza.

—No tenemos ni tiempo ni dinero para pleitos —zanjó.

Patricia le dirigió una mirada, y él le dio paso con un breve ademán.

—¿Conocen a Mikel Ugarte Apaolaza?

Aurita volvió a negar con la cabeza.

—¿Y a Ignacio Bengoa Aguirre?

—No.

—El señor Bengoa vivió en Loeiro en 1974. Sabemos que las tres lo conocían.

—Nuestra memoria no es la que era —dijo Aurita—, no nos acordamos.

—¿Puede dejar hablar a sus hermanas? —intervino Filloy—. Quizá ellas sí lo recuerden.

Las dos mujeres se apresuraron a negar tal posibilidad con un monosílabo.

Rodrigo se armó de paciencia.

—Señoras, creemos que el cráneo pertenecía al doctor Bengoa, que desapareció el mismo día que atacaron a su sobrina, Berta Freijomil.

De nuevo el silencio se apoderó de la estancia.

—Creo que no han entendido la gravedad de los hechos —continuó el inspector—. El cráneo ha aparecido en su propiedad y tenemos razones para pensar que la relación de las tres con Bengoa no era del todo amistosa.

La mayor de las Freijomil se cruzó la chaqueta, como si quisiera protegerse de las palabras del policía.

—No tenemos nada que decir. Si no nos acusa de nada, tengo que pedirle que se marche. Si nos acusa de algo, no hablaremos hasta que venga un abogado.

Filloy la calibró con la mirada.

—Nos veremos pronto —afirmó a modo de despedida, antes de salir de la gélida estancia seguido por la subinspectora Salgueiro.

66

Bueu, casa de Iria Santaclara, 27 de enero de 2026

Iria echó una ojeada a su alrededor para comprobar que la casa estaba en orden. Atizó el fuego en la chimenea. A Ángel le encantaba sentarse al lado del fuego y ver el mar por la ventana. Nunca le perdonaría que quisiera venderla.

De forma recurrente, hacía eso: poner en boca de Ángel sus propias decisiones y, lo que era aún peor, actuar como si todavía estuviera vivo. Se escudaba en el recuerdo de su marido para no afrontar sus propios deseos. Se decía que Ángel no querría que volviera a trabajar con Rial, ni que saliese a cenar con otro hombre, ni que se desprendiese de todos los recuerdos que había entre esas cuatro paredes.

Ángel estaba muerto y lo que ella hiciera ya no le afectaba.

Lo único que Ángel querría era que fuese feliz, y eso era lo único que no podía darle. Al principio estaba enfadada, tanto que apenas había espacio para la tristeza. Ahora sentía una pena crónica que se le clavaba dentro. Pero sobre todo se sentía culpable. Por no haber llegado a tiempo el día que le dio el ictus, por no haberlo llevado al hospital en lugar de esperar a la ambulancia que tardó más de lo

debido, por haberlo mandado a una clínica en Alemania y no haber estado a su lado en las últimas semanas.

La culpa siempre encuentra una manera sucia de ir haciéndose un hueco dentro de una.

El sonido del timbre la sacó de su ensoñación. Miró la foto sobre la repisa de la chimenea. Ángel y ella en el monte, con ropa de senderismo. El mismo Ángel alto, desgarbado y de ojos oscuros del que se enamoró y al que le daría igual que vendiese o no esa casa o que otro hombre estuviese a punto de entrar por la puerta.

—Dios mío —dijo Filloy en cuanto entró en el salón—, si yo tuviera esta casa dejaría la policía, abriría un despacho de abogados y teletrabajaría frente al mar.

—Muy gracioso —replicó ella.

—Lo soy, pero nunca me das oportunidad de demostrártelo.

—¿Café?

—No, no —dijo él—. Nunca lo tomo después de comer, si lo hago no pego ojo. No quiero nada, gracias.

Le indicó que se sentase. Lo hizo en el sillón de Ángel e Iria sintió una punzada en el estómago. Estuvo a punto de pedirle que se cambiase al otro, pero se contuvo a tiempo.

—Llevas una semana desaparecida.

—Gripe y trabajo —le resumió Iria.

—Una combinación peligrosa.

—Los autónomos no cogemos bajas. Pero ya estoy mejor, aunque tenga esta voz de señor de setenta años —bromeó ella—. ¿Cómo va el caso Bengoa?

—Bien. Estuviste brillante con eso de que fue Berta Freijomil la que entró en el molino y que podía hacerlo como heredera legítima.

Hemos salvado el primer round con Rial y con las brujas.

—¿Ya las has interrogado?

Rodrigo le contó con pelos y señales la visita a la Casa del Cura.

—No dijeron ni mu. Fue desesperante —se quejó Filloy.

—Eso es porque hiciste un interrogatorio conjunto. Yo llevo meses observándolas y cuando están juntas son como una máquina bien engrasada, no hay quien las mueva de su posición, pero por separado asoman sus fragilidades.

—¿Tienes una teoría?

—La tengo. —Iria abandonó su sitio en el sofá de enfrente para meter otro tronco en la chimenea y habló desde allí—. Creo que solo una de ellas lo hizo y que las demás la encubren. Y estoy convencida de que quien atacó a Berta fue su madre.

—¿En base a qué? Y además, pudo ser Ignacio el que la atacó. Quizá su madre la defendiera. ¿Por qué estás tan segura de que fue al revés?

—Esto que voy a contarte debes cogerlo con pinzas —le advirtió Iria—. Alba sigue recordando. El sueño del molino es cada vez más nítido. Y dice que en él un hombre grita «Eres una asesina» a otra persona, aunque no la reconoce.

—¿Un sueño? —dijo él—. ¿Quieres que me plante delante del juez de instrucción con un cráneo y el testimonio de una mujer que tiene amnesia desde hace cuarenta años y acaba de soñar que un hombre llamó asesina a alguien cuyo rostro no aparece en el sueño?

—Alba también recordó un molino, y ahora tienes el cráneo de Bengoa.

—Será el cráneo de Bengoa cuando lo certifique el odontólogo forense —replicó Rodrigo—. No pienso darle visos de verosimilitud a

los recuerdos de una mujer que hasta hace unos meses no sabía ni siquiera dónde estaba Loeiro.

—Sea como fuere, creo que deberíamos averiguar cuál de las tres es la madre de Alba, porque si Bengoa se reunió con alguien en el molino no sería con la niña, lo más lógico es que se reuniera con la madre. Lo mejor será que vayamos a Miño e intentemos encontrar a la comadrona que atendió el parto. César ya está removiendo cielo y tierra para buscar a todas las del lugar que estuvieran activas en los años setenta y que atendieran partos en casa.

—Si la encuentras y canta, podrás saber quién es la madre, pero eso no arreglará nada.

—Eso nos permitirá plantarnos delante de ella y decirle que sabemos que es la madre de Berta, presionarla, hacerlo público, quitarle la careta —argumentó Iria—. Y tengo intención de interponer una demanda de filiación para cercarla tanto judicial como moralmente.

—¿Y cómo sabes que Berta nació en Miño?

Iria se mordió el labio.

—Entre la documentación que conseguí de manera, digamos..., extraoficial, hay una partida de nacimiento.

Filloy la miró con admiración.

—Me muero por pedirte que me lo cuentes todo, pero no lo haré.

—Tampoco te lo contaría. No quiero implicarte en esto. Cuanto menos sepas, menos tendrás que ocultarle a tu comisario.

—Tampoco te voy a denunciar. —Rodrigo adoptó un tono de broma—. ¿O sigues creyendo que soy el *alter ego* de Rial?

—Ya me disculpé por eso —le recordó Iria.

—Y también me explicaste que no estás preparada para salir con nadie.

Ella tragó saliva. No sabía bien qué contestarle, así que se escapó por donde pudo.

—No se trata solo de mí. ¿Qué piensa Mara de tu insistencia en que vayamos a cenar?

Él la miró boquiabierto.

—¿Qué sabes tú de Mara? —le preguntó.

—Pontevedra es una ciudad pequeña.

—Pues entonces puedes preguntárselo tú misma cuando la conozcas.

—No tengo ninguna intención. —Iria cortó la conversación en seco —. ¿Sois una pareja abierta? No es que a mí me parezca mal, pero no me va ese rollo y ya te dije que no tengo tiempo para nada que no sea trabajo.

Rodrigo soltó una carcajada. Cogió su móvil y buscó una foto. Le mostró la imagen de una niña, de pelo muy negro y rostro risueño, en el que destacaban unos intensos ojos de color verde agua idénticos a los suyos. Tendría unos doce años.

—Te presento a Mara Filloy Chartier, mi hija. Si no quieres salir conmigo, lo entiendo. Hablemos claro, Iria. Me gustas, es así de simple. No estoy buscando nada raro. Acabo de llegar a esta ciudad, y tú y yo compartimos intereses y profesión, y es una realidad que estoy muy solo. Sé cómo te sientes porque...

—No creo que tengas idea...

—Déjame acabar —la cortó—. La madre de Mara, Nathalie, falleció hace ocho años. Así que sí sé cómo te sientes. Te llevo delantera. Ya he pasado por todo lo que estás pasando tú. Por las fases del duelo.

Por el enfado, la culpa y la pena. Por las ganas de meterte debajo de la manta y mandarlo todo a la mierda. Yo no me pude permitir dejar mi trabajo, porque tengo una hija, así que en eso la delantera me la llevas tú. Pero he dejado mi piso y mi ciudad porque ya no aguantaba más allí, y te aseguro que mi hija aún me lo reprocha, así que a mayores tengo que lidiar con esa culpa también.

—Yo no sabía... —Iria se quedó sin palabras.

—Lo sé —repitió él—, no suelo hablar de ello. En comisaría todos piensan que estoy divorciado. Yo solo quería cenar con alguien que me entendiera y a quien yo comprendo, y mucho. Nada más.

Cogió su cazadora y se dirigió a la puerta de salida.

—¡Rodrigo! —lo llamó.

Él se detuvo con el picaporte en la mano y la interrogó con la mirada.

—Hoy es mi cumpleaños —dijo ella—, y ni siquiera he sido capaz de celebrarlo.

—Eso también lo sabía, Salgueiro me lo dijo —contestó él—. Llámame si te apetece salir a celebrarlo un día de estos.

Luego cerró la puerta.

Iria se dejó caer pesadamente en el sillón de Ángel. Aún estaba caliente.

67

Miño, 30 de enero de 2026

—¿Y esto qué es? —preguntó Iria, cogiendo el paquete que descansaba sobre el asiento del copiloto.

—Esto es un regalo de cumpleaños —dijo César Araújo.

—¡Te has acordado! —exclamó ella.

—La duda ofende. —César se apresuró a arrancar el coche.

Ninguno de los dos era muy dado a los sentimentalismos y sabía de buena tinta que, antes de la enfermedad de Ángel, su cumpleaños era para Iria uno de los días más especiales del año. Llevaba tres sin celebrarlo.

—Cuarenta y cuatro —confesó ella al tiempo que abría el paquete, que contenía un sobre malva—. Me da vértigo.

—Haré como que no lo he escuchado, porque sabes que podría ser tu padre.

—Estás de maravi... —Se interrumpió al ver el contenido del sobre. Era una entrada para el Resurrection Fest de Viveiro, el festival de rock al que Ángel acudía todos los años. Los ojos se le llenaron de lágrimas al instante.

—No me odies —dijo César—, este es mi deseo de año nuevo para ti, que dejes de intentar olvidar a Ángel. No creas que no me he

dado cuenta de que evitas ir a los bares a los que ibas con él, no has vuelto a hacer senderismo, has dejado tu trabajo y ahora quieres vender la casa, esa casa maravillosa que tanto te gustaba. Le prometiste a Ángel que irías al Resu. Vete, y reconcíliate con su recuerdo.

—Esto es muy cruel.

—Puede, pero también es necesario y estoy dispuesto a ir contigo. Y este año vienen Iron Maiden y Marilyn Manson.

A Iria se le escapó un bufido, una mezcla inclasificable de llanto y carcajada. Observó a ese hombre con el que tantas veces había compartido viajes en coche, que cuidaba de ella como solo cuidan aquellos que te quieren y te conocen: sin pedir permiso.

—No voy a parar el coche para enseñártela, pero te aseguro que tengo una entrada en mi móvil. Si cuando llegue el festival encuentras a alguien con quien te apetezca ir, te la regalaré también con gusto. Si no, iremos juntos, me pondré una camiseta negra y una muñequera de pinchos y que Dios me coja confesado.

Iria se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—No te cambiaría ni por el mismísimo Brad Pitt —afirmó ella.

—Nunca te ha gustado Brad Pitt.

—Ni creo que nunca vuelva a gustarme nadie, la verdad.

—Nunca es mucho tiempo, Iria —dijo César—. Y hay vida más allá de tu despacho en Marín. Y antes de que protestes, dejaremos aquí la conversación.

Esa era una de las habilidades de César, saber cuándo dejar de insistir. Iria se guardó el sobre en su bolso.

El viaje hasta Miño transcurrió en silencio, e Iria incluso cerró los ojos para disfrutar de él. Una vez allí, se dirigieron a la dirección que

Rodrigo le había facilitado la tarde anterior.

—¿Filloy no se meterá en un problema por buscar la dirección en la base de datos?

—Dirá que Alba ha recordado que de pequeña le dijeron que había nacido en Miño —Iria repitió la excusa acordada con el inspector—. Aunque los dos sabemos que nadie indagará en sus búsquedas.

—Quizá deberíamos dejárselo a él —apuntó César, que no se sentía cómodo actuando sin la supervisión del policía.

—Está muy liado, tiene más casos y me he comprometido a contárselo todo —alegó Iria—. No puede perder una mañana viniendo aquí, y Alba es mi clienta. Voy a interponer una demanda de filiación, no es extraño que busque a la madre. Lo que me maravilla es cómo has dado con esa tal Catalina Fonte.

—Tiré de amigos en la comisaría y a partir de ahí localicé a los funcionarios del Registro. No había tantas mujeres que atendieran partos en la comarca y conseguí el nombre de las tres que solían hacer este tipo de trabajos a domicilio. Solo tenía la firma del certificado que presentaron en el Registro, y no es que sea muy legible precisamente, pero después de cotejar los nombres de tres comadronas con ese garabato, estoy casi seguro de que reproduce una C y una F. Aún no estoy tan oxidado, Santaclara —presumió el expolicía, con cierto orgullo.

Se detuvieron ante un edificio de apartamentos relativamente nuevos, a apenas cien metros de la playa, y buscaron el piso en el telefonillo. Tras preguntar por Catalina Fonte, el portal se abrió. En el buzón comprobaron que el único nombre que aparecía era el de una tal María Soto. Efectivamente, en cuanto se abrió la puerta les quedó claro que esa mujer no podía ser una comadrona que hubiera

asistido un parto cincuenta años atrás, ya que parecía más joven que César. Era bajita, con el cabello teñido de rojo. Vestía un llamativo vestido de punto a juego con su cabello y llevaba unos pendientes que reproducían a Coralia y Maruxa, las emblemáticas Marías de Compostela.

Se presentaron como los abogados de Berta Freijomil Santos y preguntaron por Catalina Fonte.

—Soy su hija María —se presentó—. Mi madre está en un centro de día.

—Estamos buscando a una mujer a la que su madre asistió en un parto hace cincuenta años —explicó Iria—. Mi clienta, Berta, nació aquí en febrero de 1975 y creemos que es la firma de su madre la que figura en la documentación oficial.

—No creo que pueda ayudarles. Ella asistió prácticamente a todas las parturientas de la comarca que dieron a luz en casa en las décadas de los sesenta y los setenta —afirmó María—, pero no está en condiciones de recordar nada, está muy mayor. Tiene ochenta y nueve años.

—¿Cree que podríamos ir al centro de día?

La mujer los miró con suspicacia.

—No me parece que eso sea posible, porque... —La hija de la comadrona se detuvo, buscando una excusa. Estaba claro que no tenía ninguna intención de hacerlos pasar al interior y continuar con la conversación.

—Sé que puede parecer extraño, pero su madre es la única que puede ayudarnos a encontrar a la madre de Berta. Y hay mucho en juego. —Iria intentó no parecer muy ansiosa, aunque estaba segura de que no lo había conseguido.

—Es que se alterará —dijo María, reticente—. No es que tenga demencia, pero tiene cierto deterioro cognitivo, y me van a perdonar, pero no es muy buena idea, se pone muy nerviosa en cuanto la sacamos de la rutina.

—Mire, no se trata de un asunto de dinero ni de herencias —aclaró César, que no se resignaba—. En realidad, hay una investigación policial por medio. Mi nombre es César Araújo y soy inspector de policía jubilado, e Iria también pertenecía al cuerpo. ¿Podría dejarnos pasar? Hay temas que no se deben tratar en un descansillo.

La mujer asintió, abrumada, y se hizo a un lado para que pasaran. Nombrar a la policía siempre surtía efecto, aunque a esta le siguiera el término «jubilado» o «en excedencia». El apartamento era minúsculo, pensado sin duda para ser una segunda residencia. Carecía de vestíbulo, entraron directamente a un espacio que hacía las veces de cocina, comedor y salita.

—Esto no es muy grande, pero nos mudamos hace dos años porque está bien adaptado, y mi madre está ahora en silla de ruedas —explicó ella.

—Gracias por su tiempo, María —dijo Iria.

Sin dar muchos detalles, la puso en antecedentes del pasado de Berta, limitándose a decir que había sido criada por tres mujeres y que sabían que una era su madre.

—¿Tres mujeres? —preguntó María—. ¿Se refiere usted a las tres hermanas de Pontevedra?

—Son de Loeiro —matizó César.

—No recuerdo el pueblo, pero sé que eran del sur —dijo María—. Las recuerdo bien porque no solo las atendió mamá, sino que se

quedaron en casa de mi abuela. Estuvieron aquí casi medio año. Llegaron antes de Navidad y se marcharon antes de que acabase el curso. Yo tendría unos diez años. Me acuerdo muy bien de las tres, porque eran forasteras y muy raras. Yo decía que la mayor de ellas parecía la bruja de la Bella Durmiente. Sin embargo, no recuerdo sus nombres. Lo siento.

—Sabemos sus nombres —indicó Iria—, no es eso lo que necesitamos. Lo que queremos saber es cuál de ellas es la madre. Aunque imagino que no lo recordará.

—¡Ay, sí! Pobrecita, estaba fatal —dijo María—. Se pasó un mes en cama sin hablar, ni moverse, ni mirar a la niña que era una cucada. Bueno, les pasa a muchas mujeres, depresión posparto y todo eso, pero por aquel entonces nadie lo llamaba así.

—¿Recuerda el nombre? —la cortó César, impaciente.

—El nombre ya les he dicho que no, pero recuerdo perfectamente cómo era y puedo describírsela, ¿les servirá eso?

68

Playa de Mogor, ese mismo día

—Carmen vivía aquí —dijo Alba.

—¿En la playa? —preguntó Mikel.

—En esa barriada de ahí. —Señaló hacia el monte que estaba a su espalda. Acababan de visitar los petroglifos, una de las muestras de arte rupestre mejor conservadas de la península—. Ella es de Loeiro, pero vivía ahí con su marido.

—Parece que lleves toda una vida aquí —dijo el médico—, conoces la historia de todos con pelos y señales.

—Supongo que es la influencia de Sinda —sonrió mientras retorcía un pañuelo de papel entre las manos.

—Llevas todo el día nerviosa. Incluso cuando estábamos comiendo en O Muiño, no parabas de echar vistazos a tu alrededor, como si temieras que ellas entrasen en cualquier momento; casi se te atraganta el pulpo. Mi plan de hacer turismo por la península del Morrazo ha fracasado estrepitosamente.

—¿Tenías un plan?

—Yo siempre tengo un plan; si no, no sería yo. —Le guiñó un ojo —. Volviendo al tema, ¿has tomado ya la medicación?

Ella negó con un ademán. Mikel le había recetado Lorazepam para los días como hoy en los que la ansiedad la atenazaba.

—Vamos hasta el bar —propuso él—, nos tomamos algo, disfrutamos de estas vistas increíbles y te tomas la pastilla, aunque si consigues relajarte con mi presencia y este atardecer, mejor no te la tomas.

—Hace mucho frío para ir a la terraza.

—Eres gallega —insistió él—, y llevas un abrigo precioso, nuevo y caliente.

El abrigo había sido un regalo de Mikel el día de Reyes, y ella se había sentido muy intimidada cuando abrió la caja. No pudo evitar compararlo con su modesto regalo, una Moleskine y una pluma, para que escribiera todos los recuerdos que tenía de su madre, como él le había dicho que le gustaría hacer.

Se sentaron en el chiringuito que, para sorpresa de ambos, permanecía abierto en invierno. Por indicación de Ugarte, pidieron dos descafeinados.

—Nada de cafeína —recomendó el médico. Luego llamó al camarero, que volvió a la mesa—. Traiga también un par de cruasanes a la plancha, con jamón y queso.

—Tardaré un poquito, tengo la plancha fría aún —se excusó él.

—Esperaremos.

—¿Cómo puedes tener hambre? —preguntó ella.

—Porque hemos paseado mil kilómetros por la playa de Agrelo. Eso también forma parte de mi plan para tu recuperación. Fortalece la musculatura.

—¿Puedes dejar de ser mi médico durante un rato?

—Perdona, soy un psicópata controlador.

—No estoy acostumbrada a...

—... que cuiden de ti. Conozco la sensación. Somos unos tarados emocionales.

—Buena definición.

—Sé por qué estás así. —Rozó su mano con la suya—. César e Iria están en Miño. Hoy es día de respuestas.

—Quizá no, pero si las hay, puede que esta noche sepa cuál de las tres es mi madre.

—Ninguna lo es. Es solo la mujer que te parió, que no es lo mismo. Y te puedo asegurar que de otra cosa no, pero de partos y de madres sé un rato. Vamos a quedarnos un ratito aquí, chupando frío y observando este atardecer. Los atardeceres de invierno son los mejores, sobre todo cuando el cielo está despejado como hoy, aunque estemos casi rozando el bajo cero. Nunca me canso del mar, y eso que en la clínica parece que me va a entrar por la ventana. Ven —le propuso—, bajemos un momento a la playa, mientras nos preparan el descafeinado.

La arena estaba impoluta, nadie había caminado por ella desde que la marea había descendido.

—Dan ganas de quitarse los zapatos y meter los pies.

—Tendría que amputártelos después —dijo él.

Alba soltó una carcajada.

De vuelta en el chiringuito encontraron los descafeinados y los cruasanes sobre la mesa. Un ruido los sobresaltó. Alzaron la vista y vieron una moto arrancar apresurada.

—¡Ehhh, la cerveza! —gritó el camarero mientras blandía una 1906 en su mano derecha—. ¡Maldita sea! ¿Qué mosca le ha picado?

Alba cruzó una mirada con Mikel en cuanto el camarero volvió a la barra.

—¿Era quien yo creo que era?

—El hermano de tu amigo de la infancia —confirmó Mikel—. Lo vi de lejos, mientras estábamos en la orilla, pero en cuanto nos hemos acercado se ha marchado como alma que lleva el diablo.

—Nunca le había visto esa moto.

—Ya hablas como una auténtica loeirana que conoce todos y cada uno de los movimientos de sus vecinos —rio él—. Preguntémosle a Sinda, ella te dirá desde cuándo la tiene.

Dieron cuenta de la merienda con avidez, agradeciendo el calor de los cafés para combatir un frío que se hacía más intenso por momentos.

—Vamos a mi apartamento —propuso Mikel tras pagar la cuenta —, podemos ver una peli.

—Diría que suena genial, pero estoy tan cansada que creo que me voy a ir ya a casa de Sinda.

—Si te parece, vamos hacia Aguete, y en función de cómo te encuentres una vez allí, ya decides qué hacer.

Alba renunció a negarse, le sabía mal dejar solo a Mikel cuando llevaba todo el día paseándola de aquí para allá en un intento de sacarla de la rutina que se había instalado en su vida desde que abandonó el hospital hacía más de tres semanas. Ella había presumido que se encontraba con fuerzas suficientes para abandonar la seguridad del hogar de Sinda, pero ahora estaba segura de que había sido demasiado optimista.

Se acomodó en el asiento del copiloto y entrecerró los ojos, agradeciendo esa luz, entre *lusco e fusco*, como la llamaba Concha,

la única madre que había conocido. Se fue adormeciendo, recostada contra el cristal de la ventanilla, con la tranquilizadora presencia de Mikel a su lado, arrullada por la canción de Benson Boone que hablaba de la belleza de las cosas.

Cuando el coche se precipitó al mar, estaba profundamente dormida.

69

Hospital de Montecelo, dos horas después

Rodrigo Filloy entró a toda velocidad en la sala de espera de la Unidad de Cuidados Intensivos. Sinda estaba sentada en una silla, con un libro en las manos que permanecía cerrado, aunque se aferraba a él como si se tratase de una tabla de salvación.

—¿Cómo está Alba?

—No he podido verla, pero un médico me ha dicho que hay que esperar. Entró en paro cardiaco en la ambulancia.

—¿Y Mikel? —preguntó el inspector.

—Menos grave, o eso dicen, pero no he podido ver a ninguno de los dos. —La anciana meneó la cabeza—. No debí dejarla salir tan pronto. Se empeñó en ir a pasar el día por ahí, y no estaba recuperada.

—Esto no es responsabilidad suya, ¡por el amor de Dios!, el coche cayó al mar.

—Ya, pero si hubiera estado más fuerte habría salido antes a flote.

—No sé si podremos recuperar el coche.

—¿Para qué? —se extrañó ella.

—A estas alturas de la película, un sabotaje es la opción más plausible.

—¿Un sabotaje?

—Aguete no es el circuito del Jarama. Resulta muy extraño que cayesen al mar. No me extrañaría que cuando hablemos con Mikel nos diga que los frenos fallaron o el acelerador tomó vida propia.

—Ay, *filliño*, sé que eso es lo primero que se os pasa por la cabeza, pero qué quieres que te diga... Puedo imaginarme a Aurita entrando, antorcha en mano, en la casa del Portugués, pero no podréis convencerme de que una de esas tres mujeres fue capaz de manipular unos frenos o cualquier parte del motor de un automóvil —lo contradijo la vieja maestra—. Ese coche parece una nave espacial por dentro, y tiene una pantalla tan grande como la de mi televisor que gira y da vueltas. No creo que sea fácil hacer eso que dices, y seguro que saltarían mil alarmas antes de arrancar si cortasen los cables del freno como en las películas.

Rodrigo no pudo reprimir una sonrisa, como cada vez que se enfrentaba al incontinente parloteo de Sinda, aunque tenía que reconocer que había grandes dosis de sensatez en sus análisis.

—Acompañantes de Alba Mariño García —irrumpió una voz.

Ambos levantaron la vista a un tiempo y alzaron la mano. El médico se dirigió hacia ellos. Era un chico muy joven, con ojos oscuros, pelo teñido con mechas rubias y un piercing en la nariz que no recibió la aprobación de la anciana, que se quedó mirándolo sin disimulo. Rodrigo se apresuró a informar al médico de que era el inspector que llevaba el caso.

—¿Qué caso? —preguntó el doctor.

—Tenemos razones para pensar que no se trata de un accidente —le informó Filloy, sin entrar en detalles—. ¿Cómo están Alba y Mikel?

—Según nos ha contado el médico del 061, los rescató un miembro de un club de buceo y les salvó la vida a ambos. El señor Ugarte conducía. Ahora ha recuperado la consciencia, pero aún está confuso y estamos evaluando los daños. Fue el primero en ser rescatado y eso hace que su pronóstico sea mejor que el de la mujer.

—¿Podría darme los datos de quien los rescató? —se interesó Rodrigo.

—Mis compañeros de la ambulancia solo dijeron que fue un monitor de una escuela de buceo. No tengo detalles, tendrán que hablar con ellos. El caso de su familiar es más complejo —dijo dirigiéndose a Sinda, que no le aclaró que no tenía ningún parentesco con Alba—, porque quedó atrapada en el vehículo, por lo que permaneció mucho más tiempo bajo el mar. Entró en parada respiratoria al salir del agua y el monitor le practicó la RCP, con compresiones torácicas y el boca a boca. Su formación en primeros auxilios fue determinante, pero el problema ahora es otro.

—¿Cuál?

—Sufre hipotermia severa, su cuerpo llegó a estar por debajo de los veintiocho grados. No ha recuperado la consciencia. En la primera asistencia se le abrigó con mantas térmicas, y ya en el hospital hemos pasado a la fase de calentamiento externo activo con oxígeno humidificado, y al recalentamiento interno con lavados gástricos con soluciones calientes. Está monitorizada e intubada. Las próximas horas serán cruciales.

Sinda rompió a llorar.

—¿Podría hablar con Mikel?

—Hoy permanecerán ambos en la UCI. En veinticuatro horas subiremos a planta al señor Ugarte, entonces podrán preguntarle lo que quieran.

—Gracias —musitó Sinda.

El doctor los dejó solos.

—Hace un mes le dije a Alba en este mismo hospital que tenía más vidas que un gato —dijo Rodrigo—, pero yo creo que está a punto de agotar las siete.

—Sé que lo más fácil es creer que han sido la bicha y sus hermanas, pero sigo pensando que esta vez es imposible.

—Sinda, agradezco su intención, pero tiene que dejar esto a los profesionales —la reconvino el policía con suavidad—. He visto mucho a lo largo de mi carrera, y por experiencia sé que, si alguien quiere matar, acabará haciéndolo. Solo o con ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda?

—La de la gente que está dispuesta a hacer de todo por dinero —dijo Rodrigo—. Yo no le he preguntado a Iria cómo consiguió cierta información sobre el nacimiento de Alba que ni siquiera yo tenía. Pero ella supo a quién llamar para que entrasen en una base de datos de manera ilegal.

—¿Me está diciendo que contrataron a un sicario? —dijo Sinda.

—Cosas más raras he visto —asintió el policía—. Pero, repito, tiene que dejar esto en nuestras manos.

En ese mismo instante, César e Iria entraron en la sala de espera. Rodrigo les puso en antecedentes sobre la última hora del estado de ambos pacientes.

—Tengo que localizar al tipo que los rescató. Parece ser que era un monitor de buceo, pero era ya casi de noche, no me creo que

estuviera buceando. Alguna explicación habrá para que estuviera allí y necesito que nos dé detalles.

—No tenemos ni un momentiño de paz —se lamentó Sinda.

—¿Podréis rescatar el coche? —se interesó César.

—Lo intentaremos. Tengo por delante mucho trabajo, hoy mismo nos llegó el informe del odontólogo forense: se confirma que el cráneo es el de Ignacio Bengoa.

—Es como una película de terror —dijo Araújo—. Le cortaron la cabeza y se deshicieron del cuerpo sabe Dios cómo. ¿Y ahora nos extrañamos de que quieran acabar con Alba? En cuanto se recupere, tenemos que sacarla de Loeiro.

—¿Y cómo os ha ido a vosotros? —preguntó Filloy.

—Bien —informó Iria—, pero después de lo sucedido, la identidad de la madre de Alba ha pasado a segundo plano.

—Pero ¿encontrasteis a la comadrona?

—Está en una residencia, pero estuvimos con su hija. Ya sabemos cuál de las tres hermanas dio a luz en Miño. Hizo un relato estremecedor del nacimiento de Alba y de cómo su madre estuvo dos meses casi sin cogerla en brazos ni acercarse a ella.

—Iria —intervino Sinda—, ¿nos lo vas a decir o nos vas a dejar así?

La madre

Loeiro, noviembre de 1984. La noche en que murió Berta

—Ane es muy alta, y tiene el pelo moreno, muy negro. Lleva un flequillo corto y tiene mucha ropa bonita. Muy bonita. Tú también la tendrás —le explica él.

—Mi pelo es castaño.

Como siempre, Berta tiene que poner en duda todo lo que los adultos le dicen, y por una vez bendigo esa curiosidad suya. Me muero por gritarle que huya, que no le crea como yo le creí.

Hay excitación en la voz de mi niña, como si fuera la noche de Reyes o como cuando mi hermana llega a casa con ese libro que llevaba mucho tiempo esperando leer.

—Porque el mío es rubio —le responde él.

Ignacio esboza una sonrisa con su boca perfecta y ese lunar que tantas veces besé. Todavía es capaz de hacerlo: sonríe, despliega su encanto y hace que todo desaparezca alrededor, y siento que no es de noche, ni llueve, ni noto el frío calándome los huesos. Diez años después y sabiendo todo lo que sé, puedo entender esa excitación en la voz de nuestra hija.

Nuestra hija.

Es la primera vez que esas dos palabras se unen en mi pensamiento, de la misma manera que es la primera vez que estamos juntos los tres. No es nuestra, porque él nunca nos quiso, pero ahora ha visto a mi hija y ha decidido que ella sí es lo bastante buena, que a ella sí puede llevarla a San Sebastián, presentársela a sus amigos y hacerla formar parte de su vida y la de esa mujer. Ellas sí están a la altura de Ignacio Bengoa Aguirre. Y Berta, mi Berta Gloria, la niña que yo tuve que aprender a querer porque el recuerdo de Ignacio se interponía entre nosotras, me ha sustituido por una mujer a quien nunca ha visto, que nunca la cuidó cuando tenía fiebre, ni la acompañó a la escuela, ni le metió los guantes en el bolsillo cuando empezaba a hacer frío.

Odio a esa mujer, a esa Ane, que no tiene que mover un dedo, ni demostrar nada, para que todas las personas que yo he amado la prefieran. Porque es muy alta y morena y muy rica y muy todo.

Y yo siempre fui poco. Soy poco. No soy suficiente. No estoy a la altura. Pero él quiere a mi niña. Esa a quien quiso arrancarme de la barriga en un quirófano frío que olía a asco y a desinfectante.

Palpo el cuchillo en el bolsillo. El mismo que esta mañana han empleado para matar ese cerdo que cuelga en el alpendre de casa. Y entonces me doy cuenta de que es el momento de demostrar que soy mejor que ellos.

No lucharé por Berta, si ella no quiere saber nada de mí. Se irá y para ella solo seré la mujer que la encerró una noche junto con una rata.

No se puede luchar contra el destino ni hacer que te quieran aquellos que solo se quieren a sí mismos.

Retrocedo sobre mis pasos, dejo a mi espalda el molino, y a esos dos seres a los que una vez quise.

—¿Qué haces aquí, tía?

La voz de Berta se me clava en la nuca.

Me giro y veo su figura en la puerta. La luz de la linterna es tan débil que solo puede dibujar su silueta. Y detrás surge la de él.

Ese cerdo.

—Vuelve con nosotras, Berta —le suplico—, no lo escuches. Solo miente.

Ignacio la agarra del brazo tan fuerte que a ella se le escapa un gemido.

—No dejaré que te la lleves —le grito, y acto seguido saco el cuchillo en el preciso instante en que él levanta la linterna y me enfoca.

A mí, a la mujer que no está a su altura, con mis caderas anchas, mis pechos caídos, mi jersey de lana, mi abrigo gris y una falda negra sobre unas medias de algodón también negras. Con mi melena salpicada ya de alguna cana prematura, mis ojeras de preocupación y mi piel castigada por el salitre que flota en el aire de Loeiro.

Pero él no ve nada, solo ve el cuchillo y yo solo veo la herramienta en la mano, ese martillo de hierro cubierto de óxido.

Me acerco a ellos. Voy a llevarme a la niña. Es mía. La parí yo.

—No dejaré que te la lleves —repito, y mi voz suena igual de fría que cuando conduje a Berta a rastras hasta la puerta del hórreo.

Berta se hace pequeña y extiende la mano, pero no hacia mí, sino hacia él.

Y la noche es más oscura, y mi rabia más caliente. Levanto el cuchillo, y él la bujarda.

Tras unos segundos, solo se escucha en la noche el grito de mi hija, aunque yo solamente puedo pensar en que acaba de traicionarme.

—¡No lo hagas, tía Trini!

Pero lo hago.

70

Bueu, 30 de enero de 2026, la noche en la que Berta casi muere de nuevo

—¿Quieres una cerveza? —ofreció Iria en cuanto entraron en su casa y se despojó del plumífero y el gorro.

—No, gracias —contestó Rodrigo, que se dejó caer pesadamente en el sofá.

—Estás agotado.

—Estoy frustrado y cabreado. Lo del cansancio ya ni me lo planteo. Creo que si Alba sale de esta, hay que llevársela lejos.

—Estoy de acuerdo, por eso te he pedido que vengas, aquí estamos alejados de los ojos de todo Loeiro. Ponme al día. Dos cabezas, aunque estén para el arrastre, piensan mejor que una. ¿Quieres algo de comer?

—No estaría mal.

Durante la siguiente hora dieron cuenta de una ensalada y un filete y se permitieron conversar sobre cosas triviales para terminar hablando de aquellas que no lo eran. Hablaron de libros, de cine, de su hija, de las otras ciudades en las que habían vivido. De por qué se habían hecho policías. De por qué Iria había renunciado a serlo. Hablaron de Rial, de la comisaría, y de Ángel y de Nathalie. Hablaron

del luto y del duelo. Del ictus de su marido y del accidente de coche de su mujer. Iria lo observaba sin pudor, por primera vez, como si hasta ahora hubiese estado esquivando su presencia. La única realidad era que ahora ya se sentía libre para hacerlo, porque se había liberado de esa sensación de culpabilidad que la perseguía desde el día en que perdió a su marido.

—¿Café?

—Solo si es descafeinado.

—Hecho —dijo Iria.

Él la siguió a la cocina con los platos sucios y los colocó en el lavavajillas. Ella lo dejó hacer, demasiado cansada para discutir.

Ya en el salón, con la taza caliente humeando entre las manos, se acabó de relajar.

—Si te dejo, te quedas dormida —bromeó Rodrigo.

—Ha sido un día largo. —La mirada se le empequeñeció cuando pensó en Alba en la UCI.

—Cuéntame ahora con calma lo que habéis averiguado en Miño.

—Lo que os dije: Trini, la del medio, es la madre de Alba. La hija de la matrona se acuerda perfectamente de ellas. Nos dijo que la pequeña era muy cariñosa y le leía cuentos, y que la mayor estaba siempre enfadada. La mediana era la madre de la niña y no le dejaban acercarse a ella, porque estaba enferma de los nervios. En cuanto le dijimos el nombre de Trinidad, lo recordó al instante.

—Pobre Alba, la verdad, ya hay que tener mala suerte para ir a nacer en casa de esas psicópatas.

—Voy a plantear una demanda de maternidad —dijo Iria—, pediré la prueba de ADN.

—¿Para qué?

—Para dar por culo. Que sientan nuestro aliento en el cogote.

—Tenemos que pillarlas por estos atentados, porque lo de Bengoa está prescrito.

—Cuéntame lo de Bengoa.

—Hemos confirmado que era su cráneo —informó Rodrigo—, pero hay algo más que me callé el otro día.

Iria hizo un gesto de sorpresa.

—El informe de Fuentes era provisional y no quería adelantarme —se defendió él—. Y no sé muy bien cómo interpretar esto, pero lo cierto es que a Bengoa le arrancaron los ojos.

—Bueno, quizá lo hicieron para evitar la identificación —especuló ella—. Ten en cuenta que tenía unos ojos muy peculiares, uno de cada color.

—No creo que fueran tan ilusas como para creer que eso evitaría la identificación del cadáver.

—A mí me llama más la atención que solo haya aparecido la cabeza. Lo normal es que hagas desaparecer todo el cuerpo, y está claro que lo hicieron con éxito, porque lleváis días peinando el río y no habéis descubierto nada más. Es como si quisieran que encontrásemos la cabeza.

—Ha pasado mucho tiempo —apuntó Rodrigo.

—La estructura ósea seguiría ahí, y lo sabes, de la misma manera que se ha conservado el cráneo. ¿Y si es algo ritual?

—A fuerza de llamarlas brujas has acabado convencida de que lo son. —El inspector soltó una carcajada.

—No, hombre, me refiero más bien a que algunos asesinos cortan cabezas, estoy pensando en casos como el de Ed Kemper —se explicó Iria—. La decapitación de la víctima en ese tipo de casos

tiene mucho que ver con la necesidad de exhibir un trofeo. Y estas mujeres guardaban mucho odio hacia ese tipo. A fin de cuentas, las sedujo a las tres. Eso no se perdona tan fácilmente.

—Me parece muy bien que quieras exhibir todos tus conocimientos de criminología conmigo, pero ambos sabemos que esto no es un asesinato serial. Es la venganza de una mujer despechada. El lunes llevaré a Trini a comisaría y la voy a despellejar. Pero eso será el lunes —dijo él, mientras se levantaba del sofá.

—Ya me contarás. —Ella también se puso en pie.

—De acuerdo, pero que todo esto quede entre nosotros.

—Rial y yo no solemos tomar café juntos. Estate tranquilo.

—Te agradezco mucho la cena y el café. —Se puso el abrigo—. Y ahora que ya has visto que solo me he comido el filete y sigues intacta, quizá podamos repetirlo sin necesidad de hacerte cocinar.

—Ensalada de bolsa y filete a la plancha no es precisamente cocinar —dijo Iria, intentando sacudirse la intimidad del comentario —. Conduce con cuidado.

—¿Quieres que te mande un mensaje al llegar? —ironizó Rodrigo.

—¿Y quién está con tu hija? —cayó en la cuenta Iria.

—Mi madre ha venido a pasar unos días. No te preocupes, no he dejado a una niña de doce años sola hasta las... —consultó su reloj — dos de la madrugada.

Se miraron, justo el tiempo suficiente para saber que aún no iba a marcharse nadie de aquella casa.

71

Comisaría de Pontevedra, 2 de febrero de 2026

—Le comunico que este interrogatorio va a ser grabado audiovisualmente para garantizar la autenticidad de su testimonio. No está usted detenida. Este interrogatorio se realiza en el marco de la investigación de los hechos acaecidos el pasado mes de diciembre, relativos al incendio provocado de la casa donde se alojaba doña Alba Mariño García. Tras el interrogatorio, se le leerá en voz alta la declaración prestada para que la firme. De acuerdo con el artículo 297 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, esta declaración tendrá el valor de declaración testifical en lo que se refiere a los hechos de su propio conocimiento. ¿Me ha entendido, Trinidad?

—¿No estoy detenida?

—No está usted detenida ni se le imputa ningún delito. De ser así, habríamos llamado a su abogado —dijo Rodrigo.

Trini lo miraba impertérrita. No se había despojado del abrigo negro a pesar de que se lo habían ofrecido. Su pelo cano estaba peinado hacia atrás y seguía algo húmedo, mostrando su frente despejada. Rodrigo comprobó que, como bien había apuntado la Gestapo, la peculiar forma de sus cejas, puntiagudas y con una leve

calva en la derecha, eran idénticas a las de Alba. Esa era la única semejanza entre esa mujer y la que llevaba tres días luchando por su vida en la UCI del hospital de Montecelo. Trinidad guardaba silencio. Su mente estaba muy lejos de allí.

«No hables. Tienes derecho a estar callada. Lo mismito que cuando apareció la cabeza de ese cerdo de Ignacio. No abras la boca. No pueden obligarte. Aguanta, como aguantamos cuando nos llevaron a las tres a comisaría. Si hablas, utilizarán todo lo que digas y pasarás presa lo que te queda de vida».

Mientras se vestía para acompañar al inspector Filloy a comisaría, Aurita revoloteaba alrededor de su hermana repitiendo esas frases una y otra vez. La última aún le resonaba en los oídos. «No hables, ¡por tus muertos, Trini!».

Sus muertos eran demasiados y pesaban sobre ella como una losa. Sus padres, su tía Lola, el hombre al que amó y ahora la hija que nunca la llamó mamá. Ni siquiera sabía si estaba muerta. Ojalá ella misma muriese en este preciso instante. Deseó cerrar los ojos y caer desplomada sobre esa mesa, frente a ese policía que no le daba tregua y que clavaba sus ojos claros en los de ella. Seguro que había alguna mujer en el mundo capaz de caer rendida bajo el embrujo de unos ojos tan bonitos. A ella le había pasado. «Como Bowie». Escuchaba ahora también la voz de Ignacio, como si estuviera vivo. Estaba desvariando. Había vivido tranquila durante décadas, con la cabeza de ese cerdo enterrada bajo el suelo del molino, al igual que su propio corazón.

Sus últimos cuarenta años se resumían en unas pocas acciones. Abrir la mercería, hablar con el resto de las vecinas, solo lo justo, renunciar a su única amiga, ir a misa y rezar un rosario tras otro,

enlutarse por dentro y por fuera, moler harina, hacer el pan, coger castañas, acariciar los viejos libros de Berta. Sentía que se había enterrado también a sí misma bajo el suelo del molino.

Ya no podía más. Rodrigo percibió esa vulnerabilidad en ella. Iria tenía razón: por separado, la voluntad de esas mujeres hacía agua por todos los sitios.

—¿Cómo está Berta? —acertó a preguntar Trinidad, haciendo caso omiso de las indicaciones de su hermana mayor y empleando el nombre que ellas habían elegido hacía cincuenta años.

—¿Se refiere usted a doña Alba Mariño García? —preguntó Rodrigo.

Trini asintió.

—Viva —contestó él—. Su hija está viva.

La sorpresa se apoderó del rostro de la mujer, que palideció al instante. A pesar de estar sentada, Rodrigo temió que se desplomase. Comenzó a temblar, un temblor leve, casi imperceptible que era más notorio en su labio inferior. Parecía querer hablar. Rodrigo aguardó, pero no lo hizo.

—La señora Mariño está convaleciente —le informó el policía—, pero su abogada nos ha comunicado que tiene indicios de peso para creer que su clienta es hija natural de don Ignacio Bengoa Aguirre y de usted. También nos ha comunicado que interpondrá una demanda de filiación. ¿Sabe lo que eso significa?

Trinidad negó, confusa.

—Que quiere que se la reconozca como hija de ambos.

Sus ojos se humedecieron y el temblor de su boca dejó de ser leve y se extendió al resto de su cuerpo.

—¿Se encuentra bien? —se interesó el inspector—, ¿quiere un poco de agua?

—Todos estos años callando —murmuró para sí—, y no ha servido para nada.

—¿Qué callaban, Trinidad?

—Nada —se apresuró a decir ella.

—Escúcheme bien, señora Freijomil. —Rodrigo adoptó un tono amigable—. Está aquí para un simple interrogatorio, aunque esto puede cambiar. Puedo detenerla y ponerla a disposición judicial. Pero yo quiero que esto sea fácil para usted en consideración a su edad. A los dos nos interesa que esta sea una conversación amistosa en la que usted me cuente qué hicieron sus hermanas, porque sé que esto no es solamente cosa suya. No ha podido hacer esto sola.

—¿Hacer el qué? —dijo la mujer, confundida.

—No sé ni por dónde empezar —endureció el tono de súbito—, pero puedo refrescarle la memoria. Me refiero a que alguien le cortó la cabeza a Ignacio Bengoa, a pesar de que ustedes callaron cuando se les preguntó sobre ese cráneo que apareció en el molino de su propiedad.

Ella giró la cabeza y esquivó su mirada. Rodrigo siguió con su ataque.

—Claro que por aquel entonces no sabía que las tres habían sido amantes de Ignacio. Que usted dio a luz una niña en Miño y que esa niña era Alba. La hija de Catalina Fonte declarará en el juicio cómo repudió a su hija desde el momento en que nació, la recuerda a usted muy bien.

Trinidad se encogió en su asiento.

—Tampoco sabía que a Ignacio no solo lo decapitaron, sino que le arrancaron los ojos, con un cuchillo que está a disposición judicial. Me reservo el decirle qué huellas hemos encontrado en él —mintió Rodrigo.

La Científica aún estaba trabajando en ese asunto para intentar aislar las huellas obtenidas, pero eso no pensaba decírselo a Trinidad Freijomil.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de la mujer.

—Y desde luego —continuó Filloy, sin dar tregua—, por entonces no sabía que usted había ido a buscar a Benita a casa de Sinda unos días antes del incendio que casi le cuesta la vida a Alba. ¿Sabe qué significa eso? Que pudo aprovechar para robar la copia de las llaves de la casa del difunto Emiliano que Sinda guardaba en el aparador de la entrada. La señora Sobrado está dispuesta a declarar que usted se quedó sola en el umbral mientras ella iba a avisar a Benita.

Trinidad alzó el rostro y su cara se cubrió de una máscara de frialdad.

—¿Es cierto que han encontrado las huellas? —dijo muy bajito.

Rodrigo adivinó la derrota en su voz.

—En cuanto tenga el informe forense, será definitivo, Trinidad. Se ha acabado. —Su voz volvía a ser amigable—. Le aseguro que todo será más fácil si colabora.

—Está usted equivocado.

—En absoluto —insistió el policía—. Es que acaso no comprende que...

—No fueron ellas —lo cortó la anciana, que parecía haber envejecido una década en la escasa media hora que había durado el

interrogatorio—. Lo hice todo sola. Lo seguí al molino, lo maté, le corté la cabeza y le saqué los ojos.

—¿Reconoce también los hechos respecto al ataque de Berta?

—Fue él quien la atacó, me limité a defender a mi hija —dijo ella —. No diré ni una sola palabra más.

Trinidad se percató de que era la primera vez que decía «mi hija» frente a un extraño. También era la primera vez que le contaba a alguien que había decapitado al amor de su vida.

72

Club náutico de Aguete, esa misma mañana

Antón Teijeiro estaba esperando a César en la cafetería del club náutico, tal y como habían acordado por teléfono. Era un hombre de cabello largo, que ya empezaba a salpicarse con alguna que otra cana. Vestía una camisa de pana marrón y unos vaqueros. En cuanto le vio entrar por la puerta, alzó un brazo para reclamar su atención. El expolicía se dirigió hacia la mesa y le estrechó la mano.

—Le agradezco mucho su tiempo. —Tomó asiento y pidió un americano triple—. Me ha reconocido usted.

—Lo conozco por la prensa —confesó Antón—, soy un apasionado de la crónica de sucesos. Recuerdo perfectamente el caso de aquella adolescente desaparecida cuando aún estaba usted en activo, ¿cómo era que se llamaba? ¿Carla?

—Carlota Pereira —dijo Araújo—. Fue un caso terrible. Pobre chica. No me extraña que lo recuerde. En fin, ¿ya ha hablado con mi colega, el inspector Filloy?

El hombre asintió.

—Fue muy emocionante —afirmó—. Bueno, lo siento mucho por las dos víctimas, claro, pero me impresionó ir a comisaría, fue como estar en una serie de Netflix, ya sabe lo que quiero decir.

César asintió. Conocía muy bien a ese tipo de testigos y no eran precisamente de los más fiables. Lectores de novela negra, aficionados al *true crime*... Los suyos siempre eran testimonios influenciados por todas las referencias literarias y audiovisuales del género negro.

—Me resulta extraño que estuviera usted sumergido el pasado viernes. —César decidió entrar en materia—. Era casi de noche.

—No estaba en una inmersión, solo probaba los equipos —dijo Antón—. Al día siguiente teníamos un bautismo de un grupo que venía desde Portugal, y no es común en esta época. Quería asegurarme de que todo estaba en orden para la inmersión del sábado en las Illas Cíes.

—¿Vio venir el coche?

—No, en absoluto. Yo estaba bajo el agua, más o menos por esa zona —señaló con el dedo a la izquierda del espigón—, y sentí la turbulencia provocada por el impacto. En un principio no localicé nada, pero me di una vuelta. En cuanto rodeé el espigón, vi el coche en descenso. Las ventanillas estaban abiertas y vi al conductor salir por la de su lado. Me acerqué a toda prisa y, cuando lo alcancé, lo subí a la superficie y pedí ayuda a un par de marineros que estaban de palique en el muelle. Fue una suerte porque se hicieron cargo del hombre y yo pude volver a sumergirme. Si hubiera tardado un poco más, la mujer no lo habría contado.

—Así que ella estaba dentro del coche —reflexionó César en voz alta.

—Así es —corroboró Antón—. El coche descendía lentamente, no piense que era una caída libre. Para cuando lo alcancé, el habitáculo se había llenado de agua y la mujer estaba inconsciente, pero tuve

que luchar un buen rato para liberarla del cinturón y sacarla por la misma ventanilla por la que había salido el hombre. Me temo que estuvo demasiado tiempo sumergida y el agua estaba bastante fría. Tuve que hacerle el boca a boca, pero sé que ingresó en la UCI.

—Sí, sigue viva —confirmó César—, le ha salvado usted la vida. A ambos, de hecho. Al menos de momento.

—¿Me puede mantener informado de su evolución? —preguntó Teijeiro.

—Estoy seguro de que el señor Ugarte le agradecerá en persona su gesto.

—¿Ya está recuperado?

—Hoy le darán el alta. —César apuró su café y se apresuró a despedirse—. Como usted bien dijo, él no fue el más perjudicado en este accidente, en parte gracias a usted.

Antón sonrió, agradecido por el halago.

—¿Cree que tendré que volver a declarar? ¿Habrá algún tipo de juicio con la aseguradora? —preguntó cuando César ya se había levantado y se estaba poniendo su abrigo gris marengo.

Estaba claro que Antón estaba deseando ser la estrella de un caso que ni siquiera sabía que existía, y así debería seguir siendo.

—Lo dudo mucho. Pero, de ser así, descubrirá que hay una gran diferencia entre la ficción y la realidad —le dijo César antes de abandonar la cafetería, sin dejar de pensar que esta última afirmación había resultado ser absolutamente falsa en este caso.

73

Comisaría de Pontevedra, 3 de febrero de 2026

Patricia Salgueiro examinó el informe forense que su jefe acababa de imprimir.

—Iban de benzos hasta las trancas —concluyó tras leerlo en vertical.

—No me cuadra —dijo Filloy—. Vale que en ella tiene sentido, seguramente está medicada tras los últimos acontecimientos. Pero él es médico. Si va a conducir no es normal que se meta una dosis de Lorazepam entre pecho y espalda.

—De hecho, la dosis de ella casi triplica la de él, lógico que no se despertara.

—Manuel Pousada viene para acá, le he pedido a Rosales que me lo traiga.

—¿Y eso?

—Tras interrogar a Ugarte, rehicimos los pasos de la pareja durante el día del accidente. Mikel ya me dijo que tenía claro que lo habían drogado, porque dice que se quedó KO. Sospecha de Pousada, que según él los llevaba siguiendo todo el día.

—Estará paranoico, y no me extraña —afirmó Salgueiro.

—De paranoico nada. El camarero del bar de la playa de Mogor me ha confirmado la historia de Ugarte. Nolo los esperó en una mesa contigua mientras ellos paseaban y salió pitando en cuanto llegaron.

—¿Y el móvil?

—Pasta, por supuesto. Solo es un pobre adicto y alguien se ha aprovechado.

—¿Le preguntaste por esto a Trinidad?

Rodrigo negó.

—Aún no tenía el informe de toxicología, lo hizo el hospital y tardaron un huevo en mandarlo, aunque se lo preguntaré en cuanto pueda. Ya ha pasado a disposición judicial y la han internado en A Lama. Pero apostaría a que es Aurita la que lleva las riendas.

El teléfono sonó y Rodrigo lo atendió al instante.

—Vente conmigo, ya tenemos a Pousada en la sala de interrogatorios.

Nolo estaba encogido en la silla. Con los dedos pulgar e índice de la mano izquierda se despellejaba el pulgar de la derecha y ya se había hecho una herida que comenzaba a sangrar.

—¡Cuánto tiempo sin verte por aquí, Pousada! —dijo Salgueiro.

—Estoy limpio, lo juro. —Nolo cruzó los dedos sobre la boca, como si fuera un niño de seis años al que han pillado comiendo directamente del bote de Nocilla—. Preguntadle a Santaclara. Ella conoce a mi madre.

—Y para qué vamos a hablar con Santaclara, si te tenemos a ti aquí.

—Quiero un abogado. Yo no he hecho nada.

—Y no lo dudo, pero tenemos a una mujer en la UCI y a un hombre que salió de ella ayer por la mañana, y el último que estuvo con ellos antes de que los drogasen fuiste tú. Si al final te acusamos de algo llamaremos a tu abogado, pero, mientras, nada impide que charlemos un poco sobre este asunto.

Nolo los miró desconcertado.

—Yo no he hecho nada —repitió, y esta vez Filloy percibió un atisbo de sinceridad.

Se levantó y se aproximó a él. Se sentó sobre la mesa.

—¿Sabes qué pasa, Nolo? —Su voz sonaba amable pero implacable—. Que el mundo está lleno de hijos de puta que no tienen problema en cargarle el mochuelo a otro, y creo que te ha pasado exactamente eso. Yo soy nuevo aquí, pero tú no. Y ya sabes cómo va esto. Si no colaboras, te vas al caldero igual que Trini.

Nolo se revolvió en el asiento y se llevó el pulgar derecho a la boca, para desgarrar con furia el pellejo.

Filloy acercó su cara a la de Nolo.

—Pero antes de meterte en el trullo voy a tenerte en una celda el máximo tiempo que me habilita la ley para que vayas sudando el mono —susurró.

Nolo se resistió un instante y luego se decidió a hablar.

—Fue la vieja. Me dio trescientos euros por meter una rata en la cocina de la mujer esa. Tenía que amenazarla de parte del Portugués y eso fue lo único que hice, lo juro.

—¿Y el incendio?

Nolo negó con la cabeza. Filloy esperaba esa reacción, porque el delito era mucho más grave. Estaban hablando de muchos años a la sombra.

—¡Que no, joder —gritó—, que no me vais a colgar esa mierda! No volví a saber nada de ellas hasta finales de enero. La bicha me dejó un sobre con tres mil euros y un mensaje en el que me dijo que a partir del día siguiente debía seguir a Alba y al médico para contarle qué hacían, pero me pillaron en el chiringuito de Mogor y me escapé. Eso fue todo. Palabrita. Si hablan con ella les dirá que es mentira, pero fue exactamente así, se lo juro sobre la tumba de mi padre.

—¿Tienes la carta o el sobre?

Nolo negó.

—Cuantos menos papeles, menos problemas. Lo quemé en la cocina de leña.

—Tres mil euros y pico no dan para una moto, aunque sea pequeña y de segunda mano.

—Me la prestó un colega que me debía un favor.

—Nolo, solo tengo que abrir el ordenador para saber de quién es y si no colaboras... —lo amenazó el inspector.

—Es mía —admitió Nolo de mala gana—. He ganado un poco de pasta.

—¿Incendiando casas?

—He vuelto a pasar, ¿vale? —masculló—. Y ya no voy a hablar más, porque los dos sabemos de qué va esto. Lo que hemos hablado no vale una mierda porque no está mi abogado. Hazme ya una oferta, llama al abogado de oficio y yo firmo todo lo que os acabo de decir, que es la puta verdad. No me jodas más, inspector.

74

Marín, El Vergel, 5 de febrero de 2026

—¿Me echas una mano? —preguntó Iria desde el umbral de la puerta de Marta.

—¿La todopoderosa Santaclara pidiendo ayuda?

—El civil no es mi fuerte —reconoció ella—. Tengo una demanda de filiación en marcha que afecta a ambos progenitores y uno de ellos falleció hace cuarenta años. Además, necesito tener claros los derechos sucesorios de mi clienta, pero, para complicarlo todo, tengo que aplicar el derecho foral vasco en materia de sucesiones.

—Y vienes a mí para que te asesore porque estudié en Deusto y porque el civil es mi especialidad —concluyó su socia—. No te agobies, aunque haces bien en venir a mí. Hay diferencias. La principal, la libertad para testar y desheredar.

—Lo sé. De hecho, el heredero actual lo es de rebote, porque su abuelo había desheredado a su madre.

—¿Quieres que te supervise? —se ofreció Marta.

—Más bien estaba pensando que te hicieras cargo de toda la parte civil y me sacases de encima esta pesada carga —rogó Iria.

—¿Cómo es de grande la herencia? Puede que te lo tengas que pensar, no creo que quieras renunciar a una minuta cuantiosa.

—Es una herencia importante. Mucho, en realidad, pero te cedo la parte civil del caso y su correspondiente minuta. —Iria sonrió, aliviada—. ¿Trato hecho?

—Acepto a cambio de que me cuentes qué coño te pasa —replicó su socia.

—No sé qué quieres decir. —Esquivó su mirada.

—Sí lo sabes. Sé que tengo casi veinte años menos que tú, y que no hacemos fiestas de pijamas, ni nos emborrachamos con chupitos cuando me hace *ghosting* una chica que me gusta y con la que me acosté en la primera cita. No me juzgues, siempre me olvido de que la gente a la que conoces en un bar no está buscando ver pelis debajo de una manta un domingo de invierno. Lo que quiero decir es que puedes contármelo, no te voy a juzgar, soy la campeona del mundo en meter la pata. Tengo ojos, y llevas encerrada toda la semana en tu despacho, no te pones cuando llama tu inspector de ojos bonitos y ayer me obligaste a mentir cuando vino a buscarte. Si tienes que hablarlo con alguien, háblalo conmigo, porque tu núcleo duro de amistades son un poli jubilado y una señora muy cuqui, pero que está cerca de los ochenta.

Iria entró en el despacho de Marta y se dejó caer a plomo en la silla.

—¿Te acostaste con él? —preguntó ella.

Iria negó.

—Mucho peor.

—Esa no es la actitud —resopló Marta—. No estás muerta, es Ángel el que lo está. El sexo no es un calvario. En algún momento deberás volver al mercado.

—Haces que me sienta como cien gramos de jamón de York.

—Es una forma de hablar. Sé por lo que estás pasando. Durante años me sentí fatal por el simple hecho de que me gustaban las chicas. No por ser lesbiana, sino por cómo ese hecho afectaría a mis padres. Ya sabes cómo es mi familia, es de las que te presentan en sociedad en el baile del Casino y esperan ver tu nombre en la placa del bufete familiar. No sabía cómo decirlo, básicamente porque, a pesar de que mean colonia, los quiero muchísimo y no quería disgustarlos. Son mis padres, y eso no lo puedo cambiar. Resultó que se lo dije a mi madre y le importó un pimiento. Lo único que me dijo es que lo sabía desde que tenía seis años y que a estas alturas de su vida ya estaba por encima de todo, que ella se encargaría de decírselo a mi padre. Y aunque a él aún le cuesta aceptarlo, lo de que tenga mi propio despacho le ha sentado peor, y lo de las novias ha pasado a segundo plano. Así que ya lo ves, estaba todo en mi cabeza. Lo que quiero decirte con esto es que casi siempre somos nuestro peor enemigo, Iria. Y ese tío te gusta, deja de negártelo.

Iria cogió el pisapapeles de alabastro con forma de catrina mexicana y jugueteó con él, buscando las palabras adecuadas.

—A lo mejor lo de los chupitos no es tan mala idea —apuntó Marta.

—Aún no hace dos años de lo de Ángel, y de repente me vi en nuestro salón besando a un tipo estupendo, que lo es, te lo aseguro. Y tenías razón, el culo también es estupendo —intentó bromear Iria, pero no había ni un ápice de gracia en su voz—. Y creí que podría. Me dije: «Vamos, Iria, Ángel querría esto». Me dije todas esas cosas que me acabas de decir tú, que las sé, que no soy una idiota. No soy ni la primera ni la última mujer que se queda viuda así de joven. Y

ahí estaba, besando a ese tío, que me gusta, coño, claro que me gusta y...

—¿A que libera decirlo en voz alta? —la cortó Marta.

—Mucho. —Iria comenzó a reír a carcajadas mientras dos gruesas lágrimas resbalaban por su mejilla—. Sé que no pasa nada porque me guste, estoy viva, joder, es Ángel el que se murió con varias décadas de antelación, dejándome sola y con este peso en el pecho que no me deja respirar. Y me dio por pensar en lo cabrón que fue, muriéndose con cuarenta y dos años y llevándose por delante todo lo que nos tenía que pasar. Nos quedaban muchas vacaciones juntos, muchos polvos de fin de semana, porque entre semana estábamos tan cansados que solo podíamos abrir un libro y quedarnos dormidos antes de acabar la página. Estaba besando a Rodrigo, y abrí los ojos buscando los suyos, porque me gustan sus ojos, y esa es también una traición a mi marido, que no era guapo y nunca me importó que no lo fuese, y de nuevo me enfadé con Ángel, por ser maravilloso, tímido, sensible. Por cuidarme, por permitirme ser el centro de su vida, y por dejarme así de desubicada cuando se murió, porque de repente yo ya no era el centro de nada.

El llanto de Iria era casi histérico. Marta se levantó y se acercó a ella. Se puso en cuclillas y le cogió las manos. Las apretó para intentar transmitirle calor, porque Iria temblaba sin control.

—Todo eso está muy bien, socia..., pero yo necesito saber si te lo tiraste.

—Me puse a llorar como una loca y lo eché de casa. —Iria reía y lloraba a la vez, aunque la risa comenzó a ganarle terreno al llanto en cuanto Marta empezó a reírse también—. Estoy para encerrar.

—Por supuesto —dijo Marta—. No me gustarías si no lo estuvieses. Coge tu abrigo. Necesitamos una caña y algo de comer. Y me cuentas lo de la herencia esa y la cara que se le quedó a tu inspector cuando lo echaste de tu casa en plena madrugada.

75

Loeiro, 6 de febrero de 2026

Mikel entró en el salón de Sinda con paso titubeante. Iria y Sinda lo esperaban con una suculenta cena que no le apetecía, pero que no se atrevía a rechazar.

—Bienvenido a casa —dijo la anciana, afectuosa.

—Hasta que Alba no esté de vuelta, no será lo mismo —respondió el médico—, pero os agradezco mucho la cena y el recibimiento.

—Ahora que está fuera de peligro, será cuestión de días —dijo Iria —. ¿Le habéis contado ya que Trini ha confesado?

Ugarte meneó la cabeza.

—Necesita desconectar —dijo él—. Las pesadillas han vuelto con más intensidad. He hablado con el médico que la lleva y hemos decidido que la mediquen para la ansiedad, aunque yo ya le había recetado Lorazepam. No quiero interferir en el tratamiento con noticias que solo la desestabilizarán. Aunque habrá que contárselo antes de que le den el alta, mejor que se entere por uno de nosotros.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Sinda.

—Solo agua, por favor, sigo con medicación para el dolor. El esguince en la muñeca me está dando lata.

Iria confiaba en que durante la cena les contaría lo sucedido el día del accidente, pero no quería presionarlo.

En la siguiente hora charlaron de cosas intrascendentes, como el viaje de Carmen y César a Lanzarote, o la presencia del cura senegalés en la misa del pasado domingo.

—¿Las otras dos brujas han abandonado el escondite? —preguntó el médico.

—No se les ha visto el pelo —dijo Sinda—, no van ni a misa. Mi amiga Benita está disgustadísima. No para de insistir en que es completamente imposible que Trini haya asesinado a nadie. Dice que, por matar, no mataría ni a una mosca. Luego le pregunté qué le hubiera hecho ella al que tiró a su hijo Toño por el puente de Loeiro dejándolo en esa silla para toda la vida y ahí sí que se calló la boca.

—¿Alguien lo tiró por el puente? —Mikel arqueó las cejas—. Algo haría...

Sinda e Iria cruzaron una mirada cómplice.

—Toño es un buen rapaz —aseguró la anciana.

Él se recompuso al instante.

—Lo siento, sé que es muy amiga tuya, Sinda. Supongo que mi única excusa para ser tan descortés es que esta no ha sido mi mejor semana. He pasado mucho miedo. Filloy ha hecho un trabajo estupendo con la investigación, sé que tiene un sospechoso y esto no va a gustarte, Sinda, pero es Nolo.

—¿Nolo? —se sorprendió ella—. ¿Cómo es posible?

—Yo no recuerdo apenas nada, el coche estaba intacto. Los peritos no vieron nada sospechoso cuando lo recuperaron del mar y no encontraron signos de manipulación en el motor ni en los frenos. Era yo el que no estaba intacto. Las analíticas arrojaron un nivel de

benzodiacepinas en sangre bastante alto. Y eso explica que me quedase dormido al volante. Apenas recuerdo nada del trayecto entre Mogor y Aguete. No sé si es mi imaginación o si realmente tengo conciencia del impacto contra el agua. Supongo que el frío me espabiló. No es que no pudiera rescatar a Alba, es que ni lo intenté. Salí como pude por la ventanilla y ya no recuerdo nada más. Si ese buceador no hubiera estado ahí, los dos habríamos muerto.

—¿Estás insinuando que os drogaron? —preguntó Iria.

—No insinúo nada, lo afirmo, y así se lo hice saber a un tal Juan Rosales que me interrogó ayer.

—Rosales es un gilipollas —declaró la expolicía.

—¡Esa boca! A ver si voy a tener que lavártela con lejía.

—Perdón, Sinda. Ya sabes lo nerviosa que me pone todo lo relacionado con esa comisaría. En fin, Mikel, continúa, por favor.

—¿No has hablado con Rodrigo? —se extrañó él—. Nolo estaba en el bar de Mogor donde merendamos antes del accidente.

—He tenido lío de tribunales esta semana —dijo Iria, rezando para no enrojecer. Cambió de tema—: ¿Alba también estaba drogada?

—En su caso, el nivel de benzodiacepinas era superior al mío, pero es normal, porque durante la merienda le insistí para que se tomase su medicación. Si alguien nos drogó, a ella le tocó ración extra, la que yo le di y la que nos pusieron en el café. Supongo que eso explica que no se despertase bajo el agua.

—¿Por qué en el café? —incidió Iria.

—Bajamos a la playa mientras nos preparaban dos descafeinados y unos cruasanes a la plancha. Cuando volvimos al chiringuito, estaban sobre la mesa y vimos a Nolo huir a toda velocidad. Y yo

que pensaba que solo nos estaba siguiendo para irle a las brujas con el cuento de qué hacíamos...

—Dios mío, debo llamar a Benita. Aunque os digo que conozco a ese rapaz, y bien sabe Dios que está muy descarriado, pero me cuesta creerlo. Imagino que al final se torció del todo. Pobre Benita —dijo la Gestapo, mientras deshacía un mendrugo en pequeñas migas sobre su plato ya vacío, una costumbre que exasperaba a Iria, aunque se cuidaba mucho de decirle nada.

—Lo siento, Sinda. A lo mejor no es más que un malentendido —la animó.

Sinda sonrió, resignada.

—Quedaos los dos ahí —ordenó Iria en cuanto la anciana hizo amago de recoger los platos—, hoy me encargo yo.

Cuando se quedaron solos, Mikel fijó la vista en la ventana.

—Si Alba estuviera aquí, te diría que no tienes la culpa —dijo la anciana al adivinar sus pensamientos.

—Pero sí la tengo —afirmó él con voz débil. A Sinda le costaba reconocer al hombre resuelto que siempre sabía qué hacer y qué decir en cada momento—. Lo intento, intento cuidar de la gente a la que quiero, pero luego... Disculpa, Sinda, esta semana fue el aniversario de la muerte de mi madre, ella era seropositiva, y sé que no pude hacer nada para salvarla, pero siempre pienso que debí habérselo contado a mi abuelo, aunque ella me lo prohibiera y, bueno, ahora tengo esa misma sensación, la de no haber hecho todo lo posible para salvar a Alba. Me siento...

—Alba está viva —lo interrumpió—, y estoy segura de que cuando regrese estará encantada de encontrar en esta casa a gente que la quiere tanto.

Mikel bajó la vista y se levantó con la excusa de ir a buscar agua para tomar una pastilla, dejando a Sinda en el salón, pensativa. Era muy grato saber que, aun a su edad, las personas tenían el don de sorprenderla, y para bien.

76

Hospital de Montecelo en Pontevedra, 14 de febrero de 2026

—Buenos días, dormilona —dijo la voz.

Alba se debatía entre el sueño y la vigilia y durante unos instantes dudó si la voz que escuchaba era la de Mikel. Abrió los ojos, y, en efecto, se encontró con su rostro frente a ella. Se había quitado las gafas y su pelo negro no estaba engominado. Parecía que se hubiera despojado del disfraz de médico y ejecutivo, esa combinación que tan intimidante le había parecido al principio y que hacía tiempo había sido sustituida por la del hombre preocupado, sensible y atento que se escondía tras esa fachada.

—¿Cuándo has vuelto de San Sebastián? —preguntó Alba.

—Ahora mismo —confesó él—. Iria me dijo que hoy te darían el alta, y no quería perdérmelo. Despaché los últimos coletazos que tenía pendientes en la clínica y me vine para aquí.

—De ahí que parezcas recién levantado de la cama. —Esbozó una sonrisa—. Acabarán por ponerle tu nombre a una de esas carreteras. No sé cuántas veces has atravesado la cornisa cantábrica en los últimos tres meses.

—Casi las mismas en las que has estado a punto de morir —sentenció él.

—Tendría gracia si no fuera porque es verdad.

—Eso se ha acabado. —La voz de él se tornó seria.

Ella lo miró, interrogante.

—Detuvieron a Trinidad Freijomil hace un par de semanas —confesó él. Entre todos habían decidido que era hora de decirle la verdad y le había tocado a él.

—Trini... —Se detuvo, como si temiera hacer la pregunta.

Mikel hizo un gesto de asentimiento.

—¿Es mi madre? —En realidad no era una pregunta, pero necesitaba verbalizarlo, hacerlo tangible.

Él volvió a asentir, como si no tuviera nada más que aportar. No quería contarle los detalles escabrosos relativos a la salvaje muerte de su padre. Ya habría tiempo para eso una vez en casa.

Una médico acudió en su rescate cuando entró en la habitación y le pidió a Mikel que lo dejara a solas con la paciente para examinarla. Al cabo de unos diez minutos, salió y le confirmó que le daría el alta, siempre que se comprometieran a mantener el reposo. En cuanto firmase los papeles, podrían irse. Mikel le aclaró que él era médico y que asumía la responsabilidad. La doctora consintió al saberse delante de un colega. Mikel conocía bien ese corporativismo que todos practicaban de forma más o menos explícita. Suponía que era idéntico en todas las profesiones. Al instante pensó en Filloy y Santaclara, y en la forma en que se pasaban información de manera extraoficial ya que seguramente el comisario no estaba al tanto.

Le dijo a Alba que se iba a tomar un café, para darle tiempo a arreglarse y recoger sus cosas. En menos de dos horas estaban de camino a Loeiro en el nuevo coche de Mikel.

—No puedo creer que sea aún más grande, pero lo es —bromeó ella al abrocharse el cinturón—. No sé qué os pasa a los tíos con los coches. Un día de estos te daré una vuelta en mi Clio para que veas que cumple exactamente las mismas funciones.

—No es una cuestión de género —dijo él—, es una cuestión de esnobismo. Lo confieso.

—Vamos, que eres un pijo de Donosti.

—Durante muchos años no se me permitió serlo —confesó Ugarte —. Soy como esos padres que le compran a su hijo un Scalextric para compensar la desilusión de todos los días de Reyes de su propia infancia.

—Deberías dejar de autoflagelarte, Mikel. Es tu dinero y puedes hacer lo que quieras con él.

—Nuestro —la corrigió él.

Alba enrojeció y lo miró confusa.

—Me refiero a que es el dinero de los Ugarte —se apresuró a aclararle—. Iria ya ha empezado con los trámites para el reconocimiento de la paternidad, así que, llegado el momento, te corresponderá algo, al menos la parte que hubiera heredado el tío Ignacio.

—Yo no me lo había planteado —dijo ella, que no lograba desprenderse del rubor—. Pero de todas formas, él murió antes que su mujer, así que imagino que no me corresponde nada.

—Quizá no de la fortuna de los Ugarte, pero sí de la de los Bengoa. Eres su única hija —dijo él—, no es que tuvieran la posición de mi abuelo, pero eran gente acomodada. No deberías volver a preocuparte por el dinero, ni volver a trabajar en el geriátrico.

—Me gusta mi trabajo —replicó ella, que odiaba la palabra «geriátrico», aunque no se lo dijo.

Mikel dejó el tema. Ese no era el momento de hablar del futuro.

Sinda, junto con César y Carmen, formaban el comité de bienvenida. Los abrazó efusivamente. Alba nunca había sido muy dada al contacto humano, pero si algo tenía claro era que ya no era la misma que había llegado a Loeiro hacía algo más de cuatro meses. Le emocionó verlos tan preocupados. Carmen había preparado una tarta de manzana.

—¿Y dónde está Iria? —preguntó.

—En Lugo. Fue al cementerio y a comer con sus cuñados —dijo César.

—Cierto, es sábado. El hospital me ha hecho perder la noción del tiempo.

Mikel la dejó acomodándose y salió al coche para coger un enorme paquete.

—¡Un regalo de San Valentín! —exclamó la anciana al verlo.

Mikel se mostró azorado.

—No diga tonterías, Sinda. Es tan solo una réplica de mi regalo de Reyes. Me temo que el anterior quedó inservible tras el accidente.

Alba sacó el abrigo de la caja. En efecto, era igual que el otro. Entendió el mensaje. Coche nuevo, abrigo nuevo... Habían sobrevivido y nada de lo que habían perdido ese día era irremplazable.

Tomaron un trozo de tarta a modo de desayuno tardío. Tocaron mil temas, desde el viaje de César y Carmen a Canarias hasta la inminente boda del hijo del primero. Sinda se interesó por los

preparativos de la boda, y de ahí saltaron a cuestiones banales como vestidos de ceremonia, fracs y destinos de luna de miel.

—Gracias por el recibimiento, las visitas al hospital y vuestros cuidados. Sé que todos estáis intentando distraerme y os lo agradezco. No hace falta que disimuléis más. Mikel me ha contado que Trinidad es mi madre y que está detenida por el asesinato de Ignacio y por lo del incendio. —Se le quebró la voz, emocionada—. Ha sido un largo camino el que hemos recorrido hasta aquí. Han intentado alejarme de Loeiro y ya sabemos por qué. No he recordado nada, pero ya sé quién es la responsable de que haya olvidado para siempre. A partir de ahora se acabó el hurgar en el pasado. Así que, si pudiera beber, brindaría por que esto se ha acabado. Aunque estoy casi segura de que nunca se acabará, solo dejará de importarme.

Mikel se acercó a ella.

—Exactamente. Se acabará cuando tú quieras que se acabe —dijo él—, ahora eres tú la que tiene el poder.

—Pues voy a buscar un poco de sidra que me sobró de las Navidades. —Sinda se levantó de la mesa—. Estoy segura de que no te hará mal, todo el mundo sabe que brindar con agua da mala suerte. Y vive Dios que ya hemos tenido demasiado de eso.

Desde la cocina, Sinda escuchó el revuelo en el salón. Volvió tras sus pasos e interrogó a César con la mirada.

—Ha llamado Iria —explicó el expolicía—, la jueza ha decretado libertad con cargos para Trini, debido a su edad y a que no hay riesgo de fuga ni de que elimine pruebas.

Todos comenzaron a hablar a la vez.

—No pasa nada —los serenó Alba—. Es una mujer de más de setenta años y yo ya no tengo nueve. Mikel lo ha dicho muy bien. Ahora yo tengo el poder, porque a mí, a diferencia de ella, no me da miedo la verdad.

77

Aguete, 15 de febrero de 2026

—No me parece prudente que te plantes en esa casa para hablar con ella —insinuó Mikel.

—Sé cuidar de mí misma, gracias —dijo Alba, sin alzar la voz pero visiblemente incómoda.

La miró desconcertado. Era la primera vez que discutían, si acaso se podía llamar discusión a esa falta de sintonía. Estaban en su apartamento después de que él hubiera insistido en que estaría más segura a su lado. Ella no había rechistado, pero era cierto que un cambio sutil se había operado en su ánimo. Hablaba con más determinación y parecía muy segura de cuáles serían sus próximos pasos.

—Alba... —dijo, sin saber cómo continuar para convencerla de que se mantuviera lejos de Trinidad Freijomil.

Mikel le tendió la taza de café, mientras preparaba uno para él en la moderna cafetera que se había traído de su casa en una de sus innumerables idas y venidas. Ella cogió la taza y la colocó en la encimera. No pensaba darse por vencida.

—Te agradezco muchísimo todo lo que has hecho por mí...

—Esa es la típica frase a la que le sigue un pero —dijo él, conciliador.

—Pero... —enfatizó la palabra para darle la razón— esto es entre ellas y yo.

—Y yo solo soy el tío que te dice lo que tienes que hacer.

—Tú serás todo lo que quieras ser —se atrevió a decir ella.

—¿Puedo ser el tipo que consiga que te mudes a Donosti? —Se acercó a Alba y la cogió por la cintura—. ¿Qué me dices?

—¿Qué me dices tú?

—Que me estoy hartando de esa puñetera costumbre que tenéis los gallegos de contestar siempre a todo con otra pregunta —bromeó, antes de besarla por primera vez.

La madre

Loeiro, Casa del Cura, esa misma tarde del 15 de febrero de 2026

Le dije a Aurita que estaba segura de que vendría a pedirme explicaciones. Berta sigue siendo la niña curiosa y testaruda que quiere saber la verdad. Y parece ser que la verdad no me llevará de vuelta a la cárcel, porque el abogado que contrataron mis hermanas dice que lo que pasó en el molino hace cuarenta años ya ha «prescrito», que, según él, es como llaman a un delito que ha caducado, y que no me pueden encerrar por eso. Aun así, una jueza que hablaba mucho pero a la que no le entendí nada me metió en la cárcel casi dos semanas porque me acusaron del incendio y de haber drogado a Berta y a su amigo vasco. Habrá un juicio, pero el abogado dice que las pruebas son circunstanciales y que no podrán condenarme.

Ahora estoy de vuelta con mis hermanas, y toca seguir mintiendo para que al menos no se sepa todo, pero siento que ya no tengo fuerzas.

Oigo a Aurita dándole excusas a Berta en la entrada de la casa, pero no será fácil librarse de ella. Es como uno de esos perros que mataron a Emiliano: una vez cierran la mandíbula, ya no te puedes

soltar. Se merece una explicación. Si por una vez en la vida me comportase como una madre, debería protegerla y negársela.

Me miro en el espejo antes de ir a su encuentro. Cepillo mi cabello y lo sujeto tras las orejas con dos horquillas negras, en un intento de despejar mi rostro. Me abrocho la chaqueta negra sobre la falda del mismo color. Echo unas gotas de colonia en mi pañuelo, y lo meto en la manga de la chaqueta. Cojo aire antes de abandonar mi imagen en el espejo y salgo al encuentro de Berta.

La única voz que se oye dentro del salón es la de Aurita, repitiendo que estoy enferma y no puedo recibirla.

—Está bien, Aurita —digo en cuanto entro en el salón—, es necesario. Déjanos solas.

Mi hermana, la que nunca pide nada, la que solo ordena, me suplica con la mirada. No necesito que me diga lo que tengo que hacer, bien lo sé yo.

Me quedo frente a ella. Está en pie, ante el sillón donde tantas tardes pasó leyendo cuando aún no sabía que yo era su madre y cuando yo aún no sabía lo que supondría serlo.

Lleva el pelo castaño en una media melena corta, mucho más que cuando llegó a Loeiro. Viste un cálido abrigo color arena, un jersey negro y unos vaqueros también negros. Oculta las manos en los bolsillos, imagino que porque no sabe qué hacer con ellas. Ahora, tan cerca, me doy cuenta de que se parece más a Aurita que a mí, por su altura y por su manera de ocupar el espacio, de repartir la gravedad a ambos lados de su cuerpo, dando una solidez a su figura que impresiona. Me impresiona a mí, que llevo toda la vida soportando el peso de la presencia de Aurita.

Nos miramos en silencio, porque sabemos que en cuanto empecemos a hablar ya no habrá vuelta atrás, pero no consigo sostenerle la mirada. Las palabras me vienen todas de golpe a la boca y se me atropellan, tanto que pienso que voy a atragantarme con ellas.

—Berta, yo no te hice daño.

No sé por qué insisto. Ya se lo dije una vez y no me creyó.

—¿Y quién fue?

No se anda con rodeos.

—Fue Ignacio.

Admití lo que había callado tantos años y que en los últimos días había tenido que contar a policías y abogados.

—No te creo. Mi padre no estaba aquí para poner una rata muerta en mi baño, ni para abrirle la cabeza a un gato. Mi padre estaba muerto cuando alguien prendió fuego a mi casa.

—Eso tiene una explicación, pero nada de lo que hicimos...

—¡Nada tiene explicación! —me grita—. Mataste a Ignacio y casi me matas a mí.

—Él te atacó —confieso—, y yo me volví loca. Quería llevarte con él a San Sebastián y te dijo que su mujer era tu madre. No podía consentirlo. Estaba muy enfadada porque tú le creíste, pero cuando comenzó a golpearte... Hice lo que debía, porque yo...

—¿Quería llevarme con él o quería matarme? —me corta—. Te contradices. ¿No te das cuenta de que nada tiene sentido?

—Sí que lo tiene. —Me desplomo en una silla y saco el pañuelo de la manga—. Pero imagino que debería empezar por el principio.

78

Loeiro, madrugada del 20 de noviembre de 1984. La noche en que murió Berta

Tras unos segundos, solo se escuchó en la noche el grito de la pequeña.

—¡No lo hagas, tía Trini!

La mujer la ignoró y blandió el cuchillo.

—Deja en paz a la niña —ordenó mientras se acercaba a ellos—, porque te aseguro que soy capaz de usar esto.

—Siempre has estado loca —afirmó Ignacio, que a su vez levantó el martillo, amenazador.

La niña se interpuso entre ellos.

—No le escuches, Berta —dijo Trini—. Esa mujer de la que te habla no es tu madre.

La niña se encogió y retrocedió dos pasos. Buscó con su cuerpecito el sostén del de Ignacio.

—¿Y por qué te tengo que creer a ti? —le gritó la niña—. Eres una bruja. Te odio.

Trinidad se quedó paralizada.

—Berta, ahora no puedo explicártelo, pero este hombre es malo. Todo lo que hice fue para protegerte de él, para que no hiciera esto:

mentirte como nos mintió a nosotras. —Bajó el cuchillo para no asustarla.

—Berta, no la escuches. Ellas te robaron. Ane es tu madre —dijo él—, menos mal que me has encontrado.

—Si te llevas a Berta, cogeré un tren, iré a San Sebastián y le contaré a tu mujer la verdad. Si supiera que estás aquí, no habrías buscado a la niña a escondidas y de madrugada —amenazó Trini—. Y a tu mujer no podrás mentirle como a Berta, ella no tiene nueve años.

Ignacio supo que decía la verdad. Recordó su risa histérica en el quirófano de la clínica de Pontevedra. Tenía que haberse deshecho de la niña en aquel momento. Pero le falló la voluntad y ahora no había solución posible, porque ambas sabían demasiado y no le dejaban opción para reconducir ese problema.

—Se lo diré todo —repitió Trini.

Berta se separó de Ignacio y los observó a ambos, pero ellos estaban demasiado concentrados el uno en el otro. La pequeña intentaba asimilar todo lo que acababa de suceder. «Menos mal que me has encontrado». Esa frase de Ignacio le había caído encima como un rayo. ¿Por qué había dicho eso? Él sabía dónde vivía ella. Lo sabía desde siempre. Todos los meses enviaba dinero a sus tías. Su mente iba a toda velocidad. «Te miente como nos mintió a nosotras». Escuchaba la voz de su tía como si fuera un eco lejano. Ese hombre era su padre y nunca la había reclamado, lo que decía no tenía sentido. «Todo lo que hice fue para protegerte de él». Todo. El castigo, el bofetón, la rata. La tía nunca había sido así de mala. ¿Qué tenía su padre que hacía que ella lo odiara tanto? ¿Por qué le

mentía? ¿Por qué nunca había ido a buscarla? ¿Por qué ahora le decía que la quería?

El grito de su tía la sacó de sus pensamientos. Él la tenía acorralada contra el gran carballo. La cogía por el cuello y apretaba.

Trinidad no tenía defensa posible. Ignacio le había arrancado el cuchillo de las manos, y mientras la estrangulaba y su visión se nublaba solo podía ver eso, el gran cuchillo de matanza sobre la hierba.

—¡Déjala! —gritó la niña con todas sus fuerzas—. ¡No le hagas daño! Ella tiene razón, eres malo.

Aunque un resquicio de luz de luna asomaba ahora entre dos grandes nubes, Berta no podía ver con claridad el rostro de su tía, pero oía sus jadeos. Cuando vio al hombre levantar el martillo, corrió hacia él y comenzó a darle patadas, repitiendo esa única palabra. «Déjala. Déjala. Déjala». Él se giró y le propinó un gran bofetón.

Berta cayó al suelo. Desde abajo observó al hombre que era su padre. El que pagaba para que no se supiese que lo era. La cara le escocía. Sintió el mango del cuchillo en sus costillas. Había caído sobre él.

—Había una solución más fácil —dijo él.

Ignacio se sentó a horcajadas sobre la pequeña y el peso de su cuerpo la dejó sin aliento. Vio su cara de cerca y supo que estaba furioso. Ya no era el hombre amable con el que había hablado en el molino. Levantó el martillo y la niña vio venir el arma hacia ella a cámara lenta. El primer golpe fue en el brazo, y sintió que se le partía en dos. Estiró la mano y aferró el cuchillo. Sintió un golpe en la sien. Giró la cara y el siguiente impacto le alcanzó la superficie del cráneo. El brazo de Ignacio subía y bajaba. Los golpes llovían. Le

estalló la cabeza en mil pedazos. Con sus últimas fuerzas clavó el cuchillo en el estómago del hombre.

Luego, todo fue oscuridad.

79

Loeiro, Casa del Cura, 15 de febrero de 2026, más de cuarenta años después

Cuando terminó su relato, ambas quedaron en silencio.

—Puedes estar tranquila —dijo Trinidad al cabo de unos segundos —, esto no es lo que le he contado a la policía. A ellos les he dicho que fui yo la que mató a Ignacio Bengoa.

—No te creo —repitió Alba.

—¿Y por qué voy a mentirte? —le preguntó—. Ya todo Loeiro sabe que soy tu madre, la policía cree que yo maté a tu padre, y yo se lo he confirmado. Todos los secretos que guardé y todos los sacrificios que he hecho a lo largo de mi vida ya los conoce todo el mundo. Solo me queda esta última verdad y nadie puede saberla. Tú mataste a Ignacio, Berta.

—Me llamo Alba —corrigió, con voz temblorosa.

Trinidad estiró la mano e intentó coger la de ella. Alba la retiró como si le diese calambre.

—Siempre serás mi niña Berta Gloria... Sé que nos has olvidado, y por fortuna también has olvidado todo lo que pasó esa noche, pero tienes que entender que lo único que queríamos era protegerte.

—¿Protegerme? —lo dijo con una mezcla de rabia y desconcierto —. Tardasteis dos horas en llamar a una ambulancia. Casi muero.

—Protegerte, sí. Tuve que decidir qué hacer. Qué le diríamos a la policía, cómo explicaríamos la presencia de Ignacio. Vine a casa, desperté a mis hermanas y decidimos que si nos deshacíamos del cadáver, nadie podría culparte de nada.

—¿Me protegíais a mí o a vosotras?

—Nunca me importó que se supiera que eras mi hija, y vive Dios que deseé decírtelo muchas veces, pero Aurita me obligó a callar. Ella es como una madre para mí. Lo sacrificó todo por nosotras. Trabajaba muy duro para que Ceci fuera a clase de costura y yo fuese al colegio, que fue bien poco, pero me permitió saber de cuentas y de libros, por eso pude llevar un negocio yo sola. Se lo debía a mi hermana.

—Era tu vida —dijo Alba—, no la de ella.

—No puedo contarte más.

—Sé que él estuvo con las tres, si te refieres a eso, pero eso no justifica nada.

—No para ti, pero en aquel momento era todo tan vergonzoso... Cuando te tuve, no era yo. Ignacio me había abandonado y Ceci y Aurita me obligaron a dar a luz a escondidas y hacerte pasar por mi sobrina. Mi hermano Emilio estuvo de acuerdo. Su esposa estaba muy enferma, y tampoco se opuso. Yo me dejé llevar por la mentira y luego fue demasiado tarde para decir la verdad. Siempre fue demasiado tarde. Pasaron los años y aprendimos a ser felices contigo, y puede que no lo recuerdes, pero a tu manera también lo eras.

—Y por eso cuando regresé me metisteis animales muertos en casa, contratasteis al Portugués para que me amenazase con esas fieras e hicisteis que mi casa ardiera por los cuatro costados.

Ella negó con vehemencia.

—No fuimos nosotras. Emiliano iba por su cuenta, él lo sabía todo y chantajeaba a Aurita desde hacía años. No quería que descubrieras la verdad, para que no se le acabase el chollo. Pero... —dudó antes de continuar—, sí fui yo la que escribió con sangre en tus paredes. Quería protegerte de todo esto, no quería que sufrieras.

Alba se recordó a sí misma diciendo que las amenazas eran demasiado burdas. Luego recordó cómo el techo se le vino encima cuando la casa explotó por los aires.

—Por un momento casi consigues que te crea. —La miró con desprecio—. Te lo estás inventando todo. Eres una loca psicópata que le cortó la cabeza a su amante.

—Sí, lo hice. Aurita dijo que haríamos desaparecer el cuerpo con la carne de la matanza, que nadie se daría cuenta, y así fue. Pero yo necesitaba que, si alguien nos descubría, no supiera lo que había pasado en el molino.

—¿Y decidiste cortarle la cabeza?

Trinidad cogió aire.

—Una niña de nueve años no tiene la fuerza suficiente como para separar la cabeza del cuerpo de un hombre adulto. A mí me costó muchísimo.

Alba la miró con la boca abierta, seguía sin atar todos los hilos.

—Si encontraban esa cabeza, nadie pondría en duda que fui yo quien mató a Ignacio —explicó Trini—. Y menos mal que lo hice, porque ahora sé que en ese cuchillo están nuestras huellas, las de

las dos. En aquel entonces no pensé en limpiarlas, solo era una mujer asustada con su hija al borde de la muerte. Así que corté la cabeza y lo enterré todo bajo el suelo del molino. Si buscaban a Ignacio y daban con él, yo diría que era la responsable de su muerte. Nadie dudaría de mi versión. Y no me equivocaba. Cuarenta años después así ha sido.

80

Aguete, 16 de febrero de 2026

—Gracias por venir, Iria. Alba lleva metida en esa habitación desde ayer. No me ha dicho ni mu. Solo llora. No sé qué le dijo esa bruja, pero te aseguro que si lo que quería era desestabilizarla, lo ha conseguido.

Iria se despojó del abrigo.

—Voy a levantarla, a hacerle un café y a ejercer de amiga. Vete a dar una vuelta —le pidió ella.

—¿Y yo no puedo entrar en esos planes?

—Mikel, no sé qué hay entre vosotros y qué no. Como abogada no me importa y como amiga espero que me lo cuente ella. Solo sé que tú la alteras en muchos sentidos, así que dame un par de horas a solas con ella y te avisaré en cuanto deje de llorar.

Él la miró sorprendido pero asintió.

—Está bien, voy a Pontevedra. Aprovecharé para comprarle a Alba su regalo de cumpleaños.

—¡Es cierto! Es pasado mañana —cayó en la cuenta Iria.

En cuanto se quedó sola en el apartamento de César, Iria fue hasta la habitación de invitados. Golpeó con los nudillos en la

puerta, pero no esperó a recibir respuesta, no quería darle la oportunidad de que la rechazase.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por la luz que dejaba entrar una persiana alzada menos de un palmo. Se acercó a la cama y acarició el pelo de Alba, que estaba girada hacia la pared. Ella se encogió instintivamente.

—Yo dormía en esta cama después de la muerte de Ángel —le contó—. No soportaba mi casa vacía y César me acogió. Dormí, dormí mucho, de hecho, porque estaba de Trankimazin y antidepresivos hasta las trancas. No fue una época fácil, pero salí del bache. Así que puedes quedarte ahí toda la mañana. Lo entiendo —le aseguró—, pero como tu abogada te agradecería que me dijeras qué pasó ayer con Trinidad, porque le he puesto una demanda de maternidad y necesito tener toda la información para no pillarme los dedos.

Aguardó con paciencia a que Alba reaccionara. Al cabo de unos minutos, se giró y se incorporó. Iria encendió la luz de la mesilla de noche.

—¿Tan horrible fue? —preguntó.

Ella asintió, sin emitir ningún sonido. Aún tardó un rato en hablar.

—Siempre consiguen darle la vuelta y hacerme dudar —comenzó a decir.

—En el fondo, para eso fuiste allí, ¿no? —la interpeló la abogada.

—¿Qué insinúas?

—Ya sabías la verdad. Trini es tu madre y confesó haber matado a Ignacio. Creo que estabas buscando algo a lo que agarrarte para no tener que aceptar que ellas te hicieron eso. Y no me digas que no es así, porque siempre has mantenido la duda en el aire sobre la

presunta bondad de tus tías. No deberías poner tanta esperanza en esas mujeres. Las familias son como las casas: si los cimientos están podridos, siempre hay peligro de derrumbe.

—¿Y toda esta mierda de psicoanálisis no la podías dejar para la terapia?

Iria sonrió, esa ya se parecía más a la Alba de costumbre.

—¿Me lo vas a contar?

—No lo sé.

—Está bien —dijo Iria—, yo dejo de insistir y tú te duchas y te vistes.

Ella asintió.

Cuando Alba llegó a la cocina, con el pelo mojado y en chándal, ya la aguardaba un buen desayuno. Tomaron el café en silencio. Sin que Iria le preguntara, comenzó a relatar lo que, según su madre, había sucedido en el molino. La expolicía no la interrumpió hasta que llegó al final de la historia.

—¡Vaya! —acertó a decir, desconcertada—. Y sin embargo, tiene mucho sentido.

—¿Crees que es posible que sucediera así?

—Me he estado devanando los sesos pensando en cómo se habían deshecho del cuerpo, aunque eso no es tan difícil. Hay mucho monte donde enterrar a alguien, y si no tenemos de dónde tirar sería como buscar una aguja en un pajar. Sin embargo, no entendí el porqué de ese cráneo. Resultaba incomprensible que se deshicieran del cuerpo pero no de la cabeza. Llegué a decirle a Rodrigo que parecía como si quisieran que la encontrásemos. Todo lo que me dices encaja con eso.

—¿Y ya está? —dijo Alba, confusa—. La única conclusión posible es que yo soy una asesina, ellas son maravillosas y tengo que darles las gracias porque me salvaron de la reclusión en un centro de menores, aunque eso casi me cuesta la vida.

—Punto número uno: tú no eres una asesina, es un caso de defensa propia de libro y no voy a entrar a recordarte que tenías solo nueve años. Nadie te habría encerrado. Y punto número dos: a ese hombre no solo le cortaron la cabeza, se ensañaron, le arrancaron los ojos.

—¿Cómo?

—Fue así, no te lo contamos porque estabas en el hospital, así que Trinidad tenía ganas de ajustarle las cuentas a Ignacio Bengoa. No es ninguna hermanita de la caridad. Y por mucho que nos interese saber qué sucedió hace cuarenta años, la realidad es que has sufrido amenazas desde que llegaste aquí. Y aunque Trini ha estado en prisión preventiva, ya ha desaparecido el peligro de que destruyera pruebas, una vez que Filloy y su equipo han acabado con el registro de su casa. No han encontrado nada que conecte a las Freijomil con el incendio. El informe de la Científica tardó una barbaridad, imagino que por las fechas y porque, como pasa siempre con las periciales de oficio, hay mucho trabajo y poco personal. Pero ahora que lo tenemos, es taxativo.

—¿No era queroseno?

Iria negó.

—Utilizaron una mezcla multicomponente de hidrocarburos, alcoholes y aditivos.

—No te sigo.

—Pues pasa como en los medicamentos: una cosa es un Paracetamol, y otra un compuesto complejo para acabar con la gripe —le explicó Iria—. Aquí utilizaron un producto compuesto comercializado. La Científica no se moja, pero hay varias marcas que cumplen los requisitos, lo más probable es que se tratara de un producto de mantenimiento industrial que se llama WD-40, de uso extendido. Han consultado a todas las gasolineras y tiendas de los alrededores y las Freijomil no han comprado nada de eso.

—¿Es difícil de conseguir?

—En absoluto, pero ya han comprobado que no realizan compras por internet, y su radio de acción para comprar es limitado, rara vez van más allá de Seixo. Ni siquiera tienen coche. La gente de Filloy lleva peinando tiendas bastante tiempo con la foto de las Freijomil en el bolsillo. Y aunque no es definitivo, al final no tenían nada para incriminarlas.

—Supongo que nunca sabré la verdad.

—Quizá ha llegado el momento de seguir adelante. Has descubierto tus orígenes y tienes algunas respuestas que a lo mejor, con el tiempo, harán que recuerdes más detalles. Mientras, yo continuaré con mi trabajo, y haremos que se te reconozca como la hija de Ignacio Bengoa a todos los efectos.

Ella se encogió de hombros.

—No cambiará mucho: ya no tengo abuelos, ni familia directa.

—Tú eso déjamelo a mí —dijo Iria—, tengo a mi socia trabajando en toda la parte civil del caso. La penal podemos dejarla descansar un ratito, y mientras tanto déjate mimar por tu médico vasco.

Alba sonrió, con la mirada baja.

—No se me dan bien las relaciones, pero con Mikel es fácil. Supo desde el principio quién soy, nunca hubo temas pendientes en el tintero.

—Está muy preocupado por ti.

—Quiere que me vaya con él a Donosti —confesó Alba.

—¿Y tú qué quieres?

—Por una vez en mi vida, necesito no pensar cuál es el siguiente paso. —Sonaba muy cansada—. Creo que me dejaré llevar.

—No me parece nada mal.

81

Loeiro, 27 de febrero de 2026

—Supongo que esto es una despedida —dijo Sinda, sin poder contener la emoción.

—¿Vas a llorar? —preguntó Alba.

—Por supuesto que no, soy más fuerte de lo que imaginas —se defendió la anciana—. A quién quiero engañar*,* queridiña, sé que este ha sido un invierno difícil, y no diré que me alegro de todas las cosas que te han pasado, que son terribles, lo sé. Pero no puedo evitar pensar en lo bien acompañada que he estado. No será fácil volver a una rutina de libros y prismáticos en la más estricta soledad.

—Sinda, que solo me voy yo —le recordó Alba—, los demás seguirán aquí. César es adicto a tu bizcocho e Iria a tu cháchara. Además, ahora con la primavera puedes empezar con la huerta y las flores.

—No será lo mismo.

Alba le había pedido a Iria que guardara en secreto la versión de Trini sobre lo sucedido en el Molino del Cura, ya que nada le aseguraba que fuese real. Sin embargo, conforme pasaban los días, se iba convenciendo de la veracidad de la historia, y, en contra de lo

que siempre había esperado, esa verdad no le proporcionaba la más mínima paz.

La semana anterior habían celebrado su cumpleaños con una comida en el Chouzo, en Bueu, y todos habían advertido que estaba retraída y ensimismada. Sinda le había regalado una primera edición de *Los escarabajos vuelan al atardecer*, y César, Carmen e Iria, una bufanda de cachemira a juego con su abrigo nuevo. Mikel se sacó de la manga una estancia en un hotel de Compostela para ambos, para relajarse en un spa. A pesar de todo ese cariño en forma de regalos, no habían conseguido que la homenajeada se animase y se marchó pronto a casa, alegando que aún estaba convaleciente.

Apenas había abandonado Aguete en toda la semana, y hoy había sorprendido a Sinda al decirle que se marchaba a disfrutar de su regalo con Mikel. Tras esas minivacaciones, pasarían por Lugo para recoger sus cosas y luego se mudaría a San Sebastián con él.

—¿Cómo será de larga esa estancia en el País Vasco? —preguntó Sinda.

—No me lo he planteado. —Se encogió de hombros—. Dice Mikel que el tiempo que me apetezca. Estoy un poco desubicada. No sé cómo ir hacia delante, pero volver a mi antigua vida se me hace cuesta arriba de momento. Ir a un sitio totalmente nuevo parece una opción bastante buena.

—Haces bien en esperar para reincorporarte al trabajo. No es fácil asimilar todo lo que te ha pasado. Puede que ellas no hayan acabado en la cárcel, pero ahora mismo la Casa del Cura es justo eso. No se atreverán a poner un pie fuera hasta que mueran.

—Tendré que darme por satisfecha con la justicia divina —dijo Alba, mientras recogía su abrigo y se disponía a irse.

Sinda la abrazó fuerte y la besó en la mejilla.

—Es justicia, al fin y al cabo. No te olvides de nosotros, llama de vez en cuando.

Alba sonrió en silencio. Necesitaba salir de Loeiro y no sabía cuándo tendría ganas de volver a poner un pie allí. Loeiro era, en efecto, el hogar de Berta Freijomil, pero ahora tenía claro que Berta había muerto una noche de noviembre de 1984.

82

A Quinta da Auga, Santiago de Compostela, 3 de marzo de 2026

—Mi turno para el masaje —dijo Mikel, poniéndose en pie—. Cuarenta y cinco minutos sin portátil y sin llamadas. Aunque no me toquen un pelo, creo que solo por eso ya habrá merecido la pena.

—Debiste hacer como yo y dejar el móvil en la maleta.

—Tienes razón, como siempre —afirmó él, mientras la besaba en los labios a modo de despedida—. Tómate el té y la medicación.

—Sí, doctor —respondió ella, obediente, mientras él abandonaba su suite para dirigirse al spa.

Se pasaba todo el día pendiente de ella. Estaba segura de que le había dicho al personal algo sobre su convalecencia. A la masajista se le había escapado que no había ningún lugar en el mundo como este hotel para recuperarse.

A Quinta da Auga era un reducto de lujo, paz y confort. Todos los detalles estaban cuidados, cada pieza de decoración era única y exclusiva. Mikel ocupaba una gran suite con nueve ventanas con vistas al río Sar. La suya, una delicia de ochenta metros cuadrados con techos abuhardillados y decoración en tonos pastel, era más pequeña, pero a ella le parecía menos intimidante. La comida era deliciosa y el personal muy amable. Y a pesar de todo eso, le

costaba sonreír, aunque nadie le insistía en que lo hiciese. Mikel le estaba dando tiempo, espacio y compañía. No le había pedido que compartieran habitación y cuando, como hoy, no tenía ganas de salir, él la acompañaba en su suite trabajando mientras ella veía la televisión o reunía fuerzas para dar un paseo. Disfrutaban del spa y a veces, simplemente, ella se acostaba, cerraba los ojos y dejaba que él la abrazase en silencio. Necesitaba ese calor, pero también esa tranquilidad sin exigencias. El peso de su pasado había caído a plomo sobre ella, y no se encontraba con ánimo para nada más que para dormir y leer, sumida en una especie de letargo que él llamaba cansancio, y ella, depresión. Conocía los síntomas, había sufrido una muy severa tras la muerte de sus padres. Pero ahora tenía a su lado a alguien que no la abandonaba ni a sol ni a sombra. No creía en eso de que el tiempo lo cura todo, pero era cierto que, con paciencia, cada vez dolía menos.

Dio un sorbo a su té mientras continuaba enfrascada en la lectura del libro y un fuerte sopor se apoderaba de ella. De repente, el móvil de Mikel empezó a sonar. Echó un vistazo. Llamaban de la clínica. No lo dejaban en paz, aunque les había dicho que esa semana estaría de vacaciones. Insistieron. Alargó la mano para cogerlo, aunque no llegó a tiempo. Conocía su pin. Pasaban juntos muchas horas y lo había visto mil veces dibujar ese cuadrado en la parte inferior derecha del teclado: 5-6-9-8.

Cogió el móvil y lo desbloqueó. En efecto, la nueva llamada era también de la clínica. Iba a colocarlo en su sitio cuando entró un mensaje de correo electrónico. En el destinatario no figuraba el nombre de Mikel, sino el de un tal Julen Manterola. Dejó el teléfono sobre la mesa, como si quemase. No era asunto suyo.

Leyó y releyó la misma página de su libro varias veces. Había perdido la concentración.

Julen Manterola.

¿Quién era? ¿Por qué Mikel tenía acceso a su correo? No le gustaban los secretos. Había un Mikel que siempre se contenía, que nunca se le mostraba, y sentía que la llave a los secretos de ese hombre estaba detrás de ese nombre y ese apellido.

Estiró la mano y entró en la cuenta de correo.

La mayoría de los mensajes eran de publicidad. Era la típica cuenta que uno se abría para hacer compras y transacciones seguras. Sonrió, estaba paranoica. A punto de dejar el móvil de nuevo sobre la mesa, un correo le saltó a la vista.

«Julen Manterola, ¿podrías calificar tu transacción en Amazon?».

No alcanzó a leer la descripción del producto. Tan solo podía ver el pack de dos aerosoles de color azul con el logo dentro de un semicírculo amarillo. Lo reconoció al instante. Iria le había hablado de él hacía pocos días.

«Hay varias marcas que cumplen los requisitos, lo más probable es que se tratara de un producto de mantenimiento industrial que se llama WD-40, de uso extendido».

Tragó saliva y el corazón se le desbocó.

La puerta se abrió de golpe.

—La masajista no se encuentra bien, así que me han cancela...

La palabra se quedó congelada entre ambos, inconclusa. Ella lo miró desconcertada y el móvil se deslizó entre sus dedos y cayó al suelo.

Mikel se acercó y se arrodilló ante ella. Cogió el móvil y comprobó qué era lo que había visto en la pantalla. Alba comenzó a temblar de

manera incontrolada. Observó sus ojos grises e inquietantes, tal y como los había percibido en su primer encuentro, su mandíbula marcada, su barba de tres días y su pelo negro perfectamente engominado, sin que un solo cabello escapase a ese control que tanto le gustaba ejercer.

—Alba, Alba... —dijo él, casi en un susurro, tomando su barbilla y aproximando su rostro al de ella—. ¿Por qué eres tan jodidamente curiosa?

Ella intentó contestar, pero no fue capaz de emitir ni un sonido.

—Sabes a lo que me estás obligando, ¿verdad? Y esta vez será la definitiva. —Seguía hablando muy bajo, como si quisiera seducirla—. Has resultado ser indestructible hasta ahora, pero esta vez no me moveré de aquí hasta que dejes de respirar, maldita zorra.

83

Marín, El Vergel, una hora antes

—Me está llevando una eternidad tu encarguito —dijo Marta en cuanto Iria entró en su despacho—, y el asunto no es tan fácil como nos lo estábamos planteando.

—Ya será menos.

—No, en serio —insistió su socia—. Me está costando porque, para empezar, antes de entrar en los derechos sucesorios de tu clienta, lo primero que tenemos que determinar es cuándo murió Ignacio Bengoa.

—Ya te lo he dicho, en noviembre de 1984.

Marta negó.

—Desapareció en esa fecha, por lo que no se le declaró legalmente muerto hasta diez años después, como manda el Derecho civil. En ese intermedio, sus suegros fallecieron y Ane Ugarte recibió una cuantiosa herencia, sobre todo si la comparamos con la de Miren Ugarte, a la que su padre solo dejó una legítima estricta con bienes raíces que no eran fáciles de monetizar. Ya me dijiste que era adicta, imagino que lo hicieron para que no pudiera quemar la herencia tan fácilmente —explicó la joven abogada—. Y a la muerte de Ane, todo pasó en teoría a Ignacio Bengoa, que,

¡sorpresa!, tenía un testamento en el que declaraba herederos a su mujer y descendientes, y en su defecto a Mikel Ugarte, que resultó ser finalmente el legítimo heredero de todo.

—Pero Bengoa tuvo una hija.

—Exacto —concluyó Marta—, y eso quiere decir que ahora mismo es la heredera de todo el imperio Bengoa Ugarte. Lo que pasará, si Mikel no es tonto, es que pedirá que se reconozca que Ignacio murió en 1984, para que, una vez probado eso, Alba herede tan solo el dinero de los Bengoa, que, ¡ojo!, no es poco.

Iria la miró confusa. Recordó entonces la obsesión de Mikel por la búsqueda con georradar del cuerpo de Ignacio Bengoa y su decisión de trasladarse a Galicia para averiguar su paradero. Si Mikel estaba al tanto de estas cuestiones sucesorias, eso aclaraba muchas cosas. En su pragmática cabeza, un Mikel que defendía su legado era mucho más creíble que uno que hubiera caído rendido a los pies de Alba.

—Bueno, pues eso es lo que sucederá —concluyó Iria.

—Sí, pero mientras podemos encontrarnos con una bonita batalla legal, porque está todo muy enmarañado. Desde la acreditación de la filiación de Alba, sobre todo porque hubo una adopción por el medio, hasta la modificación de la fecha de fallecimiento.

Iria se quedó pensativa.

—¿Y qué pasaría si se casasen? —preguntó de repente.

—Pues sería una buena solución para ambos, no creo que se pusiesen a pleitear el uno contra el otro.

—Joder...

—¿Qué pasa? —preguntó Marta.

—Que soy una gilipollas —dijo Iria, mientras cogía el móvil y salía del despacho.

De camino al suyo marcó el número del Jóker, que contestó casi al primer tono.

—Marcos —dijo ella, sin darle tiempo a rechistar—, esto es muy urgente. Necesito un nombre y un teléfono, y lo necesito ya.

Luego cogió las llaves de su coche, y condujo a toda velocidad hacia la comisaría de Pontevedra.

84

Comisaría de Pontevedra, media hora después

—A ver si te he entendido bien —dijo Rodrigo—, ¿quieres que llame a una señora de Vitoria porque se te ha ocurrido que Mikel Ugarte es una especie de tarado que quiere matar a Alba para quedarse con toda la herencia de Ignacio Bengoa?

—Piénsalo bien, joder —se impacientó ella—, las verdaderas amenazas mortales aparecieron cuando lo hizo Mikel. Hasta entonces, salvo el Portugués, todo eran chorradas como ratas y gatos muertos, que daban miedo de noche, pero a la luz del día quedaban en nada. Y de repente llega Ugarte y está a punto de morir no una, sino dos veces. Si no tengo razón, lo único que pasará es que una psicóloga vasca te mandará a tomar viento. Pero si la tengo, ella nos dirá qué tipo de persona es, no solo desde el punto de vista personal, sino profesional. A ti te atenderá, eres poli.

—Dame el teléfono.

—Lo tienes en tu WhatsApp.

Rodrigo la miró con desconfianza. Era la primera vez que se encontraban desde la cena en la casa de Bueu. Ella lo había rehuido hasta ese momento y él había captado el mensaje.

Marcó el número y puso el móvil en manos libres.

—Consulta de Izaskun Arzoz —dijo una voz masculina—. ¿Qué desea?

Rodrigo se presentó y pasó casi un minuto hasta que la psicóloga se puso al teléfono.

—¿Señora Arzoz?

—¿Sí?

—Soy el inspector Filloy, de la comisaría de Pontevedra. Es con relación a su exmarido, el doctor Mikel Ugarte Apaolaza. —No se anduvo con rodeos.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—¿Izaskun?, ¿sigue ahí?

—Sí —dijo ella.

—Es su exmarido, ¿verdad?

—Sí.

—Señora Arzoz, ¿podría hablarnos de él?

—¿Qué ha hecho? Lo siento, ¿cómo sé que es usted policía?

—Señora Arzoz —intervino Iria, ignorando el gesto de desaprobación de Rodrigo—. Soy Iria Santaclara, abogada. Y tengo razones para creer que su exmarido ha intentado matar a una persona. Usted es psicóloga y...

—Es un psicópata y un hijo de puta —saltó ella—, uno de los más inteligentes con los que me he topado jamás.

85

Santiago, A Quinta da Auga, media hora más tarde

Una a una fue tragando todas las pastillas que Mikel le puso delante. Sabía que moriría de un paro cardiaco, pero si lograba escapar, encontrar ayuda o vomitarlo todo sin que él se diese cuenta, quizá podría salvarse. Otra vez.

Se repetía a sí misma que tenía que luchar, pero él no le dejaba otra opción. Mikel había sacado unas tijeras de su neceser. No eran más que unas tijeras comunes, aunque se encargó de explicarle claramente cuánto tardaría en morir desangrada si se las clavaba en la yugular. No le cabía ni la más mínima duda de que eso era justo lo que haría si se negaba a ingerir las pastillas.

Él saldría a correr o a dar un paseo. Cuando volviera, la encontrarían muerta y daría la voz de alarma. Todos en el hotel, desolados, confirmarían que desde que había llegado se había mostrado triste y taciturna. Sus amigos de Loeiro y su psicóloga de Vigo confirmarían el estrés emocional que había padecido en los últimos meses. Sus antecedentes psicológicos confirmarían el diagnóstico.

Nadie dudaría de que se trataba de un suicidio, de la misma manera que todos habían creído que sus tías habían incendiado su

casa, o que Nolo le había echado droga en el café. Era un experto en manipular las voluntades de la gente. Lo había hecho con ella desde el primer día.

Prefería quedarse dormida y no despertar que morir desangrada, pero, por otro lado, si le plantaba cara le resultaría más difícil hacer pasar su muerte como accidental.

«Lucha, Alba», se dijo.

Escupió las dos últimas pastillas encima de la mesa.

—Si lo haces por dinero, no quiero nada. Pero, por favor, no me mates —suplicó ella—. Me iré a Lugo y te prometo que no volverás a saber nada de mí.

—¿De verdad te crees que aún hay vuelta atrás? Mi madre pensaba lo mismo. No pude estudiar medicina hasta que se murió, y no sabes lo que me costó que se muriera. Tenía una neumonía y aún se empeñaba en respirar. Vas a morir, aunque por desgracia esta vez no podré culpar a tus tías como cuando dejé tus llaves en su jardín o le escribí a Nolo en nombre de Aurita. No necesito culpables, porque esto es un suicidio.

Su voz sonaba tranquila, sin estridencias. Alba se preguntó cómo alguien podía realizar ese ejercicio de autocontrol. Lo imaginó de niño y adolescente, deseando emprenderla a golpes con su madre o con su abuelo, mientras interpretaba el papel de hijo responsable que cuida de su madre adicta. Intentó apelar a su humanidad.

—Por favor, Mikel —rogó—, sé que tú no eres así.

Él acercó las tijeras a su cuello.

—Cinco, cuatro, tres, dos...

Alba cogió las dos pastillas y las engulló.

—Buena chica —dijo Mikel—, y ahora este blíster.

Moriría, e iba a hacerlo sin luchar. Igual que había pasado cuatro décadas sin moverse ni un milímetro de su zona de confort, acomodada en una vida sencilla, ocultando su cicatriz bajo una melena y viviendo sin hacer preguntas ni buscar respuestas.

—Esa maldita curiosidad tuya —repetía él por lo bajo, mientras le alcanzaba una nueva tableta de ansiolíticos.

No era la primera vez que se lo decían, era como si esa cantinela se la hubiesen restregado en el pasado.

«Lucha, Alba», se repetía ella como una letanía.

Empezó a sentir somnolencia. El teléfono de Mikel sonó y alcanzó a ver el apellido Santaclara en la pantalla. No respondió, aunque estiró la mano libre para coger el móvil.

«Lucha, Alba».

Se levantó y le arrancó las tijeras de las manos.

Él se abalanzó sobre ella y cayeron a plomo. La alfombra amortiguó el golpe. La cabeza de Alba chocó con la esquina de la mesa de cristal. El perfil de acero se clavó en la base de su cráneo, reabriendo la vieja herida que empezó a sangrar. Le acometió una gran debilidad. Se llevó la mano a la nuca y notó cómo se empapaba. El campo de visión se redujo al techo de la habitación. Todo comenzó a nublarse.

—Eres una estúpida, pero te agradezco que facilites las cosas: muerte por sobredosis y caída. —Se acuclilló frente a ella y le arrancó las tijeras de las manos—. Aunque tengo que deshacerme de esto. Ahora voy a volver al spa, y cuando regrese dentro de una hora, bajaré a recepción llorando tu muerte. Pero eso será luego, porque ahora voy a quedarme aquí hasta que dejes de respirar. Esta vez no dejaré ningún cabo suelto.

Esperó a su lado, con la vista fija en sus ojos distintos que la hacían merecedora de esa herencia que era suya por derecho. Alrededor de su cabeza comenzó a extenderse una mancha oscura que empapaba la lujosa alfombra y crecía a medida que Alba se apagaba.

Mikel respiró tranquilo. Esta vez era la definitiva. Parecía que la muy puta no iba a morirse nunca.

86

Santiago de Compostela, en ese preciso instante

—¿Qué sucederá si estamos equivocados?

—Prefiero estar equivocada que dejar a Alba a solas con ese pirado —dijo Iria—. Ya has escuchado a su exmujer: desequilibrado, maniaco, controlador... A mí me ha dejado bastante intranquila.

—La mayoría de los divorciados de este país te dirán lo mismo de su expareja.

—A Alba le contó que ella lo dejó a cambio de dinero, y resulta que Izaskun Arzoz tiene más dinero que él.

Rodrigo se dio cuenta de que no iba a poder calmarla.

—Es probable que tengas razón, pero si nos plantamos ahí despotricando, corremos el riesgo de que Alba se ponga en nuestra contra —advirtió Filloy—. En cuanto la jueza firme la orden, comprobaremos dónde estaba el móvil de Mikel la noche que provocaron el incendio. También entraremos en el servidor de la clínica y en todos sus equipos y así saldremos de dudas.

Iria lo miró con desconfianza.

—¿De qué jueza estamos hablando?

—Luisa Lavandeira.

—No te firmará eso ni de coña.

—Puede que no, pero si consigo al menos la geolocalización del teléfono para la noche del incendio, será determinante. Y además, he caído en la cuenta de que no tiene lógica que la dosis en sangre de benzodiacepinas fuera casi el triple en el caso de Alba, puesto que lo normal es que los droguen con la misma dosis, y aunque la de Alba fuera superior por estar previamente medicada, no es lógico que fuera tan elevada. Si fue él el que se drogó para desviar la atención, eso cuadra, no querría arriesgarse a morir ahogado, y esa dosis le aseguraba una coartada pero le permitía espabilarse y nadar. Por otro lado, la versión de Nolo cobra veracidad desde esta perspectiva. Él pudo pagarle para que los siguieran. Todo el mundo sabía que Nolo hacía cualquier cosa por pasta. Mikel solo tuvo que limitarse a dejarle un sobre con dinero y una falsa carta firmada por Áurea Freijomil. No le resultaría difícil drogar a Alba.

—Pero se arriesgaba a morir él también.

—No creo que se tomase las pastillas hasta después de salir del agua.

Iria asintió nerviosa. Todo encajaba. Estaba deseando llegar al puñetero spa. Rodrigo cogió la salida de la autopista en Santiago de Compostela.

—Te veo bien —dijo él.

Ella tomó aire. Se avecinaba una conversación incómoda y estaba demasiado preocupada como para afrontarla en este preciso instante.

—Sé que te debo una explicación —admitió.

—No, Iria, no me debes nada. Debí darme cuenta. Es demasiado pronto.

Ella asintió. No dijo nada más. Como bien le había dicho él, le llevaba ventaja en casi todo, y sabía perfectamente cómo se sentía. Cogió su móvil y marcó el teléfono de Mikel Ugarte. El de Alba llevaba apagado desde que dejó Loeiro. No contestó nadie. Ambos se miraron, sabían que Ugarte vivía pegado a su iPhone de última generación.

Iria sintió que los nervios se apoderaban de ella. Enfilaron la entrada de la imponente Quinta da Auga sin que ninguno de los dos reparase en el señorial edificio con más de dos siglos de antigüedad.

Rodrigo sacó su placa y pidió que los llevasen a las habitaciones de Mikel y Alba. Enseguida comprobaron que la de Mikel estaba vacía. En silencio, se dirigieron al último piso, donde se hallaba la de Alba. Iria pensó en qué excusa inventaría para justificar ante ellos el haber entrado en el hotel, blandiendo las credenciales de Filloy como si fueran a detener a unos narcotraficantes. Subió las escaleras a paso rápido, con Rodrigo pisándole los talones.

Por eso fue la primera en abrir la puerta con la llave que le había dado el encargado de la recepción y encontrar a Alba con la cabeza abierta sobre un gran charco de sangre.

Epílogo

Cementerio de Santa María do Campo, una semana después

ALBA MARIÑO GARCÍA
(Berta Gloria Freijomil Santos)
1975-2026
Amada hija de Trinidad Freijomil

La madre no quiso que se celebrase el funeral hasta que llegase la nueva lápida. De todas formas, hasta que el forense no acabó con la autopsia, no les entregaron el cuerpo. Frente a la lápida, mientras el empleado municipal encargado de esas labores introducía la caja de madera en el nicho, las nietas del cura sollozaban. El ruido de la pala rebosante de cemento se confundía con su llanto.

Todos los vecinos de Loeiro acudieron al segundo funeral de Berta. Sinda, Iria, César y Carmen se confundían entre todos ellos. Benita cogió a Sinda del brazo cuando se percató de lo afectada que estaba.

Iria no quería llorar. Estaba harta de cementerios, de lápidas, del olor a flores marchitas que desprendían los nichos vecinos, del resplandor de velas rojas cuyas llamas permanecían encendidas desafiando el clima y la lógica, de las tumbas que mostraban

fotografías con rostros que parecía que nunca habían estado vivos. Harta de crucifijos brillantes, de coronas de espinas y de toda una iconografía del dolor que no daba tregua.

Sabía que ella no era la culpable de esa muerte, pero la imagen de la sangre de Alba, como una corona roja en torno a su cabeza, no la abandonaría nunca.

Por las noches, en lugar de dormir, se deslizaba por cada uno de los minutos previos al asesinato de Alba y rehacía sus acciones de manera que decidía saltarse un semáforo en ámbar, o le pedía a Rodrigo que ignorase los límites de velocidad. Iban a la habitación de Alba antes que a la de Mikel, o evitaban la recepción del hotel, subían las escaleras de dos en dos y echaban la puerta abajo, para encontrar a una Alba agonizante pero aún con un hilo de vida. También se reprochaba el no haber llamado a los compañeros de la comisaría de Compostela con los que mantenía una excelente relación. Lo que fuese con tal de ahorrarse esos cinco o diez minutos, que quizá suponían la diferencia entre la vida y la muerte.

Mikel Ugarte estaba en la cárcel pero Iria sabía que con su dinero podría eludir la prisión preventiva, e incluso evitar la condena, porque el relato del suicidio de Alba no tenía fisuras. Sin embargo, habían logrado probar que estaba en Galicia la noche del incendio y que había comprado el producto inflamable. Daba igual, nada les devolvería a Alba. Iria había emprendido las acciones legales para privar a ese cabrón de su fortuna, esa por la que había matado a la legítima heredera de Ignacio Bengoa. Si lo conseguía, ese dinero pasaría a manos de Trinidad Freijomil. No podía dejar de pensar qué absurdo resultaba eso, teniendo en cuenta que esa herencia solo había traído muerte y destrucción a la Casa del Cura.

Durante esa semana, había hablado largo y tendido con esas tres mujeres que se abrazaban desoladas ante la tumba. Una a una, fueron desgranando el catálogo de culpas. Trini solo quería proteger a Alba y por eso escribió con sangre en su pared para ahuyentarla. Aurita le confesó que fue ella la que colocó la rata en casa de Alba en su primera noche en Loeiro, pero juró que nunca le habría hecho daño: ella solo quería proteger a sus hermanas. Luego le había pedido a Nolo que la asustara, pero negó haber tenido nada que ver con la droga y el accidente de coche. Cecilia le confesó que, mientras el Portugués estuvo enfermo, no alimentó a los perros, para que el hambre espoleara su agresividad: ella también quería proteger a Alba. Se lo dijo sin la conciencia de que esa confesión podía llevarla a la cárcel, y mostrando un dolor tan desgarrador que Iria llegó a dudar de si era Cecilia y no Trinidad la verdadera madre de Alba. No lo era, únicamente era la más joven y la más sensible. Como Sinda dijo una vez, eran únicamente tres mujeres solas que luchaban por sobrevivir.

Incapaz de aguantar ni un minuto más el responso del sacerdote y el duelo de todos los vecinos de Loeiro, Iria abandonó el grupo y bajó las escaleras del cementerio.

Se preguntó qué mierda de abogada lleva a su clienta a conocer a su asesino. Dónde estaría Alba si a ella, como bien dijo Rial, no le hubiera dado por jugar a los detectives. Pero sobre todo la atormentaba saber qué haría con su vida mañana, cuando Alba siguiese muerta y ella tan perdida que no sabría a dónde dirigir sus pasos, si hacia su despacho en Marín o hacia la puerta principal de la comisaría de Pontevedra.

Agradecimientos

A Lola. Este libro no sería lo que es sin su trabajo, su paciencia y su criterio siempre lúcido. Y por supuesto a Maya, por convertir su blanca Navidad en una negra, negrísima.

A Lourdes, mi agente, por poner cabeza cuando a mí me puede el corazón.

A todas las personas que me acompañaron en el proceso de investigación de realidades que me son muy ajenas. A Cristina Blanco, compañera y subdirectora general del área de Menores, por su generosidad. A Sandra Oliveira, de la clínica Contigo, por explicarme todo sobre la terapia EMDR y por aceptar convertirse en un personaje literario. La terapia descrita requeriría de muchas más sesiones, pero me he tomado todas las licencias literarias del mundo. A Celso Milleiro, por todos los datos sobre mi propia historia familiar. A Mercedes Solla, de la Universidad de Vigo, por compartir sus conocimientos de georradar. No solo es una brillante investigadora, sino que ha resultado ser de Loira. Las casualidades existen. O no. A Antón Pousada, por atender a mis preguntas sobre los molinos de Loira. El Molino del Cura no existe, en su lugar está el molino de Vilas, pueden visitarlo cuando quieran. Yo lo hice este verano con mi querida Olatz. Y a todas mis lectoras cero, nunca sois conscientes de cuánto me ayudáis.

Y por supuesto a Loira y a sus vecinos. Algunos, con su nombre real, salen en este libro. Y no, la Gestapo no existe, pero todos somos la Gestapo. Yo la primera.

A todas las niñas que, como yo, fueron Berta Freijomil, porque queríamos descubrir la vida a través de los libros y no bajábamos al parque porque preferíamos a María Gripe.

Y mi último agradecimiento, al que fue cura de Ardán desde 1891, Ramón Ces Freire. Lo han adivinado, soy tataranieta de este hombre. Mi abuela, Rosalía Pousada, que murió en 1948 cuando a su familia se le acabó el dinero para comprar insulina, era la nieta del cura. Tuvo tres hijas, por eso mi padre se crio en la casa del cura, y es cierto que ofició el funeral de Montero Ríos. Todo en este libro es ficción, pero de esa que tiene un poso de verdad.

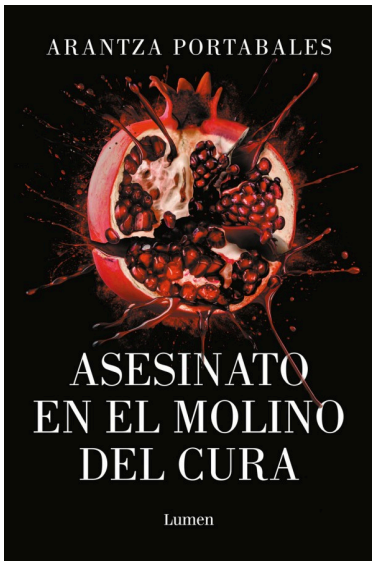
Escribí el primer libro de Loeiro en un invierno oscuro y me salió un libro fresco y divertido. 2025 fue un año maravilloso en muchos aspectos. Solo quería sonreír más, y se cumplió: sonreí mucho. Fui muy feliz. Solo desde ese estado pude sumergirme en mi novela más cruel y oscura.

Bienvenidos a Loeiro, donde nunca pasa nada.

BERTA MURIÓ, PERO ALGUIEN QUIERE VOLVER A MATARLA.

Regresa la dama de la novela negra gallega, con más de 130.000 lectores, en un nuevo caso de Los Crímenes de Loeiro: una intriga brutal

Por la ganadora de los Premios Novela Europea Casino de Santiago; Frei Martín Sarmiento; Tormo Negro Masfarné y Clubes de Lectura de la Xunta de Galicia



Una noche de 1984, tiene lugar una salvaje matanza en Loeiro. Los habitantes lloran la muerte de Berta, una niña de nueve años, pero ignoran la carnicería que se produce en el Molino del Cura. Cuarenta años después, Alba Mariño vive atrapada en un presente sin memoria. Desde pequeña, su cabeza no es más que un territorio devastado: una enorme cicatriz y un vacío imposible de llenar. Sin embargo, una noticia sobre Loeiro en el telediario reabre y aviva un miedo antiguo. A los cincuenta años, Alba decide trasladarse al pueblo costero para enfrentarse a lo que no recuerda. Con la ayuda de Sinda —la Gestapo—, de César Araújo y de la detective Iria Santaclara, emprende una investigación que la conduce a las siniestras hermanas Freijomil, las nietas del cura, y a su sobrina Berta, cuya muerte nunca terminó de esclarecerse. Un crimen enterrado en silencio, un asesino aún vivo y dispuesto a matar, y unos vecinos que saben tanto como callan.

Tras *Asesinato en la Casa Rosa*, Arantza Portabales regresa con un nuevo caso en la Galicia profunda: una intriga brutal que avanza sin piedad hacia un final implacable.

La crítica ha dicho sobre *Asesinato en la Casa Rosa*:

«Portabales lo borda [...] para mantener al lector al filo, atento, también para sorprenderlo y engatusarlo».
Juan Carlos Galindo, *Babelia*

«La mejor novela de Arantza Portabales. Un homenaje a las novelas más clásicas de enigma que toma un montón de temas que están en

la agenda social de hoy, con un universo literario absolutamente personal».
Marina Sanmartín

«Un artefacto muy medido, con un ritmo rápido y capítulos breves con sorpresa final, que te hacen querer más, seguir avanzando. Una novela de las que se devoran en dos noches de insomnio».
Marta del Riego Anta, *Zenda*

«Una historia de misterio con una familia de magnates "estilo los Ortega" [...]. Homenaje ya desde su título a Agatha Christie [y] a su colega gallego [...] Domingo Villar».
Xavier García, *EFE*

«Una novela que se lee de maravilla de principio a fin, con una planificación magistral».
Juan Carlos Galindo

«400 páginas de intrigas, misterios y mentiras. [...] Leí sin parar, sin querer mirar la hora. Parando solamente para tratar de unir las pistas que hábilmente va desperdigando la autora. [...] Soy muy fan de Abad y Barroso, pero Santaclara y Araújo [...] le dan otro aire a estas historias adictivas, y bien escritas».
Chus Gómez Dorrego, *Diario de Pontevedra*

«Una de las autoras de novela negra más de moda, más reconocida, más potente».
Carles Francino, *La Ventana* (Cadena SER)

Sobre la autora han dicho:

«Arantza Portabales consigue que el lector sospeche de todos. [...] Negra, muy negra».
Carmen Mola

Arantza Portabales (San Sebastián, 1973) es licenciada en Derecho por la Universidad de Santiago de Compostela. Inició su carrera literaria en 2013 con la microficción. Tras obtener el Premio de Narración Breve de la UNED por «Circular C1: Cuatro Caminos-Embajadores» y el Premio Manuel Murguía de relato por «Xanelas», su microrrelato «Las musas» resultó ganador del concurso de la Microbiblioteca de Barberà del Vallès, que volvió a ganar en 2021 con «Los que observan». Es la autora de la colección de microrrelatos *A Celeste la compré en un rastrillo* (2015) y del libro de relatos ilustrado *Historias De Mentes* (2020). En 2015 publicó su primera novela en lengua gallega, *Sobreviviendo*, que mereció el XV Premio de Novela por Entregas de La Voz de Galicia y que la autora reescribió para su edición en Lumen en 2022 (Premio Tormo Negro Masfarné). Los derechos de su segunda novela, *Deje su mensaje después de la señal*, publicada inicialmente en gallego y ganadora del Premio Novela Europea Casino de Santiago 2021, fueron vendidos a tres importantes editoriales extranjeras tras la noticia de su edición en Lumen en 2018. Con *Belleza roja* (Lumen, 2019), ganadora del Premio Frei Martín Sarmiento, inició la serie protagonizada por la pareja de policías Abad y Barroso, que continuó en *La vida secreta de Úrsula Bas* (Lumen, 2021) y *El hombre que mató a Antía Morgade. Asesinato en la Casa Rosa es su última novela* (Lumen, 2025), con la que inicia la serie de «Los crímenes de Loeiro». En 2024 ha recibido de la Xunta de Galicia el Premio a la autora más leída en los clubes de lectura.



Primera edición: abril de 2026

© 2026, Arantza Portabales
Autora representada por la Agencia Literaria Rolling Words
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberán
Ilustración de portada: © Manu Area

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-3348-0

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit

Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Asesinato en el Molino del Cura

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58

Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Arantza Portabales

Créditos